



Título	1a Edición Abril 2016
<b>Para salir de la Caverna</b>	2a Edición revisada Diciembre 2016
Una filosofía práctica para nuestro tiempo	
Autor	Copyright da tradução
Juan Manuel de Faramiñán Gilbert	© Eranos y autor
Coordinación Editorial	Depósito legal
Severina Gonçalves	407656/16
Maquetación	ISBN
Cleto Saldanha	978-989-99478-1-8
Revisión	Impresión
Idália Nascimento	DPS – Digital Printing Services, Lda
Ilustraciones	
Juan Manuel de Faramiñán Gilbert	
Imagen de portada	Eranos – Ediciones y multimedia
El Bosco	<i>e-mail:</i> <a href="mailto:eranos@eranosmultimedia.pt">eranos@eranosmultimedia.pt</a>
“Las tentaciones de San Antonio Abad”	<a href="http://www.eranosmultimedia.pt/es">www.eranosmultimedia.pt/es</a>
Museo del Prado, Madrid	

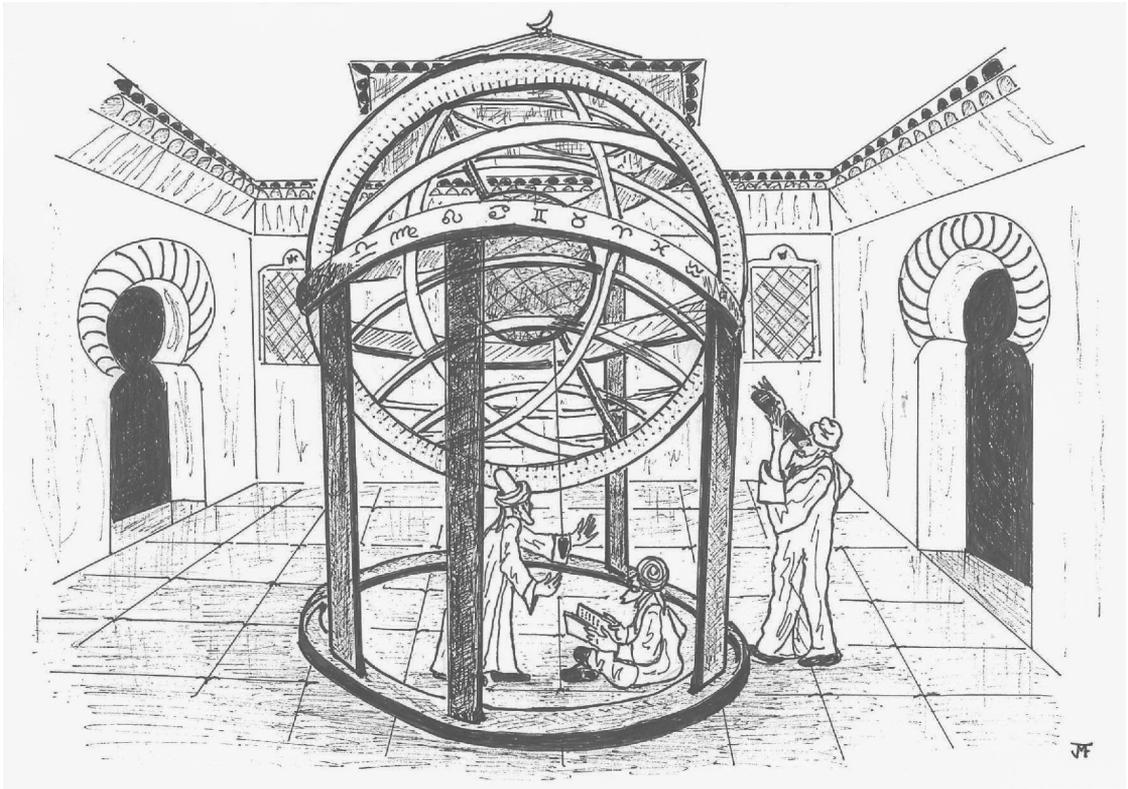
JUAN MANUEL DE FARAMIÑÁN GILBERT

# Para salir de la Caverna

UNA FILOSOFÍA PRÁCTICA PARA NUESTRO TIEMPO

ERANOS





## Siete principios del “ser caleidoscópico”

- 1 — Un alto sentido del inegoísmo.
- 2 — Una marcada inclinación al servicio.
- 3 — Una profunda firmeza de carácter y convicciones.
- 4 — Un desarrollo importante del sentido de la responsabilidad.
- 5 — Un carácter alegre y magnético.
- 6 — Un lenguaje sencillo y claro acompañado del ejemplo.
- 7 — Una ética vital; virtudes sencillas, pero severas en un tiempo donde ellas brillan por su ausencia.



# ÍNDICE

Presentación de Juan Manuel de Faramiñán Gilbert .....	15
Preliminares de Aarón de Marsella .....	19
El Manuscrito de Nanim Arafed .....	21

## VOLUMEN PRIMERO

### El ascenso a la montaña

Apostillas de Aarón al Volumen Primero .....	25
<b>LIBRO PRIMERO</b> .....	27
Los tipos humanos .....	28
<b>LIBRO SEGUNDO</b> .....	32
Clave física para interpretar al ser humano .....	32
<b>LIBRO TERCERO</b> .....	36
La energía .....	36
Sobre distintos tipos de energía a los que puede tener acceso el ser humano .....	36
De cómo comenzar el camino de regreso a las Fuentes .....	37
El camino se bifurca según los seres humanos .....	38
<b>LIBRO CUARTO</b> .....	27
Sobre las emociones .....	40
Método de control .....	43
Observación del fenómeno .....	43
Control de fenómeno .....	44
Pruebas personales para observar y controlar las emociones .....	44
Sistema de seguimiento personal .....	45
Los estados de ánimo .....	46
<b>LIBRO QUINTO</b> .....	49
Sobre los peligros de la mente .....	49

La preparación .....	50
La puerta que comunica con los seres humanos .....	52
La puerta que comunica con las Ideas .....	54
Las ideas puras .....	57
<b>LIBRO SEXTO</b> .....	61
La llave y la mano .....	61
La acción sobre la materia (actividad ceremonial) .....	66
La naturaleza plástica de la materia .....	67
Materia es todo a excepción de lo Uno .....	68
De cómo dominar la materia .....	69
Sobre la naturaleza del rito .....	70
Necesidad de la ceremonia .....	71
La acción sobre la psique (actividad energética) .....	72
La disciplina sobre el mundo psicológico .....	73
El mundo psíquico como conexión entre el mundo material y el mundo espiritual .....	76
El mundo psíquico como punto de apoyo para diagramar lo que queremos que sea el mundo material .....	77
La energía como elemento de trabajo en el mundo psíquico con el que se modela el pensamiento para plasmarlo en la materia ..	78
La acción sobre el espíritu (la actividad mística) .....	80
Los soportes del mundo material .....	81
La Música (las reglas del sonido) .....	81
Las Matemáticas (las reglas de la visualización) .....	83
La acción en el mundo espiritual .....	85
La contemplación (las reglas del Jardín de lo imaginario) .....	85
La oración (las reglas de la plegaria) .....	86
<b>LIBRO SÉPTIMO</b> .....	90
El caleidoscopio .....	90
El "ser caleidoscópico" .....	92
Alienación y ataraxia .....	93
Los gérmenes de la inercia .....	95
El gran secreto del triunfo .....	96
La seducción como arma .....	99
La misericordia y la fortaleza .....	100
Meditación final sobre la unidad de los esfuerzos .....	101

**VOLUMEN SEGUNDO****El regreso al valle**

Apostillas de Aarón al Volumen Segundo ..... 107

RAZONES PARA EL REGRESO ..... 109

**PRIMERA PARTE**

LA CAPACIDAD DE MODELAR EN EL MUNDO ..... 113

**LIBRO PRIMERO** ..... 115

El descenso ..... 115

La entrada en el mundo ..... 119

**LIBRO SEGUNDO** ..... 122

La doctrina de la afirmación ..... 122

La “duda existencial” como método ..... 123

La “afirmación existencial” como método ..... 126

**LIBRO TERCERO** ..... 129

Los demonios familiares ..... 129

El mundo de la infancia ..... 130

De la inmadurez a la madurez ..... 132

Las vallas de la psique ..... 133

Los “demonios familiares” de carácter abismal ..... 134

Los “demonios familiares” de carácter celeste ..... 135

**LIBRO CUARTO** ..... 137

El fenómeno de las dimensiones ..... 137

El sentido visual de las distancias ..... 137

El sentido psicológico de las distancias ..... 139

Medidas y dimensiones ..... 140

El viaje a las antípodas ..... 141

Las dimensiones antagónicas ..... 142

**LIBRO QUINTO** ..... 144

La noción del Centro ..... 144

El *omphalos* ..... 145

El fenómeno de las sensaciones similares ..... 147

Diferenciación ..... 149

## SEGUNDA PARTE

DE LA ASCESIS INDIVIDUAL .....	151
<b>LIBRO PRIMEIRO</b> .....	151
La alianza con Cronos-Saturno .....	151
El Tiempo como concepto .....	153
El Tiempo como mutación de las cosas .....	154
El Tiempo físico y el tiempo psicológico .....	155
El Tiempo como enemigo .....	157
La raíz del Tiempo .....	159
La alianza con el tiempo .....	160
<b>LIBRO SEGUNDO</b> .....	165
El complejo de Herakles .....	165
Hércules, Euristeo, Prometeo .....	166
Hércules-Herakles .....	167
Euristeo .....	167
Prometeo .....	167
El "complejo de Herakles" .....	168
<b>LIBRO TERCERO</b> .....	171
Sobre los miedos .....	171
El miedo a la muerte .....	174
El miedo a lo desconocido .....	177
<b>LIBRO CUARTO</b> .....	179
La vuelta al riesgo .....	179
"Sólo el que arriesga gana" .....	179
"Osar, saber, poder, callar" .....	180
"El riesgo implica un suplemento de energía" .....	181
"Las obras, para plasmarse, necesitan también de ese suplemento de energía" .....	182
"Toda creación implica un riesgo" .....	183
"Quien no arriesga no cambia" .....	183
La plasmación de la "doctrina del riesgo" .....	184
En lo individual .....	185
En lo colectivo .....	186
El "filo de la navaja" .....	186
Los héroes .....	187
Los místicos .....	187

Los poetas .....	188
Formas de asumir la “doctrina del riesgo” .....	189

### TERCERA PARTE

DE LA ASCESIS COLECTIVA .....	191
-------------------------------	-----

<b>LIBRO PRIMERO</b> .....	191
----------------------------	-----

El sentido histórico de la vida .....	191
---------------------------------------	-----

El miedo al futuro en lo colectivo .....	192
--	-----

Reglas de concienciación histórica .....	195
--	-----

El sentido práctico de la unión social .....	197
--	-----

<b>LIBRO SEGUNDO</b> .....	199
----------------------------	-----

De la colectivización a la cooperación en el nuevo medievo .....	199
--	-----

Sobre el nuevo medievo .....	199
------------------------------	-----

El gozne histórico (los ciclos históricos: la crisis política y social en un nuevo medievo) .....	202
--	-----

<b>LIBRO TERCERO</b> .....	205
----------------------------	-----

El curioso concepto de izquierdas y derechas .....	205
--	-----

El relativismo de esos conceptos .....	206
--	-----

Identidades .....	207
-------------------	-----

De la colectivización masificante .....	209
---	-----

Hacia la cooperación solidaria .....	210
--------------------------------------	-----

<b>LIBRO CUARTO</b> .....	212
---------------------------	-----

La <i>sophocracia</i> .....	212
-----------------------------	-----

Las estructuras de carácter comunal .....	213
---	-----

El gobierno de masas .....	214
----------------------------	-----

El gobierno comunal organizado .....	215
--------------------------------------	-----

El camino hacia los sabios .....	217
----------------------------------	-----

El bien común .....	217
---------------------	-----

El ejercicio del poder contra la detentación del poder .....	218
--	-----

Gobernantes buenos, sabios y fuertes .....	219
--	-----

De la <i>kakistocracia</i> a la <i>sophocracia</i> .....	220
--	-----

**VOLUMEN TERCERO****Sobre el filo de la navaja**

Apostillas de Aarón al Volumen Tercero .....	224
<b>LIBRO PRIMERO</b> .....	225
El conocimiento de la Gran Esfinge .....	225
Sobre la vigilancia .....	225
La Esfinge .....	226
El cuerpo de toro .....	227
Las garras de león .....	227
Las alas de halcón .....	227
La cabeza humana .....	228
El disco solar sobre la frente .....	228
La Esfinge en la Naturaleza .....	229
La Gran Esfinge en el ser humano .....	230
Yo Soy la Gran Esfinge .....	231
<b>LIBRO SEGUNDO</b> .....	233
La fuerza del “yo soy el que soy” .....	233
La esencialidad del yo .....	234
La fuerza del Ser .....	235
La identificación del Yo con el Soy .....	236
La presencia global .....	237
El Universo en nosotros .....	237
La universalización de lo particular .....	238
<b>LIBRO TERCERO</b> .....	240
El jardín interior .....	240
Paraíso abierto/ Jardín cerrado .....	240
Paraíso abierto .....	240
Jardín cerrado .....	241
Jardín celeste/ Huerta terrestre .....	242
El jardín celeste .....	242
La huerta terrestre .....	243
Universo circular/ Jardín equinoccial .....	244
El universo circular .....	244
El jardín equinoccial .....	245
Universo “interior”/ Jardín “interior” .....	245
El universo “interior” .....	245
El jardín “interior” .....	246

<b>LIBRO CUARTO</b> .....	247
El universo paradójico .....	247
En torno a la paradoja .....	247
El principio de reflexión .....	248
El principio de inversión .....	249
El universo complejo .....	250
El universo paradójico .....	251
<b>LIBRO QUINTO</b> .....	253
La columna de luz .....	253
La raíz lumínica de todos los seres .....	253
La opacidad en el mundo .....	254
La iluminación .....	256
La comunicación lumínica .....	257
<b>LIBRO SEXTO</b> .....	259
La campana protectora .....	259
Sistema de protección .....	259
El esfuerzo .....	259
Los elementos del sistema .....	260
La creencia y la visión .....	262
La réplica .....	264
La armadura .....	265
La campana .....	266
<b>LIBRO SÉPTIMO</b> .....	268
La liberación del alma .....	268
El alma universal y el cosmos sensible .....	268
El alma del Cosmos .....	269
El mundo de las ideas y el mundo de las formas .....	270
Las funciones del Alma universal .....	271
Las almas individuales y el alma prisionera .....	272
El engaño especular de la materia .....	273
El giro del alma .....	274
El alma liberada .....	275
<b>LIBRO OCTAVO</b> .....	277
El contacto con la Gran Esfinge .....	277
El aliento de la Esfinge .....	278
El <i>pneuma</i> de la Tierra .....	280
El alma del ser humano .....	281
El dominio de la Esfinge .....	283

LIBRO NOVENO .....	283
Ideas para un final que es un comienzo .....	283
El Poder del Gran Poder .....	283
Comentarios finales desde el <i>Viejo Puerto</i> de Marsella .....	287
Índice de autores citados .....	289
Agradecimientos .....	291



*El gran secreto del triunfo  
está en aquellos que en lugar de  
fragmentar logran unificar*

## Presentación

Un caleidoscopio para el siglo XXI

**E**n los infinitos caminos de la vida los seres humanos que se preguntan por los designios de la condición humana, con el tiempo, encuentran las respuestas que buscan. El *Viejo Puerto* de Marsella ha sido de siempre, para mí, un lugar de encuentros, decisiones y misterios.

Mucho he aprendido y mucho he conocido en los diferentes caminos que he emprendido por el mundo, y puedo decir que en cada continente he encontrado personas y personajes que me han hecho meditar sobre la vida; pero quizás un momento importante fue aquel en el que me reuní, en el *Viejo Puerto* de la ciudad de los focos, con los manuscritos de Nanim Arafed, mi *alter ego*, y compartí reflexiones con su contraparte Aarón de Marsella bajo un imaginario armilar que nos situaba, como por encanto, en el centro del Universo.

No obstante, los textos que paso a comentar son el resultado de mis propias elucubraciones con estos invisibles filósofos que habitan en el interior de cada uno de nosotros, pero sin embargo no tendría sentido atribuirme su autoría en exclusiva porque, en realidad, los apuntes de este ensayo, si bien surgen de mi pluma, no me pertenecen. Todos ellos representan el cúmulo de las enseñanzas que he ido recibiendo desde mi infancia y a lo largo de toda mi vida, ya sea de mi propia familia carnal o de esa gran familia espiritual que conforman los grandes Maestros que han dotado a la Humanidad con las vías del Conocimiento.

Por ello he querido conversar con estos dos personajes literarios que se encuentran tan dentro de mí -como también lo están en ti- con el fin de poder brindarte unos caminos etéreos, pero reales, en los círculos concéntricos de la esfera armilar de nuestras dudas.

En estas páginas reflejo muchas de mis referencias existenciales, de mis lecturas, de mis preferencias, de mis variados viajes por el mundo, así como también de mis afinidades intelectuales que rescato de los clásicos, del Egipto anti-

guo, de la antigua India, de China o de los pueblos del desierto del norte de África, que tanto me han atraído y que trato de conciliarlos en sus contradicciones; por ello aquí están presentes Aarón de Marsella, un judío, y Nanim Arafed, mi *alter ego*, un sufi musulmán.

Quizás Nanim Arafed no sea él, ni yo sea Aarón de Marsella. Quizás nos hayamos unido los dos para decir lo mismo y el secreto del autor está en el nombre.

En este juego literario he querido mantener una estética orientalizante muy cercana al desierto y a los oasis, que siempre me han sugerido inspiraciones de búsqueda y de llegada, sin despreciar las enseñanzas de los sabios occidentales que, no olvidemos, después del medievo volvimos a recuperar gracias a las traducciones que los amanuenses europeos realizaron de los textos en árabe donde se había refugiado el conocimiento. Todas estas ironías y contradicciones han sido siempre para mí fuente de regocijo y de reflexión, en relación con laberintos de la historia y la aparentemente compleja naturaleza de eso que ha dado en llamarse la "condición humana".

Notarán los lectores que el eje principal de estas reflexiones se encuentra en la *República* de Platón, en su Capítulo VII, relativo a la *Caverna*, dado que en él he podido perfilar los instrumentos básicos y necesarios de la búsqueda interior y del compromiso social.

Aunque, como es lógico, estas páginas son el resultado de una vida de lecturas, estudio y pensamiento, no obstante, no he querido reflejar en ellas el conjunto de un análisis erudito sino, por el contrario, el resultado de mis conversaciones interiores que reflejan una suerte de soliloquio compartido. Por ello, he evitado que las citas tengan un tinte académico, para que sean sólo el resultado de mi memoria. Algunas de ellas las he colocado entre paréntesis, con el fin de que puedan servir de brújula o marcas en el camino de otros que lo han transitado antes y han llegado a conclusiones parecidas. Como decía Benjamín Disraeli, *"la sabiduría de los sabios y la experiencia de los siglos pueden conservarse en las citas"*.

Por todo ello pido comprensión a los lectores para que, entre las citas y reflexiones que hago en estos textos, sepan desbrozar, de esta intrincada madeja de pensamientos y de cristales que juegan con diferentes formas en el caleidoscopio de nuestra conciencia, aquellas ideas que les sirvan para seguir buscándose a sí mismos, y de este modo también comprender a los demás en un esfuerzo de alteridad fraternal. Como ha dicho Emmanuel Levinas, *"yo no soy el otro, pero no puedo ser sin el otro"*.

Intento brindar a los lectores algunas claves muy sencillas que en mí han funcionado, unas llaves o clavículas, como dirían los cabalistas; pero no olvides que está en ti encontrar la cerradura de tu propio Ser.

Entiendo prudente que al avanzar por estas páginas hagas un esfuerzo de adaptación a tu condición personal y que tomes las imágenes, las parábolas o metáforas que utilizo, como un medio intuitivo de captar ideas cuando las palabras resulten a veces una cárcel de significantes que debilitan los significados.

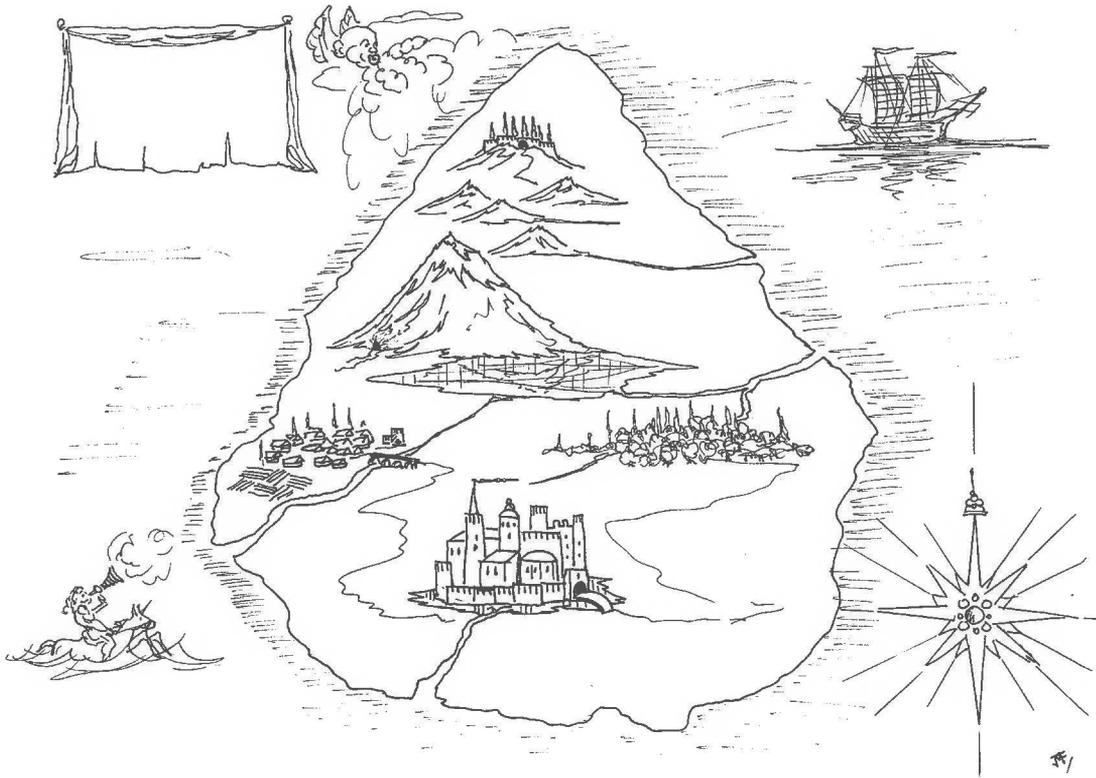
Recuerdo las enseñanzas de ese gran filósofo, del que tanto he aprendido, que fue Jorge Livraga cuando decía que en la medida que entramos en nosotros mismos *“volvemos a casa”*, a Ítaca. Se trata de un regreso a las fuentes esenciales de cada ser humano y su capacidad de servicio, pues, como él mismo ha señalado con relación al ser social, *“los Estados deben correr como los ríos al mar, todos juntos los unos hacia los otros, y todos hacia la gran fraternidad universal”*.

Quizás la vida no sea más que una búsqueda en la que vamos escudriñando los intrincados laberintos que nos llevan al Ser que habita en nosotros.

En cada uno de estos tres volúmenes podrán los lectores encontrar motivos de reflexión. El primero, el *“Ascenso a la montaña”*, intenta desbrozar el modo por medio del cual podamos apresar ciertas claves de comprensión acerca de quiénes somos y hacia dónde vamos. El segundo, *“El regreso al valle”*, plantea el descenso de la montaña, es decir, el regreso a la sociedad y al servicio a la misma por aquellos que fueron capaces de encontrar las raíces de su propia libertad como seres humanos y que, en lugar de regodearse en su felicidad, desean comunicar lo sabido al resto de sus congéneres. Finalmente, el tercero, *“Sobre el filo de la navaja”*, intenta brindar los elementos de fortaleza necesarios para que *“en el valle no olvidemos lo que conocimos en la montaña”* y que con estos instrumentos podamos mantener nuestra independencia en un mundo confuso y constreñido por la incertidumbre.

No pretendo con ello dogmatizar, ya que nada hay más lejos de la vía filosófica, ni es mi intención resultarte grato. Con estos textos sólo pretendo, lector, lectora, hacerte pensar.

*Juan Manuel de Faramiñán Gilbert*



*Abandona los grandes caminos,  
sigue los senderos*

Precepto pitagórico

## Preliminares

**D**o, Aarón de Marsella, matemático y cabalista, recojo este manuscrito recibido de manos de un marino llegado de la media luna fértil al Viejo Puerto de mi ciudad.

*Poco he podido saber de su autor que no sea su nombre, Nanim Arafed, que según parece fue un creyente, un sufi, en la ciudad de Damasco a finales del siglo XIX.*

*Hoy, casi cien años más tarde, este texto obra en mis manos. He dedicado estos últimos diez años a traducirlo y encuentro que, cercano al final de mis días, al igual que su autor me sitúo al borde final de un siglo y al comienzo de otro. A él le correspondió el XIX, a mí el XX, y a ti, lector, te corresponderá el XXI; por ello hubiera querido llamarlo "Caleidoscopio para el siglo XXI", aunque para que te resulte más comprensible lo llamaré "Para salir de la Caverna, una filosofía práctica para nuestro tiempo".*

*Con el fin de que el texto del que hago entrega no resulte anacrónico, pues al haber sido escrito en el siglo XIX no perdurarían sus enseñanzas, en la medida en que las haya, he decidido adaptarlas a nuestro tiempo para que puedan ser útiles a los seres humanos de los siglos XX y XXI, por lo que me he tomado la licencia de adecuarlas a los criterios y las circunstancias actuales, utilizando textos y bibliografía de nuestro momento histórico.*

*El texto que te entrego es un ensayo inquietante que he sistematizado en tres volúmenes y he adaptado como te indico al lenguaje que utilizamos en el presente siglo, por lo cual he agregado referencias y citas que corresponden a mi siglo, el XX, pero que deseo que sean útiles para tu siglo, el XXI. En ellos encontrarás elementos de psicología, de filosofía de la historia, de ciencia política, de ética y de filosofía trascendente.*

*Como en un caleidoscopio, según el movimiento que realices te llevará de una figura a otra, de un tema a otro, en el que los cambios de colores te servirán*

*como guía en la oscura noche del que busca.*

*Los cristales que se mueven en este caleidoscopio son siempre los mismos, sólo en sus tonos y formas varían según los movimientos o los ángulos de la luz.*

*Encontrarás en estas páginas elementos de la sabiduría atemporal que son válidos para cualquier cambio de siglo.*

*En este caleidoscopio se unen muchos caminos que pueden resultar reconfortantes en el tiempo que vivimos. Así, un viejo filósofo judío traduce a un sabio musulmán que ha bebido en fuentes clásicas, y este texto se difunde ahora como un símbolo de confraternidad, desde el corazón de Europa, en las postrimerías de un siglo que se desvanece y otro que comienza.*

*Como dice el autor del manuscrito, en un Universo circular como es éste que nos alberga, todos los caminos se encuentran. Quiera el destino, lector, lectora, que nos encontremos con el tuyo.*

Aarón de Marsella



## El Manuscrito de Nanim Arafed

**E**n el presente texto intento explicar, de manera razonable, algunos conceptos de difícil comprensión psicológica. De algún modo, abrir una brecha al entendimiento abstracto, con el fin de buscar un método de carácter práctico que pudiera sugerir las vías del Conocimiento.

He utilizado un método inductivo para aquellos conceptos relacionados con las áreas material, energética e incluso emocional que posee el ser humano, por ser más densas y fundamentadas en la experiencia. En cambio, en los ámbitos mentales, propios de la razón concreta o de la razón pura, me he inclinado por el método hipotético-deductivo, con el fin de que a través de ciertas premisas el discípulo aprenda a razonar o, mejor dicho, a discernir sobre sus constantes existenciales.

De todos modos, no puede decirse que exista una absoluta diferenciación metodológica dividida por partes, sino que, más bien, una prima sobre la otra con sentido pragmático y según las necesidades, con el fin de alcanzar los resultados más efectivos posibles.

*“El ascenso a la montaña”*, el volumen primero, no es otro que la búsqueda interior en la escarpada montaña de nuestra tríada superior, donde se encarnan la voluntad, la intuición y la mente pura, y en cuya cúspide se encuentra esa “buena Voluntad” de la que nos hablara Kant. Se trata de una búsqueda de la luz interior como nos recuerda Platón en la *República* al hablar de la salida de la caverna.

*“El regreso al valle”*, el volumen segundo, es un retorno al cuadrado básico, al cuaternario, donde campean las estructuras físicas, energéticas, emocionales y una mente concreta y práctica. Y es también el retorno al medio social que, en el mito de la caverna platónico, representa la vuelta a las sombras de la caverna, como un sacrificio social para aquel que ha conquistado la luz y siente la necesidad de brindar a los otros las vías para salir de la caverna. Es una alteridad solidaria que nos recuerda el compromiso social.

*“Sobre el filo de la navaja”, el volumen tercero, no tiene otro cometido que el de brindar, a quien ha logrado subir y regresar, las herramientas necesarias para moverse con habilidad en el inestable equilibrio de la luz y las sombras, y en donde en cualquier momento pueden surgir viejos fantasmas que nos hagan olvidar que “subimos a la cumbre” y nos aten otra vez a las cadenas de la cueva.*

~~~~ \* ~~~~

Soy consciente de que el mundo de los Misterios no es fácilmente comprensible, y soy consciente también, al escribir estas líneas, que pocos serán los que logren comprenderlas en su verdadero sentido. Pero también sé que ese mundo, el de los Misterios de la Naturaleza, no está abierto para todos.

Este es sólo un esfuerzo para que esos pocos sean más.

Bienvenido a este Camino, donde deberás entender lo incomprensible.  
*“Cuando llegues a la cima de una montaña, sigue subiendo”.*

# VOLUMEN PRIMERO

El ascenso a la montaña



## Apostillas de Aarón al volumen primero

**E**l texto que he recopilado, con algunos agregados personales a fin de hacerlo más asequible al lego, pero sin grandes pretensiones, intenta acercarnos al conocimiento de los seres humanos en sus diferentes características, en el que cada uno de nosotros debe “romper” el lazo de su ignorancia, como si se tratase del “nudo gordiano”. Como nos recuerda la leyenda, un campesino de la zona de Gordión, llamado Gordias, tenía por costumbre llevar sus bueyes atados al yugo con cuerdas que anudaba con tal pericia que resultaba muy difícil o casi imposible desatarlas. Estos nudos lograron tal predicamento que se configuró un augurio en el que se indicaba que aquél que fuese capaz de deshacerlas sería el futuro rey de Frigia y que llegaría por la Puerta del Este acompañado por un cuervo que se posaría sobre el carro. Así fue cuando se acercó Alejandro el Magno, quien con su espada cortó el nudo de un solo tajo diciendo “es lo mismo cortarlo que desatarlo”. Narra la leyenda que el cielo se deshizo entonces en una tormenta de rayos que fue interpretada como la alegría del propio Zeus porque Alejandro había resuelto el acertijo.

Ello fue interpretado como la unión del ser humano con la naturaleza, pues, tal como se indica en el manuscrito que hemos transcrito, es la clave de oro de la relación de los seres humanos con el planeta. Nos convertimos en reyes de nosotros mismos cuando sabemos desentrañar los misterios de nuestra condición humana y el planeta que nos alberga nos brinda su aquiescencia. Tengamos en cuenta que en las enseñanzas tibetanas, que se recogen en el texto de La Voz del Silencio, se recomienda hacerse uno con la Naturaleza y se indica que “si colaboras con ella, te prestará obediencia y te abrirá sus secretos más recónditos”. La Naturaleza “abrirá de par en par las puertas de sus recintos secretos, y pondrá de manifiesto ante tus ojos los tesoros ocultos en las profundidades mismas de su seno puro y virginal. No contaminados por la mano de la materia, muestra ella sus tesoros únicamente al ojo del Espíritu, ojo que jamás se cierra, y para el cual no hay velo alguno en todos sus reinos”.

El texto del manuscrito nos recuerda también el misterioso arte de vencer

*sin combatir, utilizando la inteligencia superior que todo lo une, pues tal como en Oriente se enseña, si queremos quebrar una vara podemos hacerlo sin dificultad, pero si unimos varias varas podemos comprobar que resulta imposible partirlas todas juntas, con lo que se confirma el antiguo adagio de que “la unión hace la fuerza”, y también que ante la fuerza podemos utilizar la habilidad como una herramienta de nuestra inteligencia, volviendo a separar a las varas y rompiendo una tras otra. Del mismo modo que Kant nos indica en su obra La paz perpetua que “si es un deber, al mismo tiempo que una fundada esperanza, el que todos contribuyamos a realizar un estado de derecho público universal, aunque únicamente sea desde un punto de vista aproximado, entonces la paz perpetua que se deduce de los hasta hoy falsamente denominados tratados de paz (en realidad, sólo armisticios) no es mera idea, sino un problema que debemos ir solucionando poco a poco y procurando acercarnos constantemente hasta su fin, ya que el movimiento del progreso ha de ser en el futuro mucho más rápido y eficaz que en el pasado”.*

*Es función de los seres humanos alcanzar la Fama Fraternitatis en donde todos sean uno consigo, con todos y con la divinidad, a través de la paz que se alcanza superando los contrarios.*

## Libro Primero

**C**omo nos recuerda Pitágoras, *“el principio es la mitad del todo”*. Por tanto, en la primera parte de este manuscrito intento condensar todos los elementos y conceptos sustanciales que puedan servir para interpretar mejor el complejo enigma del ser humano.

Con este fin, he sistematizado tres tipos humanos siguiendo los esquemas de antiguas tradiciones, con la idea de comprender mejor determinados comportamientos y actitudes que encarnan los seres humanos, en aparente contradicción, pero que pueden justificarse como el resultado de fenómenos complementarios y no antagónicos.

Ello no quita que sobre los tipos humanos mucho se haya dicho y analizado desde disciplinas como la psicología, la antropología, la sociología u otras. El modelo que aquí asumimos no responde a ninguna de ellas (o incluso puede resultar cercana a todas), ya que se trata de un esquema simbólico que encarnamos en la metáfora con el fin de analizar estos tipos humanos con el instrumento de la imaginación simbólica.

Pensemos por ejemplo en Hipócrates, que clasificó las personalidades humanas de acuerdo con cuatro temperamentos determinados por los humores en el cuerpo humano, como la sangre, la bilis, la linfa o la bilis negra (*atrabilis*) y que, según sus proporciones, daban lugar a caracteres como el sanguíneo, el linfático o el nervioso. También lo hizo Galeno, que hablaba de los *“fluidos vitales”* relacionándolos con los elementos que se encuentran en el Universo, configurando en el ser humano *“un universo en miniatura”*. El *“humor sangre”* se relacionó con el carácter *sanguíneo*, con el aire, con el planeta Júpiter y con la propiedad de lo caliente-húmedo. El *“humor linfa”* se relacionó con el carácter *flemático*, con el agua, con la Luna y con la propiedad de lo frío-húmedo. El *“humor bilis”* se relacionó con el carácter *colérico*, con el fuego, con el planeta Marte y con la propiedad de lo caliente-seco. La *atrabilis* o la *“bilis negra”*, quizás uno de los humores más enigmáticos, se relacionó con los caracteres *nervioso* o *melancó-*

*lico*, con la tierra y con este planeta, dando la propiedad de lo frío-seco. A los dos primeros se les atribuyó la característica de energía y plasticidad, y a los dos segundos de energía y rigidez.

Las categorizaciones continuaron, sobre todo durante los siglos XVIII y XIX en los que la ciencia morfológica y la antropología van a dar sus argumentaciones. Se habla del tipo respiratorio con forma de trapecio, del digestivo con desarrollo abdominal, del muscular con líneas definidas o del cerebral con capacidad craneal. También se habla de energéticos o irregulares, o de longuilíneos o brevilíneos. Por su parte, la psicología hace sus aportaciones y, quizás entre las más emblemáticas se encuentre la de Jung, que llegó a identificar los tipos humanos partiendo de la concepción binaria de dos tipos psicológicos como son el extravertido y el introvertido. En muchos casos, no se ha desechado la idea de las relaciones del carácter con los planetas, como un todo vivo que se deriva del término zodiaco con su posible raíz en *zoon* como "*cosa viva*".

Columbro que todos estos asertos se desenvuelven en un universo simbólico que intenta apresar fórmulas de interpretación y comprensión de "*la condición humana*".

A lo largo de la historia de la humanidad se han buscado símbolos para representar modelos que sirviesen al imaginario de los seres humanos como puntos de encastre de las ideas más sutiles, que a veces escapan al conocimiento racional pero no así al conocimiento intuitivo.

## Los tipos humanos

En este sentido, la figura del árbol ha encarnado un factor figurativo de singular importancia. Ya sea como el *Árbol Sephirotal* de la Kábala, el Sicomoro bajo el cual se impartía justicia en el antiguo Egipto, el *Iggdrasil* -el fresno de la mitología nórdica- o el Árbol invertido de las enseñanzas gnósticas con las raíces en el cielo.

La imaginería del Árbol sirve también para simbolizar al ser humano que, como un Atlas redivivo, hunde sus raíces en la tierra y se eleva por el tronco hacia el cielo que alcanza con las ramas y la copa, siendo en su parte superior donde genera las flores y los frutos que deja caer ya maduros sobre la tierra.

Del mismo modo que la naturaleza nos brinda diferentes tipos arbóreos, también podemos colegir que los seres humanos manifiestan distintas tipologías. En la variada gama de estas posibles acepciones tipológicas, que de un modo u otro reflejan modelos, podemos acertar en la configuración de tres tipos humanos, que en realidad son cuatro, y que desde una perspectiva con-

vencional puede servirnos para comprender mejor la naturaleza de la condición humana.

Los modelos que hemos elegido no invalidan otros modelos posibles que, desde una u otra perspectiva, sirven para analizar esa naturaleza, ya que los hemos adoptado como un modelo más pero que se ajusta a la intención de este ensayo.

Hay tres tipos de seres humanos que, como apunto, en realidad son cuatro. El Caballero diurno, el Caballero nocturno y la Dama, que es dual en ella misma. El neófito que quiera avanzar por el camino angosto del Conocimiento podrá servirse de estos prototipos, buscando sus características con el fin mejor de actuar por el áspero sendero que nos lleva a nosotros mismos, como nos recuerda ese precepto pitagórico que apunta: *“abandona los grandes caminos, sigue los senderos”*.

Estos tres tipos forman el triángulo primordial: el tres, que en realidad es el cuadrado primordial: el cuatro, por influencia de la Dama que es dual. Es en el momento en que aparece el cuatro cuando el triángulo tiene base y adquiere volumen, y del triángulo y el cuadrado -del tres y el cuatro- surge el siete y aparece la pirámide, que es fuego elemental.

Como se refleja en los Cánones de la Caballería medieval, la *dama* es algo más que mujer y el *caballero* algo más que hombre en la medida en la que se logran trascender limitaciones y miserias humanas en el esfuerzo de buscar la esencia en el *somos* que hay en cada ser, en la alteridad fraterna, en el dominio de la personalidad esclavizante. Como reza la divisa de los caballeros templarios: *“non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da Gloriam”*, recogida del Versículo primero del Salmo 115.

No en vano, Raimundo Lulio en su *Libro de la Orden de Caballería* recogía, entre los requisitos y atributos para ser armado caballero, el de las *espuelas* como símbolo del dominio sobre la bestia, es decir, sobre la naturaleza inferior, junto al *baño* purificador, al *cinturón blanco* de la pureza, a la *espada* símbolo de la voluntad, la *acolada*, el suave bofetón de la humildad, el *ósculo* fraternal y el *espaldarazo* sobre los hombros y la coronilla que lo introducían en el compromiso de la iniciación caballeresca.

Busquemos ahora, para poder comprender su significado, imágenes simbólicas que en cada tipo humano nos puedan ayudar a captar sus esencias inmanentes, para lo que nos apuntalaremos en la figura del Árbol como emblema que encierra los cuatro elementos de la Naturaleza: la tierra en sus raíces y en el tronco, el aire en sus ramas, el agua en su savia, el fuego en sus flores y frutos, y como puente que es entre el cielo y la tierra, entre lo sutil y lo material.

### El Caballero nocturno

Un hombre nocturno es como un madero quemado por el fuego y que a su paso deja su marca, tizna con el carbón. De ahí el color negro.

Ello le da su capacidad de transmutación en el servicio, dando luz al quemar el leño.

Si bien todos los tipos humanos pueden identificarse por el leño, su servicio es diferente.

Se identifica con el silencio. El silencio es el amanecer del sonido en su gestación. Es el Caos. El hombre nocturno es un "*logos gestador*" pero, para crear, los tres prototipos se necesitan.

### El Caballero diurno

Es como un madero cortado por el hacha, pega con la resina. De ahí su color naranja.

Ello le da su capacidad de transmutación a través de la acción para servir de leño. Ambos caballeros, nocturno y diurno, son como el leño.

Se identifica con el sonido. El sonido es el equilibrio del ruido, es la organización en el Cosmos. El caballero diurno es "*logos creador*". El caballero diurno y el nocturno se complementan.

### La Dama

Si en los hombres la sublimación se da por el sacrificio de la materia (el madero quemado en el hombre nocturno o el madero cortado en el hombre diurno), en las damas la sublimación se da por el sacrificio del árbol en la creación, o transmutación de su energía en flores y frutos relacionadas con el aire que transporta el polen. De ahí que su color sea el celeste.

Las mujeres generan formas que buscan ser cada vez mejores y más bellas.

Su capacidad de transmutación se manifiesta por la renuncia de sí mismas para la creación de un nuevo ser, de una nueva forma, de una nueva acción, de una nueva obra, de un nuevo pensamiento.

Todos utilizan el leño del árbol. Los caballeros lo subliman en su destrucción y transmutación, las damas lo subliman en la creación de una nueva forma, que debe superarle en alcance, belleza y contenido. De un modo u otro todos se apoyan en el madero.

Para las damas, el sonido es la música armónica, es el sonido de las formas creadas. Es la creación, la materialización como sonido primordial.

En las damas, todo es creación, es el "*cosmos que nace*", buscando la eficacia y la belleza.

Así, los tres prototipos se necesitan y complementan.

Para las damas, la materia tendrá siempre dos aristas y dos grandes posibilidades, que se encuentran en pugna: la materia triunfando en desorden sobre el espíritu y el espíritu ordenando la materia.

Este segundo aspecto es el que deben desarrollar y potenciar las damas.

Si para el caballero nocturno el silencio es el amanecer del sonido en gestación y para el caballero diurno el sonido es el equilibrio del ruido, la organización del Cosmos como Logos organizador, para la dama el sonido es la música, es el sonido de las formas creadas, es la creación, el Cosmos en sí mismo manifestado; pero también es el "puente" entre el sonido primordial y el sonido manifestado.

Las damas son la Creación, en ellas todo es cosmos, es decir organización: eficacia y belleza.

## Libro Segundo

### Clave física para interpretar al ser humano

**E**l cuerpo es un cofre contenedor. La observación "objetiva" del cuerpo físico permite llegar a comprenderlo como un objeto en el que transportamos algo sagrado.

Todo cofre posee una cerradura y es necesario, para abrirlo, poseer la llave, es decir, la clave. Pero la llave que abre el cuerpo humano se ha perdido, o mejor dicho, ha sido ocultada.

El "sentido de supervivencia" ha hecho que el ser humano, al no poder encontrar la llave y al no poseer lo que el cofre contiene, haya pensado que la llave no existe y ha convertido al cofre de "objeto" en "sujeto".

El cofre, el cuerpo físico, como sujeto se ha conformado en el principio y el fin de todas las búsquedas, como "soporte" de materia en lo psíquico y en lo espiritual.

Si el comportamiento humano se reduce únicamente al ámbito físico, al ser éste "soporte", por su propia naturaleza influye en lo psicológico y en lo espiritual, dando en lo psicológico emociones y pensamientos de tipo material y en lo espiritual razonamientos y justificaciones de índole materialista.

Pero si como "soporte" entendemos que "mantiene" algo, y lo reducimos a un mero trámite para llegar a algo, o como un simple objeto, se convierte en principio del camino hacia el sujeto.

Si ocurre de esta manera, se producirá un fenómeno inverso. De modo que si hacemos partir nuestro análisis, nuestra observación, desde lo psicológico, daremos a nuestro cuerpo físico un hálito psíquico; si elevamos un poco más las metas de nuestra investigación, desde lo espiritual, espiritualizaremos nuestro comportamiento vital.

El problema es que sin llave el cofre no se puede abrir por su cerradura.

Frente al "sentido material de supervivencia o sobrevivencia" se encuentra el "sentido espiritual de vivencia o intuición interior".

A partir de ese momento, la "supervivencia material" se resquebraja y nace la angustia, la melancolía, la "nostalgia" de un tesoro encerrado en el interior del cofre, que nos pertenece y que queremos conocer. Es una especie de adoración, ya que los tesoros, ante la imposibilidad de gastarlos o usarlos, tienden a ser adorados como "objetos de culto".

La "Llave" son los "Misterios Mayores". Ellos se encuentran "perdidos" para los seres humanos en el presente "periodo del hierro" como se ha dado en llamar, como consecuencia del análisis de los ciclos históricos que se hace en Oriente sobre el concepto de Kali-Yuga.

La desesperación del filósofo, del "buscador de la Verdad" como se le llama, es querer abrir el cofre y no poder encontrar la llave.

Debemos partir de la base de que, en mínimas, en contadas y excepcionales ocasiones, le es dado a algún ser humano del "periodo del hierro", en el Kali-Yuga, el acceso a la llave; pero los "buscadores" son legiones, ¿cómo ayudarles?

Sólo cabe el camino de los "Misterios Menores". Éstos son de carácter experimental, epistemológicos, y pasan siempre por la "experiencia personal".

El diferenciar el cuerpo físico y entenderlo como un objeto es el primer paso de los Misterios Menores. Es lo que se ha dado en llamar la "conciencia del alma inmortal": la conciencia de que el cofre guarda algo.

No por ello debemos despreciar al cofre. Éste tiene su propio camino, su "experiencia física" en lo individual, y en lo genérico su "experiencia histórica".

Para abrir el cofre existen tres posibilidades: las dos primeras se dan en el marco de la condición masculina, bien forzando y partiendo su cerradura, o bien construyendo con habilidad e inteligencia una llave maestra que sirva para abrirlo; la tercera posibilidad, más enigmática, es propia de la condición femenina, y consiste en abrirlo por "utilización".

El cofre no debe romperse en ninguna de las tres circunstancias, sólo debe forzarse o manipularse su cerradura en el caso masculino y, en el caso femenino, la Naturaleza (la cerradura) se abre a quien sabe "cultivarla con equilibrio". Así surgen las diversas posibilidades: la del "caballero nocturno", la del "caballero diurno" y la de la "dama celeste", y entre los tres simbolizan el globo del planeta.

## El Caballero nocturno

Debe entender que su cofre debe ser forzado, partido por la cerradura hasta

llegar a poseer el tesoro. Como nos recuerda Alejandro Magno en el mito del "nudo gordiano".

Aquí vale el esfuerzo en soledad. El cuerpo está al servicio del caballero nocturno. El cuerpo no debe ser jamás un impedimento en la búsqueda. "El dolor es su camino".

El hombre nocturno "estira" su cuerpo. Para entendernos, el hombre nocturno es gótico.

El caballero nocturno, por la redención de sí mismo, redime a los demás.

### **El Caballero diurno**

Debe entender que su cofre debe ser manipulado. Con la habilidad necesaria para que sin llave la cerradura ceda y entregue el tesoro.

Aquí vale la "fuerza en compañía". El cuerpo sirve al Caballero diurno. El cuerpo no debe ser jamás un impedimento en la búsqueda. "El cansancio es su camino". Tal como sabemos, la "unión hace la fuerza" y la inteligencia mancomunada desarrolla habilidades.

El Caballero diurno "ensancha" su cuerpo. Para entendernos, el hombre diurno es románico.

El hombre diurno, por la redención de los demás, se redime a sí mismo.

### **La Dama**

Debe entender que su cofre no debe ser forzado ni manipulado, sino que debe ser "cultivado en equilibrio".

La Naturaleza y la mujer tienen la misma clave. Si la mujer ataca a la naturaleza, ésta se defiende y se bloquea.

Si la mujer se hace una con la Naturaleza, no hay secretos para ella en la naturaleza.

El caballero-hombre necesita "conquistar" la naturaleza, la dama-mujer necesita "identificarse" con ella.

El cuerpo, el cofre, debe ser cultivado como se cultiva el campo, es decir, en su momento oportuno, siguiendo los ciclos de la Naturaleza, sin violentar el ser de las cosas.

La dama-mujer debe huir en todo momento del desequilibrio, que puede provocarle una inestabilidad o fragilidad psicológica. Huir de los excesos frente a su propia naturaleza: jamás cultivar en exceso un cofre que debe, como el

campo, responder a las leyes de la Naturaleza y que lleve a la mujer a una dedicación excesiva al cuerpo físico, forzando estérilmente su propia tierra de cultivo; o un camuflaje excesivo, en donde las apariencias traten de ocultar una tierra que, si bien ya está cansada por el cultivo, es rica en experiencias; o un abandono "pseudo-espiritual" del cuerpo físico (es decir, de sus mínimos cuidados necesarios), violentando así la propia naturaleza.

Resumiendo, la dama debe "utilizar" su propia esencia, es decir, debe "cultivarla con equilibrio". Para una dama conocedora de su propia naturaleza, la Naturaleza no tiene secretos; la cerradura del cofre cede sola, ya que no puede haber secretos para el dueño de algo. Como se refleja en el texto tibetano de *La Voz del Silencio del Libro de los Preceptos de Oro*, "ayuda a la Naturaleza, con ella trabaja, y la Naturaleza de considerará como a uno de sus creadores y te prestará obediencia".

Aquí vale la "fuerza de la armonía", con una misma o con todos.

El cuerpo es "útil" (como un instrumento armónico) para la dama.

Pero el cuerpo no debe ser jamás un impedimento en la búsqueda: "la armonía es su camino".

La dama equilibra su cuerpo (su belleza nunca es por exceso ni por defecto; en la primera se reblandece y en la segunda se agría). La naturaleza en equilibrio es siempre bella, no importa su tiempo o su forma, siempre tendrá una nota armónica que dar; para entendernos, es como un "puente" entre dos márgenes.

La dama, por la redención de las formas, se redime a sí misma. Es una naturaleza vital, preñada de vida en la vida.

## Libro Tercero

### La energía



En el ser humano la "fuente de energía" es una. Sin embargo, lo que no debe confundirnos es que esa energía la podemos recoger en distintas partes de nuestro organismo.

Se trata como en el caso de un río en el que podemos beber de sus aguas: en la misma vertiente, en las altas montañas o cuando ya serpentea en el valle, pero clara y cristalina sólo la encontraremos en la vertiente.

Podríamos decir para entendernos que, según donde se sumerja el hombre, el efecto de esas aguas será distinto.

En el caso de los seres humanos de los últimos tiempos, éstos se han acostumbrado a sumergirse en unas aguas (energía) contaminadas o, en el mejor de los casos, deterioradas.

### Sobre distintos tipos de energía a los que puede tener acceso el ser humano

Hay una energía superior (la de las fuentes), y que quienes logran tener acceso a ella han encontrado la llamada *Fuente de Juvencia*, la fuente de la eterna juventud.

Hay otra energía que llega al hombre a través de la "purificación" (estado medio).

También, hay una tercera energía que es "residual"; son los restos deteriorados de las dos corrientes anteriores.

Las tres energías mencionadas son una sola, que tiene su vertiente en la "fuente de la vida" y que se manifiesta entre ciertos individuos como "agua purificadora", aquellos que, en realidad, ya están purificados. Luego abre su cauce entre grandes pinares hasta llegar al valle, y en el valle ya corre con cierta hori-

zontalidad hacia el mar. El agua residual es el agua corriente (la energía común) a la que tienen acceso los seres humanos en general. Sólo tiene de potable su esencia, pues el propio curso y el barro hacen que en ciertos casos, para beberla, haya que filtrarla (aunque no purificarla). En otros se estanca, entra en putrefacción y es mortal. Al mezclarse con el mar deja de ser potable, aunque allí es útil para el planeta en donde cierra su ciclo.

Más allá de la metáfora que acabamos de señalar, el camino por el que los seres humanos pueden reconocer sus energías está dentro de nosotros.

Al vulgo le confunde la "energía del planeta" y a veces, al participar "indirectamente" de ella, se siente reconstituido (cuando respira aire puro —que le marea—, cuando tiene acceso a la energía del mar —que le baja la tensión—, cuando recibe sol —que termina quemándole o insolándole).

Podemos "comulgar" con la energía del planeta cuando hemos abierto los cauces internos de nuestra energía y la una circula a través de la otra, ya que al ser de la misma naturaleza se revitalizan los individuos.

En el caso contrario, es como echar vino en un estómago vacío: se pierde el control.

El verdadero modo de energetizarnos es la búsqueda interior de la *Fuente de Juvencia* abandonando las aguas del valle, sumergiéndonos en las purificantes aguas y torrentes fríos de la alta montaña, hasta llegar con Conciencia a la "fuente dadora de vida".

Quien de allí vuelva al valle, purificará sus contornos y será la presencia viva de la montaña vertical en el valle horizontal.

### De cómo comenzar el camino de regreso a las Fuentes

El ser de nuestro tiempo agoniza. Esta agonía, esta falta de energía, es la que le aleja cada vez más de la posibilidad de encontrar el modo de abrir la cerradura del cofre de su cuerpo que guarda el más entrañable de los Secretos.

Sin esa mínima energía vital, se hace imposible el avance interior. Alimentado por las "aguas corrientes", su deterioro cada vez es mayor.

Esa toma de conciencia debe adquirirla por el contacto con la filosofía que le recuerda la unión con su propia naturaleza y le plantea la posibilidad de regreso a las Fuentes.

En tales circunstancias, los seres humanos toman conciencia de la torpeza de sus cuerpos, de su exceso de alimentación, de su exceso en el dormir, de su excesiva atención al cofre externo (a su caparazón) en vez de analizar su cerradura y las posibilidades de apertura.

El deterioro de la energía produce somnolencias, desgaste sin trabajo, esta-

dos de abulia. Todo ello nos lleva hacia un "callejón sin salida"; curiosamente, antes de tomar conciencia del error se busca la energía en el desmedido desgaste de la misma.

Al tener el cuerpo humano una "cierta autonomía" con el resto de las otras "partes" que componen al ser humano, el mismo cuerpo le "pide" mayor asimilación de alimentos y descanso, ya no en busca de la "energía" que ellos puedan tener, sino en el placer de asimilarlos como elementos materiales. Al ser el cuerpo físico el que "pide", todo se degrada a ese ámbito meramente físico.

Quien conoce a tiempo esta agonía, debe fomentar en todo su entorno vital, en todo su medio de vida, una "seria crítica" y de allí una "crisis vital, un cambio radical" en su forma de ser.

## EL CAMINO SE BIFURCA SEGÚN LOS SERES HUMANOS

### El Caballero nocturno

El "camino de la purificación energética" debe buscarse a través de la "autocrítica". Hay un "foco" de energía interior que, cuando se abandona el primer paso del valle camino de su montaña interior, hace que surja el ser vigilante.

Allí hay un "foco de templanza" que hay que desarrollar.

A partir de esa templanza, buscar la "autocrítica" de nuestro comportamiento vital.

Si bien la fuente es la misma para ambos tipos humanos, el Caballero nocturno controla desde dentro. Cuando esto ocurre, ha aparecido una vía de trabajo por la que se llegará a la *Fuente de Juvencia*.

### El Caballero diurno

El "camino de la purificación energética" debe buscarse a través del "autocontrol". Hay un "foco" de energía que, teniendo una raíz interna, tiende a extrovertirse en actividad cuando el Caballero diurno abandona el valle en busca de su purificación.

Allí hay un "foco de temperamento" que hay que desarrollar.

A partir de ese temperamento, buscar su autocontrol para comenzar a dominar nuestro comportamiento vital.

Si bien la fuente es la misma para ambos tipos humanos, el Caballero diurno

la controla desde fuera. Cuando esto ha ocurrido, ha aparecido una vía de trabajo por la que se llegará a la *Fuente de Juvencia*.

Una vez que el "camino de la purificación" se haya realizado, los aspirantes, ya sean diurnos o nocturnos, vuelven a unir sus caminos y se encuentran en la "fuente única de la eterna juventud". Se trata de una juventud espiritual, de una energía superior. Es la energía que vitaliza todos los campos de la materia; sin ella no hay vida.

Ya el aspirante en el "camino de la purificación" experimenta la sensación de que la energía del planeta "pasa" por él. Comienza a "hermanarse" con la "Energía Una". La "Fuerza" comienza a "transitarle" por todo su organismo. Se trata de algo más allá de una fuerza física, pero que influye en la naturaleza material.

Cuando el aspirante se sumerge en las aguas de la "Fuente eterna", él es la Fuerza, la energía es él.

A partir de entonces, la materia es un accesorio. La cerradura del cofre no tiene secretos para él.

## La Dama

El camino de purificación debe darse en dos pasos.

En la mujer existe primero "identificación" con el pensamiento o idea y luego con la creación y acción.

A través de la comprensión de su dualidad, encuentra el posterior equilibrio y éste es su vía de trabajo hacia la "identificación" con la *Fuente de Juvencia*.

Dicho lo cual, hay que señalar que todos los tipos humanos, poniendo a prueba el ejercicio de sus habilidades, pueden acceder a la *Fuente de Juvencia*, a la Afrodita de Oro, como le llamaban los clásicos.

Por otra parte, más allá de las tendencias que cada ser humano tenga hacia un tipo específico, en las que prima un prototipo sobre otro, debemos tener en cuenta que todos participamos de todos los modelos, de tal modo que todo caballero tendrá un lado de sensibilidad femenina y toda dama tendrá un lado de sensibilidad masculina, y como en el diagrama del Tao, en lo nocturno habrá algo de diurno y en lo diurno algo de nocturno, pues los unos y los otros constituimos un Todo natural.

## Libro Cuarto

### Sobre las emociones



Las emociones bifurcan la energía de los seres humanos debilitándolos, puesto que la Energía es Una.

Simplificando, podemos decir que hay dos clases de emociones: las de carácter instintivo o animal y las de carácter intuitivo o espiritual. Ambas producen efectos sobre la psique; las primeras la horizontalizan, mientras que las segundas la verticalizan.

Aunque, en su último grado, las emociones inferiores son producto de las pasiones y las superiores son producto del éxtasis místico, existen "substratos" en los distintos planos de la psique humana donde este esquema dual vuelve a repetirse, siguiendo en lo particular las mismas leyes de lo general. Así ocurrirá que, en cualquiera de los estados psicológicos del ser humano, éste podrá optar por una "sensación superior" (es decir, hacia arriba) o por una "sensación inferior" (es decir, hacia abajo), ya que es en el mundo psicológico donde la "dualidad" se manifiesta con mayor intensidad. Esto es lo que provoca en el individuo común un desequilibrio permanente.

Los elementos subconscientes revisten para el hombre un carácter de "propulsores" hacia lo material o hacia lo espiritual.

Estos "propulsores" no son malos ni buenos en sí; sirven para precipitar la resolución humana hacia la "materia efímera" o hacia el "espíritu perdurable", pues lejos de lo que se pueda creer, la "sustancia" espiritual tiene mayor solidez que la material, como se puede comprobar cuando se accede a ella.

El ser humano es una "conciencia" vagabunda o aventurera si se quiere. El verdadero caminante está allí. La materia le enseñó en pasadas experiencias que el mundo es transitorio, pero el polvo de los mundos pasados son pedruscos en sus alforjas. Si el hombre negara psicológicamente su pasado, la experiencia de la materia destructible tendría que volver a repetirse y seguiría reencarnando hasta que "conscientemente" se diera cuenta de que esto es pasajero.

Asimismo, el deleite en lo pasado, la recreación inútil de las formas superadas, le anquilosaría y le detendría en su camino.

En esta disyuntiva, el hombre material almacena su ambigüedad en la trastienda (subconsciente) de su conciencia, pero al estar tan "dormido", estos elementos le aguijonean constantemente siempre que se presenta una oportunidad de decisión personal, y esta inconsciencia sólo puede llevarle a la enajenación y a la locura, ya que no logra entender nada.

En realidad, lo que ocurre es que el hombre no sabe qué hacer con su pasado. Por lo general resulta una carga incomprensible en lugar de un pedestal. Es como llevar a cuestas una peana cuando en realidad la poseemos para montarnos sobre ella.

A partir de aquí, podemos observar que nuestro mundo psicológico está al revés. Los seres humanos caminan con los pies hacia arriba y la cabeza hacia abajo (como en la "cámara de la locura" en la pirámide de Keops).

A causa de la llamada de los instintos (a través de sus propulsores) los seres humanos pierden habitualmente su equilibrio.

Los sentimientos inferiores están hechos para el mundo de la materia, y por tanto no tienen cabida en la línea de una conciencia que está intentando saltar hacia el mundo del espíritu.

Todo sentimiento inferior, sin excepción, degrada al ser humano.

El dolor de la psique hundida en la materia se produce porque sustancialmente su naturaleza ya no es afín a esos planos, pues al ser de su pasado ya ha superado esa experiencia. Una experiencia que le ha enseñado, en lo psicológico, que la materia es propensa a la desintegración, que su aparente consistencia es superficial y que, además, es esclava de lo pasajero.

El tiempo, en su aparente sutileza, destruye y degrada la materia, en su aparente solidez, y de ello se ha percatado el ser humano por vía de la experiencia.

La falta de consistencia de la materia altera el comportamiento interno de los seres humanos, y como por lo general no se atreven a reconocerlo, almacenan este conocimiento en el subconsciente.

La muerte, como aparente fin de la materia y degradación real de la forma, es uno de los conceptos más rechazados por el ser humano; es su punto de crisis emocional cuando no está dispuesto aún a admitir que el espíritu permanente vence a la carne pasajera.

Por ello, hemos dicho anteriormente que el ser que habita exclusivamente en sus sentimientos es un "ser humano psíquico", especialmente frágil.

Si admitimos que los sentimientos son la exudación de nuestra conciencia al atravesar las distintas experiencias, éstos no tendrán peso en sí, sino que serán como las gotas destiladas en un alambique. Con la observación fría de nuestra

conciencia podríamos interpretar cómo marcha la experiencia, el experimento de nuestra existencia. Según el color o las características de nuestros sentimientos, podríamos observar nuestro grado de evolución, conocer acerca de los pasos del instinto o acerca del camino hacia la intuición, hacia el discernimiento.

De esta manera, los seres humanos pueden crear sobre sí mismos un laboratorio de superación. La existencia de los sentimientos no es ahora un lastre, sino que éstos constituyen los resultados más importantes de su experimentación personal, las probetas más sugestivas de su laboratorio interior.

Ahora tendrá que observarse a sí mismo y observar a los demás. Ahora tendrá que abandonar paulatinamente los líquidos pesados de sus destilaciones y alcanzar las formas volátiles en sus crisoles. (Por eso la psique fue representada como una mariposa en las antiguas corrientes filosófico-psicológicas). Este es el camino en el que encontramos, paso a paso, la comprobación de la consistencia de lo espiritual. El ser humano comienza así a abandonar la "cámara de la locura", a la que hicimos referencia, y gira sobre su propio centro colocando los pies hacia abajo y la cabeza hacia arriba.

En este momento todo cambia.

La materia se desintegra constantemente, se degrada (es arena en nuestras manos), resulta incluso inconsistente, diríamos -para entendernos- "poco material". En cambio, el espíritu se manifiesta en toda su esencia, concreto, manejable, aprehensible, consistente y, diríamos para entendernos, "casi material".

Los instintos se nos muestran ahora como una vía grosera, rugosa, antiestética, desequilibrada. Son estériles, como caminos sin salida: no se puede engendrar en lo que ya está muerto.

Surge, como primera reacción, la repulsión hacia la carne, por efímera. Nadie se aferra a un madero podrido que termina por hundirse. Resulta incluso incomprensible el tiempo dedicado a nuestro mundo anterior, a algo que ya había pasado; era como haber abrazado durante años un cadáver sin darnos cuenta de su putrefacción o, quizás, confundiendo por vida la febril vitalidad de la descomposición.

La intuición es en cambio, ahora, una vía concreta, casi material, un camino real donde podemos hollar con nuestra conciencia caminante. El sentido etéreo, de fragilidad o insustancialidad que presentaba antes era una alteración de nuestros sistemas de percepción.

El olor de los instintos entorpece al perfume de la intuición. Pero si aquél es denso, éste es sutil; si aquél nos retiene, éste nos impulsa, nos dinamiza.

El paso siguiente es colocar las cosas en su sitio. Haber vivido no significa olvidar lo aprendido, y el camino hecho no es para andar mirando hacia atrás

(como en el ejemplo de la mujer de Lot), sino para comprender que, por la misma naturaleza de las cosas, existe siempre un camino hacia delante.

La materia es útil cuando se halla al servicio del espíritu y no cuando esclaviza a éste.

Sepamos que con muchos terrones hacemos una montaña que nos permite tocar las nubes, pero también sepamos abandonar lo que ya no nos es útil. Cuando crucemos un río, no carguemos con el bote a cuestas para subir la montaña.

Cada experiencia tiene su tiempo, como cada ser humano tiene su historia, y ambas deben ser útiles para liberarnos del tiempo y de la historia.

Los sentimientos nos servirán como camino de observación y, en adelante, como método de dominio sobre nosotros mismos.

Los prototipos humanos presentan, en sus líneas y en sus respectivos roles, el mundo ideal para ese trabajo. Aquí se encuentra el camino de nuestro propio dominio y de nuestra propia superación.

"La mente fría en un corazón ardiente".

### **Método de control**

El ser humano debe preocuparse por observar y controlar sus emociones.

Para observar sus emociones, debe observarse a sí mismo en sus comportamientos habituales y en sus reacciones inusuales.

Una "mente fría" debe predominar en todo momento sobre el fenómeno sentimental que se encuentre viviendo: intentando observarse desde fuera como si no fuera él mismo, si bien ello no significa dejar de sentir con un corazón ardiente, con un "sagrado" corazón de fuego.

### **Observación del fenómeno**

Es decir, aislar las reacciones circunstanciales en su momento más crítico. La dificultad que presenta el método es aislarse de la "reacción operada" y, en ese momento de mayor tensión, tenerse presente en conciencia a sí mismo. Para ello es necesario que la "objetivación" se vaya realizando habitualmente y se recapacite por las noches, recordando los momentos de "pasión" y aquellos en los cuales se ha podido "observar" el fenómeno.

## Control de fenómeno

Una vez realizada la "objetivación" del mismo, se pasa a un segundo estadio donde, con un esfuerzo de conciencia, se intenta "controlar el fenómeno". Para ello, será imprescindible aplastar con un esfuerzo de voluntad la enajenación producida por un sentimiento desbocado.

## PRUEBAS PERSONALES PARA OBSERVAR Y CONTROLAR LAS EMOCIONES

### El Caballero nocturno

La emoción más característica del Caballero nocturno es la nostalgia de un mundo distinto y mejor, que atesora en su memoria y que desea rescatar de las sombras, a pesar de las dificultades para sacarlo a la luz.

Sin embargo, como las emociones tienen una dinámica bifronte, pueden ser positivas o negativas.

Al Caballero nocturno la nostalgia le convierte en un ser introvertido, anclado en formas que no ve con claridad. Querría alcanzar lo que guarda en su mundo interior, pero no encuentra el modo.

La nostalgia como sentimiento negativo es la repulsa del presente, y como sentimiento positivo es el motor de un cambio.

El Caballero nocturno debe comenzar a ser guardián de sí mismo y no permitir que las emociones le cabalguen.

Para ello, debe observarse a sí mismo, convertirse en un laboratorio de observación.

### El Caballero diurno

La emoción más característica del Caballero diurno es la esperanza en un mundo nuevo y mejor, que él conoció y que se encuentra dispuesto a plasmar por encima de todo.

Tal como apuntamos, las emociones tienen una dinámica bifronte, pueden ser positivas o negativas.

En el Caballero diurno la esperanza, en su aspecto o polaridad negativa, le convierte en un hombre alejado de la realidad circundante. Sueña plasmar, pero no plasma.

La esperanza como sentimiento positivo es la creencia en la transformación del presente y, como tal, es el camino del cambio.

El Caballero diurno debe comenzar a ser constructor de sí mismo y no permitir que las emociones le cabalguen.

Para ello, debe observarse a sí mismo, convertirse en el laboratorio del que hemos hablado.

## La Dama

La emoción que puede ser más característica en una dama es dual, y por tanto pueden darse momentos de introversión sentimental donde busca un soporte que le permita subsistir (a través de la poesía, de la música, de un diario íntimo), y momentos de verdadero espíritu de conquista, donde es ella el soporte de otras personas.

Dada la "dinámica bifronte" de sus emociones, la introversión sentimental puede llevarla, en su aspecto negativo, a una fragilidad sentimental y, en su aspecto positivo, a atesorar ideas y emociones que le permitan realizar su obra. El espíritu de conquista, en su aspecto negativo, puede llevarla a extralimitar sus sentimientos y sus convencimientos y, en su aspecto positivo, a realizar la obra como un puente entre dos orillas: uniendo y equilibrando.

La dama debe comenzar por buscar su propio "puente interior" que la lleve de la orilla de sus dudas e inseguridades a la orilla de sus correcciones y de su realización, a fin de dominar sus emociones.

Conocida y aceptada esta "dinámica bifronte", la dama debe saber utilizar y dirigir esta dualidad positivo-negativa, evitando la fragilidad por medio de una ideología que le permita sentirse equilibrada en todo momento, no aferrándose a ideas fijas que le hagan caer en la intransigencia y en el fanatismo. Su "puente interior" debe llevarla a la otra orilla, desde la inseguridad y la fragilidad a la convicción firme y la realización de su importante papel en la historia.

## Sistema de seguimiento personal

Durante el día existen varios momentos en los que, como analizaba Séneca, nos dejamos llevar por los distintos estados de la ira. Habitualmente, en las primeras ocasiones de nuestro seguimiento personal no lograremos controlarnos, pero a medida que vayamos desarrollando nuestro grado de conciencia, nos resultará más accesible poder autoanalizarnos a diario.

Por las noches debemos recordar los momentos en los que la alta tensión nos haya hecho perder el control. Llevar a cabo un riguroso seguimiento en este sentido, con la mayor seriedad y eficacia posibles.

Notaremos al cabo de unas semanas cierta frialdad en la observación de nuestras reacciones y, más tarde, la posibilidad de aislarlas en el momento en el que están ocurriendo.

Una vez que los arrebatos hayan sido detectados y lo sean a diario, podemos pasar a analizar algo más sutil, que subyace detrás de los sentimientos, pero que se constituye de la misma naturaleza, es decir, los "estados de ánimo".

Aunque indudablemente la gama es amplia y cubre un variado espectro, tienen dos extremos que son: la "depresión destructora" y el "optimismo delirante".

### Los estados de ánimo

Al manifestarse dentro de un campo más ambiguo, su seguimiento resulta más difícil aún que con los meros sentimientos.

En muchas ocasiones "arrastramos" un estado de ánimo y no sabemos a ciencia cierta cuál es su origen. Curiosamente, con un seguimiento oportuno, veremos que ese estado psicológico ha dependido de las más inverosímiles y aparentemente ingenuas circunstancias. A veces, alguien que nos interesa no nos saluda en la calle, o el titular de una publicación nos afecta al pasar sobre la noticia sin habernos detenido a leer su contenido, o el recuerdo de algo que no nos es grato y que debemos realizar en días próximos, producen un estado depresivo que la persona en cuestión no domina. Por el contrario, una aparente buena noticia dada en un pasillo o en la calle, o la sonrisa de alguien que nos interesa, producen una suerte de estado de euforia irracional y, movidos por él, hacemos cosas en las que hubiera sido mejor actuar con más cautela y recato.

Estos "estados de ánimo" generalmente tienen un origen absurdo y absolutamente distinto a lo que estamos haciendo en esos momentos. De ahí la dificultad para localizarlos. Generalmente, la persona que no nos saludó no nos odia, sino que simplemente no nos había visto, o ella también arrastraba otro "estado de ánimo", por lo que a los dos días a lo mejor nos la volvemos a encontrar y es como si no hubiera pasado nada; pero lo malo es que durante esos días perdimos energía y tiempo neciamente y maltratamos a nuestra mente con pensamientos sentimentales erróneos. Es entonces cuando se produce un fenómeno de contrapartida, y de la depresión pasamos a una especie de gran alegría, actuando con el personaje en cuestión como si antes hubiéramos estado enemistados y ahora realizáramos la gran reconciliación. Como es obvio, el interlo-

cutor no se entera de nada y queda perplejo ante los excesos de cariño o de absurda indiferencia de quien sale de las puertas de la contradicción.

También se produce el caso inverso. El dato de alegría que nos pasaron en la plaza del mercado puede ser contrastado en cualquier momento, y comprobarse que la "buena nueva" era un error de interpretación de nuestro informador. Entonces, de la euforia irracional pasamos a la más oscura de las depresiones.

Todo ello desgasta nuestra energía, ocupa innecesariamente nuestro mundo psicológico con una densidad parecida a la del humo. Una vez abiertas las ventanas, todo se disipa. Parece absurdo observar que donde antes había todo, ahora no hay nada. Aquel "todo" brumoso que casi no nos dejó vivir durante días o incluso años, resulta ahora hasta difícil de recordar. Hasta tal punto son engañosos los "estados de ánimo" que se ocultan en los sentimientos.

El mejor modo de detectar y "dominar" los estados de ánimo es la vía de la provocación consciente de los mismos, de la siguiente forma:

Primero, traemos a nuestra mente un pensamiento o una idea que nos torture habitualmente, todos la tenemos, ya que cada ser humano arrastra su propio patíbulo.

La "sentimentalizamos" con "preocupación", es decir, preocupándonos intensamente por el tema, y acompañamos esa sensación con expresiones físicas.

Luego continuamos haciendo lo que teníamos pensado. Cuando, al cabo del rato, ya estemos distraídos trabajando o haciendo algo, nos daremos cuenta de que estamos deprimidos, abrumados, preocupados, sin saber exactamente por qué.

Si recordamos entonces que fuimos nosotros mismos los que inoculamos el veneno, nos daremos cuenta de hasta qué punto somos aún esclavos de nuestros estados de ánimo.

Luego, traemos a nuestra mente una idea alegre, relacionada con algo que queremos lograr y que estamos convencidos de que lograremos. Nos recreamos unos minutos en ella y luego volvemos a nuestro quehacer habitual.

Al cabo de un rato estaremos de buen humor, sin aparente causa especial. Aunque parezca lo contrario, esta situación es tan negativa como la anterior. Es negativa en su fragilidad. En definitiva, es también un "estado de ánimo" y, por tanto, pasajero, voluble y traicionero para nuestro mundo psicológico.

Si hemos logrado "producir estados de ánimo" en nosotros mismos, ya hemos encontrado la vía de retorno para erradicarlos de nuestro mundo interior.

Las alegrías y las penas, al ser transitorias y mudables, al ser en definitiva "estados", traicionan al ánimo.

Es aquí, en el desarrollo del ánimo, donde vamos a encontrar la "piedra de transmutación" de nuestro atañor interior. Al estar los seres humanos domina-

dos por las emociones, entre éstas y sus variables estados, el ánimo queda sometido a la penumbra de nuestra conciencia.

Sólo a través del control de nuestro mundo psíquico, podemos recuperar el pilar que nos conduce al mundo mental. No vemos la escala porque la hemos cubierto de follaje. Como decía Rudyard Kipling en su *If*, *"si guardas en tu puesto la cabeza tranquila, cuando todo a tu lado es cabeza perdida, si tienes en ti mismo una fe que te niegan y no desprecias nunca las dudas que ellos tengan (...), si al éxito y al fracaso, a ambos impostores, tratas de igual forma..."*.

El control, la calma sentimental, el seguimiento de nuestra ira y de nuestros estados psíquicos y, al fin, el dominio de las "turbulentas y oscuras aguas de nuestra psique inferior", nos lleva a descubrir el pilar de sillería de nuestro ánimo.

El ánimo es un camino y crece en la medida que lo desbrozamos, que quitamos su maleza inútil. Los seres humanos usamos más sentimientos y emociones de los que necesitamos. El ánimo nos lleva, por evolución, del instinto a la intuición.

Ánimo es talante, buen ánimo es eudaimonía interior y fuerza equilibrada en el exterior.

El ánimo es el medio para alcanzar el comportamiento necesario y útil con el resto de los seres que nos rodean. El buen talante está más allá de la alegría y de la tristeza, más allá del éxito o del fracaso. Es permanente pero evolutivo, sereno pero potente, comprensivo pero implacable, sabio pero discreto.

El camino del ánimo en el Caballero nocturno es el dominio de sus actitudes regresivas, del excesivo apego a las formas obtenidas.

El camino del ánimo en el Caballero diurno es el dominio de su volubilidad, de la inconstante transformación de lo inútil.

El camino del ánimo en la Dama es el dominio de su inestabilidad, que debe utilizar para alcanzar el equilibrio psicológico.

## Libro Quinto

### Sobre los peligros de la mente

**P**odemos entrar al mundo de la mente a través de dos puertas. Una que comunica con los seres humanos y otra que comunica con las ideas.

A pesar de que existe entre los seres humanos la costumbre de hablar de lo que piensan, como si del mundo mental trataran en sus conversaciones o cambios de palabras, en realidad nunca se han asomado al mundo de la mente. Se trata de un anhelo para llegar a él cuando aún no han comenzado a caminar por él, y en esa esperanza creen haber llegado a él.

Cuando dicen pensar, no piensan —son pensados—; nunca han salido del mundo de las emociones y son ellas las que, en la razón de su impulso, parecen pensamientos. Son, en realidad, “sentimientos-pensamientos” que no alcanzan el mundo de la mente y que, por vibrar o colocarse en los subplanos de la razón, pueden confundirse con verdaderos pensamientos. Para entendernos, el mundo de la mente en su sentido puro es inaccesible para el ser humano corriente de nuestros días: él no ha escapado del “mundo de los sentimientos” y de sus “pensamientos reflejos”.

Nadie, con contadas excepciones, piensa con autonomía. No hay dominio: son los impulsos y no la voluntad los que piensan por los seres humanos.

La mente es un mundo ignoto para los seres humanos. Aquellos que, sin medios apropiados, se aventuran en ella, no encuentran la razón, la pierden. Paradójicamente, ciertos enfermos mentales están más cerca del mundo de la mente que el hombre cuerdo que vive doblegado por sus sentimientos, creyendo que posee la razón.

Lamentablemente, el estado patológico, el estado anormal en el que han caído aquéllos, se basa en su falta de elementos para instrumentalizar la razón.

En realidad, por curiosidad o aparente azar, rompieron la “puerta de papel” que conduce al mundo de la razón y, al penetrar en él sin saber que están cambiando de mundo, se convirtieron en extranjeros de ambos mundos, copiaron sin traducir “los modelos mentales del mundo de las emociones” (como cuando se pregunta si “El Quijote” vivió loco y murió cuerdo o murió loco y vivió cuerdo). Están locos quienes en un mundo de sinrazón —como es en el que vivimos— hablan con razones desnudas extraídas de ese mundo nuevo en el que han penetrado y se vuelven locos quienes, con los esquemas de comportamiento del mundo irracional, quieren entender el templo de la razón sublime.

El mundo de la razón es bello y constructivo para quienes atraviesan la “puerta de papel” que comunica con él, no por un impulso emotivo, sino aferrados a una idea permanente y serena alimentada por una voluntad firme.

Pero el mundo de la mente es peligroso en extremo para aquellos que, por curiosidad irreflexiva o por impulsos instintivos, dan el golpe en la “puerta de papel”.

### La preparación

Es indudable que es necesario dejar el mundo de las emociones para acercarnos al mundo de los pensamientos, de las ideas. Y también es indudable que debemos educar a los hombres y a las mujeres para penetrar en él con éxito mental y espiritual.

Con tales criterios hay que preparar el camino. Una vez dominado el mundo de las emociones, podremos aventurarnos con seguridad en el mundo de las ideas.

Para ello habrá que abrir primero “la puerta que comunica con los seres humanos”, y luego “la puerta que comunica con las ideas”.

Si, como apuntábamos más arriba, el lenguaje de la mente es intraducible en el mundo de las emociones, a riesgo de “pecar de locura”, será necesario preparar a los individuos para que vayan superando las pruebas del mundo de las emociones y comiencen a avanzar hacia la comprensión de la dinámica del pensamiento.

Esa “zona intermedia” donde llegan las emociones con apariencia de “sentimientos-pensamientos” es el punto de partida para elaborar el cambio psicológico del neófito.

Si le acostumbramos a detectar cómo los sentimientos “le piensan” o “le hacen pensar”, podrá reconocerlos al comienzo y luego de detectarlos, podrá “pensar” en dominarlos. Es tan sencillo y tan difícil como aprender a “coger el

pez por la cola". Mientras intentemos cogerlo por el cuerpo se nos escapará, será un "sentimiento-pensamiento", pero por la cola —aunque sigue siendo el mismo pez— ahora ya no se nos escapa; digamos, para entendernos, que hemos racionalizado el sentimiento. Ese sentimiento dominado y racionalizado tiene mucho más del mundo mental que del mundo sentimental. Cogido desde arriba es un pensamiento útil, práctico, con el que podemos comenzar a planificar la entrada en el seno del pensamiento. Como ha dicho Unamuno, "siente el pensamiento, piensa el sentimiento".

Habremos comenzado a trabajar en el mundo de la mente práctica, la mente concreta, en la "zona intermedia". En esta zona habitan los pensamientos de todos los grandes seres de la historia de la humanidad. Todos los que se han destacado de los demás han pasado por esta zona, todos ellos han cogido "el pez por la cola".

Cuando los libros hablan de aquellos que conquistaron al mundo, en realidad no están describiendo más que una consecuencia de la conquista de sí mismos. Es una condición absoluta. Es una regla que no admite trampas, pues como ha dicho Séneca, "el hombre más poderoso es el dueño de sí mismo".

Quien "coge el pensamiento" elabora en el mundo de las formas a través del dominio de las ideas concretas. La mente concreta es práctica por excelencia en el mundo manifestado y su mero dominio es creativo entre las formas.

Lo curioso es que quienes crean y dominan en las formas, en estas condiciones, lo hacen en camino de alcanzar otra cosa, algo distinto, de ahí la magia natural de su acción. La puerta de los seres humanos es el camino y la preparación hacia la puerta de las ideas abstractas. Y es hacia allí donde se dirigen quienes dominan la mente concreta.

Este mundo de la mente concreta presenta también sus peligros. Dominar el pez huidizo de nuestros sentimientos no quiere decir más que nos encontramos aprendiendo a pensar por nosotros mismos. Aún no hemos salido de la zona de penumbra. Pobre de aquel ingenuo que crea que el pez ya es suyo; un movimiento descontrolado y apenas breve será suficiente para que el pez vuelva a escapar de las manos. "Crear que se piensa" es también un sentimiento. Si tuviéramos que expresar la diferencia entre el sentimiento y la mente, diríamos que "crear" incluso es cálido, por expresarlo de alguna manera, pero pensar es frío, justo y permanente.

Quienes piensan de verdad, no piensan que piensan.

En verdad quizás no sea ni frío su cromatismo calórico; es tan de otra naturaleza que las palabras comunes son apenas símbolos que intentan acercarse a explicar la verdadera naturaleza de las cosas.

Por tal razón, el esquema práctico para avanzar dentro de la mente concreta

una vez conocido y superado el mundo de las emociones, debe ser un esquema de imágenes vitales (esquema alegórico). Un parabólico sistema de análisis y comprensión que permita al neófito tener acceso al mundo de la mente concreta con la naturalidad y la seguridad necesarias para este mundo.

Por tales razones, el método didáctico es el de la observación de la imagen del pensamiento de los grandes sabios y el modo (como búsqueda) de emular sus obras (consecuencia de su pensamiento).

Es norma habitual que los seres humanos de nuestro tiempo vean a los hombres y mujeres que han conformado los destinos actuales de la humanidad desde un prisma lejano, inaccesible y, por momentos, incluso incomprensible. El hombre masa incluso siente una cierta animadversión hacia ellos y, paradójicamente, no los imita, sino que a lo sumo se limita a seguirles.

Todos esos hombres y mujeres históricos tuvieron que pasar inexorablemente por la zona de transición de su mente concreta, y transformaron sus sentimientos en pensamientos. De lo contrario, jamás hubieran hecho historia. Porque la historia, más allá de la pasión aparente con la que la ve el ser humano vulgar, o de la indiferencia —que también es pasión—, es pensamiento. La historia es pensamiento y sólo la escriben los “hombres y mujeres mentales”, los “seres humanos-pensamiento”.

Si bien es verdad que a la cola del pez se llega por el camino de la pasión y el sentimiento, también es verdad que sólo se coge el pez por el camino del pensamiento. Si los “sentimientos-pensamientos” son el camino hacia la mente concreta, su superación es la puerta de la mente.

### La puerta que comunica con los seres humanos

Ahora trataremos la puerta que comunica con los seres humanos, porque ella es el camino que debemos franquear para llegar a la puerta que comunica con las ideas, al campo de la mente pura.

Los seres humanos de nuestro tiempo, dada la gran confusión que existe, se encuentran incapacitados para resolver los enigmas que plantea el pensamiento, y ante esa incapacidad funcional, los primeros pasos del neófito en el camino mental deben realizarse a través del soporte de las imágenes. Por medio de las imágenes comenzará a trabajar en el plano de los conceptos y con la ayuda que le brinda el dominio de sus mundos físico, energético y emotivo.

Estos soportes estructurales no son más que reflejos de corte geométrico de las ideas, de tal forma el neófito se acerca por pasos a la idea desnuda.

Uno de los primeros escollos con los que se topa quien pretende avanzar por

el campo de la mente concreta, es la idea de que es incapaz de alcanzar el predominio de la mente sobre las emociones.

La prueba más compleja para poder penetrar en el mundo de la mente concreta es, por una parte, asegurarnos el dominio —al menos aparente— sobre nuestras emociones, utilizando para ello los elementos prácticos, es decir, el método elaborado en los temas ya expuestos.

Una vez controlado de manera voluntaria nuestro mundo emotivo, debemos comprobar la solidez de nuestro dominio.

Para ello, debemos tensionar al máximo nuestras emociones, observar con frialdad cómo el pez se nos escapa de las manos y luego volver a empezar.

Antes de comenzar con prácticas más abstractas, debemos preparar la seguridad de nuestro control emocional. De lo contrario, jamás llegaremos al mundo de la mente, incluso a este de la mente concreta, y no saldremos jamás del mundo de las emociones. Para ello, será menester realizar algunas comprobaciones de rigor donde podamos ir calibrando nuestra evolución y nuestro dominio.

Con un sentido práctico, verdadero símbolo de la mente concreta, debemos utilizar los elementos que nos brindan los prototipos humanos como puntos de partida para poder seguir adelante. Podemos encontrar en estas prácticas elementos propios de las pruebas de carácter mental que, por falta de desarrollo del neófito en este plano, se hacen impracticables. Pero, al menos, sus elementos más sencillos, practicables y comprensibles pueden ser puestos a punto cuando comienza a adentrarse en el mundo de la mente a través de la “puerta que comunica con los seres humanos”, hacia la zona intermedia de la mente concreta.

El problema es que las respuestas de los seres humanos están en el mundo de la mente. Aquí está el símbolo de todas las tradiciones, de todos los cuentos infantiles en los que se produce la búsqueda de un tesoro, de un libro, de la copa, del Grial. No penetran en el mundo de la mente quienes no logran vencer las pruebas —muchas de ellas mortales—, no para el cuerpo, sino para la conciencia y para la razón. De ahí el peligro de adentrarse en el mundo mental sin la solidez necesaria, sin el dominio práctico sobre nosotros mismos.

La traición de las emociones en el mundo de la mente sólo produce la muerte mental. Son irreversibles. De ahí que la subida a la montaña tenga en su zona menos escarpada —la zona intermedia de la mente concreta— las pruebas fundamentales para obtener el dominio de las emociones.

Quienes intuyen esas respuestas avanzan con paso decidido. Quienes comienzan a ascender buscan el método apropiado. Quienes obtienen las respuestas vuelven al mundo a dar la buena nueva, pero esa nueva no es otra cosa que el dominio del mundo en el control de la historia para poder abrir los nue-

vos cauces que llevan al Grial, para acercar a los seres humanos a su Enigma o, al menos, a la pretensión de desvelarlo.

La buena nueva es que hay respuestas, pero cada ser humano tiene la suya y cada uno debe cogerla con su propia conciencia.

Esta respuesta, siendo igual para todos, es diferente para cada uno.

La Historia se ha escrito por quienes llegaron al mundo de la mente, pues sólo el conocimiento da conciencia histórica.

A medida que os vayáis acercando al mundo de la mente y vayáis penetrando en él, como neófitos vais a utilizar, como soporte en el camino, el método de las alegorías.

El mundo de los “sentimientos mentales” es especulativo, abstruso, contradictorio, ambiguo, por la propia naturaleza de los mismos.

El mundo de la mente concreta es práctico, lineal, sencillo, en definitiva, concreto. Las alegorías son claras y como tales resultan esquemas de sustentación mental.

Las imágenes son el primer soporte de las Ideas.

El dominio, o mejor dicho, la comprensión de las imágenes, habilitan la posibilidad de dejar el mundo de la mente concreta, es decir de los seres humanos, para traspasar la “puerta que comunica con el mundo de las ideas”.

Quien es capaz de trabajar con imágenes de carácter geométrico en sus escalas más depuradas o imágenes vitales, como la vida de un hombre o una mujer capaz de variar la “imagen histórica de su tiempo” en sus escalas más básicas, se encuentra en el camino de comenzar a discernir sobre la verdadera naturaleza de las ideas.

La mente concreta es un mundo de imágenes.

La mente pura es un mundo de conceptos.

La puerta que comunica con los hombres abre la entrada al mundo de las imágenes.

La puerta que comunica con las Ideas abre la entrada al mundo de los conceptos. Una dualidad mental que a la manera kantiana nos recuerda la existencia de una razón práctica y una razón pura.

### **La puerta que comunica con las Ideas**

Para poder avanzar sin riesgos por el mundo de los conceptos, el neófito debe haberse valido, con anterioridad, de las imágenes como soporte geométrico donde apoyar los arquetipos.

Colocado ya entre ambas puertas —la que conduce al mundo de los seres

humanos y la que conduce al mundo de las ideas— el candidato debe asegurarse de su propia solidez psicológica. Cualquier pérdida de equilibrio en esta zona, puede resultar fatal para la salud mental de quien está dispuesto a romper la otra “puerta de papel” del mundo de las ideas abstractas.

En momentos de incertidumbre, las imágenes claras y los ejemplos concretos de la experiencia vital de los grandes seres, le pueden sacar de la nebulosa y, en ocasiones, evitar un posible “traspies” que le conduzca a una situación irreversible.

El momento en el que se pasa al mundo de las ideas resulta indefinible, es decir, no hay análisis aparente. En un instante se está del otro lado; sólo se percatará el neófito que ha pasado porque notará que en la mente pura no se razona, se conceptualiza.

Las cosas aquí se entienden por “permanencia” en ellas y no por el análisis de las mismas que resultaba tan importante en el mundo de las imágenes. Aquí se habita en el concepto de las cosas, por eso resulta imposible “razonar” con los instrumentos de la mente concreta.

La razón es el camino de las imágenes, que no alcanzan el mundo de los conceptos. Se gira alrededor de las murallas de Jericó, es decir, con los instrumentos racionales, hasta que las murallas se derrumben. En una ciudad sin murallas no es necesario seguir girando alrededor de ellas. Lo que debe hacerse en ese caso es penetrar en la ciudad. Aquí los métodos anteriores, tan útiles entonces, ya no sirven ahora.

Aquí las Ideas se habitan, se vivencian y se plasman.

Al ser las Ideas, los arquetipos, vivenciales mentalmente, el hablar racionalmente de ellas es alejarse automáticamente de las mismas.

Quien habla de una ciudad es porque, de una manera u otra, no se encuentra en ella; quien habita en ella se limita a vivir y a mejorarla.

En el mundo de las ideas el tiempo presenta otra perspectiva. Aquí el tiempo es un “estado de las cosas” que no depende del espacio.

Las ideas pueden estar en cualquier parte en el mismo momento y quien habita en los conceptos de las cosas obtiene estabilidad, permanencia y presencia dentro del tiempo, pero no sobre el espacio.

Una de las grandes limitaciones del ser humano es justamente su relación espacio-tiempo, propia de las emociones y de las imágenes mentales, pero a la cual escapan los conceptos.

El ser humano de “conciencia conceptual” es un ser indudablemente temporal (ya que la mente es hija del tiempo), pero es “meta-espacial”, ya que se encuentra liberado de los límites del espacio, y al liberarse o, mejor dicho, superar el binomio espacio-tiempo, también el “estado de las cosas” es distinto.

En este mundo existe un importante peligro que proviene justamente como contraparte de las ventajas a un estado “meta-espacial”: es el caso de las “ideas circulares”.

El neófito, que aún no se encuentra acostumbrado a su nuevo estado mental, tiene tendencia a seguir llevando las ideas a los planos del espacio, en volver a salir de la ciudad y caminar alrededor de ella entre las ruinas de unas murallas que fueron, pero que ya no son.

Las grandes llanuras o los desiertos pueden resultar símbolos didácticos que se parezcan, en ejemplos visuales, a los estados más allá del espacio. En ellos es normal que quien carezca de puntos de referencia para cruzarlos comience a caminar en círculos.

Lo mismo ocurre con las ideas al querer reducirlas, por falta de conocimiento y de “conciencia conceptual”, al plano del espacio haciendo con los conceptos sombras en el espacio.

Esta falta de habilidad por parte del neófito para superar los límites del espacio, le hace esclavo de una idea. Y las ideas se constituyen de una manera sutil, cuya consistencia determina ladrillos infinitamente más sólidos y resistentes que los de la materia visible.

Así el neófito entró a la ciudad de las ideas, al mundo de las ideas, por una puerta de papel, y su falta de sigilo le ha hecho volver a amurallar la entrada con el muro de una idea.

Ahora el camino no sólo se encuentra bloqueado, sino que resultará muchísimo más difícil penetrar en él.

De acuerdo con el principio de que las leyes que rigen el macrocosmos son las mismas que rigen el microcosmos (“así como es arriba es abajo, así como es abajo es arriba” reza el *Kybalión*), las “ideas circulares” se representan en todos los planos del quehacer intelectual de los seres humanos.

Ahora el fenómeno debe hacerse extensivo a todo momento en el cual el candidato observe que una idea, una imagen, un pensamiento, un pensamiento-sentimiento, una emoción, un dolor, etc., comienza a girar alrededor de nuestra conciencia.

En ese momento debe producirse un aviso de alarma en la conciencia.

La solución al problema es la misma, *mutatis mutandi*, en todos los planos: un corte radical y de un solo tajo al “nudo gordiano”.

La gravedad de tal situación exige que la salida sea también grave.

Cuanto más tiempo dejemos desarrollarse el “fenómeno circular”, más difícil será la solución.

La obsesión se convertirá en neurosis y ésta en psicosis y, ya viendo la contrariedad, no sabremos cómo acabar con ella, pues terminaremos engañándonos a

nosotros mismos buscando soluciones inapropiadas que no se adaptarán a la salida del problema.

Ante estos problemas de tipo circular, sólo cabe actuar con rapidez y eficacia; de lo contrario, un muro de espejos, una sala de ilusiones, termina confundiendo al neófito que da golpes en el aire, rompiendo espejos sin acertar en el blanco.

En el mundo de las ideas la cuestión resulta altamente peligrosa.

La mejor espada es la Voluntad, el mejor escudo una imagen definida, serena y clara. Esa "pureza de pensamientos" es la que nos hace avanzar por el mundo de las ideas, convirtiéndonos nosotros mismos en parte de esas ideas.

Consustanciándonos con las ideas, su tiempo es nuestro tiempo, su presencia es nuestra presencia, su esencia nuestra esencia.

Si el origen del Universo es mental, estamos entonces en el origen de todas las cosas, pues como también señala el *Kybalion*, "la raíz del Universo es mental".

Es aquí donde comienza a funcionar con exactitud el método de conocimiento conocido como hipotético-deductivo. A partir del centro de la rueda, la Naturaleza ya no encierra secretos para nosotros. La creación tampoco. La materia tal como la conocemos es un pensamiento cristalizado. Al llegar a vivir en las ideas vivimos en la raíz, en la esencia de nosotros mismos. Nuestra propia creación, nuestra estructura, depende entonces de nosotros.

## Las ideas puras

Como ya se ha apuntado, una vez que hayas llegado al mundo de las ideas puras (de la mente pura), el camino no es descriptible con los esquemas de la razón cotidiana.

Se trata de un mundo de símbolos vivos y la experiencia mental está basada en imágenes vivenciales. Resulta muy difícil al neófito entender desde fuera o explicar desde dentro.

En este plano la experiencia no es transmisible.

En este sentido podemos aportar un método de reflexión que permita detentar elementos válidos para avanzar.

Si hemos colocado nuestra conciencia en un ámbito que podríamos definir como de "matiz mental", nuestra forma de pensamiento debe ser esencialmente "creadora y vivencial".

"Creadora" en la medida en que las imágenes en las que reflejamos nuestras ideas sean lo suficientemente sustanciales como para no resultar meros espejismos de nuestra fantasía.

El gran enemigo de la “creación mental” es la plasmación inconsistente de imágenes fantasmales derivadas de nuestra propia incapacidad de generar imágenes reales a partir del pensamiento (de las Ideas). La falta de asimilación de nuestro nuevo estado perturba de tal forma nuestra capacidad creativa, que hace que con las Ideas dibujemos ensoñaciones en el plano de los esquemas formales que las hace frágiles, de “humo”, ante los esquemas de otras ideas, que no necesariamente deben ser reales, sino también de “humo”, pero lo suficientemente más oscuras como para desvanecer nuestra frágil imagen.

Darle forma estructural a las Ideas es una labor difícil de aprender, compleja en su comprensión y compleja en su plasmación. El neófito que logre ese dominio estará en vías de dejar de serlo para convertirse en un ser creador y artífice de sí mismo.

La “vivencialidad” de las Ideas es un método práctico para comprobar la naturaleza de las cosas en este plano mental puro.

Penetrar en conciencia en una idea y hacerse uno con ella ya no es “vivir una Idea”, sino algo más, “vivenciarla”, es decir, ser la Idea.

Esta forma de “encarnación de las Ideas” convierte al candidato en un ser absolutamente distinto al que era y al que soñó incluso ser. Vivenciar un arquetipo, cada cual en la medida en que se lo permita su propia conciencia, es algo absolutamente inimaginable con los elementos de la mente concreta e incluso con la mente pura, ya que la mente pura, en la medida en que se piensa que es, no es, sino que es en la medida en que se “vivencia” a sí misma. Ese “vivenciarse”, cuando se proyecta en los planos formales, es creatividad o creación. Su manifestación tiene la solidez de la sombra de lo que es. Sólo lo que ES proyecta su sombra geométrica en la manifestación estructural.

Es la imaginación ese poder de creación que determina la imagen de la Idea en la estructura. Es la fantasía el humo fantasmal de aquello que, incluso queriendo ser, no es; del sueño de ser sin ser.

Cuando no habitamos las Ideas o los arquetipos, cuando no los “vivenciamos”, nuestros esfuerzos por traerlos al mundo de las formas son vanos, estériles o, a lo sumo, pasajeros, y no residen en la Imagen, sino en otros fantasmas formales más densos, pero menos reales.

Es en una determinada parte del camino interior, en ese estado de la mente pura, donde el tiempo ya no utiliza la manifestación de los espacios (propio del mundo de las imágenes, pero no del mundo conceptual). Resulta ser el tiempo la única limitación material de las vivencias, pero por alguna razón la vivencia de los conceptos -en un determinado momento- desplaza al tiempo y se proyecta, se sale del espacio que ya había sido sobrepasado y también del tiempo. Como enseña el *Bhagavad Gita* dentro del *Mahabharata* hindú, “los sabios que buscan

*con el poder de su pensamiento descubren la relación de lo existente y de lo no existente”.*

### **El caballero nocturno y su misterio interior**

(la Intuición y la Integración)

Es un ser todo y no ser nada (por su integración).

El misterio interior del caballero nocturno es el secreto de la integración con un Todo inabarcable.

### **El caballero diurno y su misterio exterior**

(la Intuición y la Extensión)

Es un ser en nada concreto y ser en todo (por su extensión).

El misterio exterior del caballero diurno es el secreto de la expansión en el todo omnipresente.

### **La dama celeste y su misterio del Arco Iris**

(la mujer multicolor, puente entre los dos mundos)

Es un estar en el principio y en el fin (como puente). Es un ser síntesis. Es un ser todo siéndolo todo (por su fuerza matriz).

El misterio de la unión de la dama es el secreto de la gestación del todo inabarcable (secreto interior y secreto exterior).

Ya que, paso a paso, la dama se convierte en el agente transmisor que va del negro (interior) hacia el dorado (exterior), los hombres no entenderán el enigma de sus colores sin el arco iris de las mujeres. El arco iris es el puente celeste hacia la nueva dimensión. Los seres humanos son la razón del diamante.

Caballeros y damas, en apariencias disímiles, constituyen, cuando se saben integrar, un todo unívoco.

Habrás comenzado una nueva experiencia.

En la medida en que las partes de nuestro ser se integran con la Esencia indescriptible, pasamos a formar parte de esa Esencia de manera consciente.

El punto luminoso de nuestra conciencia ha ido avanzando progresivamente a lo largo de todo el proceso evolutivo. Ahora ya “no vive los conceptos”, sino que simplemente ES más allá de los conceptos; se trata del Arquetipo, del Concepto (si es que así se le puede llamar) que abarca todos los conceptos.

Todos los seres humanos, de una manera u otra, llegan a Él. Sus diferentes puntos de conciencia se integran en la Conciencia toda.

A diferencia de lo que pudiera pensarse, no existe desintegración del ser individual, sino todo lo contrario.

Cada conciencia, al llegar, se siente la que siempre fue, y dos seres distintos que llegan al Ser siguen siendo cada uno de ellos en la totalidad como si el otro no existiera sino que fuera parte de sí mismo. Cada uno de ellos siente lo mismo, y así los miles de seres humanos que llegarán.

En definitiva, todos los seres humanos son un único Ser.

## Libro Sexto

### La llave y la mano

**E**n la Puerta de la Justicia de la Alhambra de Granada se recoge el mito en los símbolos de la llave y la mano, y se dice que esta magnífica construcción que se levantó por obra de la magia desaparecerá también por los mismos efectos *“cuando la mano coja la llave...”*

Como los símbolos y los mitos, o incluso las leyendas, sirven para explicar conceptos que pueden ser captados por la intuición, la imagen que se recoge en la Puerta de la Justicia de la Alhambra nos puede servir como orientación para comprender un arquetipo y una idea: cuando la mano coge la llave, lo material se diluye para dar paso a lo inmaterial...

No se puede penetrar en el camino interior sin haber dejado a su entrada el pesado fardo del egoísmo; nada se puede hacer en el sendero abrupto y casi insondable que nos lleva al Ser sin haber abandonado, antes de emprender la marcha, todo resabio de egoísmo o apego a lo transitorio.

Estas ideas, que pueden parecer apenas transcendentales, son sin embargo la clave, es decir, la llave o clavícula que abre la puerta de los Misterios interiores.

No obstante, además de esta clavícula que supone el punto de partida, es necesario dominar la mano que utiliza la llave y que es la que la introduce en la cerradura. Esa mano, que ha dado en llamarse *“la mano de Fátima”*, resulta también el amuleto que orienta al peregrino interior indicándole que el camino elegido es el correcto.

Para el conocimiento secreto de carácter tradicional, la sabiduría que lleva al Dios interior debe alcanzarse por la ladera derecha de la montaña, no teniendo

este significado ninguna connotación política sino una indicación de carácter magnético. Del mismo modo que el “*talón de Aquiles*”, el talón izquierdo, representa el punto que encierra la polaridad más negativa del cuerpo humano, en sentido inverso la palma de la mano derecha, la “*mano de Fátima*”, representa el punto del cuerpo humano en el que se deposita la mayor proyección de la energía positiva.

Por estas razones, para abrir la puerta de los Misterios necesitamos una llave y una mano, pero estas figuras deben interpretarse y entenderse en su sentido simbólico, con el fin de que nos resulten útiles en la vida cotidiana y podamos caminar sobre el estrecho sendero que conduce a la puerta de acceso, sobre “el filo de la navaja”, sin perder pie.

Con objeto de alcanzar esa interpretación, deberemos desentrañar el significado de la llave y de la mano en las distintas actitudes de la vida cotidiana y conocer, de este modo, lo que encierran estos enigmas.

“La llave”, como acabamos de señalar, es el inegoísmo. Cualquier actitud egoísta, consciente o inconsciente, oxida el material de esa llave y la inhabilita para poder funcionar con agilidad.

Los seres humanos se debaten buscando las claves secretas de los Grandes Misterios, cuando en realidad esas ocultas claves las llevan dentro de sí permanentemente, y lo más curioso es que esos poderes que llevamos innatos en nosotros son, por regla general, desdeñados por los supuestos buscadores del Ser.

Resulta evidente, por lo que puede observarse del comportamiento humano a través de los siglos, que el mejor modo de ocultar algo es ponerlo en evidencia. Y qué mejor evidencia y a la vez profunda ironía que llevar la llave de los Misterios colgada del cuello.

Quizás, por evidente y por sencilla, esta profunda verdad ha pasado desapercibida para la gran mayoría de los mortales. En cambio, el conocerla abre un diáfano e inmenso campo que trae como consecuencia la apertura de muchos de los aparentemente insondables misterios de la naturaleza.

Como ocurre con muchos comportamientos vitales, el egoísmo se solapa en los pliegues de nuestra conciencia. Desterrar el egoísmo de nuestras vidas implica un análisis exhaustivo y en profundidad de nuestra actitud ante la vida.

El egoísmo, como resultado de un excesivo amor por uno mismo, implica muchos aspectos, ya que existen los egoísmos del cuerpo y los egoísmos del alma.

Los egoísmos del cuerpo son más fácilmente detectables, pues traen aparejado un desmedido cuidado por nuestro cuerpo y nuestra salud, que lleva generalmente a un narcisismo degradante que termina convirtiendo al sujeto en un esclavo de sí mismo.

Los egoísmos del alma se disfrazan detrás de falsos intereses espirituales, se esconden en la apariencia de un amor exagerado por el propio camino espiritual, como un camino exacerbadamente individual que sólo pretende servirse a sí mismo como resultado de una personal egolatría. En estos egoísmos del alma se confunde el verdadero sentido de la llamada búsqueda interior, que lejos de conocerse a sí mismo le lleva a satisfacerse a sí mismo.

Del mismo modo que los egoísmos del cuerpo se enmascaran en justificaciones de salud o belleza, los del alma, más peligrosos aún, se enmascaran en la búsqueda de la perfección o la pureza.

En ambos casos, mientras exista un atisbo de interés exclusivamente personal en la acción o en el pensamiento, esa labor se habrá teñido con el fantasma psíquico del egoísmo, enmoheciendo y oxidando “la llave que abre todas las puertas”.

Como nos recuerdan los textos de la India antigua, la acción debe realizarse sin esperanza de fruto; de lo contrario te enreda en la maraña de los renacimientos como reza el *Bhagavad Gita* en el diálogo entre Khrisna y Arjuna en el *Mahabharata*.

“La mano” es la otra clave. Como acabamos de ver, al ser esa circunstancia tan sutil, para comprobar que nos estamos alejando del egoísmo consciente o inconsciente, necesitaremos de un sistema de seguridad que actúe como testimonio de que nos encontramos en el buen camino.

Por buscar una metáfora, ocurre algo similar a lo que sucede con una llave de metal y la mano que opera con ella. Necesitamos que la mano introduzca la llave en la cerradura y accione repetidas veces para ver si esa clave de metal aún nos sirve o si hay que limpiarla o limarla. Esa acción de la mano sobre la llave es la que nos indica si ésta sirve o no para abrir la puerta.

Volviendo a nuestra reflexión, en un plano tan resbaladizo como el de nuestras propias justificaciones, se hace necesario que pongamos a prueba la llave de nuestro inegoísmo con la acción cotidiana de la mano de la dación y de la entrega a los demás.

La llave no sirve sin la mano, la mano no sirve sin la llave, como no hay inegoísmo sin entrega, ni entrega sin inegoísmo.

El mismo símbolo del amuleto de la “*mano de Fátima*”, la palma de la mano derecha abierta, representa esa dación permanente, ese servicio cotidiano. Esto es lo que las enseñanzas de la Antigua Tradición han llamado el “camino de la mano derecha” y que encontramos representada en numerosas culturas. Incluso esta palma la vemos representada en pinturas rupestres o en bajorrelieves de piedra en culturas megalíticas.

El buscador de sí mismo debe permanecer en una actitud de entrega perma-

nente, ya que la entrega es el testimonio, el sistema de seguridad de que no hemos escorado por “el filo de la navaja” hacia el lado oscuro, hacia el “camino de la mano izquierda” que, incluso bajo la falsa apariencia de bondad o búsqueda espiritual, nos lleva por los recodos del engaño hacia el egoísmo, hacia nuestra satisfacción personal, como nos recuerdan los más acendrados textos de la alquimia y la magia ritual.

Aclaremos que cuando hacemos referencia a las polaridades derecha e izquierda estamos indicando polos magnéticos.

Aquellos que lo han entregado todo al río de la vida serán capaces de abrir las cámaras ocultas de la naturaleza, sin olvidar que esa entrega exige un acto de valentía que nos haga capaces de la más absoluta de las renunciaciones. Se trata de un tipo de renuncia que no guarda nada para sí, que lo ofrece todo, absoluta y radicalmente todo.

Sólo así la mano domina la llave y fuerza la cerradura de los Misterios, sólo así la dación domina el último resabio de egoísmo que nos hacía incapaces de comprender los enigmas de la Naturaleza.

Una vez que ella se abre hacia nosotros, ya vacíos de todo por la entrega, se produce el más sublime y extraño prodigio de la vida: la Madre Naturaleza nos inunda, nos brinda pletórica hasta sus más recónditos rincones de fuerza y energía.

Entonces, aquél humilde poseedor de una llave y una mano ardiente, como única verdadera posesión, aquél que ya nada tenía a fuerza de haberlo dado todo, se ve, de pronto, convertido en el ser más rico del Universo. Ahora es dueño de todo, del Ritmo y del Espacio, convertido en una parte integrante y viva de la Naturaleza misma. Acostumbrado a dar, sigue su palma abierta porque un río de vida pasa por su Ser.

Mas, si por influjo del error o de la duda cerrara, aunque fuere por un instante, la mano, bloquearía los canales por donde fluye la energía y la sombra del egoísmo volvería a oscurecer y bloquear todo lo que fue. Y del mismo modo que cuando el Sol se oculta tras la duna del desierto se hace la noche, volvería a preguntarse si verdaderamente alguna vez fue de día, hasta tal punto la oscuridad ciega los sentidos internos.

Estas claves son sencillas e inexorables. Por ello el ser humano que alguna vez gozó de la Edad de Oro duda aún de su vuelta, de la que sólo le queda el sabor de la nostalgia. Todo quedó al otro lado de la duna, más allá del horizonte, y le confunde el recuerdo de la mano cerrada con la que bloqueó la corriente de vida; se ha quedado mirando hacia el ocaso, con el puño cerrado, con el último ademán de su desgracia.

Para cambiar las cosas debe girar sobre sí mismo, el Sol amanece por el Este,

y nuestra humanidad aturdida sigue mirando al ocaso por donde se ocultó la Edad de Oro.

Como la Esfinge de la Meseta de Gizeh, hay que volver a mirar al horizonte solar, abrir las manos y entregarnos sin reservas a la fuerza inegoísta de la vida.

Sin embargo, este camino de “la llave y la mano”, aparentemente tan sencillo, es en realidad el más difícil de todos, ya que exige de cada uno de nosotros un acto de voluntad, un acto de rebeldía y un acto de valor.

Debemos dar la espalda a todo lo que oímos predicar en este mundo y en este momento histórico. Debemos dar la espalda al ocaso y ofrecernos al amanecer, abrir nuestras manos frente a la actitud de retener y de guardar que impera en nuestro tiempo.

Al ser los ritmos de la naturaleza cíclicos y no lineales, la humanidad actual cree mirar al futuro cuando en realidad está adorando al pasado. Es como un pueblo nómada que, siguiendo el curso del Sol cuando éste se ocultó en la línea del ocaso, sigue esperando allí para verle aparecer.

Nuestro mundo es así, mira al ocaso creyendo esperar el porvenir, pero ese Sol saldrá a sus espaldas. Los que se vuelvan sobre sí mismos y miren hacia atrás, no buscando el pasado sino la Tradición, deberán mirar hacia el horizonte del Este donde nacerá nuevamente el Sol.

Esta es otra de las grandes ironías de nuestro tiempo, ya que los que aparentemente miran hacia delante, en este siglo materialista, están anclados en el pasado, y los que por rebeldía han girado sobre sí mismos avanzan gracias a la paradoja de esta naturaleza cíclica que nos cobija, siendo ellos los que verán los rayos del próximo amanecer, los rayos del futuro Sol.

Continuando con la metáfora, estos rayos deberán encontrarles inegoístas con la llave del Reino y la palma abierta de dación y entrega, pues a ellos les está destinado el “nuevo ciclo”.

Esta voluntad de giro sobre nosotros mismos, sobre el filo de nuestra propia navaja, requiere de un saber y de unas prácticas, ya que para marchar por el filo se necesita disciplina, método, conocimiento y poder.

Disciplina: para poder hacernos dueños de nosotros mismos, capaces de modelarnos a pesar de las circunstancias, y además ser capaces de modelar nuestro entorno.

Método: porque toda acción sin método se escapa de las manos, y sobre todo porque el método nos permite dominar nuestros propios enemigos interiores.

Conocimiento: ya que el caminar en equilibrio sobre el filo de la navaja requiere del conocimiento de ciertas leyes y de ciertos espacios que existen en la naturaleza de la que está también conformada nuestra propia naturaleza.

Poder: pues, para llegar al otro lado de la curva, del gozne histórico, para mirar hacia el horizonte por donde nace el Sol, necesitamos oponernos al vulgo, y en ese giro debemos “poder” sobre nosotros mismos y sobre los demás.

Para ello deberemos aprender a trabajar sobre la materia a partir de la actividad ceremonial, sobre la psique con el control de las energías y sobre el espíritu a través de la vía mística.

### La acción sobre la materia

(actividad ceremonial)

Pensamiento, energía, materia. Existe una tendencia común en la mayor parte de los seres humanos, que es la de dissociar la materia de otras realidades existentes en el Universo. Sin embargo, en verdad, en nuestro mundo cabe pensar que todo se encuentra interrelacionado, y que la materia como tal, en su manifestación física, no es más que una parte de una realidad mucho más grande y completa.

Podríamos decir que la materia constituye una “condensación” de energía, es decir, una “materialización” de la energía. Nos encontramos ante un fenómeno en el que las partículas que constituyen la energía vibran de un modo más lento y por tanto cobran mayor densidad, terminando por generar la materia física.

Para poder actuar sobre la materia es necesario conocer su naturaleza.

Suponiendo que la materia estuviera constituida de energía, el verdadero conocimiento de aquella habría que buscarlo en ésta.

La energía se encuentra alentando todo el Universo, todo lo que es visible e invisible, convirtiéndose en el puente entre lo denso y lo sutil. A través de la energía, de su posible comprensión o de su conocimiento, resulta más asequible el mundo manifiesto a las formas y el mundo no manifiesto a las formas.

La energía es una suerte de *neuma* vital que vitaliza todas las cosas. Es a través de la energía como puede conocerse la materia, y a través de la energía también se puede vislumbrar lo que está detrás de la energía.

Podría decirse que, del mismo modo que la materia es una “condensación” de la energía, la energía podría ser entonces una “condensación” del pensamiento. Que las partículas, los átomos, de las que se compone el pensamiento al disminuir su vibración dan lugar a la energía, y ese pensamiento dejará de ser energía si esas partículas se lentifican aún más, dejando la energía de ser energía y convirtiéndose en materia.

## La naturaleza plástica de la materia

Si ello fuera cierto, podría significar que la materia no sería otra cosa, por decirlo de algún modo, que pensamiento altamente “condensado”. De tal modo que la rapidez en la vibración de las partículas conforma al pensamiento y su pesantez constituye la materia, lo que establecería el elemento diferenciador de uno y otra, pero en suma ambos compartirían la misma naturaleza.

Podría decirse entonces que la materia es pensamiento y que todo el Universo es mental. Como señalaba el físico Werner Heisenberg, uno de los padres de la mecánica cuántica, al decir que cuando más estudiaba la energía, le parecía descubrir, detrás de ella, un pensamiento.

Ello condiciona sustancialmente el concepto que se tiene de lo material, ya que la materia no sería por tanto algo inerte sino algo extremadamente vivo y sobre todo plástico.

De tal modo, la plasticidad de la materia altera nuestra actitud y nuestro comportamiento hacia ella, ya que a partir de esa naturaleza transmutable todo lo que nos rodea en este mundo es alterable.

Ahora bien, ese cambio posible de la materia deberá determinarse a partir de nuestro propio pensamiento, ya que en él se encuentran las semillas de toda transformación. Luego, es importante este cambio de criterio en el operador pues en este sentido, más profundo y arcano, “la materia no se transforma sólo actuando sobre la materia, sino haciéndolo antes sobre el pensamiento”.

El mundo se nos presenta como una compleja combinación de formas que aparentemente nos muestran una cierta estabilidad. Incluso esa “resistencia” es la que otorga solidez al mundo material y es, en definitiva, la que le insufla las cualidades y las calidades que le permiten permanecer con completura dentro de su plasticidad.

Es necesario pues, para que el mundo sea, que exista en la materia una cierta “resistencia” al cambio o a la plasmación de nuevas formas; pero si queremos transformar la materia, es decir, evidenciar esa transmutación posible, debemos operar desde arriba hacia abajo comenzando por realizar el cambio de las formas en la mente del operador.

De lo contrario, la materia se nos presentará como un ente sellado, en el cual no podemos penetrar y en donde los intentos por manipular o transformar el bastión de la materia resultarán baldíos o excesivamente largos, imposibles, cuando intentemos dominarla en su totalidad.

Conociendo estas reglas, ya no será el operador el que cambia las formas sino que será la propia materia que, con el impulso del operador, se autotransforma.

Surgen aquí dos datos de vital importancia: por un lado, la economía de

esfuerzos, y por otro lado la evitación de la violencia en la transformación y transmutación del orden material.

De este modo, las cosas se transforman a través de su propia energía y dentro de su propio orden estructural, recombinando sus propios elementos sin necesidad de desgastar la estructura de sus formas.

El operador recoloca, reordena, induce la Obra, ayuda a la transmutación, pero la Obra se realiza a sí misma. El operador, como teúrgo, colabora en la transmutación del Universo, asiste a la Naturaleza dentro de la propia corriente de la Naturaleza. No cambia los contenidos de las cosas, porque con ello violaría los sellos de la Naturaleza, sino que acelera o retiene la vibración y la combinación de sus elementos, respetando así la estabilidad del Ser de la Naturaleza.

### **Materia es todo a excepción de lo Uno**

Si bien materia, energía o pensamiento se desenvuelven, aparentemente, en planos diferentes, aunque exista una tendencia natural de nuestras sensaciones a catalogar como materia aquellas representaciones correspondientes al mundo manifiesto, cabe la posibilidad de replantearse esta estrecha concepción de la materia.

En realidad pertenecen también al mundo manifiesto la energía y el pensamiento, y por tanto cabría reflexionar sobre la naturaleza material de la energía o el pensamiento. En definitiva, tanto una como otro son grados de materia, cuyas partículas vibran en ritmos diferentes al igual que la propia materia manifiesta.

Esta idea puede evitar muchos errores en los que ha caído a menudo la humanidad, realizando una quiebra absoluta entre el mundo material y el mundo sutil, al punto de generar un abismo psicológico entre ambos, que en la realidad de sus naturalezas no existe.

El mundo manifiesto en la materia permite a aquél que lo desee ascender a través de sus manifestaciones desde lo más concreto a lo más etéreo, pasando así por grados de vibración sin salir de la misma Naturaleza, sin provocar saltos imposibles sobre abismos inexistentes.

*Natura non facit saltus*, la Naturaleza es un todo continuo, una escala que permite ser ascendida por aquellos que saben osar. Del mismo modo que desde el pensamiento a la materia física se produce una gradación descendente de vibraciones, desde la materia física a la materia sutil del pensamiento se produce una vía ascendente e inversa a la anterior. En definitiva, si bien con cambios aparentes en las formas, no hemos salido de la materia, por lo cual no ha habido cambios en la naturaleza de las cosas.

Por razones de orden práctico llamamos materia al mundo físico; sin embargo, habría que tener en cuenta que los grados sutiles de la materia siguen siendo materiales y que todo lo manifiesto es material.

Por el contrario, lo que no se ha manifestado, “la razón de todas las cosas”, la Unidad, lo Uno, que se encuentra más allá del Ser e incluso de la Inteligencia que ordena al Ser y que sería Aquél que produce la Creación, es decir, el No-Ser, por llamarlo de algún modo, no es material.

Todo el Universo material, en todos sus grados, cuando concluya su proceso de expansión volverá sobre sí mismo para volver a subsumirse en una suerte de No-Ser inmaterial (un vacío en plenitud) del que alguna vez emanó.

Por tanto, la plasticidad de la materia se da en todo el Cosmos, en todo el Universo creado, en todos sus grados. La emanación en Caos se reordena y adquiere formas mentales arquetípicas que con ayuda del Logos se plasman en los mundos materiales. El Caos entonces también es plástico. Lo único que permanecería inalterable, más allá del tiempo y del espacio, es la Unidad, previa al Ser, antes de la expansión y posterior al Ser después de la implosión.

### De cómo dominar la materia

Para salir del Caos, el Universo necesitó combinar la energía libre y desordenada con el pensamiento, de lo que podría deducirse que la ordenación de la energía genera formas.

Del mismo modo, en el plano de las cosas físicas necesitaremos unir el pensamiento y la energía para poder penetrar en el arcano de las cosas y así transformarlas.

En el mundo de la materia física las fronteras entre las cosas tienden a encontrarse muy demarcadas, ya que cuanto más descendemos en el plano o mundo material, más tiende todo a separarse.

De ahí que resulte más difícil realizar la comunión de los cuerpos, pues por la dinámica de su propia inercia tienden a separarse. Sin embargo, más allá de ello, existe en el inconsciente un impulso de retorno, de reencuentro con la Unidad, de vuelta a la síntesis.

Dentro de este impulso de retorno es donde se encuentra la vía ascendente que pasa por la energía y el pensamiento.

En el ámbito de la energía, si bien encontramos fronteras, éstas son más amplias, y mucho más amplias aún en la zona del pensamiento.

De algún modo, lo que alguna vez estuvo dividido en la materia física, por afinidades, encuentra lazos de unión en la energía, y lo que no logra unirse en el

ámbito de la energía, finalmente diluye sus fronteras en el mundo de las ideas.

Existe por tanto una unidad de pensamiento que inspira a todas las cosas. Detrás de cada ejemplo de materia física se encuentra la simiente del pensamiento universal que, como consecuencia de la separatividad a la que lo aboca la materia, se manifiesta aislado e incluso contrapuesto al resto.

Mas, todo lo pensado comulga en su sustrato más intrínseco con la unidad del pensamiento. De tal modo, aquel ser capaz de pensarse a sí mismo con la suficiente convicción y fuerza de voluntad, se trasmuta por la influencia del pensamiento en la energía, y ésta, reordenada por ese pensamiento directivo, transforma la materia física que está vivificando. Somos lo que pensamos que somos.

Siguiendo con este criterio, en un sentido externo, nuestro pensamiento puede acelerar u orientar la transmutación de otras materias físicas ajenas a nuestra propia entidad. Si convenimos en la existencia de una unidad de pensamiento, en aquella zona donde las fronteras se diluyen por la cercanía de la Unidad, nuestro propio pensamiento orientado hacia el pensamiento global, hacia la Mente que todo lo abarca, desciende y se manifiesta, por la fuerza de nuestra propia voluntad, en otras cosas o seres del mundo que nos circunda.

A partir de nosotros abandonando la separatividad, cuando fundimos nuestro pensamiento con la Mente Universal, podemos lograr comulgar con el pensamiento que inspira la formación de otro ser.

Si la materia es una forma "cristalizada" de pensamiento dirigido a la creación de una cosa, y en la Mente Universal todos los pensamientos se unen, nos encontraremos unidos a todos los seres en el ámbito de su pensamiento e, incluso, si quisiéramos ir más allá, podríamos impulsar dentro de su pensamiento la generación de transformaciones.

Sin duda, esto podría resultar peligroso si no fuese porque la comunión del pensamiento y de las ideas sólo se armoniza por la línea de afinidad amorosa entre el operador y su obra, pues de lo contrario no hay comunión y raramente hay influencia, sin olvidar que esa acción necesita de la constancia y del rito.

### **Sobre la naturaleza del rito**

Cada instante, cada momento en la ceremonia de nuestra existencia, es para nosotros un rito. A través del rito cotidiano de existir trasladamos al mundo físico los presupuestos del pensamiento del mundo arquetípico, ya que por medio del rito se mantiene y se recrea el orden cósmico entre los seres humanos.

Al sacralizar el espacio cotidiano se produce entre los seres humanos un movimiento y un ritmo que va generando una dinámica ascendente en la sociedad.

Como apuntamos más arriba, la materia física y el mundo manifiesto tienen hacia la separatividad y a estancarse en la inercia de su aparente estabilidad. Sin embargo, la materia necesita recrearse, cumplir y superar las experiencias que aún le quedan por conocer para, al cabo, poder emprender el regreso hacia los orígenes, hacia la Unidad.

Todo estancamiento es perjudicial y a la larga genera dolor, pues la materia es dinámica por esencia y fundamento, ya que todo se encuentra en vibración, como reza el *Kybalión*.

El hecho de que las partículas de la materia física vibren a un ritmo más lento, dentro de su necesaria densidad, no indica en absoluto que la materia física sea en modo alguno inerte.

De ahí la necesidad de recrear permanentemente, a través del rito, la fuerza vibratoria de las ideas y del pensamiento. El rito es un modo de plasmación del pensamiento arquetípico en la materia dentro del esquema simbólico de un espacio ritualizado.

Por medio de los ritos los seres humanos comienzan a comprender y a intuir la presencia del Arquetipo en la materia, y descubren así el camino de retorno hacia el dinámico mundo de las ideas.

El rito es una invitación a moverse por el dinámico ámbito de la energía y del pensamiento, por medio y a través de las combinaciones de los objetos. De ese modo, consciente o subconscientemente, vamos aprendiendo a trabajar con la mente y con la fuerza del pensamiento, nos vamos integrando en la Mente Universal y comenzamos a comulgar con la unidad del pensamiento.

A partir de ahí podemos regresar sobre nuestro propio plano físico, ya no sólo para trascenderlo sino también para poder transformarlo.

### **Necesidad de la ceremonia**

Cuando a través de la experiencia ritual nos hemos capacitado para encontrar la unidad de todas las cosas manifiestas, podemos entonces comprender la ceremonia de la vida y de la muerte, es decir, lo que implica el ejercicio de vivir y morir.

La actividad ceremonial del existir colectivo es la de una procesión que vuelve a sus orígenes.

La suma de ritos sobre los espacios sacralizados del mundo físico nos permite asumir el ceremonial del pensamiento colectivo que marcha en unidad.

De este modo, las grandes ceremonias colectivas inducen al conjunto social a unir sus pensamientos en un pensamiento global y diluyen, por un instante, la

“herejía de la separatividad” generando una comunión de conciencias. Ello permite al Ser colectivo asentar nuevos arquetipos y por tanto nuevas posibles formas sobre el Ser individual.

Las ceremonias y el conjunto de sus ritos sacralizan el espacio y la materia, dotándolos de un nivel de vibración y conciencia superior que, en alguna medida, sutaliza a quienes participan en ellas.

Por un instante la materia quiebra su inercia y su lentitud, se vitaliza de energía y se contacta con el pensamiento universal, y ese pensamiento desciende a través de la energía hacia la materia, vivificándola y acelerando la vibración de sus partículas. De alguna manera la “diviniza”, es decir, la “mentaliza” por unos momentos, dotándola de una capacidad de renovación y regeneración que antes no poseía.

De este modo, el ceremonial es una disciplina de acción sobre la materia. Es un aprendizaje para transmutar la materia en su rigurosa tendencia a detenerse ante la dificultad del cambio.

La actividad ceremonial, además, nos contacta con un mundo superior dentro de nosotros mismos, y a través de él con la Naturaleza que nos alberga. En las ceremonias y en cada uno de sus rituales caminamos sobre “el filo de la navaja” entre el mundo denso y el mundo sutil. Depende de nuestra habilidad el saber encontrar el equilibrio entre ambos: caminamos entre el pensamiento y la materia física por la cuerda tensa de la energía.

La ceremonia nos brinda la oportunidad de conocer lo Divino en la materia, de sacralizar el mundo, de conducirnos entre las formas.

### **La acción sobre la psique**

(actividad energética)

Existe una extraña relación entre el pensamiento y la energía. Puede llegar a cansar más un mal pensamiento o una preocupación que una larga marcha en el desierto o algún esfuerzo físico. Los seres humanos, apegados con exceso a la materia, llegan a desconocer la fuerza psico-energética del pensamiento.

Tal como ya se ha señalado en los textos precedentes, al analizar los “peligros de la mente”, el pensamiento, el mundo mental, representa el umbral del mundo espiritual, pero es una suerte de pórtico engañoso pues tiene barro en la entrada y mármoles más allá de su quicio.

Se trata, ciertamente, de una zona dual. Al llegar al pórtico del pensamiento, el peregrino debe conocer la necesidad de limpiar el barro de sus pies en los pri-

meros escalones de la entrada y pasar por encima del barro dejado por otros o por él mismo en pasadas experiencias, y llegar a la zona donde resplandece el mármol.

Si no se llegara a percatar de esta realidad y confundido llegase a creer que todo está manchado de barro, como en el primer dintel, el pórtico del pensamiento será la causa de su propia caída, se convertirá en su peor enemigo.

Apoyándonos en esta imagen, podemos indicar que los pensamientos, en su primera entrada, son como el barro: espesos, oscuros y sumamente resbaladizos para los caminantes imprudentes. Debemos aprender a superar el pensamiento denso en beneficio de las ideas ágiles, que son las que imprimen en nosotros la energía necesaria para llegar al mundo del espíritu.

Del mismo modo que los fardos innecesarios agotan inútilmente al caminante y le restan energía, y a la larga redundan negativamente en el cometido de su marcha, los pensamientos densos pesan sobre nosotros de tal modo que van acabando con nuestra energía provocando un agotamiento psíquico, un “cansancio mental” que termina, curiosamente, por extenuarnos físicamente.

Por esta razón, el control de nuestra mente y de nuestros pensamientos representa uno de los pilares básicos de nuestra actividad energética. Es esa acción y el dominio sobre nuestros pensamientos lo que nos brinda la estabilidad necesaria que, en el ámbito corporal, se manifiesta como un ahorro de energía que redundan en beneficio de nuestra propia fortaleza y nuestra capacidad de hacer.

Somos siempre el resultado de lo que pensamos, razón por la cual nuestro mundo psíquico es tan importante, ya sea para nuestro bien o para nuestro mal. Es como un alfanje que se debe coger por el mango y no por su filo.

### **La disciplina sobre el mundo psicológico**

Por estas razones, parece evidente que ejercitar la disciplina sobre nuestro ámbito psicológico resulta de una gran utilidad. Es un modo de “limpiar” el barro en las sandalias del peregrino para que pueda superar el umbral que le lleva a la puerta de su mente, y luego transitar con ideas limpias, claras, sencillas y concretas, más allá del pórtico hacia donde el mármol reluce, en esa parte donde el mundo mental es luminoso.

Los enemigos del caminante en el umbral del pensamiento son innumerables, tantos como los charcos en el barro quieran reflejar una o más imágenes en el capricho de sus perfiles multiformes.

Allí ninguna idea es original, sino el reflejo desgastado y deformado de otras

ideas. Cuando creemos haber apresado un pensamiento, éste no es más que la sombra de otro pensamiento. Es una zona engañosa en la que queda enterrado hasta sus pantorrillas el caminante temerario y en una sola caída, resbalando sobre un “pensamiento ficción”, rueda al fondo de los propileos perdiendo todo el esfuerzo que había realizado para llegar hasta allí o, peor aún, creyendo que el mundo de la mente es una ficción más dentro de este universo de reflejos y perdiendo así el incentivo que le llevaba a ascender.

En esta zona de imágenes superpuestas debe aprender a desnudar a aquél que es un reflejo de reflejos, es decir, al “pensamiento-ficción”.

En este juego de innumerables imágenes debe romper, una a una, las máscaras de barro observando que detrás de cada máscara rota hay un vacío que, si no pierde la paciencia, le va a llevar a romper la última donde se encuentra la idea original.

La ruptura, el abandono de los “pensamientos-ficción” nos va acercando al “pensamiento-real”, que es aquel que nos permite entrar limpios más allá de la puerta enlodada.

En ese innúmero juego de “pensamientos-ficción” se deberían diferenciar algunos especialmente nocivos como las “formas mentales”, los “pensamientos circulares” o las “obsesiones” que nos impulsan hacia una imagen falsa de nuestro mundo psíquico.

Pueden llamarse “formas mentales” aquellos pensamientos o ideas preexistentes que no nos pertenecen y que son como el agua que se enturbia cuando cae sobre el barro. Así, la energía es como el agua que, en grandes cantidades y aplicada con resolución, arranca el barro y va limpiando el mármol de la entrada, pero que, en cambio, aplicada tímidamente dejando caer sólo el resto que nos queda de una energía, que hemos dilapidado en otra parte, produce el efecto contrario y en lugar de quitar el barro, encharca y nos embarra aún más.

Por ello la entrada al mundo de nuestra psique es tan complicada, o incluso peligrosa porque, además de querer, debemos saber lo que estamos haciendo. No basta para el peregrino “de sí mismo” con llegar al portal, debe aquí aplicar toda la energía que posee para limpiar la aparición de pensamientos engañosos, de “pensamientos-ficción”.

El mundo psíquico debería estar vedado para la improvisación, para aquellos que creen que pueden dedicar a su mundo mental la energía que les sobra después de haberla dilapidado en el mundo de sus emociones. A éstos más les hubiera valido jamás ascender las escalas que le llevan al pórtico de sí mismos, ya que, o ponemos todo nuestro empeño en desechar el barro que nos queda, o nunca superaremos el plano de las imágenes engañosas.

Con esas pocas gotas de energía que arrojamos sobre el barro de la entrada,

lo que estamos haciendo es generar charcos especulares que sólo reflejan formas falsas, dándoles entonces a esas “formas mentales” un valor que no tienen, una importancia que jamás tuvieron. Dejamos así que nuestra psique se invada de reflejos, convirtiéndonos en esclavos de la ficción de nuestros pensamientos, de lo que creemos que es y no de la realidad de las Ideas.

Esas “formas mentales” nos gobiernan haciendo de nosotros otro ser de ficción. Pensamos y hablamos a través de ellas y, al ser su raíz falsa, nuestros pensamientos y nuestras palabras también son falsos o, mejor dicho, ajenos.

En otras ocasiones, por el ardor de llegar hasta el umbral en la ascensión de los propileos, el pasar del ámbito de las emociones al pórtico de los pensamientos, ha supuesto un esfuerzo tal que nuestra energía llega mermada. En estos casos resulta habitual que, sin llegar a chapotear en el barro de la entrada, con la primera imagen que encontramos hagamos un altar y adoremos a un dios de barro. Sin tomar las precauciones necesarias creemos haber llegado al final de nuestros esfuerzos y hacemos con esa imagen un “pensamiento circular”.

Nos lanzamos a adorar esa imagen sin comprobar antes si es o no consistente, y hacemos que toda nuestra vida y nuestras acciones giren a su alrededor. Nos convencemos y creemos firmemente que todo lo que existe comienza y termina en esa idea, y en ese giroscopio infernal engarzamos las pocas energías que nos quedan, invalidando así cualquier avance posterior.

Otro enemigo del viajero interior son las “obsesiones”, que son hijas de los temores y los miedos que arrastramos del mundo de las emociones.

No podemos atravesar el pórtico de nuestra mente cargados con las obsesiones del pasado, como no se puede subir un acantilado o adentrarse en la foresta cargados con la barcaza que nos sirvió para cruzar el río que nos conducía hacia ellos. Debemos aprender a soltar lastre, los miedos de antaño no nos sirven en el mundo de la psique, pues terminarían por arrastrarnos al foso al que por naturaleza pertenecen.

Quienes quieran hollar con éxito el mármol más allá del pórtico deben desembarazarse de las “formas mentales” engañosas, de los “pensamientos circulares” que marean la conciencia y de las “obsesiones” de antaño que nos arrastran a lo que creíamos haber superado.

Toda, absolutamente toda nuestra energía debe invertirse en limpiar lo que quede aún del barro que oculta el mármol reluciente.

## El mundo psíquico como conexión entre el mundo material y el mundo espiritual

¿Cómo podemos encontrar el punto de unión entre el mundo material y el mundo espiritual? A través de la mente pura, limpia de impurezas, de pensamientos engañosos, podremos recorrer el espacio que separa, aparentemente, ambos mundos. Como señala Píndaro, *“en el cielo, saber y ver; en la tierra, saber y recordar”*.

Son las ideas puras, concretas y sencillas las que nos llevan de una orilla a la otra. Es allí donde podremos comprender que no existe vacío entre una costa y la otra y que el mundo material tiene conexión directa a través de este portal con el mundo espiritual.

Sin embargo, cuando conocemos que estas dimensiones y las ideas puras son ahora nuestra fuente de inspiración, debemos volver la vista hacia el mundo, ya que si bien en lo psíquico lo hemos superado, no hemos abandonado lo material, pues nuestro cuerpo sigue encarnado en la materia.

En efecto, allí hemos dejado una deuda, pues cuando sonó para ti el clarín en el pórtico, alguien antes que tú te recordó y te orientó. Ahora, te toca a ti recordar y orientar a otros cómo se sube la empinada escala que conduce a la entrada y sobre todo cómo deben precaverse de los peligros que allí encuentren y que en el umbral les acechan.

Quien llega a sí mismo se debe a los demás, es ésta una Ley inviolable. El secreto es que somos Uno y la fuerza es de todos.

Será aquí y ahora, en el mundo de las ideas puras, donde debemos encontrar los Arquetipos que sirvan de guía al resto de los seres humanos. Sólo cuando descubrimos un engaño comprendemos hasta qué punto hemos estado azorados, y sólo así, cuando conocemos la sencillez de las ideas prototípicas, de las ideas puras, comprendemos hasta qué punto hemos sido arrasados como hojas al viento por las imágenes engañosas de los mil reflejos contrapuestos.

Hemos seguido ciegamente las máscaras vacías de nuestras obsesiones y de nuestros temores, nos hemos perdido en nuestra propia mente y hemos dilapidado la energía que la Naturaleza nos brindó con el fin de poder llegar a ella.

La obligación de aquél que se encuentra en el mundo de las Ideas ya no es solamente llegar a sí mismo, sino también llegar a los demás. Es un servicio ineludible el que tiene entre manos, y debe buscar y encontrar las formas que le permitan transmitir a través de la palabra y de la acción esas ideas arquetípicas al mundo de las imágenes reflejadas. Como nos recuerda el divino Platón, debe volver a la caverna con el fin de brindarles a los seres humanos una clave para existir

y para rebelarse sobre sí mismos, unas guías para marchar en la oscuridad, una cierta seguridad en el camino.

### **El mundo psíquico como punto de apoyo para diagramar lo que queremos que sea el mundo material**

No es en el mundo de la materia donde debemos diagramar su ordenación, sino que es en él dónde debemos plasmar los esquemas que hemos elaborado en el mundo del pensamiento. La vasija se encuentra antes en la mente del alfarero que en el barro que le da la forma.

La capacidad que poseen aquellos que han ordenado su mundo mental resulta a todas luces más práctica para reordenar la materia que los intentos de aquellos que se encuentran sumergidos en el ámbito de los pensamientos circulares.

Si el Universo se ha manifestado a partir de los Arquetipos, es a partir de ellos desde donde debemos reordenarle, ya que el mundo de la materia necesita del mundo mental para alcanzar su armonía, para poder engarzar a la materia en el diagrama pensado para ella.

A su vez, el mundo de la mente, el mundo de las ideas, depende de la existencia de la materia para poder “ensayar” los arquetipos divinos en el plano de las formas.

Si bien la Naturaleza se ordena por sí misma, el ser humano resulta un instrumento importante en el ejercicio de esa ordenación, ya que el ser humano es un dígito de la Naturaleza al servicio del Plan Universal.

Es en el plano psíquico, cuando éste se encuentra equilibrado y en orden, donde el ser humano encuentra los mensajes con los que puede instrumentar su función al servicio de la Naturaleza. Aquellos individuos que no controlan su mundo mental aplican desordenadamente sus poderes naturales actuando, en numerosas ocasiones, en contra de la Naturaleza, convirtiendo esos poderes naturales en poderes *contra-natura* que deterioran el mundo material, el ecosistema. Como ha advertido Dante Alighieri, “*no fuisteis criados para vivir como bestias sino para seguir en pos de la virtud y la sabiduría*”.

De este modo, la perversión de los “pensamientos-ficción” o de las “obsesiones humanas” no sólo deteriora al ser que las padece, sino que también resultan contraproducentes para el medio en el que vive, deteriorando y desordenando el ámbito material sobre el que influye.

El mundo psíquico ordenado es el punto de apoyo que debemos encontrar para poder diagramar nuestra acción en el mundo.

Consecuentemente, la llegada al pórtico de la mente y el paso al otro lado generan en los seres humanos dos actitudes completamente opuestas.

La de aquellos que se empantanan en el barro de sus propios pensamientos e, incapaces de alcanzar las Ideas que se encuentran más allá del umbral, establecen sobre sí mismos una suerte de antropocentrismo intelectual. Esclavos de ideas circulares, sometidos al juego de las formas mentales, lejos de reconocer su error o percatarse del engaño al que se hallan sometidos, consideran que la opinión que surge de sus pensamientos, la *doxa*, es una verdad indiscutible.

Creen haber alcanzado el poder del pensamiento y avasallan al medio que les circunda con dogmáticas sentencias. Sienten que el mundo gira a su alrededor, como ellos a su vez giran, sin reconocerlo, alrededor de sus ideas circulares.

Todo lo que les rodea se convierte, así, en una suma de errores y de dogmas que no sólo afectan al actor empecinado sino, y esto es lo más lamentable, al ámbito que les circunda.

Cuando estos seres, envanecidos en sus propios pensamientos, chapotean en el barro de las imágenes reflejadas y se encuentran con otros, tienden a colocarse frente a ellos.

Por el contrario, aquellos que trascienden el umbral, se colocan en un ángulo de visión del mundo completamente opuesto. Aquel que ha llegado a conocer e introducirse en el mundo de las Ideas, lejos de situarse frente a los demás, se coloca junto a ellos y en conjunto se dejarán regir por la Naturaleza, que es la que guía el destino de las cosas.

Aquellos que beben en las ideas puras son servidores de la Naturaleza y se sienten obligados con el resto de la humanidad.

Para el egoísmo del primero, el mundo pivota sobre la imagen intelectual de sus pensamientos. Para el inegoísmo y el sentido de servicio del segundo, el mundo pivota sobre la idea de la propia naturaleza de las cosas.

El segundo ya no interpreta las ideas sino que se convierte en un canal, una caña hueca como nos recuerda Cicerón, por el que libremente las Ideas circulan desde los Arquetipos a la forma de las cosas.

La pregunta es: ¿cómo hacerlo? Teniendo claro lo que se ha señalado y dirigiendo la energía, como el río de un Heracles moderno en los Establos de Augias de nuestro lodazal mental.

### **La energía como elemento de trabajo en el mundo psíquico con el que se modela el pensamiento para plasmarlo en la materia**

Esa misma energía que nos permitió lavar los “pensamientos-ficción” para encontrar las Ideas, es ahora, desde el mundo de las Ideas, el instrumento nece-

sario para modelar las formas que, inspiradas en esas Ideas arquetípicas, queramos plasmar en la materia.

Esa energía que antes nos permitió llegar, nos sirve ahora para realizar el esfuerzo de descenso, con el fin de plasmar las formas arquetípicas en la materia.

Es concentrando la energía y la idea, como el alfarero provoca el descenso de un arquetipo ideal desde su mente a las manos que modelarán el barro.

Si se ha necesitado de la disciplina para ascender por los difíciles propileos de nuestra mente, será aún más necesaria ahora la disciplina para plasmar en el mundo y reordenar las cosas.

La materia debe reencontrar su plan de acción, y aunque durante milenios los seres humanos turbados por el egoísmo de sus propias opiniones hayan, sistemáticamente, deteriorado el medio natural, se hace necesario que el hombre inegoísta, como canal de ideas arquetípicas, le devuelva a la Naturaleza su equilibrio, hoy alterado.

Sin embargo, esta función no se lleva a cabo solo con el hecho de identificarnos con las Ideas, sino que además es necesario aplicar puntualmente la energía de nuestra voluntad sobre ellas, para que descendan por la corriente de nosotros mismos al océano de los demás.

De este modo, en el mundo de la materia un “pensamiento-real” es un pensamiento sano, porque se inspira en una idea arquetípica y es fruto de una acción inteligente, donde sobre la idea se ha aplicado una energía que le permite traducirla al mundo de las formas.

Por el contrario, un “pensamiento-ficción” es un pensamiento enfermo que nace del reflejo de una idea, es decir, de una sombra y no de una realidad; es fruto de una opinión, de una especulación intelectual, enredada a la *doxa* y no al *nous* de las cosas.

A fuerza de acumular pensamientos enfermos el mundo se ha descargado de energía, hemos deteriorado nuestro ambiente, envenenándolo con razones superfluas que nos han ido alejando, cada vez más, de las Ideas originales y puras.

Hemos absorbido nuestra energía y la energía del planeta en juegos de acertijos intelectuales, en juegos de abalorios, que nos hacen recorrer un laberinto sin salida, perdidos en nuestras propias elucubraciones, exhaustos, sin energía y ya sin fuerzas para atinar a descubrir el engaño.

Debemos recuperar, por esfuerzo inteligente, la energía que rompa las máscaras de barro de los fantasmas del intelecto y nos permita llegar a ver la realidad de las Ideas tal como fueron concebidas en el corazón de la Naturaleza.

Para ello necesitamos brindar energía al pensamiento y pensamientos sanos y energéticos al mundo, pues el pensamiento es energía y la energía es pensamiento.

## La acción sobre el espíritu

(la actividad mística)

Al poseer los seres humanos ámbitos más sutiles que la materia física, en la medida en que comienza a tomar contacto con ellos y deduce de ese contacto un conocimiento, alcanza a comprobar que el control sobre los mismos resulta tan tangible y real como el control sobre la materia.

Incluso descubrirá hasta qué punto se encuentran vinculados e interrelacionados el mundo material y el mundo espiritual.

Del mismo modo que los comportamientos en el plano material tienen sus reglas, también las tienen los comportamientos en otros ámbitos. De tal modo, si alrededor de las cosas tangibles debemos ejercitar unos modos y ritos de comportamiento con el fin de ejercitar un dominio de los mismos, en el marco de las "cosas intangibles" debemos aprender también a conocer esas reglas para desarrollar la capacidad de acción sobre esos planos.

La intangibilidad aparente que se deduce del mundo espiritual a través de los elementos con los que nos regimos en el mundo físico, no niega en modo alguno su consistencia. Simplemente necesitamos otros instrumentos, del mismo modo que, en los distintos niveles del plano físico, con las mismas pinzas con las que cogemos el hielo no podemos coger el agua o menos aún el vapor de agua.

Esta misma lógica deberemos aplicarla en los otros grados de la materia llamada sutil.

De ese modo, una vez que ya hemos conocido la acción sobre la psique en el plano del pensamiento y su relación con la energía, podemos, a partir de esta zona intermedia del pensamiento, levantar los brazos como un Atlas y coger el cielo sin perder el soporte del mundo sobre el que apoyamos nuestros pies.

No obstante, del mismo modo que cuando sobre una tabla hemos colocado frágiles vasijas de cerámica y con los ojos vendados intentamos pasar nuestras manos sobre la tabla sin tocar las vasijas ni romperlas, corremos el peligro de destrozar alguna que otra vasija, cuando levantamos, en modo figurado, nuestros brazos al mundo de lo espiritual, es decir que actuamos a través de nuestra acción en ese mundo de lo superior, corremos el mismo peligro que sobre la mesa de nuestro ejemplo.

Al igual que sobre la mesa señalada, nuestra acción en el mundo de las ideas puras deberá realizarse teniendo en cuenta determinadas reglas de comportamiento que desde hace milenios se han ido transmitiendo generación tras generación, con el fin de evitar peligros mayores.

Existen ciertas vías en las que se manifiestan estas reglas y de las que se pueden recoger algunas líneas básicas de comportamiento.

Curiosamente, para penetrar en el mundo espiritual podemos usar los soportes que tenemos en nuestro medio habitual, utilizando elementos de soporte del mundo material para realizar acciones en el mundo espiritual.

### Los soportes del mundo material

Desde antaño la música y las matemáticas han sido artes que han acompañado a la humanidad en su desarrollo evolutivo, siendo ambas motores de las más puras inspiraciones y de los aciertos científicos más acabados.

En el marco del soporte vital de los seres humanos se han integrado estos dos conocimientos que se encuentran más cerca del plano sutil que del material, sin que ello haya impedido que sirvieran ambas de fundamento en el desarrollo material de la humanidad.

Estos son unos, que no los únicos, de los grandes secretos y cualidades que poseen ciertos elementos de los que dispone la humanidad, capaces de servir para generar en lo inferior y en lo superior formas con vocación de perfección.

### La Música

(las reglas del sonido)

Dentro de lo que entendemos por música habría que abarcar todas aquellas manifestaciones del sonido armónico. Es decir, todas aquellas reproducciones de las armonías superiores relacionadas en la antigüedad con Apolo y las Musas, que no sólo comprenden al sonido musical sino también a las palabras, a las frases ordenadas, a las consignas ceremoniales y, por supuesto, sin relegar al resto de las artes.

Los tonos, especialmente los tonos armónicos, nos permiten aprehender los más sutiles sonidos de la Naturaleza. La “música de las esferas” de la que nos han hablado los clásicos griegos se recoge, de modo inspirado, en ciertas melodías realizadas por el hombre en una sabia combinación de ritmos y sonidos.

De ahí que el sonido en sus más diversas variantes pueda servirnos para alcanzar el conocimiento de esas “reglas de lo musical”, fundamentales para avanzar en el conocimiento de lo espiritual.

Por el contrario, la desarmonía, lejos de acercarnos al mundo de las formas esféricas, nos aleja de él y nos sitúa en el ámbito de las formas con aristas, hundiéndonos en el conjunto de las representaciones confusas. Esa desarmonía no sólo puede darse, como decíamos, en el estricto sonido musical, sino también en una

construcción errónea o en el mal empleo de frases que resulten inarmónicas.

La melodía es el resultado de una inteligente combinación de notas musicales que da como resultado un sonido armonioso. En cambio, cuando el sonido se hace estridente termina por desarmonizarse, generando desorden frente al equilibrio armónico de la melodía.

Estos conocimientos se convierten en un instrumento de curiosas consecuencias que nos llevan a estados subconscientes, con una influencia notoria en estados de conciencia que dan lugar a modos de ser o formas de comportamiento.

Estos fenómenos son fácilmente observables y de ellos podemos colegir, en nuestro entorno próximo, características de los seres humanos en relación con la música que escuchan y en la manera de expresarse en la construcción de su lenguaje.

La música, en definitiva, puede constituirse en un elemento constructivo cuando resulta armónica y melódica, y en un elemento de deterioro cuando es violenta o inarmónica.

Quiero indicar con ello que a través del sonido nos integramos en el Ser, o al menos es un válido instrumento para acercarnos a él. Lo armónico nos une, lo inarmónico nos aleja, nos desintegra de los orígenes.

De ahí la importancia que han dado al sonido todas las culturas, ya que según el método que se utilice podemos obtener como resultado a seres humanos armonizados consigo mismos y con la Naturaleza, libres en su propia fuerza, o seres humanos alterados por el sonido, desintegrados en su propio conjunto, desordenados de tal modo en sus esquemas intelectivos como resultado de una música inarmónica que les convierte en seres fácilmente manejables.

La armonía genera libertad y paz en sus formas ovales y la desarmonía nos atrapa en los ángulos de las formas sonoras. No en vano las Escuelas pitagóricas apostaron por la música como una de las principales vías de Conocimiento.

En los laberintos circulares siempre se llega al centro, en los laberintos cuadrangulares, de las diez opciones que hay, sólo una llega al centro ya que las demás son vías engañosas que conducen a caminos sin salida en los que quedamos prisioneros.

La música, en su sentido más amplio y dentro de su faceta armónica, es el primer soporte que encontramos en nuestro entorno material para acceder al mundo de las formas espirituales.

## Las Matemáticas

(las reglas de la visualización)

Dentro de las matemáticas habría que entender lo que los antiguos llamaban la “aritmética divina”, es decir, el reconocimiento de los ritmos y de sus formas geométricas. Como señaló Galileo Galilei, *“la matemática es el alfabeto con el que Dios creó al mundo”*.

Nos recuerdan los clásicos que cuando el Teúrgo, el Gran Arquitecto, desarrolla la Creación, geometriza sobre el soporte de las matemáticas, de los números.

Esta ciencia de los espacios y los diagramas otorga al ser humano un poder teúrgico que le permite asimilar, en el plano material, la comprensión de lo que permanentemente está ocurriendo en el plano de las Esencias.

De este modo, tiene a su disposición otro instrumento que habiendo sido comúnmente utilizado para el conocimiento de la materia, puede también ser utilizado, sin contradicciones, para el conocimiento de los Arquetipos.

La visualización de las ideas es el punto de partida de esa diagramación posible del universo interior del ser humano. Recordemos si no los “sólidos platónicos” cuando dice Platón en el *Timeo* que *“El fuego está formado por tetraedros; el aire, de octaedros; el agua, de icosaedros; la tierra de cubos; y como aún es posible una quinta forma, Dios ha utilizado ésta, el dodecaedro pentagonal, para que sirva de límite al mundo”*.

Las ideas tienen formas que son formas Ideales, generalmente geométricas cuando más cercanas están a su arquetipo y que van perdiendo estructura en la medida en que se alejan de él.

Cuando las ideas pierden forma también pierden consistencia y se hace más difícil su plasmación en el plano físico. De ahí la importancia que tiene, para cualquier tipo de creación dentro del mundo, la diagramación clara de las ideas para un universo interior en orden, controlado por el artífice que pretende llevar a cabo su obra entre sus congéneres; pero esa capacidad también tiene sus reglas, que deben orientarse dentro de un marco aritmético-geométrico, tal como las que utiliza la Naturaleza para manifestarse.

La estructura aritmética es, justamente, el punto de apoyo del Arquetipo cuando se dirige a la plasmación de la forma física. Es el concepto de base, el corazón orgánico del sistema, o sea, la capacidad de permanecer vivo a pesar de la pesantez y la limitación de las formas.

La aritmética es la que rige los espacios, la que controla no sólo los números, sino también el vacío aparente entre ellos. El ritmo existente entre un guarismo y el siguiente permite la existencia de los números. El espacio internumeral es la

razón oculta de los números, ya que éstos sin el espacio no tendrían la oportunidad de ser, del mismo modo que las columnas de un templo sin espacios intercolumnares no serían otra cosa que una simple pared. Como señala Lao-Tsé en el *Tao Te King*: *“Treinta radios convergen en el centro de una rueda, pero es su vacío lo que la hace útil al carro. Se moldea la arcilla para hacer la vasija, pero de su vacío depende el uso de la vasija. Se abren puertas y ventanas en los muros de una casa, y es el vacío lo que permite habitarla. En el ser centramos nuestro interés, pero del no-ser depende la utilidad”*.

La cualidad y cantidad de los conceptos numéricos está reservada a los espacios que les permiten distinguir al número uno del número dos, a éste del tres y así sucesivamente. Justamente porque en estos espacios es donde habita el Uno que no tiene dos, el *Uno sin segundo*, que está en el origen ultrínimo de todo.

Cuando se comprende el juego numeral comienzan a conocerse las reglas de la creación, y de ese modo se puede ascender al mundo espiritual con cierta seguridad de no hacerlo mal.

Los conceptos necesitan de las estructuras geométricas para armonizarse, a partir del círculo en el plano y de la esfera en el volumen.

Por medio de la combinación de los ritmos numéricos y de las formas geométricas se va diagramando el Universo.

Los espacios internumerales son los que permiten el volumen de los planos, ya que los conjuntos lineales que se formaron a partir del círculo uniendo por rectas la diagramación del movimiento vibratorio de su punto central, cobran forma con su desarrollo en el volumen. De este modo los conceptos numéricos han servido para estructurar las formas en el plano, y los espacios internumerales han dado el contenido a esas rectas combinadas.

Así también, el ser humano accede a su capacidad teúrgica por el conocimiento de los números y de la geometría. Para visualizar sus ideas debe recurrir al juego de los ritmos y de las formas geométricas, dándole forma en el pensamiento a las ideas.

Esto le permite atrapar la idea y retenerla en la estructura especialmente diseñada para ella y, a partir de ahí, trabajar con ella, modelarla y visualizarla en el plano mental, con el fin de diagramar todas sus virtudes y evitar sus posibles fallos para luego intentar plasmarla en el mundo de los objetos físicos.

Es aquí donde la combinación de la visualización y el sonido pueden servir como punto de partida y soporte para realizar el camino inverso, abandonando las formas a partir de la forma, y penetrar en los espacios internumerales donde se armoniza la música de las esferas en el *Uno sin segundo* cercano a la raíz de todas las cosas. En definitiva, mover las manos sobre la mesa del espíritu sin romper las vasijas de frágil cerámica.

## La acción en el mundo espiritual

Partiendo entonces de los soportes espirituales que encontramos en el plano material, podemos adentrarnos en sus límites, intentando trabajar en el marco de sus fronteras.

Desde antaño se han legado a la humanidad dos poderosas herramientas para trabajar en el plano espiritual: la contemplación y la oración.

### La contemplación

(las reglas del Jardín de lo imaginario)

Una vez que a través de la combinación de sonidos e imágenes se ha llegado a construir un pequeño micro-universo de ideas, debemos aprender a reconocer a las ideas dentro de sus formas y a modelarlas para cuando llegue el momento de poder plasmarlas en la materia física.

La observación de las formas y de su movimiento va desarrollando la capacidad de dominio sobre ellas. Ahora ya no estamos solo colocando las manos sobre la mesa de nuestro ejemplo, sino que además hemos comenzado a acariciar las formas de las vasijas allí depositadas.

En el plano llamado espiritual, las cosas que en su origen son las mismas que las cosas del plano material se diferencian de éstas porque vibran a un ritmo diferente. De ahí que el conocimiento del sonido y la posibilidad de diagramar nos permiten acercarnos a la música y la geometría celestes con ciertas posibilidades de éxito.

Sin embargo, recrearnos con las formas elaboradas a través de la contemplación en los planos sutiles no debe llevarnos, en ningún momento, a un embeleso tal que seamos incapaces de seguir construyendo, en una especie de “canto de sirenas” que nos paralice imposibilitando nuestra actividad constructiva.

La belleza de las formas geométricas y de las ideas de los conceptos puros encierra siempre el peligro de hacernos naufragar en la contemplación pasiva, que pueda llevarnos a un aislamiento de las realidades, en sus distintas dimensiones, y que al final no sepamos a qué plano pertenecemos, estancándonos de un modo incompleto en ambos y perdiendo así nuestra oportunidad espiritual.

La oportunidad de visualizar en el plano celeste no debe alterar nuestra oportunidad histórica y social, ya que aún seguimos encarnados en el mundo físico con el que tenemos una deuda y en el que debemos realizar unas labores materiales y espirituales inteligentemente combinadas.

Para que nuestra contemplación sea constructiva, debemos adentrarnos y

conocer la dinámica del mundo de la imaginación y sus leyes.

Son los modos vibratorios los que cambian en los distintos planos de manifestación de la materia, entendiendo como materia a todo lo manifestado en el Universo, ya sea visible o invisible a los ojos humanos, y además dentro de estos modos vibratorios los ritmos varían.

Para aquel que de la mano de una conciencia despierta, y no de la mera fantasía, haya podido penetrar en el mundo imaginario celeste, se abre ante los ojos internos, con los que ejercita su contemplación, un universo inmenso de manifestaciones posibles.

A partir de allí, depende de su capacidad el saber seleccionar las ideas y las formas que sean más apropiadas para su momento histórico y que puedan tener cabida en el mundo de las cosas materiales. Para un ser encarnado en la materia, una actitud diferente carecería de sentido práctico y podría tener consecuencias negativas para su desarrollo espiritual.

Del universo celeste debemos extraer las imágenes y las enseñanzas que nos permitan acercar, todo lo posible, las formas físicas a esos arquetipos superiores. De lo contrario, corremos el peligro de paralizar nuestro desarrollo, frustrados por incapacidad y abortando nuestra necesaria evolución.

La capacidad creativa que pueden desarrollar aquellos que llegan al Jardín de lo imaginario, deberá estar siempre condicionada a que las plantas que allí cultive este horticultor celeste puedan ser siempre trasplantables a las arenas cálidas de desierto de la materia.

De lo contrario, su labor no pasará de ser la labor especulativa de aquel jardinero que, soñando en las arenas con el oasis, ha sido incapaz de buscar agua para regar sus obras y éstas murieron bajo el sol abrasador de la consistencia material que también tiene sus leyes y sus ritmos.

La capacidad creativa de contemplación debe ir siempre acompañada de una acción sobre las formas, y éstas no deben manifestarse por sí mismas por la fuerza de la inercia, sino por el control de nuestra voluntad de teúrgos, pues de lo contrario se rebelarían contra sus propios creadores sometiéndoles a la contemplación embelesada de sus ritmos celestes, y éstos serían incapaces de traer los Arquetipos a la Tierra.

### **La oración**

(las reglas de la plegaria)

Otro instrumento es la oración. Es el lenguaje con el que nos comunicamos en el Jardín celeste, ya que mientras usamos el lenguaje corriente para comunicarnos con el ser externo, la oración nos sirve para hablar con el Ser interno. Este

modo de expresión nos hace capaces para dialogar en el desierto y en el oasis y retornar sin dificultades al Jardín, pero al igual que el lenguaje corriente, la oración también tiene sus reglas.

En el diálogo con el que Somos no debe jamás haber lamentación, ya que hablamos con la fuerza de lo que somos y tenemos. No debemos mendigar el pan celeste, ya que siempre el jardín del paraíso se ha conquistado por asalto. Recordemos que en los Misterios de Mitra, en la antigua Roma, se indicaba al neófito que *“el Paraíso no se mendiga, se conquista por asalto”*.

La oración debe ser la firme proclamación de un jardinero decidido que reclama el Jardín que le pertenece. De ahí que el ritmo de la oración enciende el verbo, y con la palabra justa y sencilla penetramos en el recinto esperado.

En la oración no se pide; por el contrario, se da. A través de la oración debemos aprender a reconocer al que realmente habla, pues si con el lenguaje corriente habla el ser humano, con el verbo de la oración habla el Ser.

Descubriendo esa dicotomía incardinamos el conocimiento de nuestro Ser en la medida justa.

Cuando por la oración abrimos las puertas del Jardín, descubrimos que el que estaba dentro es el mismo que abre la puerta, con la diferencia de que el verdadero dueño es el que está y no el que llega. La oración nos sirve entonces para identificarnos con el dueño del Jardín, que es el que realmente Somos.

Si, por el contrario, hemos utilizado la fuerza de la oración para pedir, puede que lleguemos a la puerta del Jardín celeste, pero cuando la abramos el Yo que está dentro utilizará la misma regla y, en lugar de dar, pedirá, y jamás entrarás en el Jardín que anhelas.

La diferencia es que cuando has llegado a él por la fuerza de la dación y de la entrega, la regla utilizada será la oferente y, por tanto, al encontrarte contigo mismo en el Jardín alcanzado, se utilizará la misma regla y el Jardín se abrirá a tu voluntad.

La plegaria cobra fuerza cuando comprendemos que el que habla en ella es el Yo oculto en el Jardín y no el yo que vemos, y así cada vez irá creciendo su fuerza y su poder.

Mientras en el mundo físico habla nuestro yo físico, en el mundo celeste habla nuestro verdadero Yo con el lenguaje de la oración.

En la plegaria la forma de la palabra encierra la fuerza y la savia de la vida, que es la misma que genera las formas en el Jardín interior.

Esa savia hace que las palabras oracionales tengan especial eficacia en nuestra conciencia, dado que están regadas por el Ser interior y están capacitadas para operar la relación definitiva entre el peregrino del desierto y el jardinero del oasis interior.

La oración elabora el diálogo que lleva necesariamente a la identificación del uno con el otro, ya que en realidad son el mismo.

La acción en el mundo espiritual nos permite unirnos con la conciencia de lo que realmente somos, en contacto íntimo con nuestro propio Ser y con el Ser de la Naturaleza.

La fuerza del que conoce las reglas de la oración como dádiva y no como súplica se refleja en la actitud vital del orante. El que se entrega oferente por la vía del inegoísmo, en el marco de la oración, es un servidor de la fuerza que anida en todas las cosas, se identifica con esa fuerza y es capaz de brindarla.

En cambio, el suplicante es un menesteroso del espíritu que reclama su limosna, como en las esquinas de la aldea reclama el indigente un mendrugo de pan.

En el orante generoso se produce una capacidad singular que le permite no sólo alcanzar el Jardín celeste sino también modelar el mundo, ya que en última instancia la oración sirve no sólo para dialogar con el Ser interior sino también como control de las formas creadas.

Si a través de la oración llegamos a nuestro interior, donde es el Ser el que domina los límites de nuestra acción en el mundo material, el orante se convierte de este modo en un ser activo que, por medio de la plegaria, conquista su Jardín interior y a través de la plegaria traduce al mundo de las formas las normas que deben regir ese mundo, que también hay que conquistar.

Nunca llegarán quienes, encerrados en el círculo vicioso de sus propias limitaciones, han promovido una oración esclavizante, aletargando al orante desorientado en una oración suplicante y alejándolo de todo poder de dación.

La oración dinámica y oferente genera ritmo, vida y control que se traducen en el mundo de las formas físicas en verbo, que es forma en la palabra y dominio sobre las obras realizadas.

Aquellos que acceden al plano espiritual deben ser seres por excelencia prácticos en el mundo de las cosas. Sólo son capaces de orar con eficacia quienes son capaces de dar todo cuanto tienen, pues son los que alcanzan el derecho al Jardín interior y al oasis en la tierra. Al agua hay que buscarla y no esperar impávido una lluvia que no caerá en el desierto.

Son los esforzados los que alcanzan el derecho a conocer el secreto de la oración, porque solo a los valerosos les es posible la doble lectura de las cosas; del mismo modo, solo los que se adentran en el misterio de los números conocen el valor de los espacios entre éstos, y los que indagan en las leyes de la armonía presienten alguna vez la música de las esferas.

Por estas razones podemos observar que, dentro de los soportes que encontramos en el mundo material y que nos permiten acceder al mundo espiritual,

las matemáticas estarían íntimamente ligadas, en su capacidad de diagramación, con el mundo de la contemplación, y la música, en sus ritmos, con el mundo de la plegaria.

De este modo, utilizando los caminos de la tierra podríamos, de la mano de las ciencias matemáticas y musicales, alcanzar el camino inverso de lo celeste desde su reflejo en los caminos terrestres. Esto nos lo recuerdan las catedrales medievales, que en sus conjuntos y en sus distintos diagramas geográficos reflejan constelaciones, o la ruta de las estrellas que se refleja en el Camino de Santiago, o el camino celeste hacia la Meca, o el camino hacia el Templo de Salomón, o a la ciudad Sagrada de Moisés, de tal modo que contemplando y orando se modela el mundo con las reglas del Arquetipo celeste.

## Libro Séptimo

### El caleidoscopio

**C**omo en el ancestral símbolo del Uroboros, la serpiente que se muerde la cola, todo lo que parece que termina, en realidad está volviendo a empezar.

Nuestro deambular filosófico está permanentemente finalizando y comenzando de nuevo, como los cristales de un caleidoscopio donde cada figura es un final y un comienzo de la siguiente, siempre con los mismos cristales.

Cada punto de crisis en un ser humano debe provocar un giro, pues etimológicamente *crisis* significa cambio, de tal modo que en cada giro de nuestras vidas estamos comenzando de nuevo una nueva y más arriesgada aventura. No en vano, la tradición popular nos recuerda que *“hoy es el primer día del resto de tu vida”*, cada vez que tomamos conciencia de algo.

En un tiempo de cambios como el nuestro en el paso de un siglo a otro, se nos presenta la oportunidad de realizar el esfuerzo consciente de vivir más allá del gozne histórico, de ser los primeros en cerrar la marcha en la curva de los tiempos y superar el giro hacia un nuevo medievo en el que parece que, por los ciclos históricos, nos estamos adentrando. Es hora de proyectarnos hacia un renacimiento histórico, como tantas veces ha ocurrido a lo largo de la historia en ciclos similares, en el que los seres humanos de virtudes despiertas se constituyen en puntos de referencia y punta de lanza en el camino del cambio.

No obstante, estar preparados para afrontar cualquier aventura vital implica un esfuerzo y una puesta a punto, máxime cuando esa aventura tiene la doble particularidad de vivirse hacia dentro y hacia fuera.

No sólo debemos cambiar y ser capaces de mantenernos diferentes frente

a un medio hostil que vive aún anclado en alienaciones del pasado, sino también mantenernos suficientemente atentos como para impedir que los gérmenes de lo regresivo contaminen el poder de expansión que poseen las semillas del cambio.

Estos procesos podrán ir generando, progresivamente, “un hombre y una mujer nuevos”, diferentes, que se visualicen como soportes y puntos de partida para las renovadas corrientes de la historia.

El ser humano es una mezcla de fuerzas que se armonizan en un intercambio permanente, y aquellos que sean incapaces de reciclarse, inexorablemente estarán imposibilitados de avanzar con el ritmo de la vida y se anquilosarán frente a los cambios, convirtiéndose en un lastre para la historia.

En el juego de imágenes de un caleidoscopio podemos encontrar, simbólicamente, muchas respuestas sobre el ser y el mundo.

Este juego de bellas imágenes es una especie de rendija por donde podemos observar el rito de la creación de las formas. En un caleidoscopio podemos ver cómo se combinan las formas en variadísima gama, siempre partiendo de los mismos elementos.

Anaxágoras decía que *“en todo hay parte de todo”*, de lo que podríamos barruntar que combinando las partes del hombre viejo podríamos hacer nacer un hombre nuevo; pues, como agrega el clásico *“las cosas no nacen ni perecen, simplemente a partir de las cosas existentes se alteran, se vuelven a combinar o se separan. Nada se genera de la nada”*.

Como en las *“homeomerías”* de Anaxágoras, debemos buscar las semillas y volver a combinarlas. Hay que mover el caleidoscopio y con los mismos elementos encontrar la figura nueva.

Si cada cosa es manifiestamente aquello de lo que más posee, así como asemeja al oro aquello en lo cual hay mucho oro, entonces serán “el hombre y la mujer nuevos” a los que, para diferenciarlos, llamaríamos “seres caleidoscópicos”, aquello que por combinación de sus partes tenga más de nuevo que de viejo.

La clave estaría en destacar que, con la combinación de las semillas (*spermá*) del tiempo nuevo, se alcance a producir la transmutación de los seres humanos viejos en seres humanos nuevos, como nos ilustra el mito del Fénix o del Ave Benú.

Se trata de un trabajo de combinaciones y prioridades; todo sirve, porque es de las raíces del tiempo viejo de donde hay que sacar el retoño del tiempo nuevo.

Dicen los *anaxagetas* que todas las cosas estaban juntas y que al llegar el intelecto las organizó cósmicamente. Por tanto, si todas las cosas están en todas, hay una porción de todo en cada cosa; de tal manera que si queremos una nueva

figura en el caleidoscopio, deberá buscarse a través de la combinación nueva de las formas existentes.

No debe pasarnos desapercibido que es en el corazón del hombre viejo donde hay que despertar al hombre nuevo y que es en ese corazón, nuevamente encendido, donde se iluminará el intelecto, con el fin de encontrar el camino que lleva al tiempo nuevo. Con la misma masa del hombre viejo es con la que se amasa al hombre nuevo.

Nadie es inútil, pero tampoco nadie es imprescindible, en realidad somos todos necesarios.

Del tiempo viejo sólo se sale a partir de la rebelión del hombre viejo renacido. Son esos hombres y mujeres nuevos, trasmutados, los que orientan el nuevo giro de la historia cuando se asume el destino, cuando encarna el “Niño de Oro”.

### El “ser caleidoscópico”

De esa amalgama de elementos que alguna vez sirvieron para generar lo que hoy es un ser viejo, hay que reencontrar las semillas para recombinar la creación de un ser nuevo. En este cambio de siglo el caleidoscopio de la historia debe operar otro giro más.

Si tenemos en cuenta las dificultades a las que, para encontrar esas semillas, tienen que enfrentarse los seres humanos de este momento histórico, dado el deterioro de las costumbres y la manipulación de sus vidas que han logrado generar los “amos de la caverna”, el trabajo a realizar no sólo es urgente sino que también resulta extremadamente delicado.

Estos “seres caleidoscópicos” para el tiempo nuevo deberán presentar un perfil que les permita combinar las semillas (*spermá*) existentes en ellos con las cualidades necesarias para poder avanzar contracorriente en este nuevo periodo histórico, y para llevar consigo los elementos de un nuevo prototipo de civilización.

En la Naturaleza las cosas se manifiestan del mismo modo que se combinan las imágenes en un espejo partido, donde en todas las partes se refleja una misma figura con diferentes aristas. La habilidad se encuentra en aquél que es capaz de encontrar la figura raíz y, a partir de ella, realizar una nueva combinación que resulte idónea para un nuevo periodo.

Como narran las más antiguas tradiciones, sólo en el final de los tiempos los seres humanos volverán a la mezcla original; entre tanto, serán necesarias sucesivas transformaciones con el fin de que la humanidad experimente.

La Naturaleza es como ese caleidoscopio donde el principio y el fin de las

combinaciones está siempre dentro del cilindro que contiene todas las cosas.

Si bien el perfil de “los seres humanos caleidoscópicos” se irá desarrollando progresivamente a medida que vayan despertando en sí mismos y, a partir de sí mismos, vayan ayudando a despertar a los demás, podemos colegir que ya existen ciertas semillas que les son características.

Son siete principios, pilares sobre los cuales se estará desarrollando la nueva conciencia y que se sustentan en una ética de corte filosófico:

- 1 — Un alto sentido del inegoísmo.
- 2 — Una marcada inclinación al servicio.
- 3 — Una profunda firmeza de carácter y convicciones.
- 4 — Un desarrollo importante del sentido de la responsabilidad.
- 5 — Un carácter alegre y magnético.
- 6 — Un lenguaje sencillo y claro acompañado del ejemplo.
- 7 — Una ética vital; virtudes sencillas, pero severas en un tiempo donde ellas brillan por su ausencia.

Como nos recuerda Confucio, *“cuando veas a un hombre bueno, trata de imitarlo, cuando veas a un hombre malo, examínate a ti mismo”*.

En consecuencia, ello traerá aparejado el que se genere a su alrededor un “polo de concordia” en el que se destaquen la belleza, la bondad y la justicia que, como todo polo magnético, producirá un fenómeno de atracción, por su propia naturaleza, de todo aquello que podría llegar a oponérsele reteniéndolo bajo su influencia.

De manera natural, todo buen ejemplo siempre sugiere la tendencia a ser reproducido, de tal manera que progresivamente se vaya delineando el perfil de los nuevos seres humanos del tiempo nuevo. Con la suma de todos ellos se irá produciendo un nuevo giro en el caleidoscopio que en sus manos sustenta el Demiurgo, el Gran Arquitecto del Universo.

### **Alienación y ataraxia**

Los seres humanos, por regla general, se muestran proclives hacia dos tendencias: o se apasionan por las cosas del mundo o se desinteresan radicalmente de ellas. Ello se debe, fundamentalmente, a su incapacidad para encontrar un equilibrio que les permita evolucionar con cierta armonía, ya que es evidente que, con excepción hecha de ciertos privilegiados, el resto de la humanidad evoluciona a trompicones, a fuerza de altibajos.

Ante esta realidad, a la hora de generar un cambio de conciencias habría que reconvertir estos defectos en beneficio de nuestra evolución.

En efecto, si por regla general los seres humanos se mueven entre la pasión y la indiferencia, habría que reeducar sus pasiones y reconducir sus indiferencias.

Se observa que los seres humanos de nuestro tiempo se inclinan hacia una alienación materialista o consumista, con un marcado abandono de la búsqueda interior. Se ha confundido el esquema de las prioridades y se olvida la necesidad de recambio permanente que se produce en las cosas manifestadas, lo que incluso le anquilosa en sus conquistas materiales.

Como ya hemos señalado, en un mundo manifiesto la materia es importante, pero en la medida en que le demos su justo lugar en el devenir humano.

Ocurre otro tanto en aquellos que se inclinan hacia pasiones espirituales, pues olvidan que para ello hay que tener en cuenta, aunque no lo parezca, las necesidades materiales de este mundo.

La humanidad se encuentra en un momento en que la ataraxia espiritual ha dejado el campo libre para el desbordamiento de sus pasiones y alienaciones materiales, por lo que cabe preguntarse si es posible dar un golpe de timón y generar un giro copernicano que nos permita superar el proceso medieval en el que parece que se está sumiendo nuestra sociedad.

Las gentes de nuestro tiempo intuyen que el camino que lleva nuestra sociedad los precipitará en el vacío y, si bien tienen una leve conciencia de ello, no encuentran el lenguaje para traducirlo al mundo inteligible de sus congéneres, ya que el lenguaje que utilizan se encuentra tan deteriorado como su entorno social.

No deja de ser curioso que este fenómeno de la ataraxia espiritual y la alienación materialista haya traído como consecuencia la organización de una sociedad que ha alcanzado un gran desarrollo científico, pero habitada por seres espiritual y psíquicamente primitivos y moralmente amorfos.

Las alienaciones de nuestro tiempo no han generado semillas civilizatorias, sino por el contrario gérmenes regresivos, y el ser humano, en su ataraxia espiritual, se ha olvidado de sí mismo y ya no sabe dónde comienza el camino de regreso hacia sus propias fuentes.

El ser humano de este pasaje de siglos se ha convertido en un ser primario, egoísta, rodeado de tecnología, pero incapaz de comprenderse a sí mismo y mucho menos a los demás que conforman su entorno.

Se ha convertido en una suerte de esclavo culpable porque ha permitido que las alienaciones materialistas no sólo le esclavicen, sino que le sequen por dentro y que lo conduzcan en su incertidumbre hacia la nada.

Es en estas situaciones de emergencia donde esa parte de la humanidad que

no logre girar por el gozne de la historia hacia su propio renacimiento, dará un salto hacia el vacío.

En situaciones de emergencia sólo caben salidas de emergencia, un giro radical de costumbres conceptuales como la de dejar de pensar con la alienación materialista y pasar a las pasiones interiores, dejando que se vaya conformando la ataraxia sobre la materia ante la relatividad de las cosas y del mundo. Quizás, para nuestra sorpresa, surja entonces un ser humano distinto, capaz de aspirar a ser dueño de sí mismo y libre frente a los condicionamientos de una sociedad enquistada en el consumo.

Cuando hayamos girado el timón de nuestra vida habrá que buscar entonces, con la nave dirigida hacia un nuevo rumbo, el equilibrio necesario entre la nave y el viento, entre la materia y el espíritu, con el fin de no caer tampoco en sentido inverso en los excesos y errores de apreciación que criticamos en el pasado. Ahora, se impone buen rumbo y justa navegación, pero ¿cómo lograrlo?

### Los gérmenes de la inercia

Uno de los mayores peligros que podemos tener en el tiempo nuevo es que los seres humanos que crucen el puente, que giren el gozne, lleven consigo, en su apariencia de “hombres y mujeres nuevos”, los gérmenes de la inercia, ya que toda transformación necesita de una pausada meditación sobre las formas del cambio.

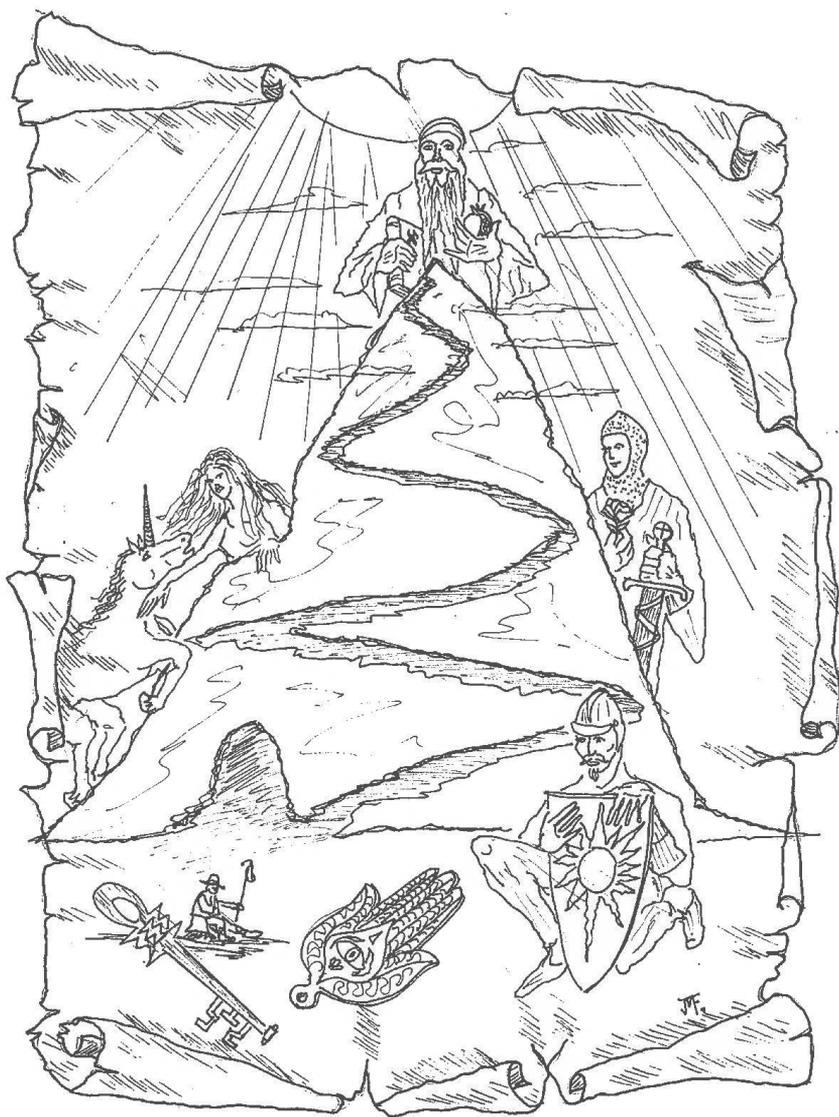
Un vez que ya entremos en el nuevo rumbo, las actitudes irreflexivas o precipitadas pueden llevar al traste todo el esfuerzo realizado. Estos “hombres y mujeres nuevos” deben cuidar con celo su pureza intelectual, su capacidad de ser dueños de sí mismos en todo momento y en todas las circunstancias.

La capacidad que tuvo para girar en el momento oportuno no le hace por ello inmune a la aparición de resabios atávicos de involución. Por el contrario, se ha convertido en un ser señalado, ya que no actúa en los laberintos de la sociedad vieja como lo hizo al comienzo, sino que ahora es puntal del cambio.

De este modo, se convierte en blanco preferente de aquellos para quienes las cosas como estaban resultaban más rentables, por lo que ahora deberá fortalecer su mundo interior y también tener fortaleza exterior frente al mundo.

Si bien las agresiones para impedir su llegada “al estado de conciencia del tiempo nuevo” vendrán de fuera, su principal enemigo se encuentra dentro de sí mismo, en sus gérmenes del hombre viejo y en los gérmenes de la inercia que no haya podido desterrar o al menos dominar en su interior.

Él viene de un mundo viejo y arrastra las miasmas de ese mundo que, adhe-



*Entonces, aquel humilde poseedor de una llave y una mano ardiente, como única verdadera posesión, aquel que ya nada tenía a fuerza de haberlo dado todo, se ve, de pronto, convertido en el ser más rico del Universo.*

ridas al casco de su nave, retienen su navegación. Por tanto, debe calafatear permanentemente su navío, permaneciendo en todo momento alerta sin permitirse ninguna distracción.

La incertidumbre y la duda serán sus más encarnizados enemigos porque ellos se ceban en los gérmenes de la inercia. Cuando estemos huyendo de la inercia del tiempo viejo hacia un tiempo nuevo, es preferible errar en algunos grados el rumbo del giro por el gozne a detener la nave para realizar los cálculos de precisión, pues en esos casos corremos el peligro de que las corrientes de la inercia nos vuelvan a arrastrar.

Existe en el tiempo viejo mucho error y mucho engaño acumulado, que pesa como un lastre que nos arrastra hacia las profundidades oscuras de la historia, donde se ocultan los que dirigen este mundo a favor de sus propios intereses.

Aquel que logre dar el giro no se detenga, que navegue hacia el tiempo nuevo sin retrasos arrastrando consigo a todos los que pueda, abriendo nuevas rutas, nuevos rumbos para los que navegan detrás. Ya habrá tiempo cuando alborée el sol nuevo para los cálculos de precisión, por ahora lo importante es girar el rumbo de la historia.

### El gran secreto del triunfo

Lo que he llamado “El gran secreto del triunfo” es su habilidad para no utilizar el choque armado como medio para imponerse a sus oponentes, sino saber que lo que realiza es una “conquista”.

Puede esta idea parecer ambigua, ya que por regla general se identifica el triunfo sobre los demás con la confrontación e incluso con la lucha armada. Sin embargo, si profundizamos en esta reflexión podremos observar que se trata de una serie sucesiva de conquistas. Hay en la historia grandes generales que han conquistado diferentes plazas sin combatir, cuando las mismas se han rendido ante la llegada del conquistador.

Los grandes conquistadores han logrado que sus mayores éxitos hayan ido de la mano de la paz, cuando ciudades y poblaciones se abren ante su llegada sin derramar una gota de sangre. Si bien en un comienzo las armas han sido las que han refrendado su expansión, curiosamente no ha sido siempre por la fuerza del combate como se le han abierto las puertas más codiciadas de sus avances. Como con acierto sentencia el chino Sun-Tzu en su obra *El arte de la Guerra*: “La mejor batalla es aquella que se gana sin combatir”.

La idea de alcanzar el triunfo por las vías de la moderación y la dulzura, en lugar de avanzar sobre ella por la violencia, prometiendo a los que se supone

vencidos condiciones favorables y clemencia, son muestras de magnanimidad y de generosidad.

Si sabemos cambiar las tornas cuando todo parece seguir una corriente contraria a la que pretendemos, el derrotero de las circunstancias puede cambiar. Es cuestión de tener la mente serena y las ideas claras, pues la solución está siempre más cerca de lo que podemos imaginar y, por lo general, en el lado opuesto hacia donde va el impulso de la inercia. Conviene recordar que, tal como reza un adagio árabe, *“al lado de la dificultad está la facilidad”*.

Estos ejemplos de la “conquista por la paz” son una muestra sumamente interesante de cómo debería comportarse el ser humano del futuro y de qué modo no se trata de una novedad, sino que ya han sido ejercitados estos modelos que hemos llamado el “gran secreto del triunfo”. Además, como apuntó Cicerón, no debemos olvidar que *“cuando los tambores hablan, las leyes callan...”*

Al triunfo se llega por la paz y la concordia y no por la violencia o la confrontación. Vivimos en un mundo y en un tiempo maniqueo sin capacidad para la síntesis. Los seres humanos del futuro, a los que hemos llamado los “seres caleidoscópicos” deberán ser capaces de, sin temer a las armas, poder amar y fomentar la paz.

En un panorama dialéctico como el de nuestra realidad histórica, la confrontación es parte de esa misma realidad. Sin embargo, el combatir y saber amar lo que se combate es el resultado vital de un ser global, de un nuevo tipo de inteligencia, de un nuevo modo de pensamiento.

En nuestro mundo manifiesto, que es un mundo en armonía por oposición, la inclinación sobre un solo platillo de la balanza desequilibra a los seres humanos y a la sociedad que los alberga. Por tanto, el aumento excesivo de uno de los pesos resulta perjudicial para el conjunto.

Aunque parezca un galimatías, el amor en exceso reblandece y la confrontación en exceso desintegra, por eso resulta sugestivo observar que es el equilibrio entre el amor y la confrontación lo que nos une y nos hace más fuertes.

No es a partir de ninguno de estos extremos como nos encontramos a nosotros mismos y a los demás, sino más allá de ambos donde se encuentra la sabiduría.

Los seres humanos durante siglos han exaltado las virtudes de uno u otro extremo. Así, por señalar algunos estereotipos, podríamos apuntar que Atenas cultivó el amor y Esparta en cambio cultivó la guerra, pero fueron otros como Alejandro de Macedonia quien en cierta medida cultivó ambos y logró expandir una civilización.

Los teóricos de una u otra opción han hecho correr ríos de tinta sobre las

bondades y ventajas de cada una de ellas en contraposición con la otra, y sin embargo la humanidad se sigue desgranando sin acceso real a sus cánones civilizatorios.

Es el modelo de “armonía por oposición” el que, a través de la síntesis de ambas corrientes, puede potenciar el surgimiento de una nueva inteligencia, un ser humano nuevo para el tiempo venidero.

El “gran secreto del triunfo” está en aquellos que, en lugar de fragmentar, logran unificar.

Nada es bueno ni malo en sí mismo, pues como nos recuerda el *Tao* de Lao-Tsé, todo lo negro tiene un punto blanco y todo lo blanco tiene un punto negro. El *Yan* no es sólo *Yan* ni el *Yin* es sólo *Yin*, porque en realidad la unidad está en la capacidad de síntesis. Es la síntesis de ambos la que conforma el *Tao*, la Unidad, el Conocimiento.

Dicen los antiguos teóricos que la guerra tiene algo de amor y el amor tiene algo de guerra, si bien es sólo la Sabiduría la que es capaz de sintetizarlos y trascenderlos, como nos recuerda en el antiguo panteón griego la figura de Pallas-Atenea, diosa que unía los criterios del combate y la sabiduría.

Los seres parciales podrán esgrimir sus argumentos, pero la historia tiene sus leyes y su propio curso, y sólo los seres globales, caleidoscópicos, pueden navegar sobre ella más allá de sus vaivenes.

### La seducción como arma

El combate repele, la conquista atrae y es la seducción el puente que permite pasar de un punto al otro.

La historia nos ha demostrado que generalmente los grandes enemigos se encuentran seducidos los unos por los otros.

Recordemos que Alejandro Magno conquista Persia porque en realidad admira a Darío III y éste a su vez se encuentra seducido por aquél, o también que Ciro el Grande, en el Edicto que se conoce como el “Cilindro de Ciro”, indica que *“sin combate y sin lucha Marduk me permitió entrar en la ciudad de Babilonia. Mis numerosas huestes desfilaron pacíficamente a través de Babilonia y a sus habitantes les permití que encontraran descanso a sus fatigas y los liberé de su servidumbre”*.

Más allá de estas referencias, que no pasan de ser anecdóticas, puede colegirse que todos los pueblos antiguos han hecho gala de esa extraña capacidad de conquistar y de ser conquistados; y es en nuestro tiempo, en el que se han agregado

nuevos y malhadados ingredientes, cuando se ha alterado la receta original.

Al binomio de amor y guerra, que se sintetiza en la conquista, se le ha perturbado con dosis de fricción en el amor y de odio en la guerra, lo cual se sintetiza en sometimiento y no en conquista, enrareciendo el binomio original que durante milenios mantuvo a las civilizaciones.

De tal modo, si para llegar a la conquista el puente utilizado ha sido la seducción, ahora para llegar al sometimiento se utiliza la represión. Hoy se confunde fricción con amor, odio con guerra, represión con seducción y, en definitiva, la más peligrosa de las confusiones, como resultado de lo anterior, es que se confunde sometimiento con conquista.

Se decía en el Egipto antiguo que en todo ser humano es necesario que convivan un faraón y un guerrero, pues como el gancho (*hela*) y el látigo (*nekaka*) de sus atributos, el faraón atrae y el guerrero repele.

El hombre y la mujer global, el hombre y la mujer caleidoscópicos, deberán enarbolar otra vez el arma de la seducción, y a través del amor y el combate conquistar la síntesis de su propio destino.

Entendemos que los seres humanos capaces de superar las ambigüedades de la historia, serán aquellos que logren sintetizar las contradicciones, sin oponerse a una u otra forma de entender la vida sino, por el contrario, haciendo con los opuestos la armonía necesaria para encontrar el equilibrio. Como señala Aristófanes, *“los hombres sabios aprenden mucho de sus enemigos”*.

### La misericordia y la fortaleza

En un mundo que se ha convertido en injusto a fuerza de olvidar el fiel de la balanza, debemos recuperar la misericordia, pues en ella se encuentra el camino hacia la Justicia. Será difícil, pero necesario, buscar y encontrar ese delicado equilibrio que nos lleve a ser justos sin ser débiles, es decir, justos en la medida de la justicia, que es fortaleza en la decisión, pues, como dice el *Talmud*, *“el que es misericordioso con los hombres crueles, acaba por ser cruel con los misericordiosos”*.

Es el culto a la debilidad lo que nos ha llevado a la injusticia, ya que el débil, al tener que ocuparse primariamente en mantener su frágil y precaria existencia, se convierte en un ser poco generoso y egoísta. Son “carne de esclavitud” y bien que lo saben los “amos de la caverna”, que son quienes han cultivado convenientemente el culto a la debilidad.

Otra vez traigo a colación las enseñanzas que nos han legado los sabios sufíes cuando recuerdan que *“sólo los fuertes son capaces de ser compasivos y misericordiosos”*.

Son los seres humanos buenos y fuertes los que son capaces de ser generosos y justos, incluso a costa de sus propios intereses. Tales seres son libres, difíciles de esclavizar y capaces de contagiar su sentido de la libertad.

A través de la fortaleza y del inegoísmo se abren los cauces de la misericordia y los seres humanos vuelven a ser humanos. Los buenos son capaces de sentir dolor por la miseria del mundo, los de corazón despierto son capaces de generar misericordia, que en su raíz significa “dolor en el corazón por la miseria”.

Son los fuertes los capaces de elevarse por encima de sus propias miserias y de la miseria psicológica y espiritual que está sometiendo a nuestro tiempo, porque son los fuertes los capaces de ser libres y de despertar su corazón ante el dolor del mundo.

Son los capaces de sentir misericordia los más proclives a ayudar a una humanidad desvalida, pero la misericordia debe ir unida a la fuerza con el fin de servir a los necesitados. Ni la misericordia en solitario es eficaz ni la fuerza en solitario tampoco, pues la fuerza por sí misma, cuando no se utiliza en beneficio de los demás, se enreda en su propia trampa y, tarde o temprano, su prepotencia y su egoísmo le debilita. Resulta un interesante acertijo aquel que indica que, en realidad, sólo los fuertes son capaces de ser misericordiosos, pero aquellos que no sepan utilizar esa capacidad volverán a ser débiles.

Aquellos que sepan apoyarse en la libertad que les brinda su fortaleza pueden alcanzar la misericordia y, por tanto, ser útiles y desarrollar su capacidad de dación.

Quizá, por todo ello, nuestra sociedad materialista y esclavista está sustentada sobre la debilidad y el egoísmo... Acaso el secreto, la llave que abre los enigmas del ser humano esté en su capacidad de sentirse fuerte, libre, inegoísta y misericordioso. Es la misma llave que se encuentra esculpida en la Puerta de la Justicia de La Alhambra de Granada y a la que custodia, como ya hemos señalado, la Mano de Fátima.

La Justicia, la Llave, la Mano...

### **Meditación final sobre la unidad de los esfuerzos**

El Universo se rige por la ley de la economía, y en la medida en la que el ser humano se acerca a la dinámica del Universo tiende a economizar energía; de ahí que el hombre y la mujer global encuentren en la síntesis el punto de partida para su manifestación vital.

De alguna manera deben encontrar la limitación de su conflicto existencial en los parámetros justos que le permitan llegar al conocimiento y al dominio de sí mismos.

Todo conflicto no limitado, no acotado, plantea un desgaste innecesario que finalmente deteriora nuestra fuente de energía.

Los criterios que se dan para los individuos también son aplicables a la sociedad, que es un cuerpo vivo, y en alguna medida los derroteros innecesarios en la historia han llevado a los seres humanos a conflictos que hubieran podido ser evitados.

De ahí que el “ser humano caleidoscópico” deba tender hacia “la unidad de los esfuerzos”.

Cada ser humano tiene un trabajo frente a sí mismo y un lugar en la sociedad, con una función que le corresponde y por medio de la cual puede sentirse útil.

Como ha señalado Emmanuel Kant, con una bella imagen literaria, “*me dormí y soñé que la vida era belleza, me desperté y vi que era deber*”.

Todo aquello que lo aleje de esa unidad de conciencia le produce un desgaste y le coloca, la mayor parte de las veces, en un callejón sin salida. En gran medida vivimos realizando funciones inútiles para nosotros mismos y para los demás, sumidos en conflictos innecesarios en los que generalmente el resultado obtenido dista mucho de ser el más beneficioso para nuestro desarrollo vital.

Ocurre que no aplicamos sobre nosotros mismos la economía de la Naturaleza y deambulamos, por regla general incontrolados, por derroteros que no nos conducen a ninguna parte.

Se hace necesario, y urge, ordenar a la sociedad en una “unidad de esfuerzos” y en este sentido aparece otra vez aquí “el secreto del triunfo”, la capacidad de la seducción y la conquista por la que vamos generando “enemigos-amigos” logrando que aquellos que se oponen a nosotros se conviertan en nuestra propia contraparte, en nuestro *alter ego*, en algo necesario.

Los contrarios no se han puesto en la naturaleza para acentuar las diferencias, sino para alcanzar la síntesis. Se trata de un modelo esencial para alcanzar la armonía.

La capacidad de convertir a nuestros enemigos en amigos trae aparejado no sólo nuestra capacidad de conquista, sino la posibilidad de ser nosotros también conquistados, aunando así las potencias contrapuestas y alcanzando una unidad que nos trascienda.

Los “enemigos-seducidos”, los “enemigos-amigos” son el sendero que nos conduce a nuestra propia realización. Las dificultades son la clave de nuestra concienciación, que se materializan en los enemigos que debemos seducir.

Un enemigo destruido es un conflicto postergado con el que tarde o temprano deberemos enfrentarnos nuevamente. Un enemigo seducido es un conflicto trascendido que se ha superado y que nos permite pasar a otro plano de realización y de búsqueda.

Si un guerrero se mide por la altura de sus enemigos y un rey se mide por la calidad de sus enemigos seducidos, de sus “enemigos-amigos”, la guerra y la paz no serán otra cosa que los caminos unidos que nos permiten dominar nuestra voluntad.



*Yo no soy el otro,  
pero no puedo ser sin el otro*

Emmanuel Levinas

# VOLUMEN SEGUNDO

El regreso al valle



## Apostillas de Aarón al Volumen Segundo

*En este segundo volumen del manuscrito, su autor nos desvela ciertas claves o consejos para asumir el regreso al valle con la pericia necesaria como para no fracasar en el intento de difundir un poco de sabiduría en medio de la ignorancia. No obstante, dado que los argumentos del manuscrito se prestan a una reflexión socio-política, he querido intencionadamente adaptar estos argumentos a nuestra contemporaneidad. El filósofo, a través de su toma de conciencia, debe integrarse en la sociedad, con el fin de fomentar la libertad de pensamiento y la altura de miras. Por ello, sin alterar el texto original, he incluido agregados míos más acordes con el tiempo que nos ha tocado vivir.*

*Del mismo modo que en el mito de la caverna de Platón hay determinados seres humanos que logran, a través de una ascesis individual, trascender las limitaciones de lo cotidiano y superar las trabas que le pone la vida, alcanzando de ese modo un conocimiento más profundo de sí mismos y siendo el regreso una forma de dación, es a partir del verdadero conocimiento como surge el sentido del inegoísmo y de ponernos al servicio de la sociedad.*

*Sin embargo, para que esta entrega pueda ser fructífera, se hace necesario controlar el tiempo y conocer sus ritmos, dado que la vida de los seres humanos corrientes está afectada por los periodos estacionales y por los cambios lunares. Una mala comprensión de los procesos temporales debilita las acciones y nos pierde en el laberinto de las formas.*

*El proceso de los ritmos temporales permite un acercamiento a los transcurros históricos que, a diferencia de lo que puedan parecer, no son lineales sino cíclicos, y por tanto el conocimiento de esta premisa permite asumir con efectividad los cambios de la historia.*

*Por otra parte, más allá de la utopía, cabe pensar en la posibilidad de que el gobierno lo ejerzan los "mejores" en el sentido platónico del término, es decir los más sabios, buenos y fuertes, dando lugar a una "aristocracia del conoci-*

*miento” frente al gobierno de los “peores”, es decir, de aquellos que utilizan el poder en beneficio propio en lugar de ejercerlo en beneficio de la sociedad. Como apunta Tommaso Campanella en la Ciudad del Sol al tratar sobre la causa de los males del mundo, “los habitantes de la Ciudad del Sol reconocen que en el mundo hay mucha corrupción y que los hombres no se rigen por razones elevadas y verdaderas. Los buenos son atormentados y desatendidos. Dominan los malos, aunque tal triunfo es denominado infelicidad, pues viene a ser una cierta aniquilación y ostentación de aparentar lo que en verdad no son, es decir, reyes, sabios, valientes, santos”.*

*Habrá que realizar el esfuerzo necesario para cambiar las tornas...*

## Razones para el regreso

uando emprendimos el ascenso a la montaña lo hicimos con la pretensión de encontrar la entrada a nuestro recinto interior, aquél que comunica con la parte más elevada de nosotros mismos, con nuestra Acrópolis (nuestra “ciudad alta”), con nuestra “montaña interior”.

Para poder comprender aquel ascenso, propusimos al comienzo del camino una “crisis integral” que supusiese el motor del cambio, ya que sólo cambiando la rutina podríamos caminar por el escarpado sendero que nos conduce a nosotros mismos. Lo cotidiano de nuestra rutina vital genera un velo que oculta las grietas por donde podemos penetrar, o dicho de otro modo, que oculta la siringa por donde se entra en el recinto piramidal. Fue necesario redescubrir el “estado psicológico” adecuado que nos permitiera penetrar en esa otra dimensión que llamamos la “dimensión del éter”.

Suponiendo que así hubiese sido, nos enfrentamos a un ser que se halla en plena evolución y desarrollo de sus capacidades internas, y por tanto se trata de un ser singular que se ha alejado del contexto de lo vulgar. Una dama o un caballero que tiene ante sí una encrucijada: por un lado, seguir una línea interna que cada vez más le vaya alejando del común de las gentes, o por otro lado, sacrificarse regresando al valle en contacto con el resto de la colectividad humana, como plantea Platón en el Libro VII de la *República*, “el regreso a la caverna”.

La experiencia que supuso abrir nuestra conciencia hacia el conocimiento de nosotros mismos implica una suerte de eudaimonía y plenitud que resulta difícil, desde una perspectiva inegoísta, dejar de comunicarla a los que se quedaron en el valle. Aunque al regreso podamos encontrarnos con dos inconvenientes: 1) que los que no estén dispuestos a producir en sí mismos una “crisis” vean con malos ojos a ese visionario que llega de un más allá proponiendo cambios y, por tanto, se encuentren incapacitados para comprendernos, y 2) que los que estén

dispuestos a la búsqueda, es decir al cambio, se encuentren con la gran dificultad de recibir la transmisión de una vivencia, ya que las vivencias no se miden ni se cuantifican, sólo se perciben.

Los que estén de “regreso” tendrán que indicarles a otros el camino de ascenso a la montaña. Hay también que tener en cuenta que los ciclos históricos influyen y predeterminan las formas sociales. En este cambio de siglo nos encontramos ante un gozne de la historia; generalmente, al producirse un giro en la historia, éste viene precedido por un periodo medieval antes de que se plasme el renacimiento. Así, la historia nos regala unos momentos luminosos para el desarrollo de los Misterios, y otros absolutamente opuestos, oscurantistas y perversos. Como se recoge en la antigua mitología quiché, en el *Popol Vuh*, “*hay hombres que levantan montañas y otros que destruyen montañas*”; cuando el poder está en manos de los segundos surge la “noche psicológica” entre los seres humanos y, frente a ellos, los constructores se ven abocados a trabajar para preparar el renacimiento de las Ideas en la noche del pensamiento espiritual y místico.

El regreso implica grandes dificultades y en consecuencia un reto: hacer del mundo un espacio óptimo para la implantación de los Misterios de la Naturaleza y de los seres humanos. Y para ello habrá que encontrar un método que resulte eficaz para poder adaptar las enseñanzas al mundo. Sin embargo, la vorágine de la vida nos impide lograr el aislamiento necesario que nos permita alcanzar la perspectiva justa, con el fin de que no nos distraigan los acontecimientos del mundo, habiendo elegido estar en el mundo.

Estar en el mundo sin estar en él. Esa es la clave existencial necesaria para todo buen filósofo que quiera adentrarse en el bosque de la cotidianidad humana. Todo regreso es un Servicio, pero debe ser éste un servicio útil, práctico y eficaz. El filósofo regresa al valle dispuesto a conquistarle, pero debe saber que no sirven aquí sólo las buenas intenciones, sino que deberá armarse con la espada de la voluntad y la paciencia y con el escudo del método y la practicidad.

Para ello deberá seguir unos pasos concretos:

En primer lugar, deberá detener toda la inercia que le rodea, dejando que, como una roca en el río, el agua circule a su alrededor y siga inmutable, imperturbable, a lo sumo empapado, pero permanente y estable como una isla de piedra, bañada por fuera pero seca en su interior.

En segundo lugar, deberá tratar de aislarse de las circunstancias que le rodean, sin dejar por ello de estar en el mundo, es decir en el valle, y girar trescientos sesenta grados sobre sí mismo, sobre sus propios pies: necesitamos detenernos un instante y observar lo que nos rodea, fría y analíticamente, logrando en nosotros una libertad de conciencia.

En tercer lugar, una vez logrado lo anterior, aplicar un método que nos permita prepararnos para dominar el entorno y no dejarnos dominar por él. Deberá buscar unas técnicas de preparación de carácter individual y luego pasar a unas técnicas de preparación de carácter colectivo.

En cuarto lugar, debe saber que esas técnicas no son solamente ejercicios prácticos sino, fundamentalmente, estados de conciencia. Estados de comprensión de la auténtica realidad frente a la farsa montada a su alrededor. La suya deberá ser una técnica de veracidad, un método para desenmascarar el ardid; y para ello necesita, para poder salir adelante, dotarse de una mente libre, clara y diáfana.

Hemos regresado al valle para denunciar el engaño de la mano de Platón cuando, al referirse a los prisioneros del engaño en la caverna, dice que debere-  
mos *“liberarlos de las cadenas y curarlos de su insensatez”*. A los seres humanos se les libera, sobre todo, enseñándoles a pensar en libertad, ya que el descifrar un engaño nos da el soporte más sólido de nuestra libertad.

Por esa razón, el texto que presento a continuación intenta alcanzar una visión renovada del mundo que nos circunda, con una introducción donde se propone un método de trabajo que busque forjar una forma de pensamiento independiente y una actitud ante la vida. El texto posterior está dividido en dos partes, con la idea de formalizar este método de conocimiento: una primera parte dedicada a lo que podríamos llamar la “preparación individual”, en la que se abordan cuatro reflexiones sobre realidades que influyen sobre nuestra propia conciencia como son el Tiempo, la Inadaptación, el Miedo y la Incapacidad, y una segunda parte dedicada a la “preparación colectiva”, en la que se desarrollan cuatro reflexiones sobre realidades que afectan al conjunto de nuestra sociedad, como son la “falta de perspectiva histórica en un mundo masificado”, la “confusión socio-política en un nuevo medioevo”, la “carencia de verdaderos sabios en los puestos claves de la sociedad” y la “distorsión de la realidad”. Finalizaremos con una conclusión sobre cuál debe ser nuestra actitud ante un mundo hostil que debemos conquistar.

En definitiva, lo que debemos aprender es a ser verdaderamente sabios, es decir, aprender a ser libres en un mundo de esclavos. Influir en el medio sin dejarse influir por él. Desarrollar y promover una libertad filosófica, sujeta a los Misterios de la Naturaleza, de carácter individual y colectivo.

Nuestro destino viene del ser humano y nos conduce al ser humano, que es lo mismo que decir que viene de la Divinidad y nos conduce a la Divinidad, pues como nos recuerda Platón, *“Dioses sois y lo habéis olvidado, sois dioses encarnados”*.



## PRIMERA PARTE

### La capacidad de modelar en el mundo

**L**a simple acción sobre las cosas en el mundo no condiciona un resultado positivo sobre las mismas. Como todas las actividades de cualquier tipo de acción, deben ir acompañadas por el conocimiento de las reglas o las leyes que inspiran un determinado arte.

Modelar algo tomando como elemento de trabajo la materia requiere no sólo disponer de una materia amorfa sino de saber lo que se quiere hacer con ella, o sea, tener una idea clara de lo que se pretende plasmar, además de conocer las normas maestras del oficio.

Para ello, un hábil constructor debe descender la idea por los caminos de la mente y proyectarla a través de la acción por la puerta de entrada al mundo de las formas materiales.

Del mismo modo que en el ascenso al plano de las Ideas en donde se refleja el mundo arquetípico se hizo necesario el uso de unas reglas y unas técnicas con el fin de evitar fracasos, errores o pérdida de tiempo, a la hora del descenso, una vez que hayamos penetrado en el Jardín interior, deberemos observar un comportamiento adecuado para asegurar el éxito del descenso, al modo platónico, en el regreso a la caverna del mundo manifiesto.

Si a través del pensamiento hemos ascendido, también por el pensamiento, en su vía inversa, deberemos descender.

El constructor deberá aprender a transformar sus reglas y actitudes ya que, como él mismo pudo observar, los ritmos y vibraciones varían según los planos de manifestación.

En ese descenso de las ideas al mundo material debe encontrar la puerta de entrada entre las cosas teniendo en cuenta la resistencia que, por hábito, impone la materia a la plasmación de las formas.

Toda “materialización” requiere, de algún modo, una labor de síntesis entre el conocimiento recogido del mundo espiritual y los instrumentos necesarios para trabajar con éxito en el mundo material, pues de lo contrario, ante la falta del primero sólo amasaríamos formas sin inspiración, y ante la carencia de elementos de trabajo, no saldríamos de la esfera de los incapaces soñadores.

Por tanto, la capacidad para modelar en el mundo requiere de esa rara habilidad de conciliar, con armonía y en su justa medida, el espíritu y la materia, el cielo y la tierra, en definitiva, el pensamiento y la forma.



## Libro Primero

### El descenso

**P**ara efectuar el descenso con la debida capacidad de retorno, habrá que tener en cuenta ciertas premisas o códigos que ayudan al constructor a crear en el mundo o, mejor dicho, a “recrear” en la materia las formas recogidas en la mente.

El primero de estos códigos de conducta es el conocimiento de la raíz mental de todas las cosas manifestadas y la percepción de este fenómeno en la contemplación y observación de la materia. Tal como nos recuerda el *Kybalión*, “*la raíz del Universo es mental*”.

Así, la Creación sería una suerte de introspección del Arquitecto del Universo, un “*pensar hacia dentro sobre sí mismo*”.

Cuando el ser intuitivo capta la necesidad de la existencia de una “Mente” detrás del cielo estrellado está interpretando, más allá de la energía, el pensamiento que motiva todas las cosas.

A la manera de Hesíodo, como ese pastor poeta que simboliza la observación inquisitiva del ser humano, quien ahora se atreva a subir al Monte Helicón deberá descender después, una vez que sepa lo que significa el Laberinto en hélice.

En su “Jardín interior” ha captado el centro ígneo del pensamiento y ha comprendido que el fuego que guardan todas las cosas es el pensamiento que las genera y que les da vida.

El ser humano es en sí mismo una medida que porta microscópicamente la misma estructura del Universo y representa, a pequeña escala, las proporciones del Gran Arquitecto.

La unidad de medida no se encuentra en la forma de su cuerpo, ni en su pensamiento material y cotidiano, sino en la estructura y funcionamiento de su

Mente cósmica. Es en esa parte de la mente del ser humano donde se afincan la fuerza de la creación. En este punto de su mundo mental el hombre es la medida de todas las cosas, porque todas las cosas se miden, se crean y se regeneran en la Mente del Universo.

El ser humano que llega al universo interior, a su jardín amurallado, encuentra en ese ámbito del Gran Pensamiento el compás y la escuadra con los que se diagrama la Creación en el Ojo del Ser.

Si la raíz del Universo es mental y la medida de lo mental está, también, en el ser humano, la raíz de todas las cosas estará, entonces, en el ser humano. Es éste por tanto un constructor, un creador de formas en potencia, y el nivel y la calidad de su creación dependerá del punto de su mente en el cual asiente su conciencia.

Se puede haber llegado a la periferia del pensamiento creador, es decir, a las puertas del "Jardín", pero no haber entrado en él, cuando es sólo desde el interior de ese "Jardín" donde nos encontramos con el vértice del pensamiento de la generación. Entonces, al pensar en él, nuestro pensamiento es idéntico al del Creador de todas las cosas.

Por ello, el segundo código que hay que tener en cuenta es el de la dicotomía existente entre la identidad y la semejanza.

Cuando a través de su pensamiento el ser humano diagrama los esquemas y los límites de su futura creación puede, de acuerdo con su capacidad de constructor, hacer que la misma, ya plasmada en la materia, se "parezca" a la idea preconcebida o que, en la medida de la perfección de su obra, ésta se "identifique" con el modelo proyectado.

Los resultados, si bien pueden asemejarse entre sí, difieren sustancialmente en esencia.

Así, en la creación "semejante" al proyecto habrá más de resistencia material que de plasticidad mental, será más hija de la materia que del pensamiento. Por el contrario, en la creación "identificada" con el modelo elucubrado habrá más presencia del "pensamiento raíz" que de las propias tendencias del contexto material.

De algún modo, sería como crear pensando desde *intramuros* del Jardín interior, desde ese jardín cerrado para muchos.

En el primer caso, el mundo mental gira alrededor de un punto cualquiera y por tanto movable, y lo que allí se diagrama no es estable, por lo que, cuando se plasma en la materia, ésta presenta más consistencia que la idea y prima sobre la idea. Por ello, el resultado se "parece" al modelo.

En el segundo estado, en cambio, todo gira alrededor del centro y el centro permanece estable y dominante, es el corazón del laberinto, el eje de la hélice, el

ojo en la escuadra y el compás, el ojo del huracán, el oasis en el desierto, en definitiva, el jardín sellado. Lo que aquí se diagrama es más estable y permanente que todas las cosas, y cuando se lleva al mundo de las formas éstas se acoplan a su equilibrio, se “identifican” con la serenidad creadora de su centro.

Por ello, en el mundo de las formas y de las cosas a veces encontramos creaciones cuya mera contemplación nos habla con su identificación mental, con el “número de oro”, elaboradas en el canon de las medidas áuricas, lo que serena la mente del observador alejándole del torbellino y acercándole al centro de la medida de todas las cosas. Las otras, en cambio, sólo imitan, a veces bien y a veces mal, poco importa, pues más allá de su juego estético nos dejan circulando en los canales de las ideas contrapuestas.

De este modo, el tercer código que debe tener en cuenta el constructor es el binomio de la artesanía y la teúrgia.

En sí mismo, el artesano asemeja las cosas desde su plano de solidez manifestada a la idea que tiene preconcebida de su creación. El teúrgo, en cambio, desde el pensamiento proyecta el campo de energía necesario para que la materia amorfa se identifique y acomode a la vibración atómica del pensamiento. Otra vez el *Kybalión* nos recuerda que “*todo vibra, todo está en movimiento*”.

De este modo, el constructor deberá unir en él al artesano y al teúrgo, ya que como mero artesano intuye las esencias pero no las domina como el teúrgo; por lo cual, el constructor debería realizar un esfuerzo teúrgico buscando el núcleo de la esencia para, finalmente, poder amasar la materia, en un esfuerzo dual, artesanal y teúrgico.

El constructor que regresa del Jardín interior al mundo de las formas deberá tener presente que su marco operacional es la materia.

Por esa razón debe acercarse en su labor a una “artesanía-teúrgica”, en la que sepa acoplar la capacidad de modelar las formas que posee el artesano y el arte de identificar las cosas con la idea de la que goza el teúrgo.

Este doble ejercicio de su arte ejercerá en el constructor, como ser creativo, un doble efecto en su capacidad intelectual, dado que el juego entre la semejanza y la identidad genera creaciones discordantes, aunque parecidas, según se sustenten en cada uno de estos aspectos de la manifestación, pero también da lugar a creaciones intermedias que se encuentran a medio camino entre un paso y el otro.

Ello implica, como consecuencia, que el hábil constructor debe ir creando desde la artesanía a la teúrgia, dejando sus mejores obras en el punto central del puente que separa ambos estados.

El desequilibrio hacia uno y otro extremo del puente le hace artesano o teúrgo, y en cualquiera de estos extremos se aleja de su función de “encuentro”

entre ambos estados, ya que en la medida en que pretenda modelar en el mundo debe juzgar su creación a través de este punto de equilibrio.

Ello quiere decir que para no perder el vértice en el centro del puente se deberá tener en cuenta un cuarto código de conducta.

Si el hábil constructor debe alcanzar la síntesis del artesano-teúrgo, aquél deberá encontrar el punto de equilibrio entre la actividad modeladora del primero y la actividad creativa del segundo.

El artesano al modelar “idealiza la materia” y el teúrgo al crear “materializa las ideas”. Por ello decíamos que el constructor al crear se identifica con el Gran Arquitecto, que ha utilizado en su creación a la materia y al pensamiento en sus efectos centrífugos y centrípetos, de expansión e implosión, de entropía y negantropía.

La “construcción del constructor” se encuentra así en el punto medio de estas dos artes de modelar y crear, por ello el Constructor o el Gran Arquitecto del Universo, en realidad, no modela ni crea en sentido estricto sino que “cría”.

Crían en el huevo de la materia el impulso vital del pensamiento y cuando el pensamiento y la materia se identifican se da a luz una obra arquetípica. Obra, en la medida en que es materia; arquetípica, en la medida de su identificación con la idea original.

El constructor es el vértice entre el ser que “mira hacia lo Divino” o la actitud apolínea ante las cosas y el “ser en lo Divino” o la actitud dionisíaca en el mundo.

El primero realiza una *imitatio Dei*, ya que necesita imitar al Creador en su creación, y el segundo es la Divinidad en acción, es decir, se identifica con el Creador, ya no modela las formas sino que las genera en lo que en Oriente se ha llamado el poder del *kriyashakti*.

Ambos son dos estados en el camino evolutivo de los seres humanos, pero aquel que desee ser constructor debe captar, al modelar su obra para el mundo y en el mundo, el vértice entre ambos.

De este modo, habiendo logrado descender al plano de las cosas, en él deberá encontrar ahora la “puerta de entrada al mundo” del mismo modo que en su día, ascendiendo, tuvo que encontrar la otra puerta “que conduce al cielo”.

Debe aprender a traducir los pensamientos celestes al lenguaje de los seres humanos pues, de lo contrario, no habrá encontrado la puerta que franquea la entrada.

Al regreso del Monte Helicón pasará junto a aquel pastor-poeta que intuía una respuesta en la Mente del Universo, mas poco podrá hacer si se siente incapaz de traducir su conocimiento al lenguaje del pastor, por lo que debe medir sus palabras para que su labor, al regreso, no resulte estéril.

Deberá buscar el punto medio. Cuando las grandes ideas no encuentran ese

punto medio mueren, o porque se vulgarizan en exceso o, por el contrario, porque se aíslan en demasía de lo que el común de los seres humanos puede entender.

### La entrada en el mundo

Al igual que nos narra el mito de Teseo, para poder salir del laberinto y poder regresar desde el Centro hay que utilizar el “hilo de Ariadna”.

El mundo para los sabios es el camino de regreso, y en ese retorno habrá que tener en cuenta el saber utilizar el camino útil para, una vez en el mundo, poder encontrar la vía que doblegue la resistencia de las cosas.

Las rutas sagradas que los sabios han diagramado en la tierra intentan aproximarse a la reproducción de los caminos que se diagraman en la Mente Universal. Se trata de referencias materiales, de soportes, en la difícil vía de alcanzar el conocimiento.

La peregrinación a la Ciudad Sagrada implica un esfuerzo físico y psicológico por llegar a alcanzar el símbolo. Una vez en ella el peregrino, tras pasar mil y una vicisitudes hasta llegar, encuentra la oportunidad de entablar un diálogo consigo mismo en el centro magnético del destino. Es como mirarse al espejo, como darse la mano a sí mismo.

El regreso del lugar de la peregrinación implica un camino inverso, y es tanto o más difícil este camino de regreso que el emprendido para llegar a la ciudad del culto.

Se debe volver sobre los mismos pasos y observar cómo los puntos que forman las etapas del camino, si bien son los mismos que a la ida, ya no generan la misma impresión para el peregrino en retorno.

Las ciudades y las posadas del camino no han cambiado; ahora el que ha cambiado es el peregrino, y cuando llegue al punto que en su momento fue el de partida, también allí todo será diferente.

Las casas ya no son las casas, las gentes ya no son las gentes, pues él mismo ya no es el que era. Siguiendo con la metáfora y el símbolo que estamos utilizando el “tocar la piedra negra en la ciudad sagrada” le dio al peregrino la puerta de acceso; ahora debe encontrar la puerta de regreso para tornar a la ciudad profana. Es ahora un ser distinto en la ciudad de siempre.

Como el que regresa a su casa, debe cruzar el quicio de su puerta y no debe entrar por la ventana.

El peregrino de regreso se vuelve a convertir en uno más entre los demás, pero ha cambiado y debe aprender a seguir siendo distinto sin ser diferente. Las puertas de siempre deben seguir abiertas para él; de lo contrario su posible labor de transmitir el conocimiento adquirido sería infructuosa.

Un solo error, una apariencia de soberbia, un verbo oscuro, le irán cerrando posibilidades de transmitir esa dignidad interior que ahora posee.

Del mismo modo, el peregrino interior debe reproducir el camino sagrado teniendo en cuenta cada una de las etapas de ese camino y reproduciendo en su mente las dificultades, los logros y las experiencias de esa aventura espiritual.

Debe recapacitar y recordar, en todo momento, cómo realizó el camino de ida con el fin de no olvidar cómo debe recorrer el camino, a la inversa, de regreso. Quiere esto decir que la experiencia espiritual no debe obnubilarle al punto de olvidar las marcas de sus propios pasos, ya que quien se atreve a ir debe también saber volver.

Del mismo modo que reconoció y supo ser reconocido como peregrino ofe-  
rente en la ciudad santa, debe reconocer y ser reconocido cuando regrese a su lugar de origen, a su puesto de trabajo.

Por ello el camino de peregrinación es, en realidad, “un camino que nunca se hizo”, ya que ir y volver sobre los pasos, desandar lo andado, es “borrar el camino”.

En realidad el peregrino, al regreso a su ciudad profana, lo que ha hecho es peregrinar sobre sí mismo. Aparentemente nada ha cambiado, sólo él sabe que caminó a la inversa sobre la ruta de las estrellas.

Por ello habrá peregrinos que, aunque hagan cien veces el camino, aunque hayan girado otras cien veces alrededor del recinto de la ciudad sagrada y toquen cien veces más la piedra negra, jamás habrán girado sobre sí mismos. Sólo para los que han girado sobre sí mismos estará abierta la ciudad profana, porque son ellos los que saben, a su regreso del peregrinar, que es dentro de ella donde ahora tienen que encontrar la ciudad santa.

Detrás de cada piedra se encuentra la piedra sagrada, detrás de cada hombre y de cada mujer está el Señor de todas las cosas, porque detrás de tu rostro profano se encierra un ser santo, y las cosas profanas de tu mundo se abrirán para que puedas hablar de la santidad que habita en todas las cosas.

Así, viejo peregrino, tú eres el centro, y las cosas a partir de ahora peregrinarán hacia ti.

La materia, por su propia naturaleza, se resiste a la plasmación de las formas y aquel que esté resuelto a modelar en el mundo debe conocer esta realidad.

No es suficiente a la hora del regreso con haber penetrado en el mundo y tener las puertas abiertas de par en par, sino que entonces debe comenzar el trabajo de modelar y transmutar.

Como toda plaza fuerte que se resiste, la materia también debe ser conquistada. Quien conquista en la tierra conquista en el cielo, quien se conquista a sí mismo conquista al ser humano.

Cuando se sabe peregrinar por la tierra se va peregrinando también por la ruta de las estrellas, del mismo modo que cuando asaltamos el mundo con nuestra capacidad de acción estamos preparando el asalto al jardín del cielo. Al modelar en el mundo deberemos abrazar la materia con la mente puesta en el corazón del Ser supremo.

La sentencia "*ora et labora*" trata de resumir esta idea, ya que el abrazo con la materia es un abrazo de amor y sacrificio. Ello quiere decir, más allá de cualquier interpretación escatológica de lo dicho, que debe limarse todo aquello que se aleje del arquetipo de las formas, ya que modelar al mundo circundante es hacer de las cosas modeladas un reflejo identificativo de la esencia.

Al modelar amamos lo que las formas ocultan y dejamos que perezca todo aquello que resulta superfluo. El exceso de formas debilita el contenido, de tal manera que el artesano-teúrgo, el constructor que conquista el mundo manifiesto, es aquel que sabe reproducir su mismo equilibrio entre las formas modeladas y la esencia.

Las cosas, en la medida en que se aproximan al arquetipo, dejan de ser profanas y se van convirtiendo en un ejemplo del cielo en la tierra. La misión del constructor no es otra que la de acercar estos dos mundos y acelerar así la evolución de las cosas manifiestas.

En esa condición, cada ser humano es un arquitecto-constructor que se encuentra capacitado para modelar su entorno de tal modo que las formas dejen transparentar, como en el alabastro, la luz que contienen y logren demostrar que entre el espíritu y la materia no existe ningún abismo, sino un puente que les une, siendo el ser humano la medida de ese puente.

Debe aprender a transitar ese puente sobre sí mismo sin caer hacia los lados, con cautela pero decidido, como se pisan las brasas incandescentes o como se marcha sobre el filo de la navaja.

## Libro Segundo

### La doctrina de la afirmación



oda disciplina necesita de un método para llegar al conocimiento y a través de él ejercitar el poder.

El método es el instrumento de todo ser disciplinado y le permite cambiar sus actitudes frente a la vida, logrando así un mejor dominio de las circunstancias. Es lo que le permitirá controlar sus emociones, sus sentimientos, sus esquemas de pensamiento y, más allá de todo ello, podrá controlar ciertos fantasmas interiores, que generalmente se arrastran como se arrastra un fardo que no se sabe lo que contiene.

Desde las más concretas técnicas artesanales hasta las más sutiles estructuras conceptuales, todas las disciplinas necesitan de una metodología de control que brinde la habilidad necesaria para poder elaborar la obra de que se trate.

De este modo, también el mundo espiritual, más allá de las selectivas y armonizadas elucubraciones de una mente ordenada, necesita de un método de conocimiento. Un método que le permita dominar ciertos temores o, en el mejor de los casos, ciertas frustraciones interiores, a las que incluso aquellos que hayan llegado al umbral de la mente pura corren el riesgo de enfrentarse.

Se trata de una suerte de taras psicológicas que cuando llega el momento de procrear en el mundo espiritual le castran o le incapacitan para moverse en él.

En realidad nos enfrentamos a una serie de comportamientos que se van desarrollando entre las colectividades humanas, probablemente por seres no muy bien intencionados, que las han convertido en comunidades autómatas.

El problema no se encuentra por tanto en determinados niveles de evolución personal correspondiente a cada ser humano, sino en fórmulas enquistadas que aplica en su comunicación con los demás y consigo mismo.

Sociedades como la de nuestro tiempo viven dentro de una aparente y engañosa libertad y, lamentablemente, no existe sociedad más esclavista que aquella que juega con la apariencia de la libertad.

Como nos recuerda Platón, en la caverna nos han enseñado a movernos siempre que no sea más allá de las cadenas que nos atan, pero incluso aquel individuo sensible, capacitado en el dominio de sus emociones y de su mente como para rebelarse y levantarse contra la sometidora idiosincrasia de sus congéneres, deberá sin embargo caminar en la oscuridad, como nos narra el mito platónico, para salir de la caverna. Es en este preciso momento cuando más se necesita del método.

Para concienciar su situación de sometimiento tuvo que recurrir a la disciplina que le permitió conocer el engaño en el que se encuentra sumergido su mundo, y a partir de allí deberá recurrir a la búsqueda de un método que le permita transitar por lo que su propia comunidad considera intransitable.

Es ahora cuando, habiendo obtenido su “primera libertad” al haberse liberado de las cadenas que le asentaban en el sitio, de espaldas a una “realidad” que le habían impuesto desde su nacimiento, deberá atreverse a caminar en soledad, sobre el filo de la navaja, en plena oscuridad con el fin de llegar a la salida de la caverna para obtener su “segunda libertad”.

Quienes idearon esta suerte de engaño, ya sea por maldad o incluso aquellos que lo han mantenido por simple ignorancia en la repetición de sus errores, han arbitrado las cortapisas necesarias con el fin de que aquellos que han alcanzado esa primera liberación piensen que en realidad se han equivocado, y que más allá de su “asiento cavernario” sólo hay sombras; que es mejor regresar a él porque no existe salida a la caverna.

De esta manera, generar la duda es justamente el método opuesto. Genera el olvido permanente de las experiencias negativas o positivas y la falsa sensación de seguridad que da el recuerdo de las cadenas. La duda estimula la idea de que las sombras no conducen a ninguna salida y se promueve la idea de que sólo las cadenas le dan seguridad.

El círculo se cierra y la cimitarra de la duda ciega toda posibilidad de obtener la “otra libertad”. Entonces, será él mismo quien se vuelva a atar con las viejas cadenas bajo la mirada satisfecha de los esclavistas del Ser, de los productores del engaño, de los “amos de la caverna”.

### La “duda existencial” como método

La duda genera la incapacidad para controlar las dimensiones de la “primera” y la “segunda” libertad, la permanencia de los viejos demonios de la esclavitud. La

insuficiente voluntad para controlar las nuevas sensaciones hacen de aquel ser que ha dado un primer paso en su rebelión un individuo atormentado, que ya no sabe dónde está; ya no sabe si es libre o aún más esclavo y, de la mano de la duda, se proyecta a la vieja y aparentemente superada poltrona de la ignorancia.

La duda existencial como método es la que ha convertido al ser humano en una masa amorfa que no sabe discernir quién es ni dónde está. En realidad, hay que tener en cuenta que los únicos que no dudan son los “amos de la caverna” o los “liberados de la misma”, es decir los que han salido de ella.

Aquí nos estamos refiriendo a la duda en su función paralizante y no debemos confundirla con la duda cartesiana en su concepto de duda inquisitiva, que lleva a preguntarnos y a buscar respuestas. Esta duda que se mueve en el marco del intelecto con curiosidad indagadora no debe confundirse con la duda existencial, que tiende subconscientemente a paralizar la acción.

Así, la duda existencial se ha convertido en el arma más poderosa que hayan usado los enemigos de la libertad. Es implacable, pues es limpia, discreta y nada onerosa y, para colmo de males, sumamente contagiosa.

Este tipo de duda apunta directamente a la parte más vulnerable del ser humano en el instante mismo en el que está asumiendo su capacidad de libertad, al centro mismo de su mente concreta, de su aparente y aún frágil capacidad de razonar. Se tiñe con algo de sentimientos y empaña la mente pura.

Es decir, que da justo en el centro de la diana; y la conciencia que a duras penas parecía escalar el empinado y escarpado sendero que lleva de la mente concreta a la mente pura, de la razón inferior a la razón superior, cae despedida por el impacto de la duda, ya no al plano de la razón cotidiana sino más abajo aún, al complejo y contradictorio mundo de los sentimientos.

Allí todo se enturbia, todo se confunde y el “animal” de nuestros sentimientos nos hace ver fantasmas donde no los hay y creemos que los pasos que hemos dado hacia nuestra “primera libertad” han sido sólo un engaño. A partir de tal situación sólo queda esperar un poco para volver a verle atado a las cadenas.

Como apuntábamos, si bien la duda intelectual puede servirnos para buscar nuevos horizontes, la duda existencial tiene tendencia a paralizar nuestra búsqueda y, como en el nudo gordiano, lo mejor será el tajo alejandrino ante la mirada atónita del boyero Gordión.

La duda existencial se puede convertir en una enfermedad del alma, la peor de todas ellas, pues antes de paralizar contagia. Además, en la duda se encierran dos peligros como son la maldad y el egoísmo.

La maldad, porque la raíz de la duda está en la voluntad de incapacitar al ser humano para ser libre, en imposibilitarle para conocer su propio enigma y se convierte en un motor exógeno de la duda. El egoísmo, como motor endógeno,

es la actitud del que se ve invadido por la duda y que, en lugar de alejarse y encontrar los métodos para su curación y superación, se aboca desesperadamente a transmitirla; contagia donde puede y cuanto puede esa desarticulación del alma.

La raíz, el motor externo e interno de la duda es malsano y, para que la duda no sea sólo una enfermedad transmisible y contagiosa, pero que dependa sólo de las contingencias del ser humano, aquellos a quienes les resulta útil la inoculación de la duda la han hecho endémica creando la "duda existencial como método".

Si, como ya hemos señalado, el Conocimiento necesita de un método para llegar a él, el contra-método de la duda, a diferencia de lo que han querido hacernos creer, no lleva al Conocimiento sino que nos aleja de él. En el decir aristotélico, la duda inquisitiva resulta un buen canal en el marco del método inductivo del conocimiento, pero resulta debilitante en el marco del método deductivo. Sin duda se trata de un matiz pero, como nos recuerda el mito de la Caverna platónica, cuando el filósofo rompe sus cadenas e intenta llegar a la salida de la cueva en el oscuro laberinto que le lleva a la entrada *"le alcanzaría gran dificultad y juzgaría las cosas vistas anteriormente como más verdaderas de las que ahora se le muestran"*, le recuerda Sócrates a Glaucón.

En la medida en la que el ser humano dude deja de ser, y el poco conocimiento al que hubiera podido acceder se diluye como la leche en el agua. El ser humano que aplica la duda como disciplina va perdiendo su capacidad de acción y de introspección.

En el marco de la duda se deteriora todo discurso, se resquebrajan los soportes de la racionalidad superior y el investigador se convierte en una víctima de sus propios fantasmas. Por obra de la duda, en el pensamiento especulativo se generan monstruos que terminan por devorar a su creador.

El engendro a que da lugar el semen de la duda es un ser abismal que termina por asesinar a su padre, a su creador. En el oscuro camino de salida de la caverna, sobre la que nos ilustró Platón, la duda nos pierde. Como apuntó Sócrates, cuando el filósofo retorna a la caverna con el fin de ilustrar a los prisioneros sobre su condición, obnubilados como están, *"¿no procederían a dar muerte, si pudiesen cogerle en sus manos y matarle, al que intentase desatarles y obligarles a la ascensión?"*.

Muchos mitos antiguos que se han recogido en la literatura hacen referencia a la figura del "ser que se salva" o del que "se pierde" en juegos de opuestos en los que un libertino en el momento de su muerte se arrepiente y se salva frente al anacoreta que en ese mismo instante duda y se condena. Es esta una idea permanente que se ha intentado trasladar a través de la tradición, con el fin de indicar la fuerza de la duda como elemento de desintegración de lo valedero, pues, como apuntábamos, paraliza la acción frente a la afirmación como elemento

integrador de lo válido. En definitiva, como nos recuerda un adagio escolástico, *“más puede negar un asno que probar un filósofo”*.

### La “afirmación existencial” como método

Frente al método de la duda existencial oponemos la afirmación existencial como método, de tal manera que la afirmación metódica pueda convertirse en el punto de partida de una transformación global del ser humano.

La capacidad de afirmar las cosas no sólo tiene resultados sorprendentes en el mundo físico, sino también en el resto de los planos de la manifestación. Afirmar es asegurar los logros obtenidos en la convicción de que el camino de la transmutación implica un acto de libertad sobre las cargas que nos atan a la materia y a la ignorancia, y un acto de afirmación sobre cada uno de los peldaños que nos permiten ascender un grado más.

Afirmar es ser. Si el acto de afirmación se realiza en el mismo centro de la diana, donde se pudo en caso contrario dirigir la duda, el proceso que se opera es exactamente el inverso. En lugar de producirse la desintegración de la razón práctica, por medio de la afirmación seremos capaces de superar las contradicciones propias de nuestro plano mental concreto y ascender al dominio de nuestra razón pura.

Por la sola voluntad de afirmación, nuestro mundo psicológico se estabiliza, se integra. En definitiva, se positiviza.

El acto psicológico de afirmar es en sí mismo creativo y productor de imágenes estables que se materializan en una actitud de dominio frente a las cosas. Por ello, ante la presencia de la duda, en la dicotomía de los extremos hay que afirmar lo positivo y desechar lo negativo, incluso ante el caso en el que lo que entendemos por positivo pueda alejarse en alguna medida de nuestra comprensión o de nuestros gustos.

Con el fin de detectar lo positivo, debemos aplicar siempre el baremo de lo que resulta inegoísta, como un modo de discriminar lo válido para la afirmación.

No obstante, la afirmación no debe ser sólo una actitud vital que se apoya en lo mental, sino que además debe convertirse en un método de vida.

Cuando al cabo de todas nuestras actitudes cotidianas, o de la mayor parte de ellas, mantenemos una actitud afirmativa, vamos disipando de manera progresiva y segura las miasmas de nuestro mundo psicológico.

Se trata de un método de purificación y de limpieza que no se apoya en unos ejercicios concretos ni en una determinada acción, sino en una actitud.

Una actitud que es un modo de enfrentarnos a las cosas, en general un siste-

ma de comportamiento que implica ser positivo ante los acontecimientos. Es por ello que este método de afirmación resulta sobre todo útil en aquel momento de la evolución interior en el que hemos obtenido algún triunfo sobre el mundo material.

En el momento de rebelión en la caverna platónica, cuando se obtiene la “primera libertad”, es cuando más profundamente puede afectarnos el asalto de la duda y cuando más beneficios reporta el comportamiento vital de la afirmación.

El ser humano en su hábitat cotidiano ejerce numerosas actitudes que le asemejan y son propias del mundo animal. Fundamenta su conocimiento, durante aquellos primeros pasos, en el instinto y en lo que le enseñan sus controvertidos sentimientos.

Por ello, a fuerza de haberse acostumbrado a caminar sobre la arena del desierto, sus pies le resultan extranjeros cuando pisa la hierba del oasis del mundo de su mente pura.

Entonces es invadido por la duda, le asalta la idea de que lo que está viviendo no es real, que no existe. Incluso, obtenida su “primera libertad”, aquellos que se han liberado de las cadenas de lo cotidiano vuelven a negarse a sí mismos por influencia de la duda y de su aún frágil conocimiento, argumentando que lo que se encuentran viviendo no es más que un febril espejismo.

Si en esos momentos, en lugar de la duda, se aplica el método de la afirmación, más allá de que lo entienda o no, éste surtirá un efecto demoledor sobre las nieblas de la incertidumbre.

Como método que es, no necesita ser comprendido en toda su extensión para ser utilizado, como tampoco es necesario conocer las claves técnicas de la polea para levantar un peso superior, sino que basta con tirar de la cuerda. Luego ya habrá tiempo de descubrir su mecanismo e incluso, si se quiere, perfeccionarlo para que los que vienen detrás de nosotros también puedan levantar tal peso.

La ventaja de aplicar el método automáticamente implica que ganamos tiempo y posibilidades de obtener un resultado más acabado en nuestras acciones.

Otros que experimentaron antes, ya nos han dejado una técnica que nos permitirá a nosotros alcanzar la ciencia.

Sin embargo, la automaticidad de este método no debería implicar ceguera porque, con resultados más positivos que en el caso de aplicar el método de la duda, aún no habríamos superado nuestra calidad de autómatas. Durante esos primeros momentos lo que estaremos haciendo es utilizar nuestro propio defecto de ciegos repetidores con el fin de dar un salto sobre el vacío entre un método y otro método, entre la negación o la duda y la afirmación o la certeza.

Una vez que hayamos cambiado la polaridad de nuestras creencias, habrá que mantener despierto el Ser con ayuda de la afirmación, y comenzar a conocer

entonces cuáles son las claves técnicas de la polea.

En este caso, a la hora de recuperar la vista tendremos una ventaja, ya que por sí misma la afirmación despeja el conocimiento y simplifica la acción de pensar. Como en el caso contrario de la duda, ésta, por sí misma y más allá de la propia voluntad del actor inconsciente, enturbia el conocimiento y complica el pensamiento en la dialéctica de las oposiciones maniqueas.

Una vez que el método de la afirmación comienza a ejercerse, es importante que el candidato recapacite y reflexione sobre la acción y los resultados que le depara el ejercicio del mismo.

De este modo, comienza a despertar su propia conciencia y no sólo se purifica por la acción de la afirmación, sino que también conoce las reglas que le permiten ir despertando el conocimiento.

Por ello, la doctrina de la afirmación implica no sólo una ayuda al caminante sino, como nos recuerda Shakespeare, la posibilidad de ser o no ser.

## Libro Tercero

### Los demonios familiares

Lo que llamamos “demonios familiares” representan las luces y las sombras que habitan en el interior psicológico de cada uno de nosotros. Se trata de esas cumbres y esos abismos que nos permiten observar con perspectiva el resto del camino o nos proyectan a las oscuras profundidades.

Se encuentran en nuestro mundo psíquico y conocer su existencia resulta un buen método para descubrir qué es lo que nos puede potenciar y qué es lo que nos retiene.

Todos los seres humanos, incluso aquellos que han llegado a las más altas cotas de la espiritualidad, han tenido que transitar por este puente para llegar a la otra orilla.

Sin embargo, como ocurre con todas las pruebas, conocer su existencia no es suficiente, sino que es necesario superarlas. No sólo hay que atravesar el desierto, además hay que saber pasar por él y llegar al otro lado de la cordillera que lo bordea buscando el jardín esperado, y en ese macizo de montañas encontrar el desfiladero que nos conduce hacia él.

No sólo basta con conocer sino que, además, hay que saber aplicar lo conocido.

Los seres encarnados poseen “estados psicológicos” que predeterminan sus acciones y comportamientos vitales, ya que se trata de fuerzas que se van trabajando y desarrollando a través de nuestros “pensamientos-sentimientos”.

Nacen a veces de modo subconsciente y como tales permanecen en el interior de cada ser; se alimentan de “ideas elementales” porque han nacido de “ideas elementales”. Como tales no han necesitado de grandes elucubraciones intelectuales ya que los “pensamientos-sentimientos” son, en realidad, sensacio-

nes larvadas que llegan al mundo psicológico de la mano de la emoción y no del pensamiento.

Son en realidad intrusos que, en lugar de quedarse en el plano pasajero y sensitivo de las emociones, ingresan en el campo mental con el disfraz de un falso pensamiento. Su corazón no es la idea sino la emoción y su forma engaña, pues para subsistir en el plano mental inferior se viste de racionalidad.

Esto ocurre ya sea porque estas figuras se producen durante los primeros años de vida del sujeto, cuando aún no ha desarrollado y fortalecido su mundo mental, o ya en la edad adulta en personas que no han sabido madurar su plano mental o, simplemente, porque no han sabido crear los límites y las cortapisas necesarias, con el fin de evitar que los distintos planos de su psique sean invadidos por elementos, creencias o sensaciones de otros planos inferiores.

### El mundo de la infancia

Es durante el importante periodo de la infancia y de la adolescencia cuando se va desarrollando el mundo psicológico de los seres humanos; un mundo que se compone básicamente de dos planos: el de los sentimientos y el de los pensamientos; pues como dijera John Milton, *“la infancia muestra al hombre, como la mañana al día”*.

Las emociones sirven al niño para comprender el universo sensitivo que le rodea e ir conociéndolo. Las ideas que de ese mundo se va haciendo tienden, en aquellos primeros momentos, a estar necesariamente influidas por los sentimientos.

Del mismo modo que para caminar en el desierto, al principio, son necesarias las sandalias y luego cuando los pies se endurecen son sus sandalias la planta de los mismos, las sensaciones son para el niño sus sandalias de neófito en el caminar de su existencia vital. Con ellas interpreta el mundo y comienza a analizarse, son sus instrumentos para desenvolverse en él y comenzar a armar la estructura psicológica de su ser.

Un sentimiento ordenado puede convertirse en la idea de una cosa y avanzar al mundo de los conceptos. Cuando algo quema se conoce el calor, cuando algo satisface se conoce el placer, y así, de la mano de las sensaciones, desarrolla los sentimientos y a través de ellos puede llegar a conceptualizar, a crear formas mentales en el marco de los conceptos.

De manera tal que el mundo de los niños está lleno de sentimientos que, a medida que van creciendo y de acuerdo con el desarrollo de cada uno, se van convirtiendo en sentimientos-pensamientos.

En la adolescencia, la mayor parte del universo mental se encuentra ocupada

por este tipo de sentimientos racionalizados; forman parte de la entrada al mundo mental y resulta una lógica consecuencia de aquel que tiene que entrar en un campo desconocido y a la vez desconcertante.

Utilizar los sentimientos camuflados es una artimaña lógica e inteligente de alguien que, con el instrumento sentimental que ya conoce mejor, se va adentrando en otro campo en el que por “intuición-instintiva” observa que el desarrollo del conocimiento no se manifiesta allí por sensaciones, sino por elaboraciones o elucubraciones. De ahí que para subsistir en ese nuevo y relativamente desconocido plano disfrace sus emociones de pensamiento.

Esos pensamientos, naturalmente elementales, que le han permitido salir de un plano y entrar en otro de mayor madurez cognoscitiva, deberán ser sólo utilizados en la medida instrumental que nos permita tener acceso a otras dimensiones, pero no más allá, pues de lo contrario se convertirán en un peso que nunca nos permitirá superar nuestras anteriores limitaciones. Como dijera Publilio Siro, *“el carácter de cada hombre es el árbitro de su fortuna”*.

El adolescente debe aprender entonces a desarmar el “sentimiento-pensamiento” para avanzar, con el nuevo instrumento de la razón, en el plano mental.

En el periodo que va de la niñez a la adolescencia se operan en el ser humano los más importantes fenómenos de la formación de su personalidad. Es entonces cuando penetran en su psique las “ideas-pilares” que van a conformar su comportamiento en el futuro.

Los conocimientos que reciba y atesore en aquellos años se van a convertir en el equipaje que le va a acompañar durante toda su vida. De ahí la importancia de esos años en la formación del ciudadano, que no se les escapó a los clásicos y mucho menos a un Pitágoras o a un Platón.

Es durante estos años cuando entran en la psique lo que hemos llamado los “demonios familiares”, que resultan ser esas ideas básicas de comportamiento que se maman de la ubre de la vida cotidiana, a diario, de modo familiar y con aparente inocencia.

Surgen de la observación que realiza el niño-adolescente de jornada en jornada. Se mezclan en ella las cosas buenas y malas de la vida, que penetran en su consciente activo y se depositan en el inconsciente residual dando lugar a inspiraciones positivas o a inspiraciones negativas.

Esos residuos del subconsciente son los “demonios familiares” que nos acompañan durante toda la vida, recordándonos los “sentimientos-pensamiento” de la infancia-adolescencia que no supimos detectar a lo largo de la edad adulta, y probablemente alguno de esos “demonios familiares” sea el último pensamiento que tengamos cuando la Parca cierre nuestros ojos.

De ahí la importancia que tiene su conocimiento para que, como fuerzas instintivas e inspiradoras, nos sirvan dentro de su, sin lugar a dudas, elemental estructura como pedestal y no como carga.

### De la inmadurez a la madurez

Hay seres que a pesar de su madurez siguen manteniendo actitudes propias de la infancia, sin alcanzar un comportamiento más elaborado que les corresponde por su edad, ya que deberíamos alcanzar eso que reclamaba Víctor Hugo al decir que *“en los ojos del joven arde la llama y en los del viejo brilla la luz”*.

En realidad, su madurez es sólo una acumulación de años, son maduros sólo en apariencia ya que no han sabido salir del mundo emocional de su adolescencia. Se trata de seres que sólo han envejecido, y se mantienen inmaduros en su aparente madurez.

Esta dicotomía que presenta la disociación de edad y comportamiento genera crisis en la personalidad que, más tarde o más temprano, afectan en la profundidad del Ego. Dado que el medio, en base a su edad, les reclama el comportamiento de adultos que deberían tener, generan una sobre-personalidad disfrazando, aún más de lo que ya lo están por sí mismos, a los “sentimientos-pensamientos” dentro de los cuales mueven su actividad psíquica.

Tratan de justificar actitudes absolutamente pasionales como si fueran los más elaborados razonamientos de su comportamiento vital, que poco se sostienen por sí mismos.

De este modo su vida se convierte en un engaño de madurez en donde los primeros engañados son sus protagonistas. Es una trampa que en realidad han tendido sobre sí mismos, parapetados en una trinchera de barro y paja que no resiste a la menor embestida.

En un mundo como el mental, propio de los seres adultos, donde la elucubración tiende a desmenuzar las ideas con el fin de conceptualizarlas y poder registrarlas en el archivo del conocimiento, la fragilidad de los “sentimientos-pensamiento”, al ser meras “sensaciones”, no resisten a la menor elaboración del intelecto, generando permanentes crisis de identidad en este inmaduro adulto.

Aquí son los “demonios familiares” de carácter abismal los que toman las riendas de su personalidad, bloqueando cualquier posibilidad de evolución y enquistando su psique en los nudos psicológicos de su juventud.

Esto les impide tomar la decisión radical de abandonar a la deriva a la sobre-personalidad y dominar a los fantasmas de su personalidad, con el fin de permitir que surja el individuo de la mano de una madurez asumida y equilibrada. Este

enanismo psicológico que no les deja crecer les hace penetrar cada vez más dentro de un callejón sin salida, perdiendo la oportunidad que ofrece la vida de madurar con los ritmos de la naturaleza.

Con el fin de disimular esta atrofia, disfrazarán sus comportamientos de una falsa y mal engastada seriedad. Son enanos vestidos de señores, esperpentos de una sociedad falsa que no les ha enseñado a afrontar con valentía los cambios que genera la evolución en el ser humano.

Son, en realidad, esclavos de sus demonios abismales, de los fantasmas que ellos mismos han criado y han alimentado, engañados en su propio engaño. En el decir de Voltaire, *“quien no tiene toda la inteligencia a su edad, tiene toda su desgracia”*.

Agresivos por momentos, frívolos otras veces, pedantes y farfulleros, viven en el fondo aterrados en la frágil trinchera de sus mentiras sociales.

### Las vallas de la psique

Ante tales circunstancias sólo vale el cambio, la ruptura radical de las ataduras de la niñez-adolescencia, y vallar ahora el mundo de la psique para que se desarrolle en él sólo lo que le es propio por naturaleza.

Las emociones no tienen cabida en nuestra mente. La exaltación del pensamiento, el éxtasis intelectual, no deben ser una emoción, de por sí pasajera, sino un estado del alma que tiende a llevar a la conciencia al marco estable de las Ideas.

Los “sentimientos-pensamientos” que alguna vez en el campo de nuestra inmadurez pudieron servir a nuestra conciencia inexperta para adentrarnos en el mundo del pensamiento, luego se van a convertir en un peso peligroso e innecesario de llevar. Como ya se ha señalado una barca sólo sirve para cruzar el río, portarla más allá de la orilla representa una carga superflua.

Los pensamientos sirven para interpretar las ideas y los pensamientos puros para alcanzar los conceptos.

Alguien que pretenda evolucionar debe aprender a valorar los cambios. Cada etapa de la vida implica un giro, una vuelta del torno que nos ajusta más a nuestro propio Ego.

Toda la hojarasca que hemos ido acumulando durante la vida, al final será innecesaria, sólo valdrá el tronco.

Nacemos desnudos y volvemos al seno de la naturaleza también desnudos.

En el desarrollo de la vida sólo nos servirá aquello que nos acerque al Ser, y si no aprendemos a dominar el fenómeno completo de la vida, perecerá nuestro individuo atrapado por la carga de nuestra personalidad.

Por ello, cuando notemos que comienza a surgir en el adolescente la necesidad de la razón, debemos acrecentar la posibilidad del pensamiento sobre la emoción con el fin de que la conciencia aprenda a colocar en el corazón lo que es de él y en la mente lo que por naturaleza le pertenece. Ese será su primer paso hacia la madurez y de este modo conocerá la necesidad de vallar convenientemente cada territorio, a fin de poder sintetizar los elementos que son propios de cada plano y terminar por dominarlos para evitar ser dominado por ellos.

Estas ideas no sólo implican una advertencia en el proceso de la evolución, sino sobre todo un método de comportamiento y de conocimiento con el fin de que el intento de progresar no resulte fallido.

### Los “demonios familiares” de carácter abismal

Los nudos psicológicos que fuimos generando durante nuestra infancia y nuestra adolescencia se pueden enquistar durante la marcha hacia la vejez. Ellos se fueron “atando” a nuestra personalidad como resultado de frustraciones no asumidas, de sufrimientos aparentemente sepultados o de angustias que genera el ejercicio de vivir y que no hemos podido asumir o superar.

Todos ellos, juntos y separados, constituyen nuestros “demonios familiares” de carácter abismal; son ataduras que no nos permiten evolucionar, que no permiten que nos soltemos de nuestras taras infantiles y nos anudan a sentimientos que nos impiden crecer.

Debemos aprender entonces no sólo a vallar los campos del quehacer vital, sino también a dominar y desatar las “formas elementales” que hemos generado durante el paso por la inmadurez.

Todo problema no asumido es un problema no resuelto. Un buen matemático de la vida debe resolver cada incógnita que encuentre frente a sí; de lo contrario no podrá resolver otros problemas más complejos que la vida le tiene preparados. Tampoco la duda debe traicionarnos, ya que todo problema tiene una solución, como todo laberinto posee una salida y todo enigma tiene su explicación.

Detenerse en exceso ante un problema es otro engaño de nuestra personalidad. En el mundo de los sentimientos la solución no es siempre la que parece más lógica, como en el plano de la razón la explicación no es siempre la más alambicada sino la más sencilla. Igual sucede en el espíritu, donde todo es síntesis y paradoja.

Por ello, a veces frente a un nudo la solución más apropiada es la del “nudo gordiano” como nos relata la historia de Alejandro el Grande, es decir cortarlo de un solo tajo, que es también una forma de desatarlo.

Con las falsas sensaciones no debemos tener piedad. Ellas no la tienen con

nosotros, se trata de una lucha sin cuartel contra los “demonios familiares” abismales (cuando elimines a un mosquito no sufras, la sangre que ves es tuya); o nosotros nos levantamos sobre ellos o son ellos quienes nos arrastran al pasado.

No todos estos demonios son individuales. La Historia es el “demonio familiar” de la colectividad, y por tanto debe ser un pedestal para observar y avanzar hacia el futuro y no un peso que nos anquilese y nos retenga en el pasado.

Como decía Cicerón, *“todos los hombres pueden caer en un error, pero sólo los necios perseveran en él”*. Así también, en lo individual, debemos aprender de nuestra pequeña historia, con el fin de asumir las experiencias y poder proyectarnos hacia una madurez que nos haga progresar libres de los fantasmas que nacieron en el pasado de la mano de nuestra ignorancia.

### Los “demonios familiares” de carácter celeste

Del mismo modo que durante el periodo de la infancia-adolescencia pudieron surgir formas elementales abismales, también del brillo de los ejemplos afirmativos fueron surgiendo imágenes cotidianas que reflejaron ilusiones o aspiraciones de futuro que, como el *daimon* de Sócrates, fueron alentando la búsqueda de un conocimiento superior y más profundo.

Esas expectativas de futuro que se recrearon en la observación de lo acontecido en nuestra pequeña historia, en el núcleo familiar o en el entorno social de nuestra niñez, van cobrando vida en el subconsciente como justificación a las acciones más aparentemente extrañas o inverosímiles, que van jalonando el comportamiento vital de un sujeto.

Son inspiraciones, raptos de la voluntad que reclaman para sí el alcanzar una meta o lograr una forma de ser, a menudo como el resultado de un ejemplo que vivimos o compartimos con alguien cercano a nuestro entorno.

En estas funciones elementales se encuentran los “demonios familiares” de carácter celeste. Lo que antaño fue un ejemplo es hogaño la razón de ser de complejos mecanismos de comportamiento personal y social. En el fondo, con bucear un poco en sus raíces, encontramos que el motor de todo aquello se apoya en un hecho sencillo y aparentemente inofensivo vivido en nuestra infancia.

A veces en el ladrón de camellos encontramos más el hambre de sus padres cuando era joven que la suya misma ahora que es mayor; o en el sabio anacoreta encontramos detrás de su necesidad de saber las enseñanzas del viejo anciano de su barrio que cuando era niño le apuntó los primeros enigmas del Ser.

Nunca estamos totalmente solos. Hay reflejos que, como espejismos, nos arrastran al abismo y otros reflejos que, como un lago en calma, nos hacen mirar

a las estrellas cuando las vemos reflejadas en el espejo de las aguas.

Siempre encontraremos una imagen, una idea, una sensación o un ser humano que es la raíz de esa fuerza elemental que se refugia en nuestra psique y se convierte en un “demonio familiar”.

Cuando aprendamos a descubrir la raíz de esos demonios celestes, de esos *daimones* que ofician de guardianes de nuestras expectativas de futuro, entonces habremos aprendido a apoyarnos en el pasado como una peana.

Esta experiencia puede servirnos para dominar y controlar los elementos abismales, pues ellos también, como los celestes, tienen una raíz elemental que un vez detectada podríamos llegar a dominarla.

Así, el hambre de tus padres durante tu infancia te puede convertir en tu madurez en un ladrón o, por el contrario, en un esforzado trabajador. La injusticia que experimentes en tu juventud te puede convertir en un nihilista destructor o en un filántropo constructor.

Todo depende de cada uno y del uso que haga de las fuerzas elementales de sus “demonios familiares”.

No debe temerse al pasado, se debe aprender a conocerlo y a buscar en él la raíz de muchos de nuestros comportamientos en la edad adulta o incluso en la vejez, con el fin de saber elegir entre el abismo o las estrellas.

Siempre hay tiempo para un oportuno golpe de riendas en el bocado del camello, siempre hay tiempo para mejorar el rumbo.

Debemos cultivar el pequeño templo del hogar interior donde se encuentra el *numen* de nuestros dioses Manes, Lares y Penates, como nos legó la enseñanza de los antiguos romanos.

Esos dioses son los *daimones* del jardín interior de cada ser humano, son también sus “demonios familiares”, que serán capaces de elevarle como una voluta de humo en el incensario o desparramarles como el carbón deshecho en ascuas sin forma ni concierto.

En los años jóvenes se han labrado muchos rostros de esas fuerzas elementales. El conocerlos nos permite asumirlos y el dominarlos nos permite superarlos.

Si aprendemos a descubrir en las actitudes de ahora las viejas fuerzas de antaño, quizás sepamos por qué nos encontramos a veces haciendo muchas cosas incomprensibles incluso para nosotros mismos.

Cuando logremos eliminar lo superfluo y potenciar la inspiración por lo que resulte trascendente, quizás pudiera ser que de la mano de un antiguo “demonio familiar” lleguemos a hollar la entrada del templo de nuestra conciencia superior.

## Libro Cuarto

### El fenómeno de las dimensiones

#### El sentido visual de las distancias

Uno de los más curiosos fenómenos de la ilusión en la percepción de *maya*, como bautizan en Oriente a la ilusión de los sentidos en la materia, es la ilusión óptica que, según la perspectiva que tenemos de las cosas, hace variar nuestra apreciación de las mismas.

Es común observar que es posible, de acuerdo con la percepción que tenemos de las distancias, hacer parecer a nuestros ojos que la palmera y el minarete miden igual, o que nuestro criterio de las medidas se equivoque al medir en una amplia llanura a simple vista la distancia que hay entre la montaña al fondo y el punto en el que nos encontramos, que hace que nos parezca más cercano de lo que en realidad está.

El sentido visual de las distancias tiende siempre a la alteración de la medida exacta en razón de las alteraciones que produce la atmósfera o de la propia esfericidad del planeta.

De este modo, la concepción que los seres humanos nos hacemos de las cosas proviene, por regla general, no de lo que esas cosas son en sí sino de lo que nosotros creemos que son. Ello genera un error en la interpretación del mundo circundante que, sin lugar a dudas, influye en nuestro comportamiento.

Si nuestra acción en el mundo resulta estar influida por la idea que nosotros nos hacemos de él, la efectividad de esa acción dependerá de la medida en la que nos acerquemos a la verdadera naturaleza de ese mundo.

Por el contrario, perdemos capacidad de influir en ese contexto si lo que creemos de él no se acerca a la realidad, pues nuestros actos serán excesivos o insuficientes a la hora de ser efectivos en el medio al que hemos querido destinarlos.

De ahí que habitualmente tengamos una visión distorsionada de la realidad y nuestros comportamientos se manifiesten de acuerdo con esa distorsión, al punto de constituir nuestro *modus operandi* vital en un complejo galimatías con el que intentamos controlar nuestro entorno, en la medida en la que necesitamos ese control para estar en paz con nosotros mismos.

Si el mundo de las manifestaciones se encuentra basado en un complejo entramado de apariencias que por sí mismas generan distorsiones en el observador, más compleja será aún la interpretación del mismo cuando a esas apariencias les agregamos nuestras propias ilusiones perceptivas.

El sentido de la vista es uno de los más engañosos, en la medida en que es uno de los más usados y que precisamente de él es de quien depende la percepción de las dimensiones de las cosas.

Así, de la idea que nos hacemos de las dimensiones de las cosas llega a nuestro cerebro su fortaleza, su poder, su importancia y, de acuerdo con el concepto que almacenamos en nuestra mente, actuamos en consecuencia con lo que creemos que es la forma que hemos percibido.

Si nos equivocamos en esa percepción, las consecuencias de nuestra acción nos afectarán negativamente en proporción a la medida en que se distancie nuestro error de la realidad.

Si vemos acercarse un tornado a nuestra aldea y nos parece que está aún muy lejos o que no pasará por ella y no nos preparamos para guarecernos de él, las consecuencias estarán relacionadas en función directa con nuestro error cuando el tornado llegue a la aldea antes de lo previsto.

Por esta razón, debemos tener especial precaución con nuestras percepciones, pues a través de ellas es como elaboramos nuestro universo mental y en relación con él fundamentamos nuestros comportamientos.

El saber medir es un arte que nos permite acercarnos a la realidad de las cosas en su dimensión material. Las distancias constituyen los campos de tensión de la materia donde se determina la longitud y el ancho de los objetos y que dan lugar al cálculo de su dimensión.

Por ello todos los sentidos, de un modo u otro, sirven para medir las cosas, ya que cuando falta la vista sirve el tacto, el olfato, el oído o incluso el gusto, con el fin de conocer la naturaleza de las cosas.

La falsa medida de las cosas nos conduce a elaborar dimensiones erróneas. Lo que denominamos de un modo extensivo “ilusión óptica” o “ilusión en la percepción de los objetos” es el punto de partida de errores de tal cuantía que alteran nuestro modo de comportamiento y, al verse éste alterado, la concepción que nos hacemos del mundo distorsiona la realidad. El conocimiento de lo circundante se apoya, entonces, sobre premisas falsas.

El resultado por consiguiente es un deterioro del sujeto activo, que le lleva no sólo a la ignorancia, sino también a la pérdida de tiempo y energía.

### **El sentido psicológico de las distancias**

La medida de la distancia en los objetos no tiene sólo una consecuencia estrictamente física, ya que determina en nuestra mente el concepto que nos hacemos de las cosas. Por tanto, en base y a partir de nuestra percepción nos haremos una idea del tamaño de los objetos, de tal modo que los redimensionamos en nuestro mundo psicológico, lo que dependerá mucho de la idea que nos hayamos hecho del tamaño psicológico que le demos a los objetos observados.

Resulta ilustrativa la parábola de Buda sobre los ciegos y el elefante, en la que nos cuenta que al tocar cuatro ciegos una parte distinta del cuerpo del paquidermo, el primero imaginó que el animal era una larga trompa, el segundo como una fina cola, el tercero una inmensa bola de carne como una panza y el cuarto como una columna al tocar una de sus patas, con lo cual ninguno de ellos tuvo una idea exacta de lo que es un elefante.

Del mismo modo los seres humanos, en la ilusión de nuestras percepciones, no nos hacemos una idea exacta de lo que es el mundo que nos circunda.

Nuestra incapacidad de “medir” la realidad nos produce una ceguera conceptual que nos puede llevar a una concepción parcial y limitada del medio que nos rodea.

Si nuestro comportamiento depende en gran medida del sentido psicológico que nos hacemos de las dimensiones de las cosas más que de su verdadera dimensión, debemos buscar aquí el punto de partida de una metodología de conocimiento, es decir que conociendo el error podremos llegar a controlarlo.

Los objetos de nuestro entorno tendrán, pues, una dimensión material y otra psicológica, y sólo en la medida en que conozcamos la existencia de esta doble percepción de las cosas podríamos llegar a controlar el entorno.

En primer lugar, esta noción de la dualidad de los objetos percibidos es el punto de partida para mejorar nuestra percepción, ya que el conocer el error es una manera de comenzar a salir de él.

En segundo lugar, habrá que intentar acercar nuestra concepción psicológica de las distancias y las medidas a la realidad de las mismas.

Por ello deberíamos, en tercer lugar, partir de un análisis exhaustivo y crítico de la idea que nos hacemos de las cosas, con el fin de intentar detectar las diferencias existentes.

Esta actitud de análisis es la que puede servirnos para conocer más a fondo

el “juego de los sentidos” y la posibilidad que nos brindan de conocer la verdadera dimensión de las cosas cuando los sentidos se usan coherentemente, o la distorsión de ellas por los mismos cuando nos dejamos invadir por la ilusión.

Aquellos seres humanos que pretendan distinguir la verdadera medida de las formas y la idea que nos hacemos de esa medida, deberán comenzar por calibrar el peso de las cosas en la materia y el peso que les damos a las cosas en nuestro mundo psíquico, ya que en él se van a desarrollar muchos de nuestros sentimientos y sensaciones que en numerosas ocasiones entorpecen nuestro ánimo y nuestra capacidad de percepción.

En el marco de esta dicotomía debemos buscar la raíz de muchos de nuestros males y de nuestras taras de comportamiento. Éstas no surgen en muchos casos por falta de capacidad, sino por una idea inexacta de lo que es la realidad.

La convicción *a priori* de que una percepción es correcta cuando en realidad no es correcta, o al menos no es acertada, nos lleva a actuar de manera decidida en el error; en cambio, el análisis crítico es la raíz del método posible.

Crear un método de análisis es una vía factible para desarticular el engaño de la ilusión, una actitud que permita descubrir la verdadera dimensión de las cosas y tomar conciencia de que las falsas percepciones y las distancias pueden jugaros una mala pasada en nuestra psique.

La toma de conciencia de que estamos en un error o que podemos caer en él es lo que nos permite superarlo o evitarlo. El método toma forma cuando a ese descubrimiento del factible error le agregamos un comportamiento que nos permita detectarlo o evitarlo.

Saber que las cosas pueden ser objeto de dos medidas, una real y otra aparente, es importante, pero más importante aún es encontrar el calibre que nos permita medir la exacta dimensión de las cosas.

Para ello hay que determinar el parámetro y el metro de nuestro conocimiento del mundo circundante.

### Medidas y dimensiones

Si la medida de algo es la distancia que nos separa de un punto a otro del objeto medido, o la relación entre dos cosas por comparación es la que nos permite establecer la dimensión de ambas, deberíamos tener en cuenta a su vez otro criterio para analizar el concepto de dimensión, que se derivaría de la combinación de distancias y volúmenes.

Una cosa es la medida de una distancia en el plano que nos da la idea del largo, del ancho o de la profundidad, y otra cosa es la combinación de todas esas medidas en el volumen que dan lugar a la dimensión de algo.

Así, dada la plasticidad del ámbito psicológico, la combinación de algunas medidas en el plano permite por la vía de la imaginación integrarlas en el volumen, aunque en ciertos casos se carezca de todas las medidas necesarias para conformar el objeto en su integridad exacta.

De este modo, las meras distancias son susceptibles de generar formas en la psique, y de ello un ejemplo tipo sería el viaje. El hecho de viajar genera distancias, y éstas a su vez mitifican las cosas que dejamos en un extremo del periplo y las que encontramos en el otro extremo, al punto de perder el verdadero valor que tienen por sí mismas en cada uno de los puntos del itinerario.

Así, en el viaje las distancias generan volúmenes y conceptos muchas veces falsos, o al menos desarticulados de su propia realidad.

### **El viaje a las antípodas**

Podríamos decir que todo desplazamiento, al generar distancias, produce en la psique una suerte de “viaje a las antípodas”. Al desplazarnos de un sitio a otro generamos en nuestro ámbito psicológico un estado similar al que corresponde en la observación de los objetos al sentido visual o psicológico de las distancias. Se genera en nosotros una distorsión de la realidad, y las cosas con la distancia parecen cobrar otra dimensión distinta a la que en realidad poseen.

De este modo, cuanto mayor es la distancia que separa los puntos de un viaje, o cuando las costumbres o las características de esos dos puntos son muy diferentes, se genera en el sujeto una sensación de “viaje a las antípodas” donde las cosas cobran otro valor del que en realidad tienen en el punto de origen.

Es aquí donde surge el “fenómeno de las dimensiones” que genera estados de conciencia disímiles, dando lugar a sentimientos contradictorios.

Esta medida de los espacios es errónea y genera confusión, ya que no se adapta a la medida real de los puntos en oposición.

Dado que una de las actividades más comunes de los seres humanos es el desplazamiento, el viaje, este “fenómeno de las dimensiones” se encuentra atezando permanentemente la concepción real de las cosas.

Cualquier desplazamiento, por corto que sea, implica este fenómeno, que resulta más acuciante cuando se trata de grandes distancias. Incluso el hecho de dejar la casa donde se habita y dirigirse al sitio donde se realizan las actividades laborales da lugar a este fenómeno.

Así, lo que parecía primordial cuando se estaba en un sitio no resulta tan importante cuando estamos en el otro y puede observarse, con cierta curiosidad, cómo consiguientemente ello trae desazón para aquellos que siguen permane-

ciendo en el primer sitio y que no logran comprender el cambio de actitud del otro sujeto que se ha desplazado, dando lugar a sentimientos contradictorios.

### Las dimensiones antagónicas

Este fenómeno da lugar a dimensiones antagónicas que generan sentimientos contrapuestos cuando nos hallamos en un sitio o en otro.

De este modo, los seres humanos viven divididos por sensaciones contradictorias, que suelen pasar de sentimientos intensos al encontrarse en un punto y que luego el mero desplazamiento físico genera una suerte de olvido que en la otra situación pareció ser trascendental.

El viaje o cualquier desplazamiento genera el germen del olvido y, en la medida en que antes de realizar el cambio físico de situación se dio lugar a compromisos importantes, una vez realizado el extrañamiento se debilita la responsabilidad de esos compromisos, con el consiguiente deterioro de las relaciones humanas y la falta de eficacia.

Si los desplazamientos generan este tipo de dimensiones antagónicas, cabe asumir la necesidad de viajar conociendo de antemano el fenómeno que se va a operar, pudiendo de esta manera controlarlo.

No se trata más que de una ficción de nuestra psique, de una suerte de ilusión de las distancias, que en modo alguno acaba con los problemas existentes o con las responsabilidades asumidas.

Se trata de un fenómeno de nuestra mente que se encuentra vinculado con el olvido, como se genera en el sueño nocturno o con la muerte, que también son en alguna medida una forma de viaje a otra dimensión.

Por tanto, debemos aprender a descubrir detrás de las artimañas de nuestro mundo psicológico la realidad que habita en todas las cosas, la capacidad de abarcar el núcleo de las distancias.

Las distancias, en realidad, son medidas que unen el volumen de la tierra, como las medidas de nuestro cuerpo determinan el volumen de nuestra estructura, pero más allá de las distancias las medidas la tierra son una, como también el ser humano es uno.

De este modo, el volumen es el núcleo, la razón de ser de las distancias y, si todas ellas abarcan un mismo ser, las sensaciones en sus diferentes puntos no deberían ser antagónicas, pues responden a un núcleo común.

Así, cuando nos desplazamos, cuando viajamos, seguimos siendo los mismos con nuestros compromisos de siempre. La distancia no debe constituirse en una bruma que diluya nuestras responsabilidades, dado que es sólo un fenómeno aparente del volumen de las cosas, de las ciudades o del planeta.

Debemos aprender a mantener vivo el rigor de nuestras vivencias más allá del espacio y del tiempo, y no dejarnos engañar por la ficción de las distancias, logrando incluso viajar con nuestra mente al sitio de origen de donde salimos, para que, de este modo, no se debilite la sana tensión entre el ser humano y el planeta.

Si todos los seres humanos tejiéramos con nuestros viajes una tela tan firme y tan fuerte que no olvidara nunca las puntadas anteriores en el cuerpo del planeta, lograríamos una humanidad más coherente y más unida que sabría mantener vivas sus relaciones pasadas.

Aprendiendo a recordar se vence el olvido, y venciendo el olvido se recuerda el origen, a pesar del juego de las dimensiones antagónicas a las que se ve sometida nuestra psique en un mundo de reflejos, fenoménico y complejo; y se logra, así, encontrar el núcleo de las cosas que supera las distancias.

## Libro Quinto

### La noción del Centro

Uno de los problemas más comunes con los que se enfrenta el ser humano es la creencia de sentirse el centro de todas las cosas que existen en su derredor. Esta sensación le lleva a considerarse el ombligo de los fenómenos sociales que discurren en su entorno, generando una sensación de protagonismo a ultranza que no pasa de ser un sentimiento personal y que, en la mayoría de los casos, nada o poco tiene que ver con la realidad.

Estas sensaciones no dejarían de ser anecdóticas como la sencilla consecuencia de su inmadurez evolutiva, si no fuera por las repercusiones que ocasiona en el propio individuo y en el medio que le rodea.

Todo lo que se manifiesta en el Universo tiene un centro alrededor del cual gira, y además se desplaza en conjunto hacia un mismo punto.

En el decir de Plotino, existe un Centro de donde todo ha emanado y a donde todo regresará. Este Centro, que es el *Uno sin segundo*, se manifiesta como una suerte de estado de vacío (en contraposición a la materia) y se encuentra presente en todas las cosas plasmadas en el Universo.

De este modo “el origen” reclama su presencia hasta en las más ínfimas partículas del mundo manifestado. Es la “presencia siempre presente” de lo Uno que se vislumbra en el subconsciente genético de la especie, ya que todo ser humano, en sí mismo, intuye el “vacío”, pero no como una vacuidad sino como una idea de plenitud diferente a la materia.

Es la esencia del centro de todas las cosas, de la que alguna vez emanó nuestra conciencia y hacia la que progresivamente iremos regresando.

Si ese *axis mundi*, ese eje central, se encuentra inserto en toda la manifestación, también se encuentra en nosotros. Aquí se localiza una de las raíces del Conocimiento ya que, en la medida en que nuestra conciencia se halle más cerca o más lejos de ese centro, sabremos más o menos sobre el enigma de la

creación.

Indudablemente el ser humano común se encuentra lejos de conocer y mucho más lejos de poder interpretar ese enigma, pero ello no es óbice para que no capte o intuya algo que palpita en alguna parte de su Ser.

Esta sensación de sentir de algún modo el centro le lleva a sentirse, de manera inconsciente, el centro de todas las cosas.

El problema, o la raíz del problema en estos casos, es que la conciencia se encuentra centrada sobre el mundo material que, por transitorio y mudable, está por naturaleza incapacitado para ser el centro permanente de nada.

Lo Uno que se encuentra en cada ser es radicalmente diferente a la materia, hasta el punto que resulta inexplicable y, por tanto, la sensación de eje que deviene como pensamiento a la conciencia materializada de los seres humanos es un espejismo de otra realidad que no es ésta.

En todo caso, el ser humano no es centro, no es ombligo (*omphalos*) por la materia que le constituye, sino por lo Uno que su Ser retiene y que se encuentra en las antípodas de lo manifestado.

### El *omphalos*

Negar que la materia manifiesta gire siempre alrededor de algo sería negar la naturaleza misma de las cosas. Lo que los antiguos llamaron el *omphalos* es el recuerdo en la materia del punto o el eje del que sale el todo y al que, una vez emanado, regresará. Incluso, para afianzar ese recuerdo y esa idea, se bautizaron en la geografía sagrada como tales a determinados sitios como Tebas, Cuzco o Delfos, que han sido considerados como ombligos por esas civilizaciones.

Los seres humanos, en lo material, necesitan referencias en las que apoyarse en su camino existencial, pero no hay que perder de vista que estas referencias son un recuerdo material, son mojones en el camino, que indican otras medidas psicológicas en donde el peregrino debe aprender a caminar hacia dentro.

Todos estos “ombligos históricos” han intentado hacer referencia a la existencia de un “eje”, que habrá que tener en cuenta como orientación para regresar a la Unidad de donde alguna vez partieron todas las cosas.

Sin embargo, sería torpe quedarse en la creencia o en la contemplación del ombligo externo, pues de este modo no habríamos descifrado su verdadero mensaje, del mismo modo que sería miope interpretar el significado de una divinidad itifálica sólo por el poder de la erección que representa externamente y no por el mensaje de vida y de creación que ella encierra.

La interpretación de los símbolos no debe realizarse sólo por lo que manifiestan, sino sobre todo por lo que encierran.

Más allá de que todo gire alrededor de un punto en vibración, de que los planetas del sistema giren alrededor del Sol, de que todas las luminarias giren alrededor de otros soles y éstos, a su vez, a los soles de soles, detrás de ese punto en vibración no hay vibración, hay otra cosa. Más allá del Ser se encuentra lo que vulgarmente se le llama el No-Ser, pero que, en realidad, es “un vacío en plenitud”. Si la vibración genera la materia, el Ser es materia, por lo que la Esencia de todas las cosas debe encontrarse en esta suerte de “vacío en plenitud” que ya no es materia.

El ser humano que capte esto, pero que no logre superar los lazos de las representaciones materiales, se siente el centro, pero el centro en la materia y no en la Esencia y, como tal, va generando un sentimiento de ombliguismo (es decir “sentirse el ombligo del mundo”) que le lleva a sentirse el centro de todo lo que le rodea, del universo incluso, en sus manifestaciones más patológicas.

A partir de estos sentimientos surgen dos tipos de comportamientos, uno centrífugo y otro centrípeto, que resultan contraproducentes en los seres humanos.

El centrífugo dispersa los pensamientos de tal modo que, si bien se inspiran en un centro real, lo hacen en su representación material, lo que en realidad le aleja progresivamente del verdadero centro inmaterial generando un centro artificial.

Este ombliguismo centrífugo promueve la separatividad, pues al centrarse en un punto estrictamente material como puede ser el de su yo manifiesto, le aleja de su verdadero centro e inspirador, que es su Yo inmanifiestado.

Se opera en estos seres humanos un fenómeno singular a través del cual materializan cada vez más sus sentidos, sus creencias y sus pensamientos dado que provocan una huida, una separación del centro hacia fuera, apoyándose en un centro físico que está condenado por naturaleza a deteriorarse y desaparecer.

La observación de la descomposición temporal de ese centro material y anti-natural termina produciendo, en el ser humano que se apoya en él, una angustia existencial, que a la larga le provoca ese error, en donde las cosas se expanden, pero se pierden o diluyen.

Por otra parte, la misma creación de este centro material de referencia genera otro tipo de comportamiento que se inclina hacia el egoísmo en una suerte de ombliguismo centrípeto.

En este caso, las referencias materiales se enquistan en la conciencia de aquél que las genera atrayendo hacia sí toda la materia posible. Con su conciencia turbada imanta el centro de referencia que constituye su cuerpo y circunstancias, es decir su naturaleza manifiestada y su entorno, intentando generar un polo de atracción.

Con la anterior actitud centrífuga se proyecta en la materia mientras que con esta actitud centrípeta se anquilosa en la materia, y con ambas se materializa y altera la inspiración original del centro, del eje, de todas las cosas enredando y engañando a la conciencia en el complejo laberinto de la manifestación.

Estos seres se creen originales, distintos, diferentes, encandilados por un centro material creado por ellos. Profundamente egoístas, se van separando de la intuición de la Esencia aferrándose a un monolito que sólo les durará lo que su vida.

Olvidan que la inspiración original era un reclamo del código esencial de los orígenes para regresar en conciencia al eje que lleva al “Uno sin segundo”.

### El fenómeno de las sensaciones similares

Este sentimiento enfermizo del ombliguismo lleva a los seres humanos a considerarse el centro de atracción y reflexión de todo lo que les rodea, desde una perspectiva egocéntrica que presenta dos vertientes: una optimista mientras le dure el armazón corporal y otra pesimista que le lleva a sentirse el único afectado por todos los males de la sociedad.

Este sentirse el “elegido de los males” es una figura pasiva del fenómeno del ombliguismo. Dentro de su lógica, al haber partido de una visión errónea del origen de las cosas, ese ser humano que siente que todo gira alrededor suyo como centro y único exponente de su realidad vital sentirá, también, que cuando le ocurra algo sólo le ocurre a él.

Dada la pasividad propia de aquellos seres humanos que no han desarrollado suficientemente su conciencia, este último fenómeno es bastante común.

Frente al ombliguismo activo que analizamos en sus vertientes centrífuga y centrípeta, este es un ombliguismo pasivo que les lleva a sentirse aterrados por las miserias que les rodean y de las cuales se sienten ellos los únicos afectados.

Desde un malestar corporal hasta un pensamiento depresivo o una sensación de angustia vital, se le representan a este individuo en cuestión como males propios que sólo él padece.

Si se detuviera por un momento a observar la realidad que le rodea y abandonara por unos instantes su sensación de “ser polar”, podría percatarse con asombro de que, por regla general, los males que él padece son similares a los de otros seres semejantes o incluso comunes a su especie. No en vano Marco Aurelio había sentenciado que *“nada puede sucederle al hombre que no sea propio del hombre”*.

Aparte de este pensamiento global, las circunstancias concretas que rodean

a los grupos humanos dan lugar a comportamientos similares por regiones, clanes o familias, ya que hay fenómenos que son mucho más colectivos de lo que los seres humanos creen.

Para ello influyen aspectos aparentemente sutiles, como son la influencia de los astros o de los ciclos de la Luna, hasta factores más concretos como el clima, la electricidad estática del ambiente, la pureza o contaminación del aire que respiramos o los alimentos con los que nos nutrimos.

Esto nos permite apuntar la existencia de una serie de sensaciones comunes a ciertos grupos humanos o a ciertos momentos que podrían analizarse como “sensaciones similares”.

Se trata de sensaciones paralelas que sienten grupos de individuos en determinados momentos y que responden a una mezcla de factores endógenos y exógenos propios de la especie.

Estos fenómenos estarían en relación con determinados comportamientos o acontecimientos que afectan a un grupo humano, pero que cada uno de los miembros de la colectividad vive de un modo personal e independiente como suyo propio. Sólo en la medida en que toma contacto con el resto y compara sus sensaciones puede colegir, no sin cierto asombro, que lo que a él le ocurre resulta ser similar o parecido a lo que en ese momento le está ocurriendo al resto.

La posibilidad de desarmar el fenómeno del ombligismo pasivo puede llevar a dominar el sentimiento depresivo que generan estos fenómenos de sensaciones negativas, especialmente cuando se vence la idea de “chivo expiatorio” que sufre el sujeto pasivo al observar que se encuentra sometido a una sensación “paralela” que resulta común a muchos dentro de su núcleo humano.

Sin embargo, en numerosos casos, el propio fervor del ombligismo le niega cualquier evolución de su pensamiento que le hubiera permitido captar la conciencia del grupo. En ocasiones prefiere sufrir o creer que sufre solo a admitir que su sensación de dolor o su problema es algo que atañe más al grupo que a él en soledad.

Esta mezcla de factores internos para el ser humano y externos propios de la colectividad, hacen de la especie humana un fenómeno complejo que se encuentra supeditado a múltiples factores que, lejos de ser propios e independientes de cada individuo, tienen un impulso que se concatena con la grey.

Las “sensaciones similares” son un fenómeno de carácter gregario que producen en la colectividad sensaciones de euforia o desencanto como una marca propia de la conciencia de la especie.

## Diferenciación

El tomar conciencia de grupo produce dos reacciones diferentes que deben tenerse en cuenta con el fin de comprender mejor la naturaleza del fenómeno. Por un lado, la noción de que la sensación que nos parecía personal tiene, en realidad, un componente colectivo; en esa medida, pierde el dramatismo de lo puntual y busca la solución y la explicación en lo grupal y, por otro lado, al debilitar a la persona como centro del quehacer cotidiano, se corre el riesgo de gregarizar en exceso el comportamiento humano.

De todos modos, el conocimiento de la existencia de “sensaciones similares” resulta un soporte indudable para superar los dolores y las angustias que producen ciertos males sociales cuando parecen caer sobre una sola persona. Esto es una ayuda para conocer la realidad social y superar los problemas en solidaridad colectiva.

Nada que suceda en el grupo dejará de afectar a cada uno de sus componentes, ya sea de un modo directo o indirecto. Lo que ocurre es que existen fenómenos que por su naturaleza resultan más evidentes y otros que, en cambio, pueden pasar más desapercibidos en lo colectivo sin que por ello dejen de afectar al grupo y, por supuesto, a cada uno de sus componentes.

El poder desenmascarar una “sensación similar” permite a los individuos conocer más a fondo la naturaleza compleja del fenómeno social y el entrelazado de singulares factores que dan lugar a los llamados comportamientos colectivos. La conciencia de la especie nos puede hacer superar de este modo la sensación de ser un castigado del destino que, a medida que se enquistaba como sentimiento, frustra la capacidad creativa del individuo afectado.

El no tener en cuenta el componente gregario de la especie y los factores comunes de su propio destino en la medida en que esté haciendo una interpretación sesgada de la realidad, le lleva irremediablemente a una angustia improductiva.

Otro de los factores que habrá que tener en cuenta en el momento de analizar y conocer una “sensación similar” es el de evitar la tendencia opuesta, que le lleva ahora a sentirse parte de un todo y que le imposibilita ser dueño de sí mismo.

Habrà que tener presente, en todo momento, que la sensación del ombliguismo pasivo que le lleva a sentirse el único castigado por el destino, se basa en una raíz patológica del comportamiento. Si ahora le demostramos por la vía de la propia observación que ya no es el centro del mundo sino que, para colmo de males, es uno más de entre los muchos de un conjunto al que le ocurren cosas, con el mismo comportamiento enfermizo con el que se consideró el polo de atracción, ahora se sentirá destruido en todas sus expectativas personales.

El ombliguismo, aunque por la vía del error, le había dado una cierta falsa creencia de protagonismo en su medio, ya que incluso ante los males, al considerarse el único, sentía una perversión masoquista de originalidad.

A partir del momento en el que toma conocimiento de que alguno de los fenómenos que le ocurren son propios de la especie o de su grupo y además le ocurren también al conjunto, va perdiendo todo soporte en su personalidad, con el riesgo de destruir todo incentivo para la búsqueda del conocimiento individual.

Ante este peligro lo que tendremos que hacer es que, junto a la experiencia de analizar los componentes de las “sensaciones similares”, habrá que agregar la experiencia de la búsqueda del verdadero centro operacional que, no olvidemos, en la manifestación constituye el punto de partida de la creación.

El que haya fenómenos propios de la especie o del grupo no invalida la existencia del verdadero ombligo del Ser que, como ya vimos, es el *Uno sin segundo* alrededor del cual todo se encuentra supeditado. Fue en su día el motor de la intuición de un polo central que, en un lectura errada, ha llevado al personaje en cuestión a anquilosarse en el egoísmo de su yo personal, en la creencia de que cada ser humano constituye un centro material del Universo.

Es en cambio cada cosa existente, y no sólo cada ser humano, un centro esencial en donde gira el Universo ya que en cada manifestación se encuentra el código genético del primer origen.

La medida de ese enigma demuestra al ser humano que es un *axis mundi*, un centro potencial del Universo.

Jamás las cosas en sus manifestaciones materiales pueden constituirse en polos de movimiento hacia el origen, ya que en esa medida la conciencia se aleja del verdadero centro, se atomiza y genera separatividad.

El ser humano en colectividad experimenta una serie de experiencias que le permiten ir conociendo las leyes de la materia, por lo que esa conciencia de especie no se opone ni debe ir en detrimento de la conciencia de individuo; a partir de ella el individuo comienza a diferenciarse del resto en una vía ascendente que le debe llevar al verdadero centro de todas las cosas, donde volverá a encontrarse otra vez con el todo, ya no en lo manifiesto, sino el todo en esencia que es el *Uno sin segundo*.

# SEGUNDA PARTE

## *De la ascesis individual*

### Libro Primero

#### La alianza con Cronos-Saturno

Los eruditos dicen que el tiempo es la “duración de las cosas sujetas a mutación”. Es evidente, por tanto, que lo que está sujeto a cambios se ve influido por el tiempo, a lo que hay que agregar que desde su manifestación, desde su punto de partida, las cosas existentes se hallan sujetas a una permanente mutación. Todo lo que no pertenece a la Unidad, en el concepto que nos da Plotino sobre ella, es Ser y lo que es Ser está sujeto al tiempo.

Tal como señala Séneca, *“todas las cosas nos son ajenas, sólo el tiempo es nuestro”*. Deberíamos entender, por tanto, que el cuerpo y el alma se verán sujetos entonces al ciclo de las transmutaciones. Sedes ambas, una física y otra aparentemente menos física (más etérea si se quiere), de una “esencia” que está más allá del Ser y que se encuentra “presente” en todas las cosas (entendiendo como cosa todo lo que depende de la manifestación, más allá de su mayor o menor sustanciación).

Esa “esencia” consustancial con la Unidad (asumiendo que la Unidad es el No-Ser, ese “vacío en plenitud” o lo que está más allá del Ser) es un “abismo” en el interior de cada cosa, y la concienciación de ese “abismo” no depende de la cosa en sí, sino del nivel en el que se halle la conciencia de esa cosa.

Partiendo de la base de que admitimos como real un proceso evolutivo consciente en todas las cosas, desde las piedras a los dioses, deberíamos acordar también que la diferencia entre las primeras y los segundos se encuentra en el “plano” en el que se desarrolla esa conciencia.

La conciencia de este modo “localiza la experiencia” en los distintos planos de evolución de las cosas. Tomando como ejemplo la tradición milenaria de la *Constitución septenaria del Ser humano* que nos legara la profunda obra de H.P. Blavastky, debemos apuntar que todas las cosas poseen potencialmente esta constitución, que, por otra parte, es inherente al Ser. Así, según nos sirva, podemos complicar o simplificar su estructura didáctica en una parte (negando que hay algo más allá de la materia), en dos partes (admitiendo que hay algo más allá de la materia como un todo indescriptible), en tres partes (considerando la existencia de la materia, el alma y el espíritu), en cinco partes (dividiendo la manifestación en materia, energía, sentimientos, mente (alma) y espíritu) o en siete partes (de acuerdo con la constitución septenaria: cuerpo, energía, sensaciones, mente concreta, mente pura, intuición y espíritu).

De este modo, el grado de evolución estará determinado en cada ser por el plano en el cual gravite su conciencia, entendiendo como conciencia el punto focal donde centramos nuestros procesos de entendimiento.

Es evidente que la identificación que realizamos entre el punto de conciencia y el plano en donde desarrollamos nuestra experiencia produce una “ilusión” de identificación al plano y no al estado de entendimiento donde se focaliza el reflejo de nuestro Ser. Tomamos conciencia de este error en la medida en que nuestra conciencia, o mejor dicho el foco de atención de nuestra conciencia, cambia de plano. Es en este momento cuando podremos observar (no sin cierto estupor) que ya no nos identificamos con el plano inferior (como por ejemplo el físico-etérico-energético), sino con el superior (como por ejemplo, el complejo mundo de los sentimientos). Al observar que nuestra anterior “identidad” ha sido una ilusión, entonces comenzaremos a vivenciar nuestro proceso evolutivo.

Todo parecería tener cierta lógica, dentro de este discurso, hasta llegar al Ser. Ya que sabiendo de nuestra experiencia mineral, pasando por la experiencia vegetal, siguiendo por la experiencia animal hasta llegar a la experiencia humana (verdaderamente humana) en donde comienza el drama de la bifurcación entre la razón práctica y la razón pura como dos caras de una misma moneda, podremos acceder a una experiencia más “divina”, si se quiere, en la que comenzaremos a abandonar el instrumento de la razón, ya que como tal es insuficiente para alcanzar al Ser, y entrar en la concienciación de la intuición como una “vía” o canal que nos conduce al Ser.

Es aquí, en el estado sublime del Ser, donde debe producirse de alguna manera la “muerte de las cosas” para trascender lo manifestado e integrarnos en la “esencia”, en el No-Ser. Es el “abismo”, no porque allí sea vacío, sino porque, en contraposición con la manifestación del Ser y sus consecuencias materiales,

aquél término (abismo) nos sirve para explicar “Aquello” que escapa a nuestra percepción física e intelectual, pero esa vacuidad lejos de lo que pudiera suponerse es una “plenitud”.

La presencia de ese “abismo” en nosotros, como decían los griegos, de ese Dionisos (Divinidad en nosotros), se convierte en la “llamada” permanente del Ser. La razón del Ser es atraer la conciencia (mejor dicho, el foco de nuestra conciencia, ya que la conciencia nunca ha salido de sí misma pues es inmanente al Ser) de su función experimental en los planos de la manifestación, para completar el sentido de su regreso a la fuente de donde partió desbordándose hacia la proyección de su manifestación.

Cuando nuestra conciencia se funde en la Unidad, en el No-Ser, éste deja de ser el foco de atracción en el que deberán resumirse todas las cosas, y entonces deberá producirse la “disolución del Ser”, pues de lo contrario fijarse en el Ser genera lo que los orientales llaman la “herejía de la separatividad”, entregando entonces su conciencia a la conciencia de la Unidad, del No-Ser, que ya estaba en nosotros como esencia, en la llamada del abismo, como nos lo recuerda Plotino.

## El Tiempo como concepto

Si admitimos que el cuerpo es la sede del alma, y ésta la sede del espíritu, y el espíritu (el Ser) la “puerta del abismo”, las cosas necesitarán del tiempo para que la conciencia sondee en la materia para experimentar, en un proceso de bajada, hacia las partes más densas, y de regreso, hacia las partes más etéreas.

En definitiva, mientras ese proceso dura, las cosas estarán sujetas a mutación. Así, el concepto del tiempo podrá desarrollarse desde dos perspectivas: midiendo el tiempo como la duración que necesitan las cosas para su viaje desde el fondo de las cosas a la periferia de las mismas y su regreso al fondo del que partieron, lo que significa que las cosas “pasan por el tiempo”, que es la que habitualmente tenemos tendencia a utilizar; o por el contrario, utilizando una perspectiva exactamente inversa, que sería partir de la idea de que nada ha cambiado de lugar desde el comienzo de la evolución. En este último caso, lo que en realidad se ha producido es una refracción infinita, multiplicada exponencialmente, donde la esencia se ha reflejado sobre la materia a través de los prismas de las formas en una suerte de “emanación de reflejos” o, si se quiere, en una “emanación de sombras”. Como en el juego de los espejos rotos en los cuales se refleja la misma imagen en innumerables partes, pero cuando el espejo se recompone sólo refleja la misma y única imagen que se proyecta sobre ellos, en

el momento de quitar el espejo la imagen ya no se refleja más y vuelve a ser ella misma, sin la capacidad de mirarse pero con la experiencia de haberse visto. Como se ha dicho, la Divinidad creó el universo para observarse a sí misma.

Quizás toda la creación no sea más que el “espejo de la Esencia”, en donde la Unidad (o la Esencia) se refleja. Podría pensarse entonces que los seres humanos nos reconocemos ante un espejo, como los animales ante las aguas de un manso lago. La Esencia se observa en silencio ante el espejo de la Creación, y cuando la experiencia de ese conocimiento haya concluido ya no será necesario, quizás, el espejo de la emanación de las formas a partir del Ser.

Por tanto, desde esta perspectiva inversa, la Esencia (la Unidad), al “provocar” la emanación del Ser, no se ha movido y el Ser tampoco; y todo lo que parece movimiento es el reflejo del Ser sobre las aguas de la materia.

El juego especular de los reflejos es una ilusión de imágenes multiplicadas. De este modo las cosas no van ni vuelven, sino que desde la “atención” del Ser las cosas se contemplan en una mil veces rica combinación de formas que no pasan por el tiempo, sino que más bien es el tiempo “el que pasa por ellas”.

Desde esta perspectiva el tiempo es un estado o, mejor dicho, el estado de una sustancia que permite que las cosas manifestadas puedan mutarse. Es como el viento que al arrastrar las nubes hace parecer que las montañas marchan cuando se observan de lejos. Sería como arrojar al río que fluye un madero atado a una cuerda imperceptible y creer que el madero avanza, cuando en realidad es el río el que avanza circulando alrededor de él; es el tiempo el que transcurre como transcurre el río inexorable.

El tiempo es el estado dinámico de una sustancia fundamental que permite crear la ilusión del cambio de las cosas.

### **El Tiempo como mutación de las cosas**

En realidad la Esencia, hasta donde podemos comprenderla, es inmutable. Por su propia naturaleza no puede emanar de sí nada que sea contrario u opuesto a esa misma naturaleza que la inspira. Sería absurdo suponer que algo puede surgir de una matriz que ya antes no contenga ese algo a que ha dado lugar. Ya convenimos que la naturaleza de la Esencia (la Unidad) era inversa a la del Ser. Luego, si el Ser parece mutable, la Esencia deberá ser inmutable. ¿De qué modo, entonces, la Esencia (la Unidad), si son acertadas nuestras reflexiones anteriores, puede producir algo que no es de su propia naturaleza? Es decir, ¿cómo puede provocar la imagen inversa de sí misma? Utilizando una sustancia, el Tiempo-espacio, que le permita reflejarse. Y aunque en las ondas de ese “espacio-tiempo especular”

parezca trasmutarse y moverse, sigue siendo la misma, inmutable e inmóvil.

Como en un juego de espejos deformados, la imagen se achica o se agiganta y en el espacio del tiempo parecemos envejecer o transformarnos, pero el original, inmutable, es siempre el mismo.

De este modo, todo depende de la posición que tomemos en el análisis del tiempo y de la perspectiva que utilicemos.

Así, en un cómputo horizontal del tiempo, es decir, ese que va desde el pasado al futuro pasando por el misterioso instante del presente, la figura bicéfala del dios Jano nos ayuda a comprender mejor este enigma. En la representación de este dios romano vemos dos rostros que se oponen mirando en sentido opuesto, y si bien cada uno de los rostros tiene una perspectiva opuesta, el dios es uno solo que supera ambos análisis, ya que para entender el tiempo, el pasado y el futuro en cada uno de sus rostros, se bifurca, pero para ser los sintetiza.

Habrà que tener en cuenta la posibilidad de un cómputo vertical del tiempo, una suerte de Jano que mira ahora hacia arriba y hacia abajo. De tal manera que como en el Jano horizontal podemos interpretar la historia desde el pasado, en base al criterio tradicional del discurrir de los acontecimientos o hacia el futuro con un criterio progresista de los actos humanos, sin olvidar que al fin la realidad supera y sintetiza ambos criterios. En el Jano vertical podemos contemplar el tiempo desde la materia como un devenir de ésta, o desde la Esencia como un devenir del tiempo; al fin y al cabo, nada es el tiempo más que un instrumento de la Esencia, como la historia es un instrumento también de la conciencia del Ser humano.

Del mismo modo que no se puede avanzar con éxito hacia el futuro sin haber aprendido del pasado, no se puede entender la mutación “aparente” de las cosas sin haber comprendido la necesidad del tiempo. Y si para saber cómo debe ser el futuro debemos sondear en el pasado, para interpretar nuestro “aparente” pasar por el tiempo debemos aprender de nuestra estabilidad más allá del tiempo.

La mutación de las cosas en el tiempo no es más que un juego de nuestra esencia inmutable.

### **El Tiempo físico y el tiempo psicológico**

Pero, ¿cómo concienciar la “aparente” mutación de las cosas? Dado que el tiempo que podríamos llamar físico acelera el proceso de mutación de las cosas, es obvio que el ser humano en la contemplación de su devenir utiliza de manera habitual un análisis del tiempo a partir del tiempo, y no a partir de sí mismo.

Motivado por las transformaciones que se operan en él, utiliza como soporte de su análisis lo más llamativo que es lo cambiante que hay en él, y no justamente la visión contraria a partir de lo inmutable que podría encontrar en él.

De tal manera, en su análisis a través de lo mutable carga sus contenidos conceptuales con criterios fundamentados en experiencias de tipo especular, ilusorias en definitiva.

Fijar el análisis del tiempo desde una vertical descendente en la materia nos permite observar la relatividad de las cosas, su permanente necesidad de reciclaje, es decir, la reflexión que surge de las formas como entidades no permanentes. Esto resulta interesante, pues se termina por conocer las leyes de la materia, pero al final, si no trasciende, no conoce las causas de esas leyes.

Por el contrario, si fijamos el análisis del tiempo desde una perspectiva vertical ascendente, de alguna manera nos estamos aislando de él. Intentamos ver al tiempo fuera del tiempo donde parece duplicarse el proceso experimental sobre el tiempo, y al modo de una barca de gran calado anclada en un río caudaloso con fuerte corriente, surge la sensación de que sobre la quilla del barco se abre el surco en el agua (“se pasa por el tiempo”); en cambio, de la línea de flotación hacia arriba se ven correr las aguas alrededor del buque (“el tiempo pasa a través nuestro”).

Aunque este ejemplo puede resultar insuficiente para la comprensión abstracta del fenómeno del tiempo, nos sirve como figura inductiva que refleja el proceso de aperecibimiento que puede tomar la conciencia cuando se abstrae de la dinámica de las mutaciones que es hija del tiempo.

Es indicativo el hecho de que la corriente del agua se percibe de un modo distinto cogido a la quilla y arrastrado casi por la corriente, que desde la cubierta viendo pasar la corriente.

Si por un momento utilizáramos el símil e identificáramos la corriente con el tiempo, y la situación junto a la quilla con la perspectiva vertical descendente de análisis del tiempo, o la situación en la cubierta de la nave como una perspectiva vertical ascendente, ello nos permitirá apuntar la posibilidad de “percibir al tiempo” de un modo distinto al que estamos habituados.

Esto puede llevarnos a pensar que los períodos que utiliza el tiempo para mutar las cosas pueden sugerir un punto de encastre, “la puerta secreta” entre la perspectiva ascendente y la descendente.

Deberíamos convenir, y todo parece indicar que es así, que el tiempo es uno en sí mismo y que su estado de naturaleza es uniforme. Por decirlo de otro modo, que las aguas de que se componen los ríos son siempre aguas, pero que la diferencia estaría en la rapidez de sus cursos y en el conocimiento de los navegantes que pueden dominar la navegación en el establecimiento de sus corrientes.

Luego, el modo de “conocer” el tiempo podría estar fundamentado en los períodos de los que éste se vale para manifestarse en los diferentes planos. Así, el tiempo, que en su manifestación sobre las cosas o las cosas en su devenir por el tiempo, según se quiera usar una perspectiva u otra, parece inexorable y ritualmente exacto, encuentra su propia “fisura” en la captación y medición de esos períodos por los seres humanos.

Medir el tiempo físico utilizando para ello los ritmos de la Naturaleza es un complejo arte de raíces iniciáticas. Los calendarios y el cómputo de las horas ha sido siempre el símbolo de una sociedad civilizada.

Pero, más allá de esos períodos físicos, surge para los seres humanos una captación diferente de la medida del tiempo en el llamado “tiempo psicológico”. Aquí podemos observar que si utilizamos la medida tipo de una hora, en circunstancias distintas el “paso” de ese periodo puede resultar para el sujeto, psicológicamente, sumamente breve o eternamente larga.

¿Qué ha ocurrido aquí? El tiempo ha encontrado una “fisura” a la inexorabilidad de sus ritmos. Y ello nos permite, en su sencillez, percatarnos de que según los planos de conciencia en el que nos encontremos, el “paso” del tiempo tendrá efectos diferentes. Como si las aguas de un río fueran más oscuras en la profundidad y más claras cerca de la superficie sin dejar de ser las mismas aguas, el tiempo, siendo junto al espacio las sustancias que dinamizan la mutación de las cosas, en realidad resultan ser instrumentos de un fenómeno ilusorio.

Cabría pensar, en este mismo orden de cosas, que según traslademos nuestro foco de atención de un plano a otro de nuestras posibilidades concienenciales, la percepción del tiempo en la manifestación de sus períodos se iría transformando.

Lo importante de esta concepción vertical ascendente del tiempo, por llamarla de algún modo, es observar que las cosas parecen pasar por el tiempo o a través de él, cuando en realidad es el tiempo el que pasa a través de las cosas o por las cosas. Ello no invalida el hecho de que el tiempo en su roce con las cosas las desgasta, las envejece y las transforma. Esta nueva perspectiva no niega el tiempo, no niega sus leyes, sino que deductivamente trata de estar junto a las causas de esas leyes.

Las cosas necesitan del tiempo para hacerse eternas.

## El Tiempo como enemigo

Es habitual interpretar el paso del tiempo como algo que nos consume o nos devora. Incluso en la propia mitología vemos a Cronos-Saturno devorando a sus hijos a medida que van naciendo.

Esto, en base a una prolongada endoculturación, nos ha ido colocando en una posición opuesta al tiempo como concepto (“duración de las cosas sujetas a mutación”). De este modo, sujetos psicológicamente a la observación física de las mutaciones propias de lo material, colocamos, aún sin proponérselo, nuestro proceso evolutivo en el marco del devenir temporal. La más elemental de las reacciones se produce a continuación cuando nos resistimos al paso del tiempo sobre “nuestras carnes”, condicionados lógicamente por la mutación que observamos en nuestro entorno físico.

Nuestro “paso psicológico por el tiempo” se convierte así en una experiencia que por momentos resulta lacerante, ya que nos agobia psíquicamente observar que las fauces de Cronos cada vez están más cerca de la mano de la ecuánime parca.

Proyectamos el proceso de envejecimiento físico sobre nuestras capacidades intelectuales y espirituales, y la llegada a la madurez, lejos de convertirnos en el fruto propicio para la degustación, en el momento oportuno para el “canto del cisne”, nos transforma en un fruto agrio más cercano a la putrefacción estéril que al acto sublime de la transmutación, pues como dice Isidoro de Sevilla, *“estudad como si fuerais a vivir siempre, vivid como si fuerais a morir mañana”*.

A veces en los ancianos observamos una tendencia más señalada a ser las uvas que se deterioran en la parte más baja de la cesta, aferradas hasta el final a seguir siendo uvas, que aquellas que saben dejar de ser uvas para transustanciarse en vino.

Si entendemos al tiempo como una línea recta sobre la que nos desplazamos y a lo largo de ese desplazamiento vamos desgastando nuestras cualidades originales, el tiempo así es un enemigo, es algo que nos priva de nuestros mejores dones, que debilita nuestras fuerzas y al final nos lo quita todo.

El desgaste que se produce en los cuerpos se transmite innecesariamente al plano intelectual, y he aquí otra ficción.

Por el contrario, la experiencia de nuestros cuerpos sometidos al proceso temporal es la que sirve para alimentar nuestra psique y nuestro plano espiritual. Como en el caso de la observación que podemos realizar ante un espejo que nos lleva al conocimiento de la figura observada, el reflejo de nuestro yo en las aguas del tiempo-espacio nos permite conocernos, pero en ambos casos cualquier identificación sería negativa, como nos recuerda el mito de Narciso.

Así, la identificación que realizamos los seres humanos con el proceso corporal sometido al espacio-tiempo es el punto de partida de la mayor parte de nuestros errores. Sobre todo por dos razones a mi entender fundamentales: la primera, porque al reflejarnos sobre el espejo de las aguas nuestra imagen aparece invertida, y lo que observamos sobre esa imagen invertida debe tener nece-

sariamente una lectura inversa; y la segunda, porque al reflejarnos en el río no somos nosotros los que navegamos, sino que es el río el que navega sobre nuestra imagen recortada en sus aguas.

De esta manera, los reflejos en el agua —en el tiempo— no deben ser interpretados tal como se ven en él, ya que esa lectura induce a error. Así, lo que parece cambiar quizás no cambie. No es nuestra imagen reflejada la que se transporta por el agua, no es nuestro cuerpo el que navega por el tiempo, sino que es el río el que pasa por la imagen, es el tiempo el que pasa por el cuerpo.

De esta manera, desde la orilla al reflejarnos el agua no nos moja, el río no nos lleva. El río es un aliado que nos permite la observación de lo que somos. Es el medio que nos brinda la lectura de nuestros enigmas. El tiempo así nos permite observarnos, pero los cambios de nuestra imagen no son nuestros cambios sino las ondas del agua jugando con la imagen de nosotros mismos.

El tiempo es un aliado que pasa alrededor de nosotros, que nos da la mano para que nos pongamos a su vera, para que nos reflejemos en él, para que aprendamos lo que nos falta saber.

El tiempo enemigo nos debilita, el tiempo aliado nos fortifica.

Si quieres esclavizar a alguien, esclavízalo primero al tiempo y luego será tu esclavo. Si en cambio quieres liberar a alguien, alíalo con el tiempo y será siempre libre.

### La raíz del Tiempo

La clave del encuentro con el Tiempo sería: “estar en el tiempo sin estar en él”. De alguna manera nos sirve aquí la figura del hexagrama del mago, en cuyo interior éste se coloca para llevar a cabo la Magna-obra. Si esta imagen nos es útil, y si convenimos en aceptar para el desarrollo de estas ideas que aquí exponemos las que se dicen que son las reglas de la magia, debemos recordar que, de acuerdo con estos criterios, el oficiante se coloca dentro de un muy elaborado tetragrámaton, que diseña sobre el suelo y luego se coloca dentro de él. De este modo al realizar sus invocaciones penetra en otra dimensión sin salir de la que partió, de manera que se encuentra en el mismo instante en dos planos distintos. Sería algo así como haber sacado la cabeza a través de la bóveda del cielo sin haber dejado de pisar la tierra. De este modo, no sólo tiene el regreso asegurado, sino que también sigue siendo el que siempre ha sido antes del acto de officiar, de tal manera que está en otra dimensión sin estar en ella.

Toda esa otra dimensión circula a su alrededor sin que ella en realidad le afecte. Simplemente, el mago puede así observar y observarse en la pantalla de esa otra forma de ser de las cosas.

Si los seres humanos llegaran a comprender que colocarse en la “dimensión del tiempo” es introducirse en un ámbito que no le es consustancial, podrían comprender también la posibilidad de “abstraerse” de esa dimensión sin necesidad de salir de ella, sino haciendo la reflexión interior de que las aristas y el contorno de nuestros cuerpos más densos constituyen nuestro propio hexagrama de oficiantes en la “dimensión del tiempo”.

De este modo, el cuerpo, como las aristas del tetragrámaton se desgastan, pero “tú”, el verdadero protagonista, permaneces inmune, inalterable a los acontecimientos que se suceden en esa otra dimensión; y como el oficiante de nuestro ejemplo, observas y te observas.

El tiempo es esa dimensión cristalina y especular (como ya hemos señalado) donde las cosas encuentran la posibilidad de reproducirse y transmutarse en el cambio aparente de sus imágenes y de sus formas, como en un caleidoscopio. Es en realidad el gran amigo del Ser, su mejor aliado, ya que es el gran enemigo de las formas transitorias.

El tiempo es el aliado del conocimiento, ya que permite a la inteligencia ver lo mutable de la creación. Es la llamada de atención para regresar al Ser, es el aviso del final del camino.

El tiempo, al degenerar las formas, genera la necesidad del encuentro con lo inmutable. Es, por tanto, el tiempo el que provoca la búsqueda de la Eternidad en el hombre y su necesidad de perdurar.

Si nos aliamos a las formas mutables, el tiempo es nuestro contrincante. Si por el contrario buscamos, más allá de las formas, lo inmutable, el tiempo es nuestro aliado, porque nos desvela su transitoriedad y al cabo nos libera de ellas.

El tiempo aliado nos hace sabios y libres.

### **La alianza con el tiempo**

Si volvemos sobre el mito clásico, vemos que Júpiter puede escapar del tiempo inexorable, de Cronos, su padre, que a todos sus hijos devora...

La artimaña de la Naturaleza (Rea), su madre, colocando en su lugar una piedra, le salva y será Júpiter quien luego gobierne en el lugar de su padre.

Podríamos interpretar que Zeus-Júpiter representa a cada hombre, que en alianza con la naturaleza, Rea, puede eludir la acción del tiempo, Cronos-Saturno. Sin embargo, debemos entender que esa alianza con la Naturaleza es también una alianza con el tiempo, ya que Rea, la madre de Zeus, es la parte femenina de Cronos en la Segunda Dinastía Olímpica, o sea, que el binomio espacio-tiempo estaría representado aquí por la duada Rea-Cronos.

Estas imágenes del mito, en particular “la piedra que devora Cronos” deberí-

amos interpretarla con sentido práctico. Una interpretación que nos pueda ayudar a superar la tendencia al “agobio” del tiempo enemigo con el fin de poder alcanzar una alianza en la conjunción espacio-tiempo, que nos permita gobernar en el trono de Cronos de la mano de Zeus.

Esta interpretación, que barruntamos quiere tener sentido práctico, se apoya en cuatro fundamentos que constituirían lo que hemos definido como “la piedra de Cronos”:

El primero de ellos es lo que he dado en llamar “el misterioso instante del presente”. Uno de los más complejos instantes del proceso temporal es el llamado “presente”. Es aquí donde los seres humanos nos hallamos en el punto de mayor peligro para enfrentarnos con el tiempo.

La falta de captación del “momento presente” confunde lo que hemos llamado la lectura vertical ascendente del proceso temporal.

¿Realmente existe el presente o se trata simplemente del instante en el que se unen el pasado y el futuro? Pero aunque así fuere, todo punto de unión es también un vacío. Geométricamente es un punto de encuentro entre dos líneas, una hacia atrás y otra hacia delante.

Los seres humanos nos encontramos permanentemente en ese “punto de encuentro” entre dos proyecciones dinámicas, el pasado y el futuro.

Ahora bien, si ese punto es permanente, entraría en contradicción con el propio sentido de evolución que afecta a lo que en realidad le da la razón de ser, que son el pasado y el futuro. No obstante, si no es permanente sino mutante, ya no sería presente, pues o sería pasado o se convertiría en futuro.

Luego, cabría pensar que en el “misterioso instante del presente” no hay nada, sino una “fisura”, en donde se podría burlar al tiempo, y sin embargo el que cae burlado en sus redes es el ser humano y el presente le devora.

Cuando en las Escuelas Neo-platónicas del Renacimiento se recordaba a los discípulos la necesidad de “vivir intensamente el presente” se les estaba tratando de indicar la “fisura” por la que nos podemos escapar del tiempo y entrar en la dimensión de la Eternidad.

Como dijo William Blake, *“la eternidad está enamorada de las obras del tiempo”*.

En definitiva, es el presente, que en realidad no existe como fenómeno temporal, el punto en el que se asienta nuestra conciencia en su viaje experiencial. Es allí donde se abre a cada instante, por un instante, la posibilidad de entrar o vislumbrar el “abismo”, lo que es eterno, lo que está incluso más allá del Ser.

Al estar permanente anclados entre el pasado y el futuro, nadie vive realmente el presente, ya que quien lo vive por un instante es eterno, es decir que coloca una “piedra en la boca de Cronos”.

Otro de los aspectos que generan la enemistad con el tiempo es la sensación

engañosa de “la falta de tiempo en el momento presente”, y en definitiva esta idea no es más que una consecuencia del error anterior.

Si no sabemos inmortalizar el instante del presente, como diría Rudyard Kipling: *“ese momento inexorable y cierto de sesenta segundos que te llevan al cielo”*, caemos en la falsa sensación de querer “atrapar al tiempo”. Pero como el tiempo al ser dinámico es inaprensible, siempre “nos faltará tiempo en el momento presente”.

Esa angustia por “la falta de tiempo” nos degrada, nos esclaviza aún más al tiempo, y lejos de superarle caemos en la corriente de sus sensaciones... El resto, es “sólo cuestión de tiempo...”

La sensación de falta de tiempo sólo genera más falta de tiempo, ya que es inhibitoria.

“El tiempo como angustia” se desarrolla en la psique de los seres humanos alimentándose de la necesidad de más tiempo, lo mismo que ocurre con la gula para el cuerpo físico. Así, la necesidad de tener más tiempo puede llegar a grados patológicos, donde parece imposible poder hacer lo que un hombre libre de esas ataduras hubiera hecho en un instante, con un “solo gesto de eternidad”.

Si nos damos cuenta de que es el tiempo el que necesita de nosotros para seguir existiendo y que no somos nosotros los que lo necesitamos a él, de algún modo, en el marco de una imperceptible comprensión, comenzaremos a ser un poco más libres.

Los espejos sólo sirven para mirarse en ellos, a lo sumo para reconocerse, pero para poder Ser debemos regresar a nosotros mismos. El tiempo (y el espacio) nos sirven para manifestar nuestra experiencia, pero nosotros ya Somos antes del tiempo y el espacio.

Debemos recordar y comprender esa frase de Buda, cuando dijo: *“siempre tengo tiempo para los que no tienen tiempo”*.

Los seres humanos libres, los que caminan sobre el filo de la Eternidad, debemos aprender a “tener siempre tiempo”, a colocar “una piedra en la boca de Cronos”.

Otra cuestión que debemos concienciar es la idea que apuntamos al comienzo de estas reflexiones: la Eternidad no puede emanar de sí misma algo que sea diferente a su propia sustancia. La Eternidad nunca pudo generar algo que por su propia naturaleza nada tenga que ver con ella, o incluso la contradiga.

Aquí hay un enigma necesario de descifrar, un secreto que desvelar.

Si la Eternidad ha utilizado al tiempo para reflejarse en el Ser, y el Ser utiliza de algún modo sus experiencias en el tiempo para regresar a la Eternidad, a la Unidad, al No-Ser, el tiempo debe estar en íntima conexión con la Eternidad.

Veamos. Una línea puede interpretarse como una sucesión de puntos, pero

la más moderna geometría ha comprendido lo que ya adelantaron los antiguos: que la línea es un punto en movimiento.

Proyectando esta reflexión al tiempo, podríamos decir que es una suma de presentes, entendiendo el presente tal como lo indicábamos más arriba, es decir, como un instante, un punto del abismo en el devenir del tiempo. Luego en realidad podríamos ir más allá, es decir que en la vida de un ser humano el presente, el verdadero presente, es uno solo, o sea, un punto de conciencia en la eternidad que se desplaza a lo largo de nuestra existencia.

Así, el tiempo de una vida sería para aquel ser humano libre y despierto, que vive al modo neo-platónico “intensamente su presente”, un “presente desplazado en movimiento”.

De tal modo que para aquel ser humano que haya logrado vivir “el misterioso instante del presente”, no como una experiencia puntual, sino como algo habitual en su desarrollo vital, éste habría encontrado la “puerta para salir del tiempo”.

En definitiva, viviendo el presente (el punto de eternidad), el *carpe diem* de los clásicos, para ese ser, el tiempo habrá dejado de existir como fenómeno cotidiano, pues ha descubierto que el tiempo es la Eternidad reflejada; que en realidad lo que parece tiempo no es más que la aparente suma de presentes que constituyen el pasado más la aparente suma de presentes que constituirá el futuro.

Luego, si el “presente consciente” es un punto de esa Eternidad en el espacio, un punto en movimiento, el tiempo como devenir es ilusorio, el tiempo en realidad no existe.

La Eternidad sólo genera Eternidad, y el Ser humano que vivencie esos “sesenta segundos que le llevan al cielo” se hace eterno, ha colocado “una piedra en la boca de Cronos”.

Por último, si el tiempo es ese reverso de la Eternidad, es esa Eternidad reflejada por instantes, por presentes, en el espacio, el Ser humano lleva en sí mismo la idea de Eternidad, es decir, la “conciencia de inmortalidad”.

Los seres humanos sumidos en toda una serie de ilusiones, de engaños que se soportan en las “lecturas inversas de la Realidad”, se sienten mortales junto al tiempo y a las cosas. Es indudable que las cosas mueren, como también morirá la sensación del tiempo y el espacio al que se hallan sujetas las cosas.

La vida del ser humano será tan larga o tan breve como lo sean las cosas en las que deposite su conciencia. Así por ejemplo, si un ser humano, en un absurdo hipotético, se identificase con sus propias ropas, psíquicamente moriría cuando alguien le arrancase sus vestimentas; y digo psíquicamente porque en esta hipótesis planteada suponemos que la identificación sería tal, que el

“horror” de perder aquellas ropas le provocaría un impacto de tal naturaleza que lo invalidaría para seguir actuando con conciencia, y caería en una suerte de letargo, en una pérdida de la conciencia. Sin embargo, el ser humano de nuestro ejemplo “seguiría viviendo”, sin conciencia de ello, pero seguiría en el mundo.

Algo parecido es lo que les ocurre también, en otro plano, a los seres humanos en los que su identificación con el cuerpo es tal, que a la pérdida del mismo cae en un letargo atroz.

Al morir su cuerpo se siente morir con él; sin embargo, cuando cada noche abandona su ropa de la jornada, no se ve afectado como en el caso de nuestro hipotético relato. Del mismo modo que aquél cuando al quedar aletargado psíquicamente igual seguiría viviendo, a nosotros, al abandonar nuestro cuerpo físico, nos puede ocurrir algo similar.

Por tanto, el ser humano que no deposite su conciencia en el cuerpo, que por otra parte se haya sometido a las variaciones del tiempo e identifique el punto de atención de su conciencia con “algo en él más inmutable”, podría percatarse en vida de que hay en él un hálito de inmortalidad.

Del mismo modo que nadie sufre porque deba dejar una vieja chaqueta, pues puede sustituirla por otra nueva y mejor, aquel “internamente despierto” no sentirá sobre sí la presión del paso del tiempo por su cuerpo. Como se recordaba en el antiguo Egipto en los textos de los sarcófagos, *“levántate hacia la vida, ya que, mira, no estás muerto”*.

El sentirse más inmutable, al sentir dentro de sí la idea de la inmortalidad, le hará más libre y más feliz, ya que de un modo u otro habrá colocado una “piedra en la boca de Cronos”.

## Libro Segundo

### El complejo de Herakles

omo en el mito de Hércules-Herakles, los seres humanos deben superar permanentemente una serie de obstáculos, que constituyen las pruebas que jalonan el camino de su enigma como seres humanos.

Los doce Trabajos de Hércules han sido interpretados desde distintas claves, ya sea, a través de interpretaciones filosóficas, psicológicas, astrológicas, mitológicas o históricas. Como ocurre en todos los mitos clásicos, éstos pueden dar lugar a variados y complementarios análisis que de un modo u otro tratan de “archivar” en la memoria de la humanidad conceptos o enseñanzas de un especial valor simbólico.

Por tanto, los doce Trabajos de Hércules, e incluso la propia figura del héroe, nos sirven para explicar y desarrollar algunos enigmas del comportamiento humano.

Cada uno de nosotros presenta comportamientos que pueden asemejarse a los Trabajos de Hércules y, sin duda, un ejercicio singular puede ser el de analizar cada uno de los trabajos intentando explicar su desarrollo en nuestro propio comportamiento personal.

Así, por ejemplo, en el León de Nemea, podemos encontrar el punto de partida para el dominio de nuestras pasiones, de nuestra fuerza animal, y el comienzo de una carrera hacia dentro en busca del Conocimiento interior.

En la Hidra de Lerna, de las nueve cabezas, la lucha contra la materia, siempre renovable, donde al final, cuando corta la última cabeza que es inmortal, debe enterrarla debajo de una roca, como un símbolo de dominio sobre el poder de la materia que, a pesar de la ilusión que posee como su principal poder, ya que al cortar una aparecen nuevamente dos, la energía final debe ser dominada y no destruida; en definitiva, trasmutada.

En la Cierva de Cerineo (o la Gama Cerinita), la de los “cuernos de oro”, cuya agilidad hacía que nadie pudiera alcanzarla y cazarla, vemos esa capacidad de la mente por alcanzar los razonamientos justos, a través de una intuición ágil que lleva una corona de oro.

En el Jabalí de Erimanto, Hércules representa la fuerza de la constancia y de la voluntad, subiendo escarpadas laderas con frío y nieve hasta aprehender al jabalí y descender de la montaña cogiéndole por las patas traseras como un carro que se domina.

En los Establos del rey Augias, vemos la capacidad de embellecer, de limpiar todo lo que pueda generar hedor, a pesar de la negativa de aquellos que lo generan. Un verdadero acto de valor e inteligencia.

Las Aves o los Pájaros de Estínfale, con sus picos de hierro y sus plumas como dardos de acero, parecen sugerir la habilidad contra el verbo hiriente de los enemigos, con el sonido de los címbalos que les ahuyentan.

En el Toro de Creta, cuando en el laberinto de Minos logra “montar” al toro, nos hace recordar la iconografía mitraica y el dominio de la naturaleza.

Las Yeguas de Diomedes pueden simbolizar la lucha contra el mal y cómo el ser perverso es presa, más tarde o más temprano, de su propia corrupción, pero para luchar contra ello no hay que temer como el pobre Abderis.

En el Cinturón de Hipólita observamos, en una de las posibles interpretaciones, la ley de la compensación, ya que al matar a Hipólita para obtener su cinturón, Hércules tendrá luego que compensar salvando a Hesione del vientre de la serpiente marina, y entregarle el cinturón.

En el caso del Rebaño de Gerión y su manada de bueyes rojos, podríamos identificar en esa manada a la humanidad, que está conducida por un monstruo de tres cabezas y a quien no le pertenecen los bueyes. El acto de Hércules puede ser interpretado como una acción de fuerza contra Gerión con el fin de orientar a la humanidad perdida.

En las Manzanas de Oro de las Hespérides podemos ver los frutos de nuestra naturaleza superior, en cuyo camino el héroe conoce a Prometeo encadenado, y más tarde el propio Atlas le da las manzanas del árbol del Jardín de las Hespérides.

El último paso que le queda en el Camino interior es el de la Katábasis, el descenso a los infiernos en busca del Can Cerbero, guardián del Hades. Al matar al perro guardián una vez atravesada la Laguna Estigia, logra liberar a Prometeo. O sea que, tras descender, asciende.

### **Hércules, Euristeo, Prometeo**

En el desarrollo del mito podemos encontrar una serie de elementos que nos sirven para elaborar una reflexión que nos permite interpretar, de algún modo, nuestro paso por la tierra.

## Hércules-Herakles

Es consciente de que encarna al héroe, “es un hijo de los hombres, pero también es un hijo de los Dioses”. Su doble naturaleza le ha colocado en un mundo que le es hostil y adverso. Un mundo con el que está en guerra, pero sin embargo, entre tanto, es vasallo de él. En su fuero interno sabe que este mundo le pertenece, que la victoria final está en sus manos, pero hasta que aquel día llegue, debe “parecerse” a los demás.

Es un hombre nuevo en un mundo viejo.

## Euristeo

Hagas lo que hagas, Euristeo nunca estará satisfecho y siempre pensará que quieres arrebatarle el poder.

Dado que Euristeo es un hermanastro de Hércules, representa su contraparte terrena, su estancia en el mundo. De algún modo, Euristeo sabe que al terminar los Doce Trabajos el verdadero gobernante será Hércules, pero entre tanto le mantiene alejado realizando un trabajo tras otro.

Esa necesidad de alejarle implica ya su propia derrota anticipada. Hércules es triunfador antes de triunfar y hay algo en él que se lo dice. Euristeo es esa mediocridad temerosa que hoy gobierna el mundo y la materia, pero sus días, aunque largos, están contados. Euristeo se sabe de antemano perdedor y sólo “retrasa” el fin.

Así trabajan quienes manejan las leyes oscuras de la Naturaleza.

Retrasa a Hércules dándole trabajos, pero indirecta e inexorablemente le está fortaleciendo. Se trata de una lucha consciente, donde los dos conocen el final, pero lo que aún no saben es cuándo se producirá.

Quienes manejan las leyes positivas de la Naturaleza, de la mano de Hércules, están en guerra con Euristeo, y éste lo sabe.

## Prometeo

Aunque algunos textos parecen indicar que Hércules libera a Prometeo en su undécimo trabajo, sin embargo, a mi parecer, la liberación se produce en el duodécimo trabajo, puesto que en el trabajo anterior Hércules “conoce” a Prometeo y es en su último trabajo cuando realmente le “libera” de sus cadenas.

Hércules supera en sus trabajos todas las pruebas, que no son más que pasos

para acercarse a Prometeo. A partir de su encuentro con Prometeo, Hércules “conocerá” las claves que le permiten interpretar su simbólico itinerario, y al “liberar” a Prometeo deja de ser vasallo de Euristeo.

Hércules se identifica, se hermana, entonces con Prometeo. El sacrificio de Prometeo llega pues a su fin, Prometeo ya no necesita seguir “velando” y “sacrificándose” por Hércules, ya que éste ha alcanzado la cima de su propia realización y Prometeo podrá volver al sitio de origen de donde partió. Euristeo se convierte así y a partir de ese momento en el gran derrotado.

Digamos que la humanidad ha alcanzado el nivel de desarrollo necesario que algún día, antaño, soñaron los “Prometeos encadenados”, y entonces podrá conducirse a sí misma, sin el retraso expreso en su evolución que le infligieron los “Euristeos que controlan el mundo”.

Los “Prometeos liberados vuelven a casa” y en la humanidad los “Hércules de esa humanidad” gobernarán entonces en lugar de los Euristeos.

Tengo para mí que el mito de Hércules es un mito primordial que encierra el comportamiento de los seres humanos en su conjunto; y aquellos que conscientemente o inconscientemente lo intuyen se convierten en “Hércules humanos” que, rodeados de circunstancias adversas y ante la mirada inquisitiva del “Euristeo humano”, intentan avanzar a través de las necesarias pruebas que les impone el camino hacia Prometeo.

A partir de ese momento de conciencia ya están en guerra; y en esa contienda lo mejor que se puede hacer es estar bien preparados. Por dos razones: por la propia supervivencia y por la necesidad de liberar a Prometeo.

### El “complejo de Herakles”

Como decía, a partir de ese momento nos convertimos en una suerte de Heracles, es decir, en un hombre nuevo en un mundo viejo.

Aquellos seres humanos que comienzan a sentir en sí mismos el fuego de la rebelión, de la heterodoxia, se enfrentan voluntaria o involuntariamente con el mundo.

A estos seres les pueden acontecer dos escenarios: en un caso, que su inconformismo no encuentre “la ruta de los doce Trabajos”, y su ingreso al Hades se convierta en un malestar anárquico y solitario que conduce habitualmente a la autodestrucción o al silencio cómplice; o, en otro caso, que puedan encauzar la fuerza de la revolución interior a través del combate y las pruebas que le llevan a la Estigia.

En este segundo caso y a partir de ese momento, convertido en un Herakles-

humano, se percata de que es un extranjero en este mundo, que se sabe Rey y es aún vasallo, y que para colmo, es un vasallo perseguido por los que saben que en realidad es Rey.

Esto da lugar a una suerte de comportamiento ambiguo en los primeros tiempos, que va del complejo de superioridad al complejo de persecución, como consecuencia natural del proceso heracleo que está viviendo como ser humano.

A esta manifestación del comportamiento le he llamado “el complejo de Heracles”, que dividido de manera simultánea en los dos síntomas anteriores, puede traer aparejadas dos consecuencias opuestas.

Por un lado, una actitud patológica y esquizofrénica de no saber quién es; o por otro lado, una actitud fisiológica de saberse un ser humano diferente.

De todos modos, tanto una como otra se verán afectadas por el sentimiento de superioridad y la sensación de persecución. Lo que ocurre es que en la primera el individuo terminará por aniquilarse a sí mismo, o creará sobrevivir aniquilando al Hércules que comenzaba a despertarse en él, volviendo a aceptar las reglas del mundo, pero ahora con la pesada carga de saber que todo ese mundo es mentira. Más tarde o más temprano, necesitará volver a rebelarse, pero habrá perdido muchas oportunidades.

La segunda, en cambio, se produce de la mano de seres psicológicamente más fuertes, que por regla general y a diferencia del anterior se han reconocido y encontrado otros compañeros de ruta. La identificación de sus comportamientos y sentimientos les demuestra que en realidad no son una *rara avis*, o seres enfermos que deben ser desplazados de una sociedad regida por los “Euristeos”, sino que, por el contrario, son los exponentes de una rebelión en marcha, que avanza inexorablemente hacia la liberación de Prometeo.

Esa sensación de comunidad y de conciencia de su diferencia les fortalece y les brinda los elementos psicológicos necesarios para tener paciencia sabiéndose diferentes, y tener fortaleza y habilidad sabiéndose perseguidos.

A partir de ese momento comenzarán los trabajos y las pruebas, en guerra permanente contra los mediocres Euristeos que tratan de distraer o acabar con los nacientes Hércules-humanos, que deberán sufrir en muchos casos humillación, pero perseverando en la acción hasta la victoria final.

Deberán estar atentos, pues existen además dos grandes peligros interiores en cada una de las dos facetas del “complejo de Herakles”.

Por un lado, el “complejo de superioridad” puede hacer peligrar la tarea, y el mito de Hércules nos lo recuerda permanentemente: el éxito que obtiene al acorralar a los caballos en el trabajo de las Yeguas de Diomendes hace que la euforia le haga perder la precaución, y deja las yeguas en manos de su amigo Abderis que muere bajo sus cascos.

La sensación de sentirse hombres nuevos en un mundo viejo, de acabar con éxito las pruebas, debe ir siempre acompañada de la necesaria precaución, ya que de lo contrario podemos perder los estribos y el equilibrio, creernos ya reyes cuando en realidad Euristeo aún está en el trono.

Incluso, al final de los Trabajos, no olvidar el mito y recordar que en alguna parte nos han preparado la “túnica de Neso” que está empapada con el veneno de la Hidra. Incluso, si así ocurriera, no perder la dignidad, esa parte vital del “complejo de Herakles” y aceptar nuestro final con dignidad y altura; ya que si los Trabajos han sido terminados, bendita sea la capa.

Por otro lado, el “complejo de persecución”, que nos lleva a estar en un estado de alerta permanente. Esta faceta del complejo es un resultado del complejo anterior. Al sentirse diferentes llaman la atención, y al hacerlo Euristeo se pone en guardia.

La rebelión frente al *statu quo* implica siempre una persecución del revolucionario. Por tanto, el éxito de la campaña depende de la precaución y de la habilidad de los rebeldes, pues de lo contrario caerán en la primera escaramuza.

En conclusión, el “complejo de Herakles”, tendrá dos lecturas. Una negativa, que lleva a la destrucción del flamante heracleo ya sea por arrogancia o por descuido, y una positiva, en la que este Herakles-hombre se percata, a través de la percepción de la existencia del complejo, de que no sólo es diferente sino que además no se siente conforme con “el mundo que le han servido”.

De este modo, a través de la percepción positiva del complejo, conciencia su diferencia y su consecuente superioridad que, si logra equilibrarla, le lleva a unirse con otros seres en el mismo camino, y además, al verse perseguido, si canaliza esa percepción por la vía de la precaución y no del temor, aprende a sobrevivir.

Es así, por tanto, que el “complejo de Herakles” bien encaminado es un método de supervivencia, y también un modo de comenzar a saber quiénes somos en realidad y para qué estamos aquí. Un sistema que nos ayuda a buscar métodos para subsistir en un ambiente hostil y agresivo que ya nada tiene que ver con ese Herakles-humano que comienza a despertarse.

En definitiva, una suerte de estado de conciencia que nos permite comenzar a estar despiertos y atentos, sabiendo que más allá de las pruebas que necesariamente tendremos que superar, nos espera “Prometeo encadenado” a quien hay que “liberar”.

## Libro Tercero

### Sobre los miedos

**N**o de los elementos fundamentales que utilizan los “amos de la caverna”, con el fin de controlar el libre albedrío de los seres humanos, es el de desarrollar a su alrededor miedos físicos y psíquicos. De este modo, esos “amos de la caverna” como los describe Platón en el capítulo VII de la República, logran controlar a la especie humana y hacen que vivamos en una sociedad pacata y temerosa de todo.

El “sistema” se ha montado de tal modo que ha ido generando una sociedad insegura en donde, paradójicamente, el delincuente, dentro de ciertos límites, puede entrar y salir de la cárcel con relativa facilidad. Al generarse un ambiente en donde delinquir es casi un medio de vida, no sufre presión social. En cambio, el ciudadano agredido, si se defiende con excesivo celo, es señalado por el medio en el que se desenvuelve como un ser agresivo o inadaptado. La sociedad entiende que esa es una función que pertenece a la Administración del Estado. Sin duda, esto sería lo correcto dentro de una sociedad justa y equilibrada, pero que no parece ser la nuestra en este puente de cambio de siglos.

El resultado es que el Estado no controla realmente la seguridad, e incluso en algunos países se observa que, o por desgobierno o por intencionalidad, se dejan a su propio aire complejos montajes de corrupción.

De tal modo que el ciudadano medio comienza a observar que está solo, aislado, desvalido frente a un Estado que no le protege ya sea por inoperancia o por complicidad con la corrupción junto a grupos organizados que fomentan, para su propio beneficio, el deterioro de la sociedad.

Así, comienzan a darse en las sociedades post-industriales y post-modernas dos síndromes muy característicos:

Por un lado, lo que llamaríamos “el síndrome del avestruz” que esconde la

cabeza para no ver la realidad y deja el cuerpo dentro del sistema.

Y por otro lado, el que llamaríamos con un sesgo romántico “el síndrome Robin Hood”, que da lugar a un modelo de vida paralela, relativamente ilegal o alegal, que sobrevive agrupando esfuerzos.

En el primer caso, el ciudadano medio, al que la sociedad del siglo XX y principios del siglo XXI ha caracterizado con los atributos del “burgués tipo”, encuentra en el sistema los síntomas de la agresión, que como apuntábamos pueden estar apadrinados o permitidos por el propio Estado, pero también el sistema le brinda el hueco para “esconder la cabeza”.

Un perfecto sistema de información, que en realidad desinforma, manipula los datos de la realidad cotidiana y bombardea al “pequeño burgués” con noticias por la prensa o por medio de bulos que se hacen circular en los corrillos callejeros, noticias que generalmente producen desolación y que, a la larga, debilitan.

Se genera de este modo en el ciudadano un temor reverencial hacia el mundo que le circunda, una sensación de que el próximo perjudicado, la próxima víctima, puede ser él. Entonces, comienza a buscar en sus pequeños soportes cotidianos la solución de todos sus males y de sus miedos. Observa que todo lo que destaca es atacado y que, generalmente, el mediocre sobrevive, o al menos parece sobrevivir, y así se refugia en las mediocridades que le rodean y progresivamente se convierte en un mediocre más.

El sistema sabe que los mediocres jamás fueron peligrosos, que como el avestruz dejan las plumas del trasero pomposamente al aire mientras ocultan todo lo noble que pudieron alguna vez haber tenido en el hueco más hediondo de sus propias miserias.

Se ha forjado un ser humano estereotipado cargado de miedos, reales y falsos, sumiso, mojigato, a imagen y semejanza de un esclavo apaleado, pero que, a diferencia de los esclavos clásicos, no puede comprar su libertad.

Se ha construido en pleno siglo XX y principios del siglo XXI la peor de las sociedades esclavistas. Los esclavos de nuestros días, al creerse libres, besan sus cadenas, porque les han hecho creer que ellas les dan la seguridad que necesitan ante la hostilidad del medio.

Han construido una sociedad injusta sin capacidad de rebelión.

En el segundo caso, en cambio, la reacción se da a través de grupos de seres que rechazan el modelo anterior creando una sociedad paralela, pero el inconveniente que presentan estos “Robin Hood” de nuestro tiempo es que sus estructuras de supervivencia son pequeñas y carecen de coordinación entre ellas.

Una eficaz unión, en estos casos, podría dar lugar a una revolución en marcha de efectos generales que podría hacer tambalear el sistema.

También, otra debilidad que presentan estos grupos con la gestación de sistemas paralelos, es que su principal enemigo no es la Administración del Estado a la que mientras son pequeños y desorganizados no le plantean grandes problemas, sino la masa anónima y temerosa de los pequeños burgueses que, al creerse protegidos por el sistema, denuncian donde pueden todo intento de un sistema paralelo.

Otra característica de estos grupos “perimetrales” es que no han perdido el miedo, sino que lo han asumido al tener que vivir en perpetua zozobra o en constante persecución.

Ellos desconocen aún cómo se ha urdido el sistema que les asfixia ya que, como en el mito de la Caverna de Platón, sólo han tomado conciencia de sus cadenas y las han abandonado, pero todavía no han salido de las sombras. Y si bien constituyen una avanzadilla, son todavía vulnerables porque les falta el Conocimiento.

Estos sistemas paralelos representan una reacción instintiva de algunos miembros de la sociedad que se han dado cuenta de que el sistema les está engañando, y que el silencio también es cómplice.

Su existencia en nuestros días nos hace pensar que por alguna parte el “barco del Estado” está haciendo aguas, y que la reacción que se está operando en la manifestación de estos grupos de carácter “perimetral” es un síntoma del descontento y de la posibilidad de revertir el sistema.

Nos sirven algunos ejemplos tipo, como los sistemas de venta ambulante alrededor de los grandes almacenes (llamados “informales” en Iberoamérica) que terminan por copar el edificio de estos almacenes, los sistemas de protección ciudadana creados por los propios vecinos de barrios especialmente castigados por la delincuencia, los sistemas de economía sumergida paralelos a la economía del Estado, los grupos culturales independientes que en la actualidad llevan las riendas de la cultura, los grupos de presión que gobiernan a la sombra o la ingente cantidad de organizaciones no gubernamentales hoy existentes, por citar algunos casos llamativos.

Quizás su principal problema, que de algún modo les quita virulencia y les hace más inofensivos, es su falta de organización, y ella es a su vez consecuencia de su falta de unidad y de Conocimiento al no haber tenido acceso a las claves del modelo. Se alzan en rebelión contra un sistema que les asfixia y reaccionan para zafarse de él; saben para qué luchan, pero no por qué luchan. Tienen claro que su reacción es para liberarse de un sistema que les engaña y les utiliza, pero desconocen la raíz última de su propia reacción, el porqué de querer ser libres y tener acceso al Conocimiento.

Así, tarde o temprano, si no conocen el porqué de su reacción, correrán el

peligro de debilitarse en su lucha cuando ya hayan caído o abandonado sus mejores compañeros, o cuando se les aisle tanto que la soledad se convierta para ellos en otra cárcel.

Mientras les falte el Conocimiento serán vulnerables porque en el fondo siguen temiendo. Lo que ha ocurrido es que su rabia es, por el momento, más fuerte que su temor, pero la rabia es una reacción visceral, no es una reacción del alma y, por tanto, es tan mortal como el cuerpo. Sirve para rebelarse, pero es pasajera y sólo alimenta la rebelión exterior, pero la revolución interior que es el motor de la libertad se alimenta sólo del Conocimiento, desvelando enigmas.

Los “amos de la caverna” saben esto y por eso han generado, durante milenios, el miedo a la muerte y a lo desconocido. Ellos saben que incluso la rebelión paralela tiene un fin. En algún momento, quienes se hayan levantado contra ellos se preguntarán: ¿Y tanto esfuerzo, y todo esto para qué? ¿Y después de la muerte qué? Y ese desconocido que soy, ¿quién es? ¿Por qué no volver a ser el que alguna vez fui, cobijado por el calor de las preguntas silenciadas, por el suave sopor de las mediocridades, acurrucado junto a mis miedos, rodeado por las cosas cotidianas que, aunque sin valor, al repetirse parecen pertenecerme? En lugar de ser un perseguido, ¿por qué no dejar que de vez en cuando acaricien las plumas de mi trasero mientras cierro los ojos en el hueco más oscuro que han preparado para mí?

Ese es el “talón de Aquiles” de una rebelión con causa, pero sin Conocimiento. Por ello toda preparación individual debe ir acompañada de un intento de conocimiento sobre el misterio de la muerte y de un desvelar ese desconocido que es el Ser humano. De lo contrario toda rebelión será frágil, y al regreso al valle comenzarás a olvidar el fresco seco y limpio de las altas montañas. El cálido y húmedo sopor del valle te inundará hasta las entrañas, y olvidarás cómo enseñar el camino de salida de la caverna y el ascenso a las viejas cumbres, de donde con el conocimiento adquirido debemos retornar para alumbrar a nuestros congéneres en la oscuridad.

### **El miedo a la muerte**

El miedo a la muerte, o al más allá, es uno de los mayores condicionantes de la falta de libertad de los seres humanos.

No deja de ser curioso que temamos a algo que inexorablemente va a ocurrirnos. Es lógico que el ser humano pueda tener cierta intranquilidad por cosas que fortuitamente le pudieran llegar a ocurrir, como un accidente, un robo, una bancarota o cualquier otro hecho del que puede pasar su vida sin que le ocurra, siendo bastante improbable que ello pueda suceder. Sin embargo, la muerte es

algo que acontecerá inevitablemente, ¿por qué temerla entonces?

Entiendo que se tema a la muerte por dos causas básicas que a su vez, según la actitud que se tome ante la muerte, darán lugar a dos consecuencias muy específicas.

En primer lugar, surge el temor a la muerte seguido de la idea de que después de ella todo se ha acabado o que lo que nos han dicho sobre la continuidad de la vida no lo tenemos muy asumido.

Es obvio que todos los pueblos que han tenido en cuenta el conocimiento hermético han considerado, a través de sus tradiciones, de sus mitos o de sus enseñanzas, que la vida sigue más allá de la muerte. No obstante, llegados a este punto, la clave radica más en una cuestión de vivencias que en una cuestión de mensajes, y todas las prácticas vitales a las que se ve sometido el hombre común de nuestro tiempo están impregnadas de ese temor reverencial a la muerte.

Desde luego que son pocas las vivencias que le hacen sentirse inmortal. Se trata de un problema de conciencia. Podemos sumergirlo en el estudio de las más selectas tradiciones que nos hablan, desde hace evos, de la vida después de la muerte, pero de nada servirían a alguien que no toma conciencia de sí mismo, de su propia perdurabilidad más allá de las formas pasajeras.

Esa conciencia sólo viene de la mano del Conocimiento, no como dogma sino del ejercicio cotidiano de nuestra inmortalidad. El temor a la muerte es una forma de bloqueo psíquico, un modo de oponernos a alguien que inexorablemente ganará la partida de ajedrez; en cambio, el entablar una amistad con la muerte es conocerla y por tanto comenzar a superarla.

Dice Buda que en el momento de nacer comenzamos a morir y nuestra vida es una larga agonía de las formas.

Si todos los días morimos un poco y al día siguiente seguimos vivos significa, dentro de la lógica más elemental, que el día que llamamos "de la muerte" deberá tener otro día similar más allá. Si en cada atardecer enterramos un poco de nuestras formas y al amanecer siguiente seguimos vivos modelando otras formas, el día que agrupemos para enterrar las últimas formas que nos queden amaneceremos a la siguiente vigilia con otras formas, quizás más sutiles, para seguir modelando.

El acostumbrarnos a morir un poco todos los días nos enseña a sentirnos cada mañana un poco más fuertes que la muerte, quizás hasta que nos demos cuenta de que eso que llamamos muerte se encuentra a nuestro lado para servirnos, que es nuestro instrumento para aprender a ser libres.

Convivir con la muerte nos hace más jóvenes y más fuertes.

La otra causa del temor a la muerte es lo imprevisible y fortuita que parece su acción. Incluso para aquellos a los que el miedo a la muerte se ha transforma-

do en una conciencia del tránsito a otro sentido de la conciencia, la poca previsibilidad con la que actúa “la guadaña de la Parca” parece intranquilizarnos, y con mayor razón, como es obvio, a aquellos que la siguen temiendo.

También esto es otro síntoma de la falta de Conocimiento, el desconocimiento de saber que somos el resultado de nuestras propias acciones, que nosotros somos los artífices de nuestro propio destino. Si pudiéramos percatarnos hasta qué punto somos nosotros quienes nos ajusticiamos a nosotros mismos en una suerte de cúmulo de acciones que no tienen otra salida que la muerte, muchos miedos habrían desaparecido cabalgando de la mano de la muerte.

Morir hoy o mañana tendría un solo inconveniente para un ser humano despierto, y es el de dejar los trabajos incompletos; por lo demás, si la vida sigue qué más da mañana que hoy, ayer que mañana.

En cuanto a los trabajos por realizar, si tenemos conciencia de la muerte cotidiana y permanente a la que está sometido todo lo corporal y perecedero, deberíamos tratar de que la estructura de nuestras labores esté conformada de tal forma que pueda ser continuada por otros, de preferencia nuestros discípulos y nuestros hijos.

Comenzar a sentirse inmortal es comenzar a saberse inmortal, y este es el mayor alfanje de nuestra libertad.

En cuanto a las consecuencias que apuntábamos más arriba, si las simplificamos podríamos decir que son dos partiendo de la siguiente reflexión: todos los seres humanos son mortales, pero hay algunos que se sienten en sí mismos mortales y otros que, más allá del deterioro de sus cuerpos, en sí mismos se saben inmortales.

Los primeros son fácilmente esclavizables; sometidos al miedo del fin, ya han muerto antes de morir sus cuerpos. Se han convertido en autómatas, *zombies* de quienes quieran utilizarlos, son esclavos perfectos.

Los segundos, en cambio, se saben dueños de su propio destino y libres sobre sí mismos. No se doblegan porque no temen. Como nos recuerda Filóstrato en la Vida de Apolonio de Tiana cuando éste se defiende ante los jueces de Nerón: *“no podéis quitarme nada, acaso la vida, si no es mía...”*

La vida y la muerte son contrincantes de un ajedrez que juega la eternidad para hacerse consciente, y la eternidad en el ser humano es inmortalidad consciente.

Los “amos de la caverna” saben bien que es imposible esclavizar a un hombre libre de las ataduras del miedo a la muerte, ya que ni la amenaza de quitarles la vida les atemoriza. De ahí que el mejor protector del sistema oscurantista que impera en el mundo es el miedo que han impuesto los tiranos a los ciudadanos, y de ellos el más señalado es el miedo a la muerte.

## El miedo a lo desconocido

Debería colocarse en primer lugar el miedo a lo desconocido y luego el miedo a la muerte, ya que conociéndonos a nosotros mismos aprendemos a conocer las reglas de la muerte y a dejar de temerla.

Lo que ocurre es que quienes han montado el sistema de miedos y temores han dado más importancia al miedo a la muerte porque, de algún modo, sellaban el camino de regreso a las Fuentes y aseguraban, por más tiempo, su ejército de esclavos y humanoides.

Sin embargo, el camino de la Conciencia funciona a la inversa: lo primero que hay que descubrir es ese gran desconocido que es el Ser humano.

La oscuridad, el abismo, la noche, la imaginación, la Divinidad, nosotros mismos, son enigmas que nos angustian desde pequeños. Nos han enseñado a temerles como crueles enemigos de nuestro ser vivo. Así, durante años, huimos con facilidad de todas esas imágenes y de cualquier reflexión en torno a ellas. Además, el velo permanente que cae sobre nuestras conciencias con el temor a la muerte, nos aleja con horror de los temas tabúes.

Mas el Desconocido que habita en nosotros se debate por llamar la atención de nuestra conciencia, adormecida por los pliegues de nuestra corporeidad, para que despierte y se coloque en el Inmortal que somos.

Se fomenta que no hay mayor temor que el encuentro con uno mismo, pero en cambio nos han enseñado a no temer a la convivencia con “ese mismo” que en realidad no somos. Nos han acostumbrado a vivir amando el estiércol en progresiva putrefacción de nuestros cuerpos, alimentando y cuidando en exceso lo que inevitablemente perecerá. Y han hecho que temamos a todo aquello que es permanente y duradero.

De esta forma, al amar lo que muere, somos sustancialmente infelices y, como tales, dispuestos a cualquier dádiva, a cualquier mentira que nos distraiga de nuestro pesar. Somos así una presa débil y fácil porque hemos apoyado nuestra conciencia sobre bases de barro que a diario se derrumban un poco más, en inestabilidad permanente.

Curiosamente, aquí también la lectura es inversa, ya que el verdadero desconocido es aquello que es mutable, que no es igual ayer que mañana, que se deteriora, que muere. En cambio, el que hoy llamamos Desconocido es aquello que permanece, que al ser igual es siempre conocido.

El “nosotros” interno es el de siempre, el conocido, a través de las edades; en cambio, el “nosotros” externo es el desconocido de esta vida que utilizamos como una herramienta para experimentar en el mundo.

Al producirse en el Ser humano, como consecuencia de la conciencia desen-

focada, una falsa identidad, nos identificamos por error con el que no somos, desdeñamos nuestra realidad, nuestro origen, en definitiva lo que somos, por considerarlo desconocido e inquietante.

El sistema educativo diseñado por los “amos de la caverna” ha establecido los paradigmas oportunos para adorar o aborrecer lo que a ellos les conviene.

De ahí que, junto al miedo a la muerte, el mejor miedo es el miedo a nosotros mismos. Así se han asegurado el bloqueo de todo el camino de regreso de nuestra conciencia, de tal manera que las enseñanzas que puedan tener un marcado tinte metafísico o hermético deberán ser desdeñadas, adulteradas o perseguidas. Todo camino de reencuentro deberá ser cerrado.

Eso sí, habrá que dar migajas para contentar a la psique de los más inquietos con enseñanzas fragmentadas, erróneas o pueriles.

Todo, menos una puerta para llegar al camino del Conocimiento que no es otro que el que nos lleva a conocer al Gran Desconocido, lo que los clásicos llamaban *Dionisos* (Dios en nosotros).

De ahí que las pequeñas rebeliones que se produzcan, ya sea por asfixia o inanición, contra un sistema que oprime al Ser, deberán, para los “amos de la caverna”, quedar reducidas a focos aislados, sin acceso al Conocimiento, que tarde o temprano se reducen o se aniquilan. Su preocupación radica en que el descubrimiento del engaño que han montado comience a generalizarse y salga de los círculos catecúmenos en los que se desenvuelven, todavía, las grandes enseñanzas.

Se trata de una guerra declarada entre aquellos que, por un lado, inducen al Miedo y, por el otro lado, aquellos que fomentan el Conocimiento, ya que miedo y conocimiento, en este combate, resultan antagónicos e irreconciliables.

El temor nos debilita, el conocimiento nos fortifica. El temor nos reduce, nos somete, el conocimiento nos hace fuertes, nos hace libres. El temor nos incapacita para reaccionar y para buscar, el conocimiento nos brinda los instrumentos para la rebelión y para la búsqueda. El temor nos hace mortales, el conocimiento nos hace conscientes de nuestra inmortalidad. El temor bloquea el camino de los Misterios, el conocimiento nos pone en contacto con el umbral que comunica con la puerta que conduce a los Misterios, porque el temor es lo contrario del valor y sólo con valor llegamos al conocimiento.

## Libro Cuarto

### La vuelta al riesgo

 eguidamente se recogen algunos de los principios que, a mi entender, fundamentan la doctrina del riesgo: sólo el que arriesga gana; osar, saber, poder, callar. El riesgo implica un suplemento de energía; las obras, para plasmarse, necesitan también de ese suplemento de energía. Toda creación implica un riesgo; quien no arriesga no cambia.

### “Sólo el que arriesga gana”

Existe un viejo aforismo que a fuerza de repetirse se ha convertido en un lugar común, y que sin embargo no pierde vigencia. Es ese brocardo que recuerda que para ganar hay que arriesgar, y que por la tendencia materialista de nuestro siglo se lo ha encasillado, primordialmente, en el ámbito de las ganancias económicas, cuando en realidad su aplicación debería hacerse extensiva a todos los planos de la existencia humana.

Si en el mundo de lo manifestado el riesgo es el camino necesario para alcanzar cualquier éxito, en el mundo interior, en el mundo individual, donde las realidades son más sutiles y se hacen difíciles a la vista psicológica, con mayor razón el riesgo será el compañero necesario en el avance hacia el conocimiento.

En un mundo competitivo como el nuestro y especialmente masificado, la “doctrina del riesgo”, por la capacidad que otorga a la reacción, implica un peligro potencial para aquellos que de un modo u otro detentan el poder, de tal modo que frente a esta doctrina se ha opuesto la “doctrina del temor permanente”. De esta manera, el timorato será adiestrado para sumergirse en los cánones ajustados por los “amos de la caverna” como diría Platón, con el fin de que

no ofrezca resistencia al cuadro social que le han diseñado.

Podríamos preguntarnos si ante un marco bien diseñado vale la pena oponer una reacción rebelde, o por el contrario aprovechar los cauces de una sociedad bien organizada.

Uno de los grandes problemas de este siglo es que esa sociedad ha sido organizada con un criterio netamente materialista, y en este sentido, en el ámbito estrictamente material, puede ser útil siempre que se cuente con los medios económicos para ello; si bien no hay que olvidar que, incluso en este aspecto, para las clases depauperadas se convierte en una sociedad opresora. Además, por lo que se refiere al desarrollo psicológico o al espiritual, se convierte en una estructura político-social castrante, dado que no sólo no tiene en cuenta estas dimensiones sino que, en el mejor de los casos, cuando se interesa por ellas lo hace para desprestigiar “esos mundos sutiles” o analizarlos con parámetros exclusivamente materiales.

En tales circunstancias, el individuo que pretende tener una vida medianamente tranquila, opta por abandonar toda preocupación de carácter metafísico, teniendo para ello que pagar el precio de su aburguesamiento en un hastío vital controlado sobre la permanente aniquilación de sus manifestaciones de carácter individual. Al final del camino, después de haber acumulado tantas y permanentes inhibiciones, aunque intente reaccionar ya no podrá, porque carecerá de las claves para hacerlo y de la fuerza de voluntad necesaria.

Se hace necesario rebelarse contra una sociedad que aborta el desarrollo interior del ser humano o cualquier manifestación de ese poder en el mundo circundante.

### **“Osar, saber, poder, callar”**

Estas cuatro actitudes han representado desde antaño el paradigma del mago en el dogma y ritual de la Alta Magia. Magia, que significa la ejecución de la Gran Obra, de la magna obra (*magnum opus*), y que tiene mucho que ver con la “gran obra de vivir”.

El punto de partida de esta vieja enseñanza es justamente la capacidad de “osar”, de asumir el riesgo.

El camino que lleva por la vereda del medio a través del “filo de la navaja” es un redil cargado de riesgos en un difícil equilibrio entre lo que se quiere abandonar o combatir (el “mundo viejo”) y lo que se quiere obtener o conquistar (el “mundo nuevo”).

De esta manera, el riesgo debe asumirse y debe acompañarse con la “sabidu-

ría”, el conocimiento, que es lo que justamente permite llegar a “poder” plasmar una realidad, la capacidad de operar un cambio. Luego, la discreción, el “silencio”, es el resultado psicológico del que sabe. Para Pitágoras era incluso el punto de partida de la búsqueda interior, pues se dice que el patio de la Escuela de Crotona estaba presidido por la musa Tácita con la señal del dedo sobre su boca, y se decía que *“el silencio es la primera piedra del templo de la filosofía”*.

Estas cuatro cualidades en la vida del mago señalan la importancia que tiene en toda acción superior la capacidad de “osar”, de asumir el riesgo.

¿De qué modo un ser humano corriente puede asumir la condición de mago en el ámbito de su vida cotidiana?

En este sentido, habría que responder que la magia es una actitud mental que tiene reflejos y consecuencias hacia arriba y hacia abajo. Esa actitud de sentirse “dueño de sus obras” que se deduce del ser mago, no es privativa de los grandes iniciados, sino también de cualquier ser humano que con inegoísmo y espíritu de entrega se lance a la conquista de sí mismo.

En cualquiera de los estadios en los que se pueda hallar el desarrollo espiritual de aquél que se afana por dominarse a sí mismo, se encuentra el punto a partir del cual tiene que comenzar a osar.

Todo punto de partida implica un riesgo, en el cual hay que abandonar criterios y situaciones que pretendemos superar para ir hacia nuevos campos que intuimos, pero que aún nos son desconocidos. Ese osar implica también un sobre-esfuerzo. Nos recuerda Goethe que *“lo que puedes hacer, o has soñado que podrías hacer, debes comenzarlo. La osadía lleva en sí genio, poder y magia”*.

### **“El riesgo implica un suplemento de energía”**

La energía es el sustrato que determina, en sus diferentes manifestaciones, el poder ser de las cosas.

Todo lo que es, se nutre de una energía que encuentra su fuente en el Universo y, de acuerdo a la cuota de energía que posee cada cosa, es o deja de ser.

Así, la energía impulsa la vida de las cosas, pero si pretendemos realizar un giro, un cambio, será necesario acrecentar el flujo de esa energía, pues de lo contrario la cosa o ese ser se mantendrán dentro de su inercia habitual.

De este modo el riesgo, para que se pueda asumir, necesita ir acompañado de una energía suplementaria que opere sobre la voluntad de cambio. Así se rompe la inercia y se puede operar un giro con el que se intente cambiar el ritmo de las cosas.

Por ello, otro de los valores que tiene la “doctrina del riesgo” es el movimiento energético que se opera en el individuo que asume el riesgo.

Si, como sabemos, la energía es una fuerza vivificadora en el ser humano, un suplemento de esa energía en el esfuerzo que implica el riesgo es sumamente reconstituyente y rejuvenecedor.

Por tanto, la “doctrina del riesgo” se hace doblemente positiva ya que, por una parte, operamos una transformación sobre algo que no nos satisface o no nos hace felices, y por otra rejuvenecemos nuestra actitud ante la vida, que trae como consecuencia un reforzamiento de nuestras pautas vitales.

### **“Las obras, para plasmarse, necesitan también de ese suplemento de energía”**

La materia, en la inercia propia de la manifestación, se resiste por regla general al cambio o a la plasmación de nuevas formas.

Cuando los seres humanos deciden plasmar algo necesitan impeler un nuevo impulso vital a la materia; de lo contrario, la creación no surge. Además, se puede observar que si el suplemento de energía no es grande, no hay creación, sino simplemente una cierta renovación de las formas ya existentes. De este modo, gracias a la aplicación de nuevos impulsos y energías, la materia se va transformando y perfeccionando.

Como ha dicho José Ingenieros, *“no hay perfección sin esfuerzo. Los mediocres jamás cosechan rosas por temor a las espinas”*. Si no surgieran nuevas obras, si no aparecieran nuevas formas, si no se aplicaran nuevos impulsos de energía sobre las formas existentes, éstas se irían deteriorando paulatinamente dando lugar a una decadencia sin freno.

Observamos que cuando en lo social no aparecen fenómenos renovadores, se producen entre los seres humanos procesos de involución sumamente peligrosos. De ahí que la renovación permanente a través de nuevas obras sea una condición determinante del progreso.

Si estos criterios de aplicación colectiva al ente social los trasladamos al individuo, vemos que el deterioro por la falta de renovación es más sutil, menos evidente, pero mucho más preocupante, pues actúa a nivel subconsciente, generando una endoculturación de sometimiento a los cánones preestablecidos por una sociedad anquilosada que le controla y le inhibe. Se generan así seres serviles y timoratos que harán todo lo posible por pasar desapercibidos o, lo que es peor, obsecuentes con los “amos de la caverna”. Para ellos el riesgo será una actitud pecaminosa, inútil o, en el mejor de los casos, temeraria.

Bien saben quienes “controlan desde los bastidores” que todo cambio necesita de la creación y que en toda creación se debe asumir un riesgo. No obstante,

ese riesgo se debe afrontar con libertad y alegría, pues como ha dicho Michel de Montaigne, *“la prueba más clara de la sabiduría es una alegría continua”*.

### **“Toda creación implica un riesgo”**

El propio hecho de nacer, que es una acción prototipo de creación entre los seres humanos, trae aparejado el mayor de los riesgos. Aquí se arriesga al principio y al final de la obra, pues se desconoce el resultado hasta que el ser humano que se ha creado está entre nosotros.

Todo lo que surge como resultado de la creación trae aparejado un riesgo, de tal suerte que quienes no asumen ese riesgo, consciente o inconscientemente, pues el riesgo existe de por sí, son incapaces de crear.

Es así como energía (suplemento de energía), creación y riesgo constituyen elementos intrínsecos del acto de crear.

Todas las antiguas tradiciones representan al acto creador entre los hombres como un espéculo de identidad con los dioses o con la divinidad, según se quiera, es lo que se ha llamado la *“imitatio Dei”*.

Crear es el acto supremo por excelencia y el ser que lo asuma debe hacerlo de la mano del riesgo, de lo contrario será incapaz de crear. El acto creador es una bocanada de energía que surge por la corriente de la mente a través de las ideas, y que se plasma por el impulso del riesgo en la materia.

### **“Quien no arriesga no cambia”**

La creación produce cambios, pues trae aparejada la evolución. La Rueda de la Fortuna y la Rueda de la Vida giran por el impulso del cambio, de tal manera que el progreso humano y social debe apoyarse en el cambio permanente de las formas, que llegan a su fin una vez que han cumplido con su misión.

El cambio es, por tanto, el sistema a través del cual la naturaleza evoluciona y va ascendiendo gradualmente por los planos de conciencia que le indican ese camino de transmutación superior.

Hemos visto que a través del riesgo, de asumir el riesgo, se produce el acto creativo, y que a su vez la creación es el proceso que da lugar al cambio. Siendo el cambio el principio a través del cual la sociedad evoluciona e indudablemente el ser humano también, será necesario entonces arriesgar para cambiar.

La *“doctrina del riesgo”* se imbrica así en el meollo del proceso evolutivo de los seres humanos. Sin riesgo no hay cambio, sin cambio no hay progreso.

Siendo entonces esto así, manos al cambio...

## La plasmación de la “doctrina del riesgo”

Necesariamente, cuando llega el momento de plasmar una idea en el mundo manifestado, el esfuerzo de esa plasmación puede llevarse a cabo utilizando la vía de lo individual o la vía de lo colectivo.

Tanto en lo particular como en lo general se dan los elementos para una dialéctica entre el sometimiento o la libertad, y para superar el primero hay que pasar ineludiblemente por la vía del riesgo.

La necesidad de riesgo, de afrontar las circunstancias que determinan un estado vital y para que estas circunstancias puedan ser superadas provocando el cambio, asumir el riesgo puede convertirse, si se concienta, en una vía de superación.

En los momentos de crisis, las sociedades toman conciencia de la necesidad de cambio, de transmutación, de encontrar nuevos sistemas de convivencia y de progreso, pero ese cambio sólo puede venir de la mano de los individuos que articulan la estructura social. De lo contrario, la sociedad se anquilosa y cada vez se hace más difícil modificarla, pues a medida que un sistema se afianza va a necesitar más individuos que sumen la conciencia y la voluntad de cambio.

Incluso, cuando esta estructura es sofocante, el aletargamiento puede ser tal que en circunstancias de absoluto deterioro personal y social los individuos no encuentran el modo de cambiar las cosas. Sólo aquellos que en su reflexión o en su desesperación descubren la vía del riesgo se lanzan a producir y provocar el cambio.

Sin embargo, la vía de la desesperación es mala y poco recomendable, porque implica el acercamiento al riesgo no como una doctrina sino como un sentimiento irracional y descontrolado. Su sacrificio corre el peligro de ser estéril, de convertirse en un esfuerzo a través del cual, lejos de canalizar la energía, se la dilapide.

De ahí la importancia de asumir la idea de que la vía del riesgo constituye una doctrina, fruto de una reflexión profunda sobre la manera de hacer frente al acto supremo de la vida.

Si toda manifestación de vida constituye un riesgo, quienes portamos vida y nos manifestamos a través de ella, para “saber vivir” debemos apoyarnos en los fundamentos de la vida.

La vida sin riesgo es una charca sin riego que tarde o temprano termina por secarse.

Cuando el pensamiento corre por la vía del riesgo es creativo, descubre nuevos campos, nuevas acciones totalmente insospechadas para él, al igual que el lago que quiere llegar al mar genera ríos que encuentran cauces y la vida fluye.

Si pretendemos acercarnos a la “doctrina del riesgo” debemos hacerlo con-

cienzudamente, buscando el dominio de nuestra actitud vital y no, por el contrario, a través de un arrebató enloquecido.

Si por medio de la “doctrina del riesgo” intentamos ser libres, debemos acercarnos a esa libertad sin provocar otras esclavitudes.

De ahí que “estar en el riesgo” debe verse y vivirse como una verdadera actitud de equilibrio, que es la que nos permite caminar sobre “el filo de la navaja” sin caernos. Así, para plasmar la “doctrina del riesgo” necesitaremos una concienciación individual y colectiva.

### En lo individual

En el ámbito vital de cada ser humano se pueden dar, a través del sí mismo, dos actitudes contrapuestas. Por un lado, dejar que se produzca en él un abotargamiento de los sentidos y, por otro lado en cambio, un proceso de despertar de los sentidos que trae como consecuencia un sentimiento de libertad individual; pero esta idea que puede resultar en apariencia sencilla, en la práctica no lo es.

Los seres humanos hemos perdido la capacidad de sentir más allá de los requisitos fundamentales para la supervivencia. Las necesidades llamadas prioritarias y la incapacidad para desarrollar necesidades superiores han ido colocando a los seres humanos en una situación pseudovegetativa, en la que se parece más a una planta sujeta a la tierra que a un ser humano individualmente libre.

En nuestro tiempo, esa pérdida de conciencia por las necesidades superiores produce un olvido del ejercicio que les permite su manifestación y su desarrollo; de tal manera que por la falta de uso se van abotagando los sentidos superiores dejando al hombre al nivel de un autómata elemental.

En estas circunstancias se necesita mucho valor para reaccionar, ya que esa reacción supone una suerte de salto hacia el vacío. En ese momento, sólo la aplicación de la “doctrina del riesgo” es la que puede permitir salir de un letargo muelle hacia una acción deseada pero peligrosamente desconocida.

En esa dimensión, o mejor dicho, en la negación de esa otra dimensión se apoyan quienes pretenden mantener al ser humano en una situación de indefensión y duda. Así, sumido en la indecisión y el miedo, el ser humano es mucho más controlable. Si, por el contrario, pretendemos hacer un hombre libre, debemos darle los elementos para su liberación.

Al ser la libertad un “estado de conciencia” perfectamente real y aprensible, debe por sí mismo llegar a él y no queda otro camino que pasar por el “filo de la navaja” asumiendo el riesgo.

## En lo colectivo

Si los individuos que conforman un grupo social se encuentran abotargados, sin capacidad de reacción, su sociedad se masifica, se uniformiza hacia abajo y es fácilmente manipulable. Éste es el mayor escollo para las posibles reacciones que pudieran darse en algunos de sus componentes, ya que el conjunto masificado presiona, ya sea psicológica o físicamente, a aquellos que pretenden salirse del redil.

Por esa razón, en una sociedad materialista y manipulada conviene insertar los “gérmenes de la transformación y la superación”: las ideas de individualidad contra la masificación, de variedad ascendente contra la igualdad uniformizante, de la necesidad de libertad contra la manipulación; y junto a estos conceptos de rebeldía, el riesgo de asumir con ellos la vida en colectividad.

En la comunidad humana la “doctrina del riesgo” es justamente aplicable en la defensa de vivir en comunidad, en la *“res publica”* como diría Platón, protegiendo entre todos la “cosa de todos”, sin por ello perder la individualidad, la variedad y la libertad de asumir el propio puesto en la colectividad.

Es éste uno de los factores más apasionantes de la vivencia del riesgo en comunidad, pues aquel que ha aprendido a asumir el riesgo en lo individual, alejándose del vulgo por el “filo de la navaja”, debe ahora retornar y aprender a vivir en comunidad para que así la fuerza del conjunto pueda hacer trascender a la sociedad con la que se encuentra comprometido. Asumiendo de este modo un nuevo riesgo, que es el de no perder su individualidad conquistada en un medio en el que corre el peligro de verse perseguido, presionado o alterado, debilitando los triunfos que ha obtenido sobre sí mismo.

Si asumir el riesgo de la individualidad es un deber que tenemos para con nosotros mismos, asumir el riesgo en colectividad es un deber que tenemos para con los demás.

La “doctrina del riesgo” implica, para aquellos esforzados que estén dispuestos a asumirla, un compromiso bifronte hacia dentro y hacia fuera: saber estar consigo mismos y saber vivir con los demás.

## El “filo de la navaja”

En nuestro mundo hay tres modelos humanos que parecen encontrarse capacitados para asumir la “doctrina del riesgo” y atravesar al “otro lado” por el “filo de la navaja”.

Estos serían los héroes, los místicos y los poetas. Cada uno de ellos, por vías

totalmente distintas, pero con una raíz similar y con un final común, son capaces de asumir el riesgo de “ser diferentes”.

Cada uno de ellos es capaz de convertirse en el paradigma de un grupo humano que, gracias a su esfuerzo y ejemplo, se siente con fuerzas para seguirlos y cambiar la rutina de sus vidas.

Estos tres tipos constituyen una punta de lanza contra la mediocridad y la abulia; cada uno, a su estilo, hace cimbrar los cimientos entumecidos de la sociedad burguesa. También cada uno de ellos tiene a su vez algo de los otros dos que le hace más apasionante y sugestivo, aunque se incline con mayor definición hacia una de las tres características.

Los “amos de la caverna” en el decir platónico han mostrado preocupación por la existencia de estos tipos humanos que son capaces de darle un vuelco a la sociedad indolente y esclavizada que ellos controlan. De tal manera que han desmitificado a los héroes creando el anti-héroe, han perseguido a los místicos imponiéndoles el materialismo y se han burlado de los poetas, debilitando el arte.

A fuerza de persecución y asedio han intentado acabar con esos símbolos de la rebelión que son los héroes, los místicos y los poetas.

### Los héroes

Esta extraña casta de seres humanos ha buscado siempre los límites en la materia. Donde hay una frontera quieren saltarla, donde un puente peligroso desean cruzarlo, ante una marca inalcanzada quieren lograrla; toda hazaña quieren realizarla.

El riesgo en el mundo material está hecho para ellos y no cejan hasta ver frente a frente el “*rostro del Poder*”. Se alimentan de dificultades materiales y devoran así los límites de la estructura social, transformándola o, al menos, abriendo los cauces para su transformación.

No se someten a las normas sociales pero tampoco las desprecian, simplemente crean otras nuevas. En la sociedad es donde está su trabajo y en el mundo su guerra. Tienen algo de místicos y algo de poetas.

### Los místicos

Podría decirse que son muy similares a los anteriores, pero se mueven, al contrario de los héroes que lo hacen en el mundo material, en el mundo de lo espiritual. Podríamos decir, parangonándolos con los anteriores, que esta extraña raza de seres humanos ha buscado siempre el límite de lo psíquico y de lo espiritual.

Cuando aparece una nueva frontera mental quieren cruzarla, cuando

encuentran un pensamiento superior quieren asumirlo; en cada límite psicológico o espiritual encuentran un nuevo reto y cada hazaña espiritual, cada vivencia interior está hecha para ellos.

Se forjan en el riesgo en el mundo espiritual y no cejan hasta no ver de frente el *“rostro de la Divinidad”*. Se alimentan de dificultades espirituales y devoran los límites de las vivencias superiores buscando la *“Ciudad del Sol”*. No se someten a nadie ni a nada más que a su búsqueda interior y marchan solos abriendo nuevas vías de conocimiento superior. El ser interior es su trabajo y la limitación de la materia su guerra. Tienen algo de héroes y algo de poetas.

### Los poetas

En nuestro mundo y en este tiempo, el permanente ataque sobre la figura de los héroes y de los místicos ha ido deteriorando las vías del heroísmo y la mística o, al menos, han provocado una merma de su actividad aparente y, por tanto, de su influencia.

Quienes se ocupan de manipular a nuestra sociedad, preocupados por aquellos que parecían sus enemigos más directos, hicieron poco caso de los poetas entre la burla y el desprecio y les dejaron la vía libre.

De este modo, los poetas se han convertido en el alma de la rebelión, al tener algo de héroes y algo de místicos. Su poesía se convierte en una fuerza tremenda que abre el camino del heroísmo y de la mística.

Se han convertido en la vanguardia de la rebelión. La poesía tiene la particularidad de constituirse en un puente entre el mundo material y el mundo espiritual, en un hilo que une la esencia de la búsqueda espiritual y la búsqueda de la plasmación de las causas heroicas.

En un mundo que se derrumba enfermo de odio, de angustia y de falsedad, los poetas se han convertido en la brecha fabulosa que nos orienta al cambio, a la búsqueda del amor, de la felicidad y la belleza.

Sin embargo, la poesía también corre un peligro ya que, al estar a medio camino entre el cielo y la tierra, puede quedarse en la mitad y no llegar a nada; y, aún más, puede ser invadida y contaminada por los esbirros de aquellos que manipulan el mundo desde bastidores.

Así, la poesía puede caer enferma de dolor e impotencia, debilitándose y perdiendo toda la fuerza que le es propia. Una poesía invadida es un arte empobrecido, sometido a las limitaciones de la materia, es como una gacela moribunda a expensas de las fauces de su depredador.

Hoy, cuando sólo nos queda la poesía, debemos, a través de ella, abrir los cau-

ces que nos conduzcan a un nuevo heroísmo y a una nueva mística. Una poesía que sepa cantar a la belleza, a la grandeza del ser humano, al valor, al riesgo y a la fuerza de la Divinidad que habita en el interior de cada ser humano. En definitiva, una poesía de combate que asuma el riesgo.

### Formas de asumir la “doctrina del riesgo”

Dentro de las formas en las que podemos asumir la “doctrina del riesgo” caben básicamente dos: una rebelión de carácter visceral, emocional, sin causa ni sabiduría, y otra, por el contrario, con causa y conocimiento.

Reaccionar inconscientemente o por medio de exabruptos no nos lleva más que a nuestra propia destrucción, además de generar en aquellos que nos observan un cierto temor a la violencia innecesaria. El resultado que ven aquellos que nos tienen que seguir carece de los fundamentos que hacen que las cosas perduren más allá de la vida de los que las han puesto en movimiento.

Una reacción en solitario y a destiempo es como encender un fuego que no vamos a alimentar y dejar luego que se consuma solo. De este modo, tendremos dos reacciones en contra: por un lado, habremos puesto sobre aviso a las sombras que se podrán fortalecer aún más, y por otro lado, aquellos que se han acercado a nuestro fuego, si no les enseñamos a encender más fuegos, les dejamos defraudados y huérfanos cuando nos toque partir.

Toda reacción visceral es intransmisible, las revoluciones que vienen del estómago no duran más que el tiempo de una mala digestión, no pasan de ser un flato bucal; en cambio, las revoluciones que vienen de la mente son heredables, son transmisibles, pasan de un pensamiento a otro pensamiento y, como el fuego que les anima, se extienden irremediabilmente por la seca estepa.

Primero hay que buscar las causas que deterioran la sociedad con el fin de cambiar las cosas, pues si no hay causas de deterioro quiere decir que esa sociedad funciona o, al menos, puede funcionar. Rebelarse allí sería un absurdo que no nos llevaría a otro sitio que al de la destrucción de aquello que puede ser válido; pero si por el contrario hay causas que nos impulsen a la necesidad de cambio, a la necesidad de liberar al ser humano, entonces sí, contra esas causas hay que buscar los cauces, el método que permita organizar el giro necesario. En este caso, rebelarse no sólo es una necesidad, es también un deber.

Seguidamente, con las causas y con el conocimiento de lo que estamos haciendo, racionalmente, sin reacciones viscerales, podremos enfrentarnos al cambio y asumir el riesgo.

Nos rebelamos de la mano del ser humano y de la historia buscando un

mundo mejor, más justo y más bueno, pero sólo asumiendo el riesgo y el compromiso de ser mejores en beneficio de nosotros mismos y de la comunidad.

# TERCERA PARTE

## *De la ascesis colectiva*

### Libro Primero

#### El sentido histórico de la vida

**U**no de los problemas más serios con el que se enfrenta el ciudadano de nuestro tiempo es el de la falta de perspectiva histórica que le impide conocer cuál es su sitio en la sociedad en la que le ha tocado vivir.

Se sabe parte de un gran engranaje en el que realiza una función que sólo le permite subsistir y, a condición de que no se pregunte demasiado para qué está allí, recibirá su correspondiente paga que le permita seguir sobreviviendo.

El requisito básico de esa supervivencia se fundamenta en no preguntar para qué sirve lo que está realizando y, aún más, para qué sirve y hacia dónde va todo este engranaje que constituye la sociedad en la que está inmerso.

De este modo, el ser humano se convierte en un tornillo, en un engranaje más que, por regla general, no sabe qué es lo que ajusta ni para qué ajusta, e incluso esto puede debilitarle de tal modo que, si en su actividad cotidiana se llegara a aflojar, no será él quien se auto-ajuste, quien se exija a sí mismo, sino que como un ente pasivo permanecerá, mal o bien, tal como está hasta que el sistema decida qué se hace con él.

Es decir que aunque, por desgaste o desacople, se convierta en un ser improductivo, esperará pasivo, sin conciencia de necesidad, hasta que el sistema le ponga en su sitio.

De este modo, el ciudadano tipo de nuestros días se debate sin perspectiva,

sin conocer cuál es el rumbo, perdido en su propia incertidumbre y en la de los demás congéneres abocados a sus menesteres sin esperar y sin esperanza. En este contexto ocurre que los más avispados, apoyándose en un criterio de pernicioso agresividad y lejos de basar sus expectativas en el bien del conjunto, sino en criterios de claro egoísmo, intentan trepar sobre los demás. No obstante, ellos tampoco conocen el porqué de la máquina ni la razón del engranaje, simplemente que por corrupción e hipotecando para ello, si fuese necesario, a sus seres más cercanos, a sus convicciones, si las tuviere, hace todo lo posible por convertirse en el capataz del engranaje, en ese “alguien que por siete monedas más” vuelve a poner en su sitio a los que se escapan del redil.

Esto no quiere decir que por la falta de conciencia de los componentes de la sociedad la máquina no funcione, sino que, por el contrario, es una máquina que sirve a los que están detrás de los engranajes, aunque resulte esclavizante y absurda para los que trabajan en ella y a condición de que los peones nunca sepan para qué ni por qué trabajan. Si bien en estas argumentaciones no deseo parecer exagerado, intento de algún modo satirizar la situación con el fin de que los lectores puedan visualizar mejor el escenario.

Si alguna vez éstos comprendieran que la máquina del Estado debe ser útil y puede, y debería serlo, para toda la sociedad, en este caso la concienciación de los peones les convertiría en ciudadanos activos satisfechos de la estructura en la que trabajan. Habrán dejado de ser seres adocenados y, como miembros conscientes del grupo, harán girar los beneficios del sistema hacia la colectividad ahora, en detrimento de quienes a la sombra de los engranajes se lucran egoístamente con el esfuerzo de la sociedad.

A quienes han montado esta “sociedad sin nombres” de nuestros días les interesa mantener el permanente anonimato de sus ciudadanos para controlar aún mejor la estructura social. Han convertido al ser humano en un autómatas y le hacen vivir ocupado en lo superfluo, permanentemente distraído, a fin de que no piense ni quiera saber quién es, ni para qué está colocado en el entramado social.

### **El miedo al futuro en lo colectivo**

En el medio de este magma amorfo, los sentimientos colectivos se convierten en parte de sus propios sentimientos personales. Estos sentimientos, lejos de ser trascendentes y pudiendo servir para que en la “experiencia colectiva” se desarrolle una comunidad fraternal, al contrario fomentan el que cada ser humano se convierta, siguiendo la máxima hobbiana, en un lobo para el otro (“homo homini lupus”).

De esta manera, el ser humano se encuentra compelido a una absurda y devastadora lucha de todos contra todos, lejos de aquella máxima de Séneca que nos recordaba que el hombre debería ser sagrado para el hombre (“homo sacra res homini”).

Así, rodeado de enemigos reales y falsos, nuestro ciudadano se autodefende ante el temor de ser agredido, y en más de una ocasión ataca a quienes no pretendían hacerle mal o incluso hubieran podido ayudarlo. A través de un hábil sistema de propaganda, los que digitan la sociedad han ocultado su existencia creando falsos miedos y falsos enemigos.

El primero de los ídolos de barro que han creado es el “miedo al futuro”, fundamentado en un miedo irracional sobre un futuro incierto y tecnológico, donde las generaciones actuales miran con cierto asombro a la generación que le sucede, más tecnotrónica y extraña a la anterior. Se ha producido una ruptura generacional que se ha desatado a través del detonante de la técnica, donde los más viejos parecen no querer aceptar el reto del futuro.

Toda sociedad que carezca de eslabones entre el pasado y el presente es una sociedad incapaz de avanzar con resolución hacia el futuro y, por ende, una sociedad fácilmente manipulable.

En estos casos la técnica, en lugar de ser utilizada en beneficio de la humanidad, se está manipulando en su contra y las viejas generaciones reaccionan irracionalmente ante las nuevas tecnologías, cuando en realidad es sólo contra el modo de utilización de las mismas contra lo que hay que rebelarse. No se trataba de ir contra la invención de la imprenta, sino a favor de que se imprimieran ejemplares que enaltecieran la vida de la colectividad y de los individuos; no se trata de ir contra la red de internet, sino contra su uso ilegal e inmoral.

Sin embargo, en este contexto, las nuevas generaciones que parecen preparadas para el reto del futuro, lejos de servir al medio social, se escudan en sus conocimientos tecnológicos con el fin de sentirse superiores ante la mirada atónita de los viejos amanuenses, quienes también cargan con la culpa de haber hecho algo parecido con sus generaciones anteriores por el hecho de saber leer y escribir; y así, generación tras generación, en el “pecado han llevado la penitencia”.

Si por el contrario, entendemos a la sociedad como un conjunto vital de seres humanos que se unen por lazos fraternales en busca del bien común, se fomenta un hilo generacional unido y sólidamente comunicado entre una generación y otra.

La ciencia debe estar al servicio de la colectividad, como apunta Francis Bacon en *La Nueva Atlántida*; son justamente los hombres de ciencia los que constituyen una casta selecta al servicio de la sociedad y asesoran al gobernante, al rey, como un Alto Colegio de consejeros.

Sin embargo, en una sociedad huérfana como en la que vivimos, los individuos se agrupan como canes para evitar el frío de la intemperie, pero cuando llega el momento de repartir las viandas se destrozan entre sí por un pedazo de carne.

Nos encontramos en una sociedad asustadiza y angustiada que ha fundamentado la convivencia en el egoísmo, lo que le dificulta no sólo vivir sino sobrevivir con trascendencia.

Si, como vimos, en lo individual el miedo a la muerte y a lo desconocido es el escollo de la felicidad, en lo colectivo ese sentimiento se asemeja al miedo al futuro encarnado en las circunstancias oscuras que vendrán y que afectarán a una sociedad que no sabe a dónde va y se conmueve ante un futuro incierto.

Ese “vacío” del futuro paraliza al ciudadano común; en cambio, permite que el temerario ensaye sus propuestas de supervivencia a costa de los demás, ya que en una sociedad debilitada y enferma por el miedo, hacia dentro y hacia fuera, resulta difícil que los seres sensatos se hagan oír.

El segundo de los ídolos de barro es el desprecio a todo acto de valentía que intente transmutar el miedo al futuro, la persecución o la eliminación, si es preciso, de todos aquellos hombres y mujeres que han intentado ayudar a los seres humanos a tomar conciencia histórica.

Del mismo modo que todo acto histórico reclama un sacrificio, un suplemento de energía y un esfuerzo, el “tomar conciencia histórica” reclama también un acto de valentía sobre nosotros mismos y sobre el medio que nos rodea.

El ejercicio del “sentido histórico de la vida” es uno de los más interesantes descubrimientos que el ser humano tiene frente a sí mismo y a los demás; el dejar de ser “nadie”, es decir uno más del montón, para convertirse en “uno más útil junto a todos”, ya no “uno-nadie” sino “uno-todos”; ni debilitado, ni anónimo, ni confundido con la masa, sino fuerte, consciente, dueño de sí mismo e identificado con el todo social.

Todo este esfuerzo necesita ir acompañado por una toma de conciencia social, pues ya no se trata de un ser humano frente a sí mismo, sino de un ser humano frente a su grupo social.

Ya no se trata del ser humano inmerso en el plano del tiempo caminando hacia el encuentro de su propio enigma, de su misterio, de su Ser, como se ha visto en la primera parte de este ensayo, sino del “regreso”, del ser humano imbricado en el grupo como ser consciente avanzando en conjunto hacia su Destino común, hacia su realización como pueblo y como humanidad.

He aquí uno de los mayores actos de inegoísmo: el servicio a la colectividad, incluso en detrimento o con el sacrificio de sí mismo, porque sólo un ser consciente es capaz de la dación y el sacrificio. La identificación amorosa y fraternal con nuestros congéneres es la que nos permite la captación de nuestra dimen-

sión histórica, de la ruptura de nuestro anonimato y la identificación, sin perder nuestra individualidad, con nuestro grupo social.

Exactamente todo lo contrario a lo que propugnan los que digitan entre bastidores, en esa atomización feroz del todos contra todos, fomentando la imitación de unos y otros con la excusa de las modas y las costumbres. Todos tratan de bailar como el mejor al son del organillo callejero y no se han percatado que los han igualado por abajo, saltando todos al mismo ritmo, mientras el organista sonríe con sardónica mueca al par que un monillo payaso recoge las monedas con las que los modernos esclavos pagan su propia función.

Ya todos se parecen, ya nadie es nadie y, sobre todo, ya nadie se atreve a reaccionar. Aturdidos ya no alcanzan a oír a aquellos que intentan denunciar la artimaña infame. En medio de esta algarabía carnavalesca van perdiendo la noción de las cosas, la noción de sí mismos y la noción de la historia.

Ya no sólo no se atreven a “hacer historia”, sino que incluso no alcanzan a leerla.

### Reglas de concienciación histórica

De lo que acabamos de apuntar puede inferirse que podríamos seleccionar ciertas reglas de concienciación histórica que resulten útiles a la hora de ejercitar la voluntad de cambio.

1) En primer lugar, la “necesidad de sentirse protagonista del fenómeno histórico”. Podría decirse, tal como apuntaron los clásicos, que todo ser que se identifica con un proceso histórico, tarde o temprano termina haciendo historia, pues esa identificación le lleva al compromiso y a la militancia, y por regla general cuando el compromiso y la militancia son sinceros llevan a la gloria, ya sea la gloria sobre nuestras propias miserias y temores o la gloria sobre el pequeño grupo social que nos rodea o sobre nuestro pueblo, o incluso sobre la humanidad toda, ya que siempre, siempre, a todo sacrificio corresponde una cuota de gloria.

Si el presente no nos satisface, si queremos cambiar las cosas, podremos estar seguros, al menos, que las páginas en blanco de la historia nos están aguardando si somos capaces de vencer nuestro temor al futuro y si somos lo suficientemente valientes como para arrostrar el mañana con hidalguía y espíritu de victoria.

2) La “conciencia de nuestro puesto” es la segunda regla que debemos tener en cuenta. La idea de aceptar que junto a la necesidad de protagonismo histórico hay que agregar la serena admisión del puesto que nos toque en suerte, haciendo lo que se sepa hacer del mejor modo posible.

Cualquier puesto es válido para hacer historia, siempre que estemos en él

satisfechos y conscientes, y si acaso no nos gustan los remos, tomemos entonces el timón, pero sólo a condición de estar seguros de hacerlo mejor que con los remos. Lo importante es servir.

3) Sin duda servir es un honor, pues no debe pasarnos desapercibido que el ser útiles nos hace libres. Así, esta tercera regla se apoya en la anterior, ya que “el servicio bien hecho nos hace útiles y la utilidad nos hace libres”. Una libertad que no es otra cosa que la conciencia de nuestra función histórica, por humilde que pueda ser o parecer.

La conciencia de nuestro sitio en el cuerpo social, de nuestra existencia como ser pensante y útil, ya sea en el plano local o provinciano como en el plano nacional o internacional. Sentirse útil es una de las mayores glorias del ser humano en colectividad.

En su experiencia grupal, el servicio-utilidad le hace superar la actitud gregaria de seres temerosos y le otorga los elementos para convertirlo en un ciudadano que gobierna y administra con otros la “cosa de todos”, la “cosa pública”, la *res publica*, protegiéndola de las inclemencias del medio en beneficio de todos.

La diferencia radica en que la protección de los animales se fundamenta en la protección de cada uno por medio de la integración en el grupo; en cambio, los seres humanos sabios y civilizados anteponen la defensa del colectivo como razón social, aunque por añadidura surja la protección de sí mismos, pues, como decía Marco Aurelio, “*lo que es bueno para la colmena es bueno para la abeja*”.

Lamentablemente, aún hay muchos seres humanos que en sus agrupaciones sociales se acercan muy poco al arquetipo de Justicia. Quizás en el ejercicio de estas reglas pueda estar el cambio.

4) La cuarta y última de estas reglas sería la “rebelión permanente contra la dominación”. Entre otras, esa forma de dominación que desde bastidores nos propone el anonimato.

En general, el anonimato genera seres inútiles y egoístas. Los egoístas son los más sumisos cautivos, ya que se venden por un mendrugo de pan, por un poco de prestigio o por algo de poder, pero se venden, siempre se venden. Aunque luego, la realidad es que el pan se les indigesta, quienes les rodean le desprecian e incluso su poder es débil porque quienes se lo han dado saben que está basado en la fragilidad de una traición, y quien engaña una vez puede engañar otra.

Sin embargo, estos seres inútiles y anónimos son los que hoy parecen regir los destinos de nuestras colectividades. Permanecen poco, no duran mucho en sus puestos y quienes los entronizan, con la misma facilidad luego los quitan y al cabo de un tiempo nadie recuerda sus nombres ni sus rostros. En realidad, son anónimos, bastante inútiles y, para colmo de males, perjudican al colectivo social, beneficiando sólo a quienes dirigen esta escena de marionetas; mas, si

alguno de estos modernos esclavos descubre en algún rincón de su vergüenza un mínimo de conciencia, comienza a resultar molesto, cuando no peligroso, y es quitado rápidamente del medio.

Curiosamente el rebelde pasa a la historia, pues, a pesar de las críticas que se vierten sobre él para desautorizarlo o eliminarlo de la escena, el grupo social que no recuerda el nombre de sus sumisos antecesores, en cambio le recordará a él. Esto nos hace cavilar que el valor penetra la historia, y por ello los valerosos rompen el anonimato y son en definitiva los que hacen y escriben la historia.

### **El sentido práctico de la unión social**

Lo que estamos apuntando nos lleva a reflexionar sobre la necesidad de buscar el sentido práctico de la unión social. Sin duda, en Platón encontramos la idea de que la unión social no sólo debe ser útil sino también trascendente.

De este modo y buscando siempre el sentido práctico del ejercicio de vivir en colectividad, no deja de ser curioso que los hombres y mujeres de nuestro tiempo que se dicen a sí mismos libres, no hagan otra cosa que añorar la libertad, por lo que podemos inferir que su libertad no es más que una falsa paloma de latón.

Se añora lo que no se tiene, así los seres solitarios hablan de amor, los que buscan la sabiduría hablan de conocimiento, del mismo modo que los esclavos hablan de libertad porque carecen de ella.

Resulta inquietante que nuestros gobernantes cacareen tanto de libertad, ¿acaso no son libres? ¿A quiénes obedecen? ¿Cuál ha sido su precio?

Tenemos la sensación de vivir en una sociedad de esclavos, de seres sin amor y sin conocimiento. Todos piden saber, pero se oculta cada vez más el conocimiento; todos hablan de amor, pero se odian cada vez más; todos hablan de libertad, pero cada día hay más esclavos.

Resulta llamativo que aquellos que se manifiestan como portavoces de la colectividad pareciendo exigir que se solventen estas carencias, son los mismos que cuando surge alguien con voluntad de cambio buscan el modo de aplastarle.

Quizás la verdadera libertad la encontremos en el sometimiento de nuestra personalidad a nuestra voluntad, en la captación de la esencia de lo que somos como uno y como todos, en la proyección de nuestro Ser en los demás como un acto de amor y en el servicio a la comunidad con sentido de alteridad, como resultado de una reflexión inteligente de conocimiento de la realidad histórica.

Los sabios nos sirven como ejemplo a través de los tiempos; son aquellos que han sometido voluntariamente sus actos a las leyes de la Naturaleza y que han marcado las pautas de la libertad, no aceptando las alabanzas ni temiendo las diatribas.

Su libertad se configura con investigación y conocimiento, su amor se configura con servicio y sentido de utilidad para con su comunidad, y su acción se configura a través del valor y el sacrificio.

Son libres aquellos que saben sacrificarse con sentido histórico buscando alcanzar una humanidad fraterna.

Ciudadano, el camino hacia el valle comienza debajo de tus pies y la historia nos educa para sentirnos inmortales.

## Libro Segundo

### *De la colectivización a la cooperación en el nuevo medievo*

#### Sobre el nuevo medievo

**U**no de los factores más destacados de nuestro tiempo es el de “la pervivencia de la crisis”, la crisis como consecuencia de una realidad insoslayable dentro de la vida cotidiana de nuestra época.

Durante los finales del siglo XX, fueron el geógrafo Giuseppe Sacco, el historiador Furio Colombo, el lingüista Umberto Eco, el sociólogo Roberto Vacca, el escritor Alain Minc, el filósofo Jorge Livraga y muchos otros los que preludieron la emergencia de un nuevo medievo siguiendo las características cíclicas de los procesos históricos.

Como ha señalado, en una sugestiva reflexión, la antropóloga María Dolores Fernández-Figares en su trabajo *Características de los periodos medievales*, dentro del libro *¿Hacia una nueva edad media?*, existen una serie de curiosos paralelismos entre el medioevo europeo y la nueva medievalización, como son, respectivamente, el abandono de las ciudades con el exceso de población, la escasez de alimentos con los productos cancerígenos, las peregrinaciones con el turismo generalizado, el peligro en los caminos con la delincuencia organizada, el catastrofismo milenarista con la amenaza nuclear y ecológica, el misticismo mendicante con los pseudo-ocultistas, los grupos religiosos divididos con las tendencias religiosas actuales, las discusiones escolásticas con el exceso de formalismo intelectual, los monasterios con los campus universitarios, la pobreza y la mendicidad con la marginación social, las epidemias con los nuevos azotes a la salud, los mercenarios con los ejércitos privados, la inquisición y represión de los herejes con la persecución a las llamadas sectas y otras heterodoxias, el odio a los moros y judíos con la nueva intolerancia y xenofobia, la liga hanseática con

los nuevos modelos de integración regional, los vitrales con la cultura audiovisual, el latín como lengua franca y el inglés como lengua universal, los castillos fortificados con los nuevos sistemas de seguridad profesionalizada, la fragmentación política con la crisis del Estado-nación, el aislamiento y la atomización social con la soledad y el aislamiento.

Delia Steinberg Guzmán, desde una perspectiva filosófica, apunta en su trabajo *En las puertas de una nueva Edad Media*, que se menciona en el libro citado en el párrafo anterior: “*Cuando las edades medias se manifiestan, lo hacen a través de una serie de crisis evidentes, como la pérdida sintomática de valores y la inoperancia de los sistemas en el campo político; en el campo social la quiebra de las relaciones humanas ante un exacerbado individualismo; en el plano económico el paro, la desaceleración económica, los desplazamientos de desheredados sin patria, la riqueza de unos pocos y la pobreza de los muchos; las corrientes migratorias, los desastres ecológicos y el deterioro del medio ambiente, la crisis religiosa, la persecución de las ideologías y la intolerancia religiosa, la crisis de los modelos culturales y, en general, una gran inestabilidad*”.

Estas nuevas tendencias han llevado a hablar de la emergencia de una forma neomedieval de orden político universal, ya que, como se ha señalado, los Estados modernos deben compartir su autoridad sobre los ciudadanos con las autoridades regionales y mundiales, por una parte, y con las autoridades subestatales por otra; del mismo modo que en el medievo el rey compartía su autoridad con la nobleza por debajo de él, y con el papado o el emperador por encima. Incluso se ha apuntado la tendencia en el mundo actual de la utilización del *ius commune*, propio de la Edad Media, que comienza a utilizarse en nuestros días para las negociaciones de carácter supranacional, como una suerte de orden jurídico no estatal y autónomo.

El debilitamiento de la figura del Estado-nación resulta ser un factor a tener en cuenta en el actual proceso de cambio que se está viviendo en la Sociedad internacional. Cuando en el siglo XVI se establecen las bases de lo que sería la figura del Estado moderno, será Jean Bodin quien conceptualice en la noción de *soberanía* el sustrato esencial del Estado. El modelo funciona durante siglos y se va reciclando progresivamente pues esa *soberanía*, en origen, será detenida por el soberano o el monarca para pasar, con la Revolución francesa, a ser detenida por el pueblo. No obstante, si bien el concepto de *soberanía* se apoyaba para Bodin en su indivisibilidad y como tal en su imposibilidad de ser transferible fuera del Estado-nación, en el siglo XX estos preceptos han sido modificados. En efecto, los nuevos procesos de integración regional, en particular el europeo, han demostrado que la *soberanía* puede transferirse, en parte, a órganos de carácter supranacional y por tanto deja de ser indivisible y no transferible.

En la actualidad se producen dos tendencias: una centrípeta y otra centrífuga, en donde el Estado transfiere competencias soberanas hacia órganos supranacionales, y también en el marco de las tendencias federalizadoras transfiere competencias a órganos de carácter sub-estatal. El Estado-nación se modifica en sus cánones clásicos, y si bien ello no quiere decir que esté desapareciendo, sí que estos cambios preludian una suerte de descomposición del modelo que deberá reciclarse buscando nuevos cauces de manifestación. Entre tanto, ante la incapacidad que a veces manifiesta en la defensa del modelo democrático, del estado de derecho o de la defensa y garantía de los derechos humanos, es la sociedad civil la que reacciona cubriendo con su acción humanitaria estos espacios hueros a los que el Estado moderno parece no llegar.

El ser humano se ha acostumbrado a sobrevivir dentro de un permanente proceso de crisis, lo que le ha llevado a una situación de incertidumbre e indefensión frente al medio y a la búsqueda de sistemas sociales y políticos que le permitan superarla, dando lugar a dos tipos humanos básicos, como son los que se refugian en la indiferencia o los que intentan participar en el fenómeno social.

Ninguno de estos dos tipos logra una transferencia del proceso, dado que toda crisis evidencia un cambio y, por tanto, ni el aislamiento ni la participación en los viejos esquemas político-sociales pueden alterar el ritmo de las cosas.

Entiendo que aquellos que sepan dar con los nuevos esquemas podrían estar en condiciones de afrontar el nuevo tiempo y transformar la sociedad con el cambio.

Esta permanente situación, que ya lleva mucho tiempo de no saber hacia dónde se va, ha generado en el plano político una masa de ilusos y una generación de arribistas, que utilizan la que debería ser una ciencia política como una fuente de lucro personal.

De este modo, la pérdida de confianza en los gobernantes hace que cada vez la inercia política sea mayor y las soluciones sociales para el cambio, menores. De esta manera se enquistan aún más los viejos sistemas y se intentan resolver los problemas suscitados con fórmulas políticas anticuadas, propias del siglo XIX, ya viejas en el siglo XX y totalmente obsoletas para el siglo XXI.

Se ha producido un círculo vicioso entre los sistemas y quienes encarnan los sistemas, dado que los primeros ya no sirven y los segundos utilizan fórmulas inapropiadas, mientras el proceso social lleva un derrotero distinto. Los políticos se aplican en poner a punto estructuras e ideologías que ya no sólo no dicen nada a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, sino que tampoco producen los efectos que la sociedad necesita.

Los ciudadanos se encuentran perdidos, entre otras razones porque desconocen las leyes que rigen el tiempo, ya que todo retorna en un proceso permanente de cambio y recambio, pero de alguna manera el hilo central que une los

cambios permanece inalterable enraizado en sus orígenes.

Ocurre que en un mundo en transformación lo que llama la atención es lo mudable, mientras que lo que se mantiene estable pasa desapercibido a la atención agitada de los seres humanos, como la base de una palmera en la tormenta de verano.

### El gozne histórico

(los ciclos históricos: la crisis política y social en un nuevo medievo)

Como ya apuntara en su día Polibio, la historia gira en círculos o ciclos que, según se observen, se alejan o se acercan al centro. Parecería que, de una manera ordenada y casi sistemática, la historia se mueve alrededor de un eje del que se acerca o se separa de un modo casi matemático, que en el volumen podría verse como una suerte de espiral.

Las diferencias de apreciación son las que pueden inclinar nuestra reflexión a hacernos pensar que la historia es lineal, casual y absolutamente fortuita. Un análisis dogmático desde una u otra perspectiva nos induciría a error, pues la ciclicidad de la historia no predetermina necesariamente la vida de los seres humanos que en sí mismos mantienen su libre albedrío, pero sí orienta los desarrollos históricos en relación con sus propios comportamientos.

Parece como si los seres humanos giraran sobre sí mismos y volvieran a recomenzar con los mismos o parecidos presupuestos a lo largo de los distintos momentos históricos, como una especie de espiral que se aleja y se acerca, dando la sensación de que la humanidad regresa al punto del que alguna vez partió.

También resulta que todas las cosas en la naturaleza giran en espiral. En Oriente, la idea del *Karma* y *Dharma* se representan como una línea ascendente que indica la línea uniforme del *Dharma* (la Ley) sobre la que se desplaza, en ondas, la línea del *Karma* como consecuencia de los efectos de la acción y la reacción de todo lo que se manifiesta en el mundo. Una espiral ascendente que en definitiva, a través de su propia inercia y del polo de atracción que ejerce la Ley, tendería a acercarse a la línea del *Dharma*.

Para la ciencia occidental la doble hélice del ADN refleja esta idea, que además se recoge en las figuras de la energía que en las tradiciones orientales se reconoce como *Ida*, *Pingala* y *Sushumna*.

De este modo, en cada giro de la espiral, en cada gozne, se produciría un fenómeno singular donde la proyección lineal, anterior al giro, provocaría una tendencia momentánea de alejamiento del centro y cierta incertidumbre de hacia dónde debe proyectarse la continuidad de la acción.

Quizás uno de los mayores problemas que presenta la ida del “gozne histórico” es que, en esos momentos, todo parece indicar que las circunstancias continúan como hasta ahora, con la particularidad de que si nos atenemos al proceso de ciclicidad, en algún momento deberá producirse la repetición del giro que nos acerque algo más al centro. Es en ese punto donde se da una suerte de “zona de nadie”, de punto fantasmal donde los seres humanos y la historia tienden a desconcertarse.

Es en este índice focal y dentro del plano de los fenómenos históricos donde, dadas las características del proceso, parecería que la humanidad se encuentra en un periodo intermedio, similar o, mejor dicho, parecido al giro-gozne anterior. A este momento del giro-gozne es al que podríamos identificar como uno de los sucesivos medievos que va teniendo la historia y que sería un error encarnarlo sólo en el medievo europeo, pues también hubo procesos de medievalización en China tras la caída de la dinastía Han, o en América precolombina a la caída de los mayas o la caída del imperio Inca que coincidió con la llegada de los españoles..., por citar sólo algunos ejemplos.

De esta manera, el punto de crisis se produce a partir del momento en que se hace necesario generar el giro hacia el centro, ya que de lo contrario la inercia del proceso social nos lleva hacia la zona oscura o fantasmal que, si no se produce el giro, representa un tiempo perdido para la historia durante el cual la humanidad entra en un proceso de involución con características oscurantistas, al que generalmente se le ha llamado medievo por situarse entre dos tiempos históricos.

En esos momentos es posible que un proceso firme y decidido pueda alterar el mal ritmo de las circunstancias históricas, donde sólo una conciencia clara sobre la necesidad del cambio puede producir el giro.

En cada uno de esos momentos históricos en los que la historia ha caído en el oscurantismo, determinados grupos de seres humanos con las ideas claras lograron generar la convicción de la necesidad del cambio, y en algunos casos incluso a costa de sus propias vidas, pudiendo dar lugar, al final del proceso, al fenómeno del Renacimiento o el retorno a las fuentes cardinales.

Por ello, la historia es una incógnita permanente que parece desenvolverse en el marco de leyes que rigen sus ciclos desde lo macro-histórico hasta lo micro-histórico, e incluso hasta la sencilla historia cotidiana de cada ser humano, la intra-historia; y todo bajo los mismos cánones.

No obstante, los seres humanos poseen el libre albedrío como para tomar la historia en sus manos o, al contrario, para dejarse arrastrar por ella; la arcana facultad de ser libres o ser esclavos, donde parecería que un buen conocimiento y un buen uso de esas leyes de la naturaleza les llevarían a buen puerto. Es decir,

que el conocimiento de las leyes de la acción histórica los puede hacer libres y su desconocimiento los hará, a la larga, cautivos. Recordemos, como señala Montesquieu, que *“la injusticia hecha a un individuo es una injusticia hecha a toda la humanidad”*.

En definitiva, la historia es el resultado de las acciones de los seres humanos, y todos los seres humanos sin excepción deberán responder de sus propias acciones.

## Libro Tercero

### El curioso concepto de izquierdas y derechas

No deja de ser una ironía que uno de los conceptos que más sangre ha hecho correr, o que incluso ha determinado la vida política de numerosos seres humanos, como es el concepto de izquierdas o derechas, resulte de un orden circunstancial de un momento histórico concreto como fue el de la Revolución Francesa. En efecto, en la Primera Asamblea Constituyente posterior a la Toma de la Bastilla (14 de julio de 1791) se colocó a la derecha la facción más conservadora, la de los Girondinos, y a la izquierda la facción de los más radicales, la de los Jacobinos, y arriba “en la montaña” los grupos más independientes o anárquicos.

De este modo quedarían determinados para siempre dos conceptos políticos que no pasan de ser arbitrarios y, en alguna medida, nocivos para el cuerpo social en nuestro momento histórico.

Desde la óptica del “libre pensamiento”, a la que me sumo, me resulta difícil alistarme a una de estas dos tendencias, pues siempre he supuesto que el *medio veritas* aristotélico es una buena opción, a la que, sin duda, se me podrá replicar desde otras perspectivas, pero estoy convencido de que finalmente el centro, por regla general, es el que decide hacia dónde se mueve la balanza..., por algo el fiel de la misma está en el medio.

Podría replicarse, y con razón, que más allá de esta división coyuntural se encierran conceptos reales de la vida política de un Estado, como son las corrientes conservadoras o las progresistas -o revolucionarias-, o por buscar un símil metafórico decir que “una puerta siempre se abre por los extremos”, aunque habría que indicar que “se entra por el medio”. Lo que ahora cabe preguntarse es sobre la validez actual de estos dos conceptos como ideas contrapuestas, o incluso hasta qué punto pudieran llegar a ser complementarias en una sociedad más libre y más evolucionada.

Además tengamos en cuenta que en el momento histórico en el que nos encontramos, con la premura del cambio, del giro sobre el gozne en esta suerte de periodo intermedio medievalizante, pocas son las oportunidades intelectuales para la dialéctica, sin embargo son muchas las que nos quedan para encontrarle un sentido práctico a la política.

Si bien es verdad que un ave para volar usa sus dos alas, la derecha y la izquierda, cuando necesita avanzar con rapidez o lanzarse hacia algo una sus alas al cuerpo, y éste, para nuestro mundo, es un momento especial con urgencia en el cambio.

Deberían, en esta sociedad de comienzos del siglo XXI, superarse las diferencias más o menos convencionales que son dieciochescas y que sólo van a retrasar el cambio psicológico del nuevo siglo. No deberían escatimarse los esfuerzos para efectuar el giro.

### El relativismo de esos conceptos

Estas reflexiones, sin duda, opinables y que pueden suscitar un *a priori* inquietante, no resultarán estériles en la medida en que puedan hacernos cavilar. Como apunta Michel de Montaigne, *“la razón es como una olla de dos asas: lo mismo puede cogerse por la derecha que por la izquierda”*.

Otra de las comprobaciones que pueden agobiar psicológicamente al ciudadano de nuestro tiempo es la observación de que aquellos a los que apoyó para la ascensión al poder, por regla general y con honrosas excepciones, no siempre cumplen con las propuestas políticas que le llevaron al mismo.

Ocurre que el tejido social se comporta de manera similar a toda la naturaleza. De este modo, nos guste o no nos guste (esto poco importa al ser de las cosas), el poder tiende siempre a conservar y, por el contrario, lo que quiere llegar a ser poder tiende, por su propio natural, a invertir el orden establecido.

De esta manera y para explicar mejor esta idea, recurriendo a los fantasmas habituales, podríamos decir que el poder tiende a ser conservador y la oposición tiende habitualmente a ser progresista. Con ello no pretendo invalidar los criterios sinceros de quienes en el ejercicio del poder siguen manteniendo las pautas del progreso y que, como tales, resultan ser un verdadero ejemplo para el resto de sus congéneres.

De este modo ocurre que, a veces, los llamados grupos progresistas, mientras actúan en la oposición, se comportan dentro de un cariz revolucionario, que en ocasiones van abandonando paulatinamente a medida que acceden al poder; aunque no sabría decir si ello es porque quizás sea consustancial al orden de la

naturaleza y parecería que el poder, venga de donde venga, tiende siempre a conservar o, por el contrario, simplemente es por inmadurez o por las presiones que recibe quien detenta el poder.

Por el contrario, cuando un grupo político se encuentra en la oposición, incluso cuando se le relacione con corrientes ideológicas conservadoras, asumirá una actitud beligerante y crítica de carácter casi rebelde, ya que la oposición, por la propia naturaleza de las cosas, tiende a menospreciar el orden existente con el fin de suplantarlo.

Me pregunto, en este sentido, si los grupos humanos, más allá de sus criterios ideológicos, se comportan de acuerdo con determinadas leyes de la naturaleza siguiendo criterios establecidos por el orden del Universo. El problema es que, en la medida en que no tomemos conciencia de ello, estas discordancias ideológicas deterioran la confianza del pueblo en las instituciones y debilita el modelo político, con el peligro, sobre el que ya nos previno Platón, de caer en manos de las dictaduras.

## Identidades

Aunque estas reflexiones puedan resultar molestas, podría colegirse que las facciones políticas, ante la realidad social que las determina, y sobre todo de acuerdo con su comportamiento que, como apuntamos, se opone en determinadas ocasiones a sus presupuestos ideológicos, pierden credibilidad ante sus seguidores.

Por tanto, se produce un fenómeno de identificación entre grupos que aparentemente pueden parecer opuestos, cuando los grupos de izquierda y de derecha se convierten en núcleos de élite que nada tienen que ver con la realidad social, generando una nueva forma de clase social que aprovecha la coyuntura del poder para sus propios beneficios, olvidando por completo o en gran medida al pueblo que los colocó en el poder. En este contexto, los grupos de la oposición negocian su rebeldía con el poder gobernante por una cuota correspondiente de beneficios políticos, económicos y sociales para la élite del grupo.

En definitiva, en muchos casos y en particular en lo que en el siglo XXI se han dado en llamar los “Estados fallidos”, no hay oposición ni diferencias nada más que en apariencia.

Incluso, estas identificaciones operan también en los grupos radicales que pertenecen al ala extrema de cada una de esas facciones, en donde los presupuestos de la extrema izquierda son tan revolucionarios como los de la extrema derecha, mientras la izquierda menos radical se resuelve elitista y se aburguesa tanto como la derecha menos radical.

Puede observarse, no sin cierta perplejidad, sobre todo en estos “Estados fallidos” que no respetan los Derechos Humanos ni el Estado de Derecho, cómo la derecha y la izquierda usan a sus grupos más radicales, al tiempo que niegan su utilización, con el fin de deteriorar el poder de quienes lo detentan y, una vez que están en él, es el ala moderada la que accede al poder, dejando que las cosas sigan como antes. Lo que se ha dado en llamar el “gatopardismo”, siguiendo la obra de Giuseppe Tomasi di Lampedusa en *Il Gattopardo* cuando indica que “*hagamos que algo cambie para que todo siga igual...*”

Lo único que ha cambiado son las personas. Como se dice en algunos países de Sudamérica: “*se amaga con la izquierda, pero se pega con la derecha*”.

En definitiva, ambas son parciales, ambas se sirven a sí mismas, pero generalmente olvidan que en verdad deben servir al pueblo, y éste percibe, ya sea veraz o erróneamente, que ninguna le sirve de verdad.

Todas estas incongruencias ideológicas han llevado a los ciudadanos hacia fuertes grados de escepticismo sobre la bondad de sus gobernantes, en particular cuando éstos se apoyan en el pueblo para llegar al poder, pero una vez en él parecen olvidarse del pueblo que los aupó.

La conquista del poder político se ha convertido en un juego de artificios, donde los principales perjudicados son los más necesitados, y el juego de las derechas y las izquierdas demuestra hasta qué punto ni una ni otra existen como tales y así parecen corroborarlo cuando acceden al poder. Utilizan una ideología carente de contenido que sólo busca la imagen y maneja para ello a los grandes medios de comunicación.

Toda esta reflexión no invalida el hecho de que existan Estados en donde se respeten los Derechos Humanos, el Estado de Derecho y el acceso al poder por vías democráticas y participativas; y como tales se convierten en ejemplo a tener en cuenta. El problema está en que, con excepción de estas pequeñas burbujas de solidaridad, el mundo, particularmente el llamado Tercer Mundo, se fragiliza cada vez más y el hambre, la miseria, la desigualdad, la explotación de los más necesitados se van enseñoreando y los Estados carecen de los medios o de la voluntad para afrontar estos males que se van convirtiendo en endémicos.

Esto ha llevado a que la sociedad de nuestro tiempo se sienta engañada, convertida en una sociedad de marionetas, de las cuales se sirven los políticos para llegar al poder utilizando una gama irreal de diferencias ideológicas.

En el marco de tanto desorden, por las fisuras del sistema se ha dejado traslucir la artimaña y se va tomando conciencia de que es el pueblo el que se encuentra al servicio de los gobernantes y no los gobernantes al servicio del pueblo.

## De la colectivización masificante

No pretendo ser escatológico, nada más lejano a una actitud filosófica, pero debemos percatarnos que habitualmente ciertos grupos políticos han utilizado a las grandes concentraciones humanas con el fin de obtener el apoyo necesario para sus pretensiones.

De un modo global y genérico, los seres humanos han servido como motor de las transformaciones y los cambios, pero sin llegar a ser los verdaderos protagonistas, sino que por regla general en su nombre se han llevado a cabo los movimientos que en la mayor parte de los casos no han cumplido con las promesas realizadas.

Al pueblo se le utilizó, se le sacó de sus casas, de sus núcleos de vida y se le colectivizó, con lo que los ciudadanos fueron perdiendo identidad y convirtiéndose en un número más en la masa, que de este modo resultaba más útil para ciertos falsos líderes políticos.

Esa simplificación de modos y costumbres que implica la colectivización le fue desintegrando en un magma amorfo proclive a inclinarse según el cambio de las circunstancias. Cuando, al borde del precipicio social, alguien reclamaba unidad, esa masa viscosa no respondía a la llamada individual sino que pasaba sobre él arrastrándolo hacia donde fuera el conjunto.

La panacea de la colectivización ha ido debilitando las características y las particularidades de los individuos reduciéndolos al conjunto, negándoles la capacidad de reacción individual para sumirlos en la nada haciéndoles creer que poseían el todo.

La masa, si bien mueve al conjunto, no depende del centro sino de sus bordes y, según se balancee el esquema social, aquel conjunto irá de un borde al otro arrastrando al centro.

De esta forma jamás habrá estabilidad, ya que la masa se encuentra siempre hipotecada a sus extremos. Como una masa de aceite cuando el borde rebasa sus límites, todo le sigue hacia el vacío como los ciegos que siguen a otros ciegos al borde del abismo.

De este modo, cuando sobre el vacío la masa ya no sirve porque se pierde, con un golpe de timón político se la hace girar al lado inverso. Así, este conjunto amorfo vuelve a ser útil a los "amos de la caverna" que siguen digitando la voluntad de los pueblos; ahora quienes apoyaron a la izquierda serán los mismos que sin titubear apoyen a la derecha en el nombre de justificaciones coyunturales que nadie, ni ellos mismos, se creen.

En definitiva, nada cambia si los gobernantes de un signo y otro sólo buscan colmar sus expectativas personales y sus propios beneficios; como dice Baltasar

Gracián, *“los ignorantes son los muchos, los necios son infinitos, así que el que tuviere a ellos de su parte, será el señor del mundo entero”*.

Mientras sigan los “amos de la caverna” todo seguirá igual. No son las derechas o las izquierdas las que van a propiciar el cambio, sino la erradicación completa de los egoísmos que se ocultan detrás de las falsas ideologías y dar lugar a una verdadera revolución que expulse a los “amos de la caverna”, ocultos detrás de bastidores, entronizando un sistema político que dependa de los más sabios y que se fundamente en la bondad y en el servicio; y que no por ello deje de tener la fortaleza necesaria para imponerse en este mundo de sinrazones y absurdos.

Podrá parecer utópico, pero habrá que intentarlo y encontrar el difícil equilibrio entre la libertad y el orden, ya que en el exceso de la primera el individuo desintegra al sistema y en el exceso del segundo es el sistema el que desintegra al individuo. Sin embargo, el ser humano necesita un sistema para sobrevivir y el sistema necesita del ser humano para servir. El “buen gobierno” necesita encontrar el punto de equilibrio, y el equilibrio no se encuentra en los extremos. Como ha señalado Jean Monnet, uno de los padres de Europa, *“nada es posible sin los hombres, pero nada es duradero sin las instituciones”*.

### Hacia la cooperación solidaria

Este es un momento propicio para que la masa social tome conciencia. Ésta, a fuerza de balanceos y entre las promesas de unos y de otros, se ha mantenido distraída y observa con desazón que la salida del atolladero no se encuentra en otro golpe de timón que le lleve de un extremo al otro. El deterioro que está afectando a todo el sistema social ha dejado a las formas políticas y a las ideologías al desnudo, sin embozo alguno.

Hoy los pueblos sienten, sobre todo en los países pobres, que gobierne quien gobierne no mejora su situación, porque con el debilitamiento de las formas se ha visto cómo unos y otros falsean del mismo modo con palabras diferentes y en beneficio de sus más bastardos intereses. Si pudiéramos dar un nombre a estas formas de gobierno ya no hablaríamos de derechas ni de izquierdas, pues incluso ofenderíamos a quienes con sinceridad las enaltecen, sino que diríamos que gobierna el egoísmo y la incompetencia; y el pueblo lo sabe y se siente cansado.

Para colmo de males, en este gozne histórico de un nuevo medievo, ya ni los que están en el poder saben hacia dónde van. La incertidumbre abrumba a gobernantes y gobernados. El gobierno del mundo parece una suerte de festín

final y escatológico donde todos quieren más y nadie sabe para qué.

Ahora, como en otros medievos anteriores, cabe afianzar a los pequeños grupos, a las pequeñas comunidades. Cultivar las diferencias, las cualidades, las características y, sobre todo, la cooperación y el inegoísmo, así como una verdadera participación democrática.

De esta manera, cuando ante un nuevo golpe de timón quieran los gobernantes que el aceite de la masa social se balancee hacia el otro lado, el grumo que se ha formado, si bien también es empujado por la corriente, ésta en gran medida pasa sobre él y el núcleo se muestra más estable que el resto, ya que al ser más denso y más consistente, más difícil resulta arrastrarlo.

La creación de “núcleos menores”, como antaño el sistema de gremios, puede servir en momentos de incertidumbre y desorden social como el actual para encontrar una salida y un punto de estabilidad social.

En alguna medida, estos pequeños núcleos pueden servir para retener el efecto de la inercia y efectuar el difícil giro sobre el gozne. Estos grupos son los que van naciendo a partir de la *sociedad civil organizada*, como ya vaticinara Antonio Gramsci al hablar del “*momento de la sociedad civil*” (“bürgerliche Gesellschaft”).

Sobre la punta de estos pequeños grupos de cooperación que reaccionan a la inercia, se pueden apoyar otros grupos formando una pirámide social que no se deje arrastrar por el conjunto amorfo, y lograr girar en el proceso de un fenómeno histórico cíclico hacia el otro lado de la curva, en donde se pueda conformar una nueva sociedad más justa, más buena y más inegoísta. Una sociedad de cooperación que habrá nacido del sacrificio y de la buena voluntad de aquellos pequeños grupos que, unidos e indiferentes a la masa, caminen contra corriente, sesgados hacia un nuevo prototipo de sociedad y de convivencia.

## Libro Cuarto

### La sophocracia



Según hemos venido analizando, podremos convenir en que nuestra sociedad se encuentra sometida a una serie de tensiones que presionan su tejido entre una corriente que se desplaza hacia delante en la línea de su propia inercia y otra que la determinaría hacia un giro histórico apoyándose en el conocimiento de ciertas leyes naturales; es decir, solventando el cambio social en la espiral que tiende hacia el centro, en contra de la inercia que lo aleja del mismo.

Ello nos induce hacia la necesidad de que la conducción del cuerpo social debería estar en manos de seres que conocieran estas circunstancias y el juego de estas leyes frente a otros que, más allá de su buena o mala voluntad, no dejan de ser más que simples aprendices, generalmente sujetos a la improvisación.

En tales momentos es cuando más difícil resulta encontrar a las personas idóneas para operar el cambio necesario y, luego, que el resto de sus congéneres le permita realizarlo. En épocas de turbulencia e incertidumbre no es precisamente el sentido común y la sabiduría lo que prima, sino más bien, lamentablemente, todo lo contrario.

Cabría preguntarse, siempre que admitamos como válido el discurso de reflexión que hemos realizado, de qué manera el grupo social puede ser informado convenientemente sobre las presiones de que está siendo objeto, y darle el método para que pueda hacer que sean los que más saben quienes dirijan la marcha de la sociedad, no sólo por el conocimiento que poseen sino por estar dispuestos a servir a la sociedad.

No resulta fácil identificarlos, aunque puede observarse que conocimiento y servicio pueden encontrarse conceptualmente unidos, pues aquellos que conocen las leyes de la naturaleza pierden gradualmente, en la medida de la profundidad de su conocimiento, los resabios del egoísmo propio de mentes primitivas y temerosas, o al menos se supone...

Siguiendo el hilo de las reflexiones realizadas, podría proponerse un camino que pudiera ser el apropiado para las determinantes históricas en las que nos encontramos, con el fin de ir avanzando hacia un sistema que nos aleje de esta suerte de medievalización en la que estamos cayendo.

### Las estructuras de carácter comunal

Si tenemos en cuenta las realidades históricas del pasado podremos recapitular sobre ciertas coincidencias. Efectivamente, cuando se presentan momentos históricos de cierta confusión y disgregación social, la misma sociedad busca reciclarse integrándose en nuevos prototipos sociales.

Por regla general, la agresión del medio, ya sea exógena o endógena, les hace desconfiar de los de fuera y de los de dentro. Ya no le sirven los esquemas sociales heredados, que le resultan insuficientes para su supervivencia, especialmente cuando se percata de que los enemigos no sólo están fuera sino también dentro del sistema.

Ello le obligará a revisar absolutamente todo y a cerciorarse de que aquellos con los que se agrupe para sobrevivir deben ser “los justos y de incondicional compañerismo”.

Es así como, de un modo lento pero permanente, comienzan a surgir estructuras de carácter comunal paralelas al sistema imperante en el marco de la *sociedad civil*. Estas estructuras, para poder permanecer incólumes ante la presión de cierta corrupción exterior, deben mantenerse unidas con normas éticas de estricto rigor y cumplimiento. Nada hay más importante que la supervivencia del compañero en la pequeña célula social, antes incluso que la propia, de tal modo que la célula se autoprotege en base a un proceso contrario al de la sociedad externa.

En estos casos, la raíz de la autoprotección surge del inegoísmo; en cambio, fuera los sistemas de supervivencia están fundamentados en el más absoluto y acendrado egoísmo. Se trata de una cuestión de perspectivas, pues como nos aclara Han Yu, “quien se siente en el fondo de un pozo para contemplar el cielo lo encontrará pequeño”, ya que si queremos tener una visión más amplia lo más inteligente será “salir del pozo”.

En la célula está ante todo la hermandad, el compañero antes que uno mismo, frente a la sociedad externa donde prima la defensa temerosa y egoísta de uno mismo. En la primera, el rasgo fundamental de su actividad vital se sostiene en la generosidad; en la segunda, en la desconfianza.

Ello conduce a una consecuencia natural: la célula se fortalece en el “todos

con todos” mientras la sociedad se debilita en el “todos contra todos”.

En la medida en la que las estructuras paralelas se van desarrollando y fortaleciendo, los seres humanos, en pequeños grupos, van asegurando su seguridad y su rebelión contra el sistema. Lógicamente estamos hablando de un sistema injusto en definitiva contra los que controlan el cotarro y que han montado un fraude social e histórico, que invariablemente vuelve a ponerse en evidencia.

En cada giro de la historia, cuando ni ellos mismos son capaces de sostener el engaño colectivo en el que han sumido a cierta parte de la humanidad, se presenta una nueva oportunidad.

Una nueva oportunidad para desatar los lazos que, desde hace generaciones, nos atan a la incertidumbre cuando ellos pierden, en alguna medida, el control de la situación, pues es la propia historia y sus leyes la que se les escapa de las manos.

Si no se aprovecha el momento histórico preciso, luego será tarde, pues vol-



*La eternidad está enamorada de las obras del tiempo*

William Blake

verán nuevamente a coger las riendas del control social y la humanidad volverá a caminar al ritmo que ellos impongan.

### **El gobierno de masas**

Éste es el mejor modo de que las cosas sigan como están ya que, como apuntamos, el grupo social se cree libre en su aparente libertad, y la masa, como ya observamos, se mueve como el aceite sin sentido propio.

Estos modelos son proclives a llevar a la sociedad a regímenes de carácter dictatorial en manos de especuladores y arribistas, cuando no de iluminados que someten a los pueblos con aparentes rasgos de falsa libertad.

Estos sistemas utilizan la “dicotomía de los conceptos”, realizan una especie de juego de sombras con los que embaucan a la sociedad de manera asombrosamente eficaz.

El método es utilizar como plataforma política exactamente todo aquello de lo que pueden ser acusados. Así, por un lado, implantan la corrupción administrativa con el fin de controlar mejor el sistema, pero por otro lado sólo verbalmente combaten esa corrupción, y si quitan libertad hablan de libertad. El pueblo nunca gobierna, pero ellos hablan del “gobierno del pueblo”.

En ese “juego de sombras”, la “dicotomía de los conceptos” debilita cualquier reacción; así, mientras se deteriora la vida por hambre, corrupción y delincuencia tolerada, se proclama la defensa de la seguridad y de la vida desde el púlpito político y, entre tanto y cada tanto, se inmola un “chivo expiatorio” para calmar el desengaño.

De este modo, la colectividad masificada se encuentra cada vez más imposibilitada para llevar a cabo una rebelión consciente, mientras el sistema en el reino de los muchos y con el gobierno de los tiranos se perpetúa para desgracia y desgaste del pueblo.

### **El gobierno comunal organizado**

Si la sociedad pretende buscar una salida al latrocinio en el que, de tanto en tanto, se encuentra sometida en ciertas partes del planeta, lamentablemente demasiadas, necesita arbitrar criterios de acción que, acordes con las circunstancias históricas, le permitan evolucionar.

Como ya apuntamos, a través de esa “dicotomía de los conceptos” y del “juego de las sombras” utilizados por el sistema, éste se perpetúa ante la incapacidad de la denuncia, cuando ésta no se plantea con claridad convincente o la

incapacidad del denunciante, cuando éste, aislado, no encuentra el eco oportuno y es diezmado oportunamente antes de llegar a influir sobre el medio.

Si, por el contrario, se logran nuclear seres conscientes y, más allá de las diferencias, los ciudadanos se unen por un cometido común como es el de la supervivencia en conciencia y libertad, surge entonces la posibilidad de crear modelos de gobiernos comunales. A diferencia del gobierno de masas, el gobierno comunal es proclive a la selección de los mejores, pero habrá que tener cuidado, ya que en nombre de los "mejores" se han cometido muchos errores, pues sólo debería entenderse por mejores a los que más saben y que mejor sirven a la comunidad.

A comienzos del siglo XXI se han fortalecido las acciones que provienen de la sociedad civil, dando un ejemplo de cordura y efectividad cuando el Estado no llega a cubrir las necesidades primordiales y que han surgido de la mano de las organizaciones no gubernamentales.

En el marco de estos pequeños núcleos, la selección se puede producir de forma más natural y a veces automática, de tal modo que casi sin proponérselo la agrupación se va perfeccionando de manera aislada e independiente, y comenzando a funcionar paralelamente sobre la baba de la corrupción de ciertos sistemas.

Quienes digitan esos sistemas saben que estos modelos comunales se les escapan generalmente de las manos, y por tanto los persiguen del modo más despiadado, ya que en la medida en que la sociedad no sepa reaccionar podrán beneficiarse de un largo periodo de oscurantismo y miseria social, particularmente por la tendencia histórica de este siglo en el desplazamiento hacia un nuevo medievo.

Quizás habría que meditar sobre las palabras de Polibio cuando nos señala que *"la monarquía degenera en tiranía, la aristocracia en oligarquía y la democracia en violencia y anarquía. La mejor forma de gobernar es la que combina la monarquía, la aristocracia y la democracia"*, y, aunque resulta evidente que los términos se han ido desgastando con el tiempo y sin duda no nos encontramos en los tiempos de Polibio, es probable que sea la sinergia de los modelos la que nos permita arribar a un sistema lo más justo posible para los ciudadanos y que no suceda lo que rechaza Platón cuando dice que *"la obra maestra de la injusticia es parecer justo sin serlo"*. Difícil cuestión y con difícil solución la que implica la búsqueda del gobierno más justo, en definitiva del "buen gobierno".

Mientras unos tratan de adormilar a la humanidad, otros intentan despertarla. El reloj de la historia está marcando un nuevo ciclo, están dando otra vez el aviso de la hora; cuando las agujas se hayan desplazado habremos perdido otra oportunidad.

El “tiempo es oro”, pero no como lo entienden los grandes manipuladores sino que es “oro alquímico”. Como en el pasado medieval, serán los sabios los que pueden modificar el acontecer de los hechos e impulsarnos hacia el renacimiento.

### El camino hacia los sabios

Soy consciente de que estas reflexiones pueden resultar al lector, en el estado actual de las cosas, “políticamente inciertas”, pero como diría Erasmo de Rotterdam, *“hay palabras que hacen peligrar el cuerpo, pero hay silencios que hacen peligrar el alma”*, por lo tanto yo me atengo a mis palabras.

Este camino deberá tener cuatro soportes de acción: el bien común, el ejercicio del poder contra la detentación del poder, los gobernantes buenos y fuertes y la sophocracia contra la kakistocracia.

### El bien común

Estas células comunales deberían estar determinadas por el bien común como una realidad de pensamiento y de acción del grupo, ya que es éste su pasaporte de supervivencia, el mejor modo de superar las dificultades y las agresiones del medio.

Cada una de estas células, de manera puntual, debe desarrollarse en los grupos humanos más dispares como el barrio, el municipio, la familia y los amigos, como para que de esa forma, en todas partes cambie todo; como dice Hölderlin en el *Hiperión*, *“¡Que cambie todo a fondo! ¡Que de las raíces de la humanidad surja el nuevo mundo! ¡Que una nueva deidad reine sobre los hombres, que un nuevo futuro se abra ante ellos! En el taller, en las casas, en las asambleas, en los templos, ¡que cambie todo en todas partes!”*

A su vez, estas estructuras paralelas que comienzan a agruparse en pequeños núcleos deben conformar, con el mismo criterio, una unión intergrupual que les permita interrelacionarse y ayudarse.

Para que esta agrupación de comunidades sea operativa necesitará de un Consejo Global constituido de entre los mejores por sabiduría y servicio de cada uno de los grupos comunales, y que se ocuparía de determinar los criterios de acción y las prioridades que deben orientar las actividades de estos “grupos conscientes”.

De tal manera, como ocurre en el organismo humano, estas células del organismo social son las que tienen como cometido detener el movimiento de iner-

cia con la ayuda de aquellos seres humanos que, conscientes y voluntariamente, quieran generar el giro por el canal del gozne.

### El ejercicio del poder contra la detentación del poder

No en vano existe un proverbio chino que dictamina que *“el poder es el mayor enemigo de su dueño”*. Otra de las características de los sistemas tiránicos o dictatoriales, y en algunos casos en apariencia democráticos, a los que nos encontramos sometidos es que aquellos que se encuentran en el poder simplemente lo detentan, pero no lo ejercen; ya que quienes realmente gobiernan lo hacen detrás de los bastidores, y mientras sus títeres cambian en el “juego de las sombras”, el pueblo elige sombras que prometen lo que jamás cumplirán.

Los que realmente dirigen nunca cambian, porque ocultos juegan con las “dicotomías conceptuales del sistema” haciendo parecer lo que no es.

Pobre de aquel títere que en la cúspide de su poder decide alejarse de las directivas de sus “amos”, pues cae como marioneta sin hilos, inexplicablemente. Quienes le colocaron ahí le arrojan ahora del poder con alguna artimaña que dañe su imagen, o se le acusa de corrupción o de herejía, o se remueve algún pecado de juventud. Se les aplica sencillamente la plantilla de algunos de los monstruos sociales que han montado para quitarse del medio a quienes molestan. Estos monstruos sociales son las herejías o las ideologías caídas en desgracia, como fáciles comodines que se pueden utilizar frente a una sociedad manipulada y crédula, con el juego de imágenes espectrales que utiliza la propaganda desde el poder.

Estos títeres jamás ejercerán el poder ya aunque en su parafernalia lo parezca; no hacen más que detentarlo, simplemente están, ocupan un sitio, pero jamás gobiernan.

En estas Comunidades paralelas que proponemos como solución alternativa, se opera el fenómeno inverso. Los seres despiertos que las componen, ante la necesidad de sobrevivir y frente al artificio, pero con el conocimiento de las Leyes de la historia, deberán colocar a sus mejores integrantes al mando de la estructura comunal. Estos gobernantes, en pequeños grupos, sencillos, reducidos, sin otra pretensión que la preservación del Conocimiento y del bien común, gobernarán ejerciendo el poder como jamás hayan soñado los títeres de nuestra enferma y decadente sociedad. Una labor parecida realizaron durante el medioevo europeo las órdenes religiosas de Cluny, donde sus amanuenses recopilaron minuciosamente todo el saber clásico salvándolo del olvido, o la orden Templaria o los Hospitalarios, que realizaron una verdadera labor social y humanitaria.

En una sociedad donde por el juego de las “dicotomías conceptuales” el agua ya no moja, ni el fuego calienta, ni el gobernante gobierna, en estas células de bien común se pretende que el agua moje la boca del sediento, el fuego caliente el hogar del desamparado y el gobernante gobierne un núcleo de fraternidad al que no sólo pretende alimentar en lo material, sino que además procura hacerle trascender en unión por el beneficio de todos.

### Gobernantes buenos, sabios y fuertes

El lenguaje es engañoso, y como consecuencia de su mal uso los términos se han ido deteriorando. En nuestros días, la voz “bueno” suena a melifluido y la voz “fuerte” a intransigencia. Sin embargo, ello no quita la necesidad de reconvertir el lenguaje ya que, como apuntara Wittgenstein, es un contenedor de conceptos, y es nuestra intención rescatarlos en la medida de lo posible.

Hablar de gobernantes buenos y fuertes parece, en nuestros días, casi un contrasentido, hasta ese punto estamos condicionados por una suerte de lamentable desgaste, pues al adjetivarlo con esta doble cualidad estoy separando en dos adjetivos, a posta, el concepto unitario de “gobernante solidario”.

Hoy, tristemente en numerosos casos, los que gobiernan o dicen gobernar se acercan más al perfil de malos y débiles, cuando en realidad y por sentido común sería más interesante que el poder se ejerza con bondad y fortaleza.

Bondad que se manifieste en un profundo y consciente inegoísmo, y en un auténtico sentido de servicio para con sus congéneres.

Fortaleza que no es otra cosa que la asunción de la responsabilidad de gobernar, con buena voluntad y sin miedos, por el bien común.

Sólo cuando volvamos a recuperar la serena fortaleza de los buenos gobernantes encontraremos el camino que nos lleva a los grandes sabios, al paradigma del arte de gobernar, al buen gobierno, a lo que en las antiguas tradiciones se llamaban los “reyes magos” o “reyes iniciados”, con el fin de ayudar a la humanidad a que camine hacia el encuentro consigo misma. Como ha sentenciado Confucio, *“el buen gobernante es aquel que gobierna un país en el que los que están dentro se sienten felices y los que están fuera se sienten atraídos”*; o cuando Cicerón decía que *“donde quiera que se esté bien allí está la patria”*.

Son la bondad y la fortaleza las que llevan hacia la grandeza y la sabiduría.

Hoy, en este otro gozne histórico, en este nuevo medievo en el que volvemos a encontrarnos, como tantas otras veces a lo largo de la historia, deberíamos apuntar el camino de la sencillez desbrozado de retórica, del servicio sin egoísmos; de tal forma que quienes gobiernen se comprometan con el sagrado arte de gobernar, con bondad y fortaleza, contra los que adulteran su sentido; bus-

cando alcanzar una sociedad más justa y más libre, en definitiva “natural”, como nos recuerda Sri Ram.

Con el tiempo, más allá de los riscos de la historia que en estos momentos nos están marcando un nuevo gozne, nos habremos ganado el derecho a ser grandes y sabios.

Sólo detrás del sacrificio amoroso, solemne, consciente y fuerte se encuentra la grandeza y la gloria. Como se decía en el medioevo europeo, “*otra vez los merovingios marcan el camino*” de coraje, de fuerza y de bondad, sobre el que rueda el secreto del globo del mundo para la corona de un “buen gobernante”, que el Destino quiere grande y sabio en beneficio de todos.

### De la *kakistocracia* a la *sophocracia*

Si el camino de los sabios es el que nos lleva al gobierno de los mejores, es decir, a la *sophocracia*, la línea de reflexión que habremos de adoptar deberá ir encaminada hacia la diferenciación de este tipo de gobierno ideal con el gobierno de los mediocres, de los títeres, al que hicimos referencia, en definitiva de los peores, o sea la *kakistocracia*.

En el deterioro de los conceptos al que nos encontramos sometidos, en el juego dicotómico de las ideas con sus contradicciones en el momento de plasmarlas, uno de los que más ha sufrido ha sido el del “gobierno de los mejores” que, en su acepción clásica de aristocracia, terminó identificándose con un grupo de calidad social y no con un grupo de calidad humana, como se entendía en sus orígenes en el vocablo de “*nobleza obliga*”. De ahí que me incline por la idea de *sophocracia*, ya que al tener menos estigmas se pueden establecer con mayor claridad sus propios parámetros.

Entendemos que el gobierno de los sabios es el resultado de una suerte de destilación de los mejores seres humanos de un grupo social por su calidad en conocimientos, por su bondad y fortaleza a la hora de plasmarlos en la realidad histórica y su capacidad para defenderlos frente a los, hasta ahora, impunes *kakistócratas*, ya que, aunque parezca un contrasentido, los “amos de la caverna” tienden a elegir a los peores representantes de la sociedad para hacerles detentar un poder que ellos digitan desde bastidores.

Esa cantera de marionetas resulta el mejor sistema para mantener modelos de gobierno que no se caracterizan por su calidad sino que, por el contrario, resultan una máquina de poder al servicio de intereses particulares en contra de los intereses de la colectividad.

En esa dialéctica de luces y de sombras, de sabios e ignorantes, de *sophocra-*

*cia* y *kakistocracia*, el camino hacia el gobierno de los más buenos y mejores comienza por la toma de conciencia del artificio, del juego de las formas para luego, a partir de ello, responsabilizarse conscientemente sobre el papel que a cada ciudadano le toca desempeñar en su núcleo social.

Cada ciudadano debe comenzar por convertirse en un “punto de referencia” sobre lo que debe ser la calidad humana del ser despierto frente al hombre masa.

Si el aprendizaje del buen gobierno comienza por el buen gobierno de cada uno, entonces cada ciudadano consciente debe dar ejemplo de bondad y fortaleza, con el fin de poder avanzar con paso seguro hacia el conocimiento de sí mismo de la mano de un proceso progresivo hacia la Sabiduría.

Estos “puntos de referencia” humanos generan vórtices de magnetismo frente a la mediocridad y ello provoca, de manera natural, el acercamiento de otros seres insatisfechos por la incertidumbre, la terquedad y la estulticia del medio.

De este modo, se van generando los “núcleos de resistencia” que en la medida en la que van creciendo pueden llegar a constituir “células comunales” de las que más tarde surgirán las “estructuras comunales”; a partir de las éstas, las “células comunales” se organizan de un modo coherente dentro de una acción común y ordenada en beneficio de todos.

A través de estas estructuras paralelas al sistema y convenientemente guiadas a través de sus mejores representantes e inspiradas por aquellos que desde hace centurias combaten a los “amos de la caverna, se podrá evolucionar por el cauce de la historia girando hacia un nuevo tiempo.

No obstante, para que ello pueda ser una realidad, hay que tener en cuenta que todo este modelo se apoya como piedra fundamental en los “puntos de referencia”; de ahí la importancia de la acción consciente individuo a individuo.

En definitiva, la clave está en los seres humanos despiertos y suficientemente valerosos como para comenzar el cambio a partir de sí mismos; con la capacidad suficiente como para no ser corrompidos, con la habilidad como para no ser destruidos, con la bondad necesaria como para generar un torbellino de inegoísmo y con la fuerza justa como para imponerse a la inercia del medio.

Debe saberse que se trata de un camino largo y difícil, y también que todo tiempo perdido opera en nuestra contra. Se trata de un trabajo urgente pero lento, donde deberemos enfrentarnos permanentemente con el desánimo que es una de las armas que esgrimen quienes digitan la farsa. Como decían los neoplatónicos de Florencia, “*Festina lente*”, “apresúrate despacio”.

Sólo los seres humanos buenos pueden sentirse sabios, sólo los seres humanos sabios pueden sentirse fuertes, sólo los seres humanos fuertes pueden sentirse justos.

En conclusión, con seres humanos buenos podremos forjar un mundo justo.



# VOLUMEN TERCERO

Sobre el filo de la navaja

## Apostillas de Aarón de Marsella al Volumen Tercero

*En este Tercer volumen se ofrecen prototipos de comportamiento que pueden, con la asimilación debida, resultar muy útiles y operativos para mantenernos firmes ante los embates de la vida y el fragor que impone la ignorancia sobre el medio social.*

*Cuando un ser humano ha alcanzado un "cierto grado de conocimiento" y ha decidido dedicar todos sus esfuerzos para que otros seres humanos puedan rencontrarse consigo mismos y alcanzar alguna medida de felicidad, debe mantenerse atento para que la "oscuridad" de la Caverna a la que ha regresado, con el fin de "iluminar" a otros, no le nuble la conciencia.*

*Cada ser humano porta dentro de sí los instrumentos necesarios para afianzar su fortaleza interior pero, tal como ocurre en cualquier ámbito del saber, se hace necesario conocer las instrucciones que nos permitan realizar el uso adecuado de estos instrumentos.*

*Como señala Hermann de Keyserling en La angustia del mundo, sus causas y sus remedios, "la técnica del pensador es el pensamiento. Debe ser capaz de pensar como el escultor de manejar el cincel (...) a decir verdad, filosofar es un auténtico arte". Y agrega más adelante que "el espíritu vive de imágenes y no de hechos"; sin olvidar que "las últimas verdades metafísicas no son susceptibles de explicación, porque la implicación de todo lo particular que existe en el Universo constituye su misma esencia".*

*Al cabo, hemos llegado al final de este breve Tratado de humanidad... Será menester ahora que cada uno lo utilice del mejor modo posible, tratando de acercarnos a los enigmas de la Naturaleza, de los seres humanos y del sistema planetario, pues en la Tierra que nos alberga, como diría Píndaro, tratemos de escuchar "el enigma que resuena desde las feroces mandíbulas de la virgen..."*

## Libro Primero

### El conocimiento de la Gran Esfinge

**N**archamos en un Universo paradójico e inestable, “sobre el filo de la navaja”, y para mantener el equilibrio debemos afianzar nuestra voluntad sobre el eje de nuestra conciencia. Por lo cual, resulta oportuno conocer ciertos procesos, recursos y fenómenos que mantengan en su sitio a nuestra alma de funambulistas.

### Sobre la vigilancia

El camino hacia el Conocimiento nos lleva necesariamente a la necesidad de saber cuál es la realidad de las fuerzas que habitan en el Universo.

Es entonces cuando el discípulo de la vida debe aprender a vigilar y a vigilarse, y para ello nada mejor que tener en cuenta la disciplina y aplicar el método.

Los seres humanos, por regla general, cuando se abocan a la búsqueda del Conocimiento, pierden en su obsesión la capacidad de la atención, la virtud de saber vigilar, y a menudo pasan junto al objeto de su búsqueda sin percatarse del mismo.

Por otra parte, el Conocimiento implica, en sus diferentes grados, un acceso a fuerzas vitales que se encuentran en la naturaleza, y que se van entregando en la medida en la que caen los velos de nuestra ignorancia.

Resulta peligroso para el navegante desconocer la mar oceánica y, a medida que la va conociendo, debe aprender a controlar los fuertes vientos sobre su velamen, pues será con atención y vigilancia como podrá utilizarlos en beneficio de su navegación; de lo contrario naufragaría a consecuencia de ellos. Como sentencia Ovidio, *“el que ha naufragado tiembla incluso ante las olas tranqui-*

las". Por tanto, toda precaución es poca a la hora de adentrarse en ámbitos todavía ignotos para el neófito.

Si bien los seres humanos buscan con ansiedad el Conocimiento, desconocen en realidad la potencia que encierra su meta y, por tanto, los que se adentran en los primeros estadios por simple curiosidad, sin atención, como en manos de un juego, corren el peligro de ser arrasados por las fuerzas que quieren conocer.

Estar vigilantes es la antesala de cualquier desplazamiento; sin vigilancia es mejor no avanzar. La atención permite descubrir y vigilar lo descubierto, con el fin de conocerlo.

Todo paso en el sendero implica un acto de concentración, donde los esfuerzos para alcanzar un punto convergen todos sobre la dimensión que pretendemos alcanzar, sin perder de este modo los soportes adquiridos en avances de conciencia anteriores, que sirven de base para apoyarnos en el momento de alcanzar un nuevo peldaño.

Si esto no se entiende, es mejor por el momento quedarse en las playas de la ignorancia hasta afianzar la disciplina y el método. Luego, cuando hayamos desarrollado nuestra capacidad de concentración, podremos entonces coger los aparejos y hacernos a la mar.

## La Esfinge

Es necesario estar atento porque en el Universo todo está en tensión, en una suerte de equilibrio inestable.

El individuo atento se mueve en este entramado con atención y sin tensión, o con una suerte de sana tensión que le permite marchar sobre el filo de la navaja donde cualquier tensión innecesaria le hará perder el equilibrio. Atender es tensar sin tensión.

La vieja Esfinge de Egipto es el mejor ejemplo de esa atención permanente durante siglos atendiendo la salida del Sol, además de que reúne en sí misma los elementos simbólicos del Universo, al estar constituida en sus orígenes con cuerpo de toro, garras de león, alas de halcón y cabeza humana con un disco solar sobre la frente.

En esa síntesis convergen los más diversos elementos que representan las fuerzas existentes en el Universo y en el ser humano. A través de su imagen se han transmitido en el tiempo las claves que permitirían interpretar los enigmas de la creación. Ella es, como tal, la imagen de la atención y del misterio. Podremos pasar mil veces junto a ella en las arenas de la meseta de Gizeh, pero

si no estamos atentos no dejará de ser más que un testigo mudo. Si en cambio sabemos observar su simbolismo, narrará mil veces a mil oídos los secretos de la naturaleza.

La Esfinge sintetiza las fuerzas existentes en el Universo y la posibilidad de controlarlas. Es una clara representación del Conocimiento gobernando a las fuerzas contrapuestas, ya que las mismas tradiciones nos han hecho llegar el viejo mito en el que la Esfinge, convertida en un monstruo, assolaba la región devorando todo lo que encontraba a su paso, hasta que Thot encarnó el Conocimiento en su mente, logrando equilibrar las cuatro fuerzas contrapuestas que la hacían debatirse sobre sí misma. Esto le permitió sentarse reposando sobre su vientre, símbolo de las fuerzas irracionales, mirando hacia oriente para contemplar cada mañana la salida del Sol que a su vez se reflejaba en el disco sobre su frente. Este mito nos concierne.

### **El cuerpo de toro**

Representa el mundo físico y el enigma que en sí mismo encierra el Universo manifestado en la materia. Sobre el cuerpo del toro se acoplan el resto de los elementos de la Esfinge, por lo que resulta ser el tronco del mito.

De esto se puede deducir que la materia es el elemento básico de nuestro trabajo en el mundo, y es su control y su dominio una de las funciones del Conocimiento.

### **Las garras de león**

Es la representación de la fuerza instintiva y pasional que subyace en todas las cosas. Es lo que preserva y dinamiza la materia y hace andar al tronco sobre el mundo, ya que el cuerpo del toro marcha sobre las garras del león.

Si el toro y el león no se armonizan, cunde el desorden y la destrucción. Es el movimiento horizontal.

### **Las alas de halcón**

Representan la capacidad de elevarse más allá de la horizontalidad de la materia. Es la capacidad de razonar más allá del instinto, pero si no existe control sobre la mente, ésta se dispersa y se somete a los intereses dislocados del

instinto y la materia. Por tanto, todo movimiento de las alas es sólo la apariencia de levantar el vuelo, que no pasa de ser un burdo salto de la materia a la materia.

La mente sin control está al servicio de lo perecedero.

### La cabeza humana

Junto a estas grandes fuerzas naturales el rostro del ser humano forma también una parte de la Esfinge. Este rostro es la intuición de algo superior, pero en la medida en que no descienda sobre ella la voluntad y el conocimiento, no habrá dominio sobre el resto de las fuerzas en oposición.

Si no hay dominio, el rostro de la Esfinge se convierte en las fauces con las que devora y destruye todo lo que encuentra a su paso.

### El disco solar sobre la frente

Cuando hace aparición la idea superior, que se simboliza en el rayo de luz solar que al amanecer llega a iluminar el círculo sobre la frente de la Esfinge, ésta logra detener su loca marcha y recostarse sobre su vientre como acto de dominio de sí misma.

Entonces las fuerzas desatadas de la naturaleza encuentran su camino de equilibrio y redención.

Todas las cosas en la naturaleza necesitan ser conducidas hacia lo superior y, por tanto, reconducidas en su manifestación. Toda fuerza en sí misma no es buena ni mala, es una energía desatada que tiene que ser dominada por otra energía superior.

Así la Esfinge es la imagen de esa fuerza sin control que al ser dominada se pone al servicio del Conocimiento. Ella no es sólo un conjunto de granito en el desierto de Sahara, es además la representación de una fuerza universal y a la vez telúrica que se manifiesta en todas partes, y que también puede resumir la esencia de los seres humanos.

En ella se esconden todas las respuestas, pero el ser humano, mientras no aprenda a atender y vigilar de la mano del inegoísmo como ya hemos señalado tantas veces, no dejará de contemplarla como una mera construcción ciclópea enterrada en las arenas de la ignorancia.

La Esfinge habla por sí misma, y cada ser humano debe hacerla hablar en la naturaleza toda y dentro de sí mismo.

## La Esfinge en la Naturaleza

Para conocer debemos saber. El ser humano debe saber entonces que habita sobre un cuerpo animado, sobre un ser vivo dentro de otro ser vivo.

Si la humanidad se compone de seres vitales, lo es también el planeta y el Universo que lo circunda. En el Universo nada permanece estático, todo está en movimiento y en evolución.

Existen diferentes tradiciones sobre el mito del Dragón recostado o del Monarca dormido, pero en realidad nada duerme.

Las cosas están vivas todas en sí mismas, como lo están las ideas o las potencias del espíritu. Lo que en realidad nos quieren transmitir estos ancestrales mitos es que el viejo rey durmiente se constituye en el hilo de unión entre la humanidad y la Naturaleza, esperando el momento en el que los seres humanos se hagan uno con el planeta y el Universo. Lo que duerme es el tronco de unión, el hilo de la comunicación y del conocimiento consciente de que somos uno. Ese emperador de la barba florida que yace en el corazón de la Tierra o ese dragón adormilado no son otros que la Esfinge arcaica que reposa expectante en las arenas del desierto de Sahara. Todos estos símbolos nos indican lo mismo.

Antiguos sabios legaron a la humanidad estos símbolos con el fin de que ésta supiera y conociera. Dicen las antiguas tradiciones que en alguna parte, en el corazón de una alta cordillera de montañas, duerme expectante el Rey del mundo en un lecho de piedra, rodeado siete veces por su larga barba blanca, y a su alrededor, en forma de estrella, yacen sus fieles caballeros, esperando que algún año llegue a despertarlos el cuervo negro, como mensajero alado que anuncia que la humanidad ha encontrado el Ser de la Naturaleza y el Universo, y que ha llegado la hora de librar la última batalla contra la ignorancia.

Otras tradiciones hablan de que esa fuerza de unión es un dragón yacente que se transforma en rampante cuando surge alguien que le represente en la Tierra. El señor de Avalon, el viejo Arturo, portaba en su señera y en su guión un dragón alado, pues cuenta la leyenda que en aquella Tabla redonda, en Camelot, se lograron alcanzar, por un momento, los misterios del dragón.

Nosotros somos deudores de esa fuerza, somos así también deudores de la Esfinge que espera, siempre vigilante, una señal en cada amanecer.

El mito de la Esfinge está incompleto. Si bien durante milenios vagó destruyendo todo a su paso hasta que el divino Thot logró calmarla y desde entonces aguarda en las arenas del desierto, su verdadera naturaleza no es la de permanecer inmóvil. Al mito le falta el trozo más importante. Con el conocimiento que posee deberá recorrer el camino inverso que antes realizó sin control, ahora reconstruyendo.

Todo surge y se expande en el Universo, pero en un determinado momento

deberá retornar al punto de donde partió. El Universo respira, y como quien respira, se expande y luego se contrae.

La Esfinge recostada sobre su vientre aguarda atenta el momento de la gran señal, del último combate por la expansión, para comenzar el retorno a los orígenes.

Mientras la humanidad no conozca la gran Esfinge, mientras no se identifique con su fuerza, no se habrán producido las circunstancias del retorno.

La Esfinge representa una fuerza primordial que habita en el fondo de todas las cosas, es la Naturaleza misma. Los seres humanos deben aprender a conocerla, a identificarse con ella, es el ser del planeta y también del Universo.

Si logramos despertar el hilo de unión en una conciencia unitaria y global, el Dragón levanta sus alas, el Rey se yergue y la Esfinge recorre el planeta. Lo que en realidad está dormido es el punto de identificación en alguno de los planos de nuestra conciencia.

Estos mitos no quieren significar que el planeta o el Universo, en definitiva la Naturaleza, hayan perdido su fuerza vital; lo que quieren significar es que incluso los seres humanos, sin haber perdido tampoco la suya, han olvidado la posibilidad de comunicarse con la Naturaleza.

De ahí que pueda resumirse la necesidad de conocer la existencia de la Vida Una en la figura de la gran Esfinge.

### La Gran Esfinge en el ser humano

Si bien puede resultar admisible la idea de que el Universo es un ser vivo en sí mismo, resulta más complejo en cambio admitir la posibilidad de que los seres humanos sean una parte integrante de ese gran ser vivo.

Especialmente porque el ser humano al observar el Universo lo hace a partir de sí mismo dissociado de aquél. El antropocentrismo que nos ha caracterizado, lejos de constituir una exaltación, como parecería deducirse de su capacidad de visualizar el Universo, nos ha confinado en un rincón aislado de ese gran Ser.

Como ya hemos criticado, los seres humanos han basado el conocimiento de las cosas a partir de su existencia material; hemos observado el planeta desde fuera sin percatarnos de la necesidad de conocerlo por dentro. Los seres humanos a través del fenómeno intelectual se esfuerzan por observar el mundo a partir de sí mismos, sin alcanzar a abordar el reto de conocerlo en ellos mismos.

Si admitiéramos como hipótesis que el ser humano es una parte integrante del planeta y del cosmos, un esfuerzo de introspección podría darnos algunas claves de conocimiento.

Mirando hacia dentro, el ser humano podría vislumbrar que también en su interior hay una gran Esfinge, un Dragón, un Durmiente.

En realidad el secreto no está en que sea otra Esfinge, sino que es la misma Esfinge la que podemos encontrar en el interior de todas las cosas vivas –todo está vivo-. Es la misma y única gran Esfinge, la misma gran fuerza, que vitaliza al Universo.

Los seres humanos a través del tiempo han pretendido reflexionar partiendo de la base de que todas las cosas evolucionan alrededor suyo, y ello le ha detenido en el espacio de su comprensión y le ha imposibilitado integrarse en las cosas.

Ha observado los mitos y las antiguas tradiciones como algo externo a sí mismo. Pudo haber imaginado al Dragón, al viejo Durmiente, a la Esfinge o a la Naturaleza, pero no ha sido capaz de identificarse con ellos.

Su visión antropocéntrica del mundo le ha llevado a imaginar el cosmos “a partir” de sí mismo; sin embargo, sin dejar de ser el mismo, podría haber imaginado a la Naturaleza manifestándose “a través” de sí mismo.

Es muy distinto ver el agua de un gran estanque desde fuera a sentirnos rodeados por ese agua sumergiéndonos en él.

El ser humano, a fuerza de olvidos, ha perdido la capacidad de compromiso, la capacidad de implicarse con su propia esencia, ha olvidado que también puede zambullirse en su propio Ser.

Cuando así lo haga, quizás pueda comprender y conocer muchas más cosas, ya que si la Naturaleza es una sola, todo lo que a ella pertenezca –y el ser humano no es una excepción- estará constituido intrínsecamente por la misma esencia. Esa esencia se encuentra en el fondo de todas las cosas, y cada cosa, en la medida que une su conciencia a ella, deja su cosidad para asumir su esencialidad.

Ese acto de conciencia, ese despertar del conocimiento, lo hemos identificado con la fuerza integradora que representa la Esfinge, con sus diferentes elementos integrados armónicamente en ella.

La Esfinge es la síntesis del dilema y de las contradicciones que generan los opuestos. En este mundo hay que saber integrar esos opuestos para hacerlos complementarios, por tanto el ser humano debe aprender a integrarse en su dilema.

### **Yo Soy la Gran Esfinge**

Toda integración parte de la identificación de los opuestos, de la armonía en la oposición, por lo que el ser humano puede a la vez ser lo que es como cosa del Ser, y ser también como esencia.

Si admitimos que la esencia es consustancial a todas las cosas, la esencia del

ser humano será de la misma naturaleza que la esencia de todas las cosas. Luego, si somos capaces de identificarnos o concienciar nuestra “propia esencia”, nos habremos identificado automáticamente con la esencia de todos. Habremos así concienciado la Unidad.

De este modo, podríamos captar que con nuestro antropocentrismo nos separamos de la conciencia individual -en el marco de la Unidad- para afianzarnos en la conciencia plural que nos adhiere concientemente al continente y no al contenido.

Todos los estanques son distintos, pero la esencia del agua que contienen es la misma; incluso si los comunicáramos por canales, en la diversidad de los estanques las aguas contenidas le darían su integración y su unidad.

Si hemos utilizado el recurso de la imagen para fortalecer la memoria, la figura de la gran Esfinge nos delata las claves de esa esencia.

Para concienciar se necesita del desarrollo evolutivo a partir de unos pasos concretos, pues antes de llegar a la conciencia debemos afianzar el camino a la esencia. Así, antes de concienciar habrá que imaginar, memorizar e identificar para luego pasar a la conciencia plena.

Debemos montar con la arboladura de nuestra imaginación las estructuras de lo que queremos llegar a concienciar, pero al ser esa esencia y su fuerza un concepto aparentemente abstracto, se hacen necesarios para la mente ciertos auxilios de la imaginación que le permitan apresar formalmente un concepto. Por ello hemos utilizado la figura del Dragón, del Durmiente o de la Esfinge que nos permiten estructurar su imagen con nuestro pensamiento.

Una vez diagramada la Gran Esfinge, debemos ejercitarnos en retenerla en nuestro ser consciente, de tal modo que su presencia comience a resultarnos habitual, junto a la fuerza que ella implica. Deberemos memorizar sus perfiles y sus volúmenes así como sus brillos y sus formas, para que cuando hayamos logrado convertirla en una imagen fija, podamos entonces avanzar al siguiente paso de identificarnos con ella, de tal modo que logremos sentirnos la gran Esfinge, o la fuerza que representa.

“Yo Soy la gran Esfinge” deberá ser nuestro lema, pero no un lema más, teórico, general y vago, sino una identificación volitiva fuerte y asumida en donde la fuerza que encierra la Esfinge pase a través nuestro; que por nosotros pase entonces toda la fuerza de la Naturaleza, que el universo entero gire reflejado en nuestros átomos y que por los poros de nuestra piel circule el soplo del Cosmos.

Lo demás es cuestión de tiempo.

## Libro Segundo

### La fuerza del “yo soy el que soy”

uizás ocurra que el conocimiento del verdadero yo sea uno de los más grandes enigmas del ser humano.

Será necesario entonces aproximarse a lo que hemos llamado una “lectura inversa” del fenómeno humano, ya que nos hemos acostumbrado, a fuerza de vivir sobre reflejos en un medio especular, a observarnos en el ámbito que nos circunscribe por “la imagen reflejada en el lago” y no por la real observación de nosotros mismos.

De este modo, nos hemos prendado, como Narciso, de un reflejo, por lo demás pasajero, y no de nuestra real imagen.

Para cualquier ser humano su única realidad es la de su yo personal y transitorio, sobre el que agolpa sus esperanzas y sus incertidumbres en el fino fiel de la balanza del tiempo. Sus circunstancias determinan su existencia en un espacio cambiante donde, como en el lago, la figura es deformada o desvanecida por las ondas.

Esa perentoriedad le ha llevado a conceptualizar la precariedad de su yo y, más allá de su fuerza de voluntad, siempre termina por insinuar y luego confirmar su fragilidad y temporalidad.

Al verse transitorio refuerza lo anecdótico y debilita lo esencial. De tal manera que a medida que el tiempo pasa, dentro de esa óptica, aumenta su insustancialidad.

Consecuentemente, el carácter que se determina en un ser en tales condiciones será, a la larga, necesariamente inestable, voluble, frágil y vulnerable.

Por el contrario, asumir nuestra realidad no será tratar de coger la imagen reflejada en las aguas, siempre imposible, sino buscar el origen de ese reflejo y liberarnos en la expansión vital de nuestro Ser.

## La esencialidad del yo

Ese yo personal a través del cual conformamos nuestra existencia, predetermina una serie de *a priori* falsos que confunden nuestro discernimiento y nos alejan del conocimiento del yo individual y verdadero, ese yo “fontana” y emisor del cual son reflejo el resto de los yoes que pululan en nuestra personalidad.

El yo personal es contradictorio por naturaleza y opuesto al resto de los otros estadios en los que se van perfilando los otros yoes que nos van acercando a nuestra individualidad. Es un yo personalizado que no sólo se opone al yo individual, sino que también resulta difícil ensamblar con el yo personal de otros seres humanos con los que compartimos la vida en este planeta.

El yo personal es un yo de conflicto, de separatividad, en definitiva de antítesis y no de síntesis.

Cuando el ser humano, por la vía de la introspección y de su capacidad para invertir el foco de su análisis, se replantea el esfuerzo de su conocimiento hacia su yo individual e interior, comienza a percatarse del fenómeno de la esencialidad del yo.

En las diversas manifestaciones de su personalidad y de la personalidad de los otros subyace un elemento común a todos ellos que parece indicar una cierta estabilidad frente a la discontinuidad de sus manifestaciones.

Este nexo es el punto de apoyo para comenzar a vislumbrar la permanencia y esencialidad de ese otro Yo que podríamos llamar intemporal.

Todas las cosas, además de su presencia física, manifiestan otra presencia que permite determinar la lógica de las formas o la comprensión de los comportamientos, una suerte de inteligencia rectora que determina la razón de las especies desde el reino animal al vegetal, animal o humano o al propio Sistema Solar o planetario.

Esa “otra lógica” encierra en su complejidad una cierta universalidad que nos permite observar comportamientos semejantes con las variables propias de cada caso; semejanza que es, de algún modo, una suerte de manifestación externa de una esencia común.

Podría intuirse, a través de ella, un Yo universal presente en todas las cosas que, en su reflejo y adaptación a la materia, en disímiles circunstancias adopta apariencias dispares que, si bien distorsionan su esencia, lo hace para soportar el medio espacio-tiempo con la efectividad que estos cambiantes medios requieren.

No obstante, más allá de esas aparentes circunstancias sólo coyunturales, permanece esencial y estable, pues de lo contrario se perdería esa “razón fundamental” que parece inspirar a las cosas y a las criaturas.

## La fuerza del Ser

Ese Yo universal es, a su vez, reflejo de lo que podríamos llamar *lo universal* que es su fuente, una fuente universal que Es en la medida que nutre.

Este Ser sustancia las formas aparentes a través del Yo universal que se manifiesta en todos los seres.

La fuerza de ese Ser universal surge, como apuntaron los neoplatónicos de Alejandría, de la Unidad anterior a toda emanación. Ese Uno primordial se expande por medio del Ser de modo caótico, impregnándolo todo en una emanación permanente y desbordante.

Ese Ser que guarda la memoria de todas las cosas, de la Unidad de su origen, se reordena a sí mismo por la Inteligencia y el Verbo, por lo cual los sabios griegos lo llamaron el *Theos* inmerso en el *Logos*.

El Caos del Padre es organizado por la Inteligencia del Hijo, lo que da como consecuencia al Universo en un orden establecido y creado, que es el Cosmos.

Ese Cosmos posee en su esencia el Espíritu básico del origen que se establece en todas las cosas creadas como un Yo universal.

Así, a medida que el Universo se manifiesta en toda su creatividad, ese Yo universal se adapta a las formas de la materia, la sutil y la sólida, con el fin de conformarse del mejor modo al Universo creado.

Sin embargo, a medida que la creación se desarrolla se “olvida”, por el efecto de la manifestación en reflejo constante sobre la materia, del origen, o sea del recuerdo o la memoria del Padre.

De ese modo, el Yo universal al particularizarse se hace yo individual (que encierra el recuerdo como una suerte de nostalgia de algo olvidado) que, al ir “olvidando” cuando se incrusta en el yo personal, por efecto de la aparente distancia con el origen esencial como consecuencia de los planos del tiempo y del espacio, genera una falsa fractura con ese origen esencial que lo nutre.

No obstante, ese “olvido” guarda en un recodo el “recuerdo” del Yo universal, como una suerte de abismo omnisciente en la conciencia dormida del yo individual y del yo personal.

Ese espíritu de las cosas, ese paráclito, permanece inalterable a través de los evos en el Ser de las criaturas y de las cosas.

Esa fuerza del espíritu de los seres es el Ser de las cosas. Es en definitiva la fuerza del Ser, fuente permanente del recuerdo, la esencia de la Memoria. El punto de partida para el camino de retorno.

## La identificación del Yo con el Soy

Cuando Moisés, según narra la tradición hebrea, sube al monte Ararat para recoger las Tablas de la Ley, frente a la zarza ardiente recibe el mensaje de una consigna que se convierte en la columna vertebral del conocimiento hermético: *Hiyé Asher Hiyé*, “Yo soy el que Soy”.

El Yo y el Ser se identifican de manera radical, determinando una unidad de comportamiento y de existencia.

La separatividad que genera el yo personal ha aislado la capacidad de captación y comprensión de esa unidad, así como el poder y la fuerza que generan en la unión.

Si comenzamos por identificar la esencia del Yo universal en la presencia del yo individual, estamos asentando los primeros pasos para llegar a comprender la fuerza de la identificación, la fontana del Ser.

A partir de la conceptualización del Yo de todas las cosas cabe la posibilidad de vivenciar este foco de conciencia, descubriendo el orden inteligente que inspira a la creación.

Si, como hemos señalado, el Ser es el padre de todas las cosas, el receptáculo de la memoria de la Unidad, y esa memoria es una suerte de “abismo” que se deposita en el ser de las criaturas y de las cosas, al hacernos conscientes del Yo universal entramos en contacto con el Ser.

Ese “Yo Soy” universal se identifica con el Ser que Es, con el Soy, de ahí que al comprender esa identidad podamos decir y vivenciar “yo soy el que Soy”.

En última instancia Soy y Ser son sólo momentos de una misma esencia, que en su retorno a la Unidad se muestran tal como nunca han dejado de ser, juntos en el Caos primordial, en el “abismo” de cada yo individual.

De este modo, por entropía y por negantropía como se dice en occidente, o por manvántara y pralaya como se recoge en las tradiciones de oriente, el Uno se expande en un aparente infinito a partir del Ser en un Universo circular que regresa sobre sí mismo a la Unidad desde el Ser.

El Ser, ese Soy el que Soy, es el punto de partida y de reencuentro al final de los ciclos.

De ahí que toda identificación con el Ser desde la diversidad genere un fenómeno de sinergia en los opuestos que, al contrario de provocar la distinción o la separatividad, aumentan el grado de cohesión en la integración y la identidad.

Por ello resulta tan complejo para la estructura mental del ser humano, que ha fundamentado su conciencia en el plano temporal del yo individual e incluso personal, poder comprender el vértigo que produce intuir, no racionalizar, ese “abismo” del caos primordial del Ser en toda su excelencia en el residuo noumé-

nico del yo personal. Hay que tener en cuenta que este yo se encuentra en el estadio más singularizado del fenómeno de la creación estructurada por el Logos dentro de un orden material, mientras que el Ser primordial es anterior a la cosmogonización (organización) del Universo.

Por tanto, ese Ser es emanado por expansión, desde la Unidad, en aparente desorden (caos) si se le calibra con el baremo del orden cósmico, imposible de comprender con los parámetros del intelecto. El Ser sólo se discierne siendo.

### **La presencia global**

Uno de los efectos más singulares de esa conciencia de identidad del Yo con el Soy es la capacidad de sentir la “presencia global”. Es decir, el saberse uno en todos los seres y las cosas al haber logrado una identificación consciente con el Ser, con el Yo Soy, de todas las criaturas visibles e invisibles.

De este modo, la “presencia global” nos hace permanentes en toda la vida de la manifestación sutil o sólida, como una suerte de reflejo automático del Ser en dirección descendente y como consecuencia de un esfuerzo ascendente del Yo, que nos ha colocado en el origen de la Presencia de todas las cosas.

Interiorizar en la esencia nos ha permitido, de manera instantánea, situarnos en todas las esencias, en todos los “abismos” de la materia, es decir, en la esencia Una, en el único “abismo” que es el Ser, y sentirnos al mismo tiempo en Él y en todas partes.

Quizás lo más sugerente de la identificación con el Yo Soy es el habernos integrado a través del Yo universal sin dejar de estar en el yo individual. Por lo que sin dejar de estar en el mundo, por efecto de esa integración, nos encontramos por la fuerza de nuestra Voluntad en el interior de todas las cosas.

Al mismo tiempo somos nosotros, somos la roca sobre la que estamos de pie, somos el ser que se encuentra frente a nosotros, somos el zorro que aúlla en el desierto, somos la estrella que titila en el firmamento, somos universo todo porque somos Uno con Él.

### **El Universo en nosotros**

Esta “presencia divina y global” que alienta la creación es la misma presencia que alienta el corazón de nuestro ser. Esa fuente de la que dimana la energía primordial es la energía de lo natural y, al “yo Ser”, me identifico con toda la Naturaleza, con el Universo y con su Fuerza.

De tal modo la Naturaleza se convierte en nuestra aliada, y al “ser uno con el Universo” nos convertimos en servidores y señores de la Naturaleza, sus leyes son nuestras leyes, su energía es nuestra energía, su fuerza es nuestra fuerza.

Nosotros somos el Universo y el Universo está en nosotros. En realidad, nos hemos convertido en una caña hueca, en un puente, por el que circula la fuerza del Ser. Recibimos todo para que lo demos todo. En ningún momento debe surgir el menor atisbo de egoísmo porque, como el agua estancada, se pudre todo lo que se retiene, y esa energía divinizada se corrompería provocando la putrefacción de nuestro yo individual.

El machete, en lugar de permitirnos avanzar por la maleza del mundo, nos desgarraría las manos por haberlo cogido al revés, por el filo y no por el mango.

Nos convertimos en Señores porque representamos al Ser, y curiosamente también representamos al Ser porque nos hemos convertidos en sus servidores.

De ahí que, desde antaño, el señorío y el servicio se hayan relacionado con el Ser de la Suprema Presencia.

Al ser y al servir, estamos en el corazón ardiente de todas las criaturas del Universo, y podemos operar en ellas por la fuerza de nuestra voluntad cual si fuéramos ellas mismas.

Esa capacidad de poder ordenar desde el interior de todas las cosas será más grande cuanto más cerca estemos de la identificación con la presencia divina del Ser y sea más efectivo el servicio que realicemos, y tanto más grave cuando habiendo producido la identidad no seamos capaces de mantener la lealtad con el Yo Soy y estanquemos el poder en el pantano putrefacto del egoísmo.

Ese poder que genera la presencia del Yo Soy en todo el Universo debe estar siempre de manera incontrovertida al servicio del Ser del Universo, a partir del momento en el que se despierta el recuerdo consciente del Ser en el ser humano.

En el *Libro de la Oculta Morada* los egipcios antiguos recordaban: “*Yo soy hoy, yo soy ayer, yo soy mañana, a través de mis numerosos nacimientos permanezco joven y vigoroso. Yo Soy el alma divina y misteriosa que en otro tiempo creó a los dioses, y cuya esencia oculta nutre a las divinidades del Duat, del Amenti y del Cielo... Que en verdad yo soy quien es Ra y Ra es, por el contrario, yo*”.

Así, aquél que llega al Ser no deja de ser jamás.

### La universalización de lo particular

Por medio de la gracia, el Ser está en nosotros de manera permanente, oculto y silencioso, y por medio del amor y la dación el ser humano es capaz de abrir los canales que le comunican con Él, para convertirse de este modo en el canal por el que se derrama en el mundo la fuerza del Ser.

La gracia es el tesoro oculto en los pliegues de la conciencia humana, y sólo la dación permite extender esos pliegues para descifrar el mensaje de la eternidad.

Es en el Ser donde está el punto de encuentro, entre la gracia y la dación por la vía del esfuerzo y del amor, pero para llegar a este punto se hace necesario un esfuerzo complementario de ascensión que nos sitúe a la altura del Ser, pues es allí donde se mantiene primordial dentro de un universo ordenado cósmicamente por los instrumentos del *logos-theos*, como si en algún plano de la manifestación todo hubiera permanecido como en el origen.

Ese misterio es el más sutil de los enigmas, que permite a todos los seres mantener una vía potencial que nos una con la esencia de todas las cosas en su estado prístino; porque en la fuerza del Ser y del Caos está toda la energía de la creación, y aquellos que logren identificarse con ella se convierten en creadores en toda su manifestación.

Habrían logrado así universalizar su particularidad y, si bien aún inmersos en su estructura coyuntural, se habrían transformado conscientemente en seres universales más allá de las meras apariencias.

Universalizar lo particular es despertar lo permanente e inalterable que hay en todas las cosas. Es colocarse en la materia, o en el cuerpo que nos alberga, como dentro de un sayón que nos permita atravesar el invierno de la materia.

Las cosas particularizadas no son más que instrumentos al servicio de lo universal y, por tanto, al servicio de todo lo que existe en el Universo, con la necesaria precaución de no estar en las cosas sino en la conciencia universal de todas las cosas.

## Libro Tercero

### El jardín interior

**E**ste Jardín es una parte de nosotros mismos y como tal se convierte en el umbral del Conocimiento, pero para acceder a él existen unas claves, que nos han legado las más antiguas tradiciones y que es necesario conocer.

### PARAÍSO ABIERTO/ JARDÍN CERRADO

#### Paraíso abierto

Todas las tradiciones, de un modo u otro, hacen referencia a un “paraíso perdido” al que los seres humanos añoran con la esperanza de recuperarlo algún día.

Es el símbolo del “regreso a casa”, del regreso a las fuentes, a la Ítaca soñada, del destino inexorable y final de todas las cosas, de la Unidad de la que partió y a la que regresará todo lo manifestado. Un universo que parte y que regresa al mismo punto.

El paraíso no será más que, de modo transitorio, el lugar al que vayan teniendo acceso unos pocos, siendo sin embargo patrimonio de todos, porque en realidad todos son Uno.

Es sólo circunstancial el hecho que nos mantiene alejados del paraíso y de todos los factores que influyen sobre esas circunstancias; uno de los más sintomáticos es la falta de conciencia de que el paraíso que anhelamos es un paraíso abierto al que podemos tener acceso por derecho propio.

Esta falta de conocimiento provoca en la humanidad un sentimiento de distancia, de imposibilidad de tener acceso a él.

Estos sentimientos, al ser limitativos, generan un prejuicio de incapacidad que convierte al paraíso en efectivamente perdido e inaccesible, en una suerte de utopía que nos deja a la deriva, sin norte, en el mar adverso de nuestras frustraciones.

Sin embargo, el paraíso al que hacemos referencia no es otra cosa que un estado unitario de conciencia superior de donde todo emanó y al que, necesariamente, todo retornará.

El tiempo del retorno es lo que marca la diferencia y destaca la apariencia de que ese punto unitario y final es sólo accesible para algunos o, en el peor de los casos, no se trata más que de una leyenda insustancial.

Ese tiempo dependerá de cuán largo sea el proceso por el que cada ser humano tome conciencia de su capacidad de acceder a él. Por otra parte, este proceso se alargará en la medida en que la humanidad sea incapaz de interpretar las claves que permiten liberar a Prometeo de los eslabones que hacen las cadenas de las circunstancias aún más pesadas.

Cuanto más cerramos nuestra conciencia a las posibilidades que tenemos en nuestro poder, más cegamos, una y mil veces, la puerta abierta del Paraíso final.

### Jardín cerrado

Por la propia naturaleza de las cosas es lógico que el punto central en vibración del cual emana el Universo tenga que supeditarse y depender de unos arquetipos geométricos o arquitectónicos, por medio de los cuales el Demiurgo construye, geometrizando, el Cosmos.

Este punto en vibración que es la puerta de entrada a la Unidad, al Uno sin segundo, está condicionado por los arquitectónicos de la manifestación.

Estos condicionamientos necesarios para la organización de la materia, ya sea sutil o sustancial, se estructuran básicamente por una cruz y un cuadrado que la contiene.

Son igual que el cuadrante original de los mitos fundacionales, que recogen para la Tierra la misma estructura mental que se determina por el croquis celeste. Recordemos el mito fundacional de Roma cuando Rómulo traza con el arado el cuadrado esencial sobre el que se asentará la futura ciudad, y que más tarde recogieron los Castros romanos con su estructura cuadrangular dividida por una cruz en la que convergían el *cardo* y el *decumano*, que a su vez conducían a las cuatro entradas del Castro orientadas generalmente hacia los cuatro puntos cardinales, y en cuyo centro se encontraba la *piedra fundacional*, el ara o la pira, donde se narra que Rómulo quemó el arado con el que marcó los límites y que, en definitiva, estaría representando el punto en vibración de donde todo

partió y al cual todo regresa para consumirse en él, como en el mito que recogemos lo hace el arado.

Este jardín primordial es como un Castro, como una fortaleza, un jardín cerrado. Sus puertas están vigiladas porque no son las puertas del cielo sino su antesala. Este es un jardín censurado, al que se entra por asalto, del mismo modo como se conquista un Castro, no en vano la materia nos enseña cómo debemos trabajar en lo celeste.

Todo vibra, todo se conquista, todo es un combate celeste. En los antiguos Misterios de Mitra se recordaba al neófito que *“el paraíso no se mendiga, sino que se conquista por asalto”*, y ésta es una clave.

El paraíso está abierto, pero su antesala está vigilada y, curiosamente, el vigilante del jardín no es otro que tú mismo: en esta paradoja está el secreto.

Eres tú quien te prohíbes a ti mismo la entrada en un paraíso que está abierto; tú lo crees cerrado porque el yo que prohíbe es de momento más fuerte, pero sólo será así hasta que el yo que conquista se haya convertido por esfuerzo en su igual. Entonces, para ninguno de los dos habrá puertas que impidan la entrada, ya que el jardín nunca estuvo en realidad cerrado.

Así, conociendo que el paraíso te pertenece y que eres solo tú quien ha cerrado sus puertas, la voluntad del Ser te llevará al jardín, pues tu fuerza romperá las barreras y serás algún día un grano más en la granada, serás Uno en la Unidad.

## JARDÍN CELESTE/ HUERTA TERRESTRE

### El jardín celeste

Aquel que haya logrado entrar en el jardín cerrado, antes de llegar al punto que une la cruz en movimiento y ser uno con el todo, habrá de saber que tendrá que ser un buen agricultor, ya que sería estéril partir sin dejar frutos.

El Gran Arquitecto que lo diseñó recogió en el jardín los elementos primordiales, las formas básicas de la creación, con el fin de que el conquistador encuentre en él su última enseñanza.

El largo aprendizaje que le llevó a entrar en el jardín le ha hecho fuerte, pero ahora deberá conocer el porqué de esa fortaleza.

La Divinidad es una fuerza tremenda y en su amor, lejos de reblandecerse, es más fuerte aún porque une los seres y los mantiene unidos, por lo cual todo lo que se acerque a la debilidad se aleja de la Divinidad.

Se trata de una necesaria fortaleza global, de una voluntad inquebrantable, de una mente sólida y de un corazón justo.

El amor del Demiurgo es vigor y energía, y sólo con amor y energía lo podemos amar y estar junto a Él.

Por ello el jardín celeste, la antesala del Señor del Gran Poder, es un jardín cerrado. Dicen las tradiciones que sus puertas están guardadas por seres alados con espadas de fuego.

Es el jardín de los héroes, de los poetas y de los místicos, donde los héroes tienen espadas flamígeras, los poetas plumas de fuego y los místicos el corazón encendido. Al fuego se llega por el fuego.

En este jardín celeste hay que aprender a conocer la naturaleza de lo ígneo, saber cultivar las plantas que en él crecen y reconocer la Naturaleza en sus flores y en sus frutos.

Los antiguos egipcios reconocían una ley que determinaba las similitudes del arriba y del abajo, de lo celeste y de lo terrestre, en el adagio de *“así como es arriba es abajo, y así como es abajo es arriba”*.

Del mismo modo, el jardín celeste tiene una parte que pende de arriba y otra que se manifiesta hacia abajo. En ese “arriba” del jardín se encontrarán las claves primordiales, accesibles a aquél que haya podido penetrar en el jardín celeste, y en el “abajo” habrá que buscar los frutos que a la puertas del jardín nos hagan comprender, como en el “Jardín de las Hespérides”, las esencias divinas a las que aún no hemos tenido acceso y que debemos conquistar.

### La huerta terrestre

El jardín celeste, en su manifestación terrena “hacia abajo”, es una huerta cuyos frutos despiertan la última nostalgia y nos otorga los bríos necesarios para afrontar la conquista.

Como toda huerta, los árboles frutales que allí crecen necesitan de la tierra donde asentar sus raíces, de la savia y el agua que vivifica a la planta y del aire que transfiere el polen, sin olvidar que la flor es la raíz del fruto donde se deposita el fuego de la planta.

Éste es uno de los enigmas de este jardín celeste convertido en huerta terrestre, su clave de fuego, pues sella y a la vez abre las puertas, clave que también se encuentra en la flor y en el fruto, ya que la flor es hija del jardín y el fruto es hijo del huerto.

El sabio jardinero debe ser también un buen hortelano, ya que aquel que sabe rasgar el velo del cielo debe saber rasgar la tierra para provocar en ella el surco fecundo.

Son los frutos que naciendo de las flores del cielo, del jardín celeste, deben ser

arrojados a la tierra, al huerto terrestre, con el fin de que el caminante encuentre la guía de su propio equinoccio, es decir, del punto que le lleva al centro, del sabor de la fruta que le hace intuir la flor. La naranja dorada huele a azahar.

Las obras que los sabios -sean héroes, poetas o místicos- van dejando en el mundo tienen el sabor del paraíso anhelado, que no por oculto está perdido y no por difícil está cerrado.

El sabio que es hortelano no realiza otra cosa que un gesto de gratitud y de justicia al otro hortelano que, antes que él, le ofreció aquel fruto que le llevó al jardín, como el arquitecto que antes ha sido albañil, o el fraile que antes ha sido cocinero, como nos recuerdan las tradiciones populares.

En definitiva, la flor y el fruto son una cadena natural que nos lleva al fuego, como el aprendiz que llega al maestro y ambos al Conocimiento.

## UNIVERSO CIRCULAR/ JARDÍN EQUINOCCIAL

### El universo circular

Si el Universo es infinito, es posible que así sea porque es circular, donde no hay principio ni fin, sino que como en el *uroboros*, la serpiente que se muerde la cola, en el principio está el final, en el *alpha* está el *omega*.

De este modo, el Universo es esférico y así también las cosas y los seres, en su grado más evolucionado, en el decir de Platón, serán esféricos.

Esferas dentro de otras esferas, como una suerte de armilar, y en el plano círculos concéntricos. Un universo circular, donde todo se encuentra interrelacionado.

A partir de la esfera y de un punto central en vibración surgirán rectas que combinadas den lugar a las formas vibratorias de las que emana la creación.

De este modo, la combinación de rectas que da lugar a los sólidos primordiales oculta la esfera que se desplaza en el Universo, para dar lugar al prisma como punto de salida o de entrada a la esfera.

Ello no quita que detrás de toda combinación de rectas, por más compleja que se nos pueda presentar, subyace siempre el sentido esférico de la raíz de todas las cosas, y en el plano la cuadratura del círculo.

Si el Universo es circular, en alguna parte de él, circunscrito en él, se encontrará nuestro círculo como reflejo-raíz del origen en el todo de la manifestación.

Nuestro Ser tendrá un círculo interior que nos conecta con la raíz y a su vez con el Universo.

Ese punto de encuentro habrá que buscarlo en el jardín interior que, en ese momento, se convierte en un jardín equinoccial por donde "pasa el Universo".

## El jardín equinoccial

El jardín interior se dibujaba como un Castro, como un cuadrado partido por una cruz, y es en el punto de intersección de esa cruz donde, haciéndola girar, podemos encontrar el círculo enmarcado en el cuadrado.

Es la cuadratura del círculo la que nos permite hacer del jardín celeste un jardín equinoccial, que haga de intersección y de reflejo en nosotros del Universo circular.

Esa tangencialidad que puede llegar a colocar nuestra conciencia en el círculo o en el cuadrado, en la esfera o en el cubo, determina la bipolaridad y la contradicción permanente de nuestro Ser, anclado en la tierra pero con las velas infladas en el cielo.

Por el jardín equinoccial, por el círculo que genera esa cruz en movimiento, que al ser ígnea se incrusta y consume al cuadrado, colocamos nuestra conciencia en el Universo todo y somos uno en el paraíso buscado.

De la huerta al jardín, del jardín al punto medio, del punto medio al círculo, del círculo al todo y del todo al Uno.

Por ahí está el camino de regreso que nos conduce, de raíz en raíz, a la raíz de todas las cosas.

## UNIVERSO "INTERIOR" / JARDÍN "INTERIOR"

### El universo "interior"

Este universo circular, además de ser una esfera tendrá, como tal, un interior y un exterior; y como tal puede emanar hacia fuera o hacia dentro.

Si su manifestación fuera externa, los entes manifestados al colocarse fuera de la esfera alterarían no sólo su forma sino también su propia completura.

Tal como ocurre en la vida terrena, la manifestación de la vida hacia fuera crea un nuevo ser que en el caso de un universo circular y esférico implicaría otra realidad distinta a la que estamos analizando.

Se crea hacia fuera, pero se emana hacia dentro. Nuestro universo, en este grado, es un universo que genera dentro de sí un universo ontogénico que crea hacia el interior.

Es en su interior donde admite las formas circulares como los granos de una granada. Todos constituyen el fruto y el fruto completo es la colocación exacta de todos sus granos, pues de lo contrario se parcializaría la granada.

Si la raíz de todos los seres es esférica, todas las esferas de la totalidad de lo

manifestado constituyen el universo esférico-circular.

Las formas a que dan lugar las rectas y las aristas, a partir del cubo-cuadrado primordial, no pertenecen a la esfera, al universo circular, ya que lo niegan, lo distraen, son el resultado del juego de las formas en una llamada realidad externa al universo circular. Se mueven en la capa externa de la esfera ocultando a ésta, al universo circular.

El universo circular es un universo "interior" que se manifiesta en el seno de la propia esfera. Se trata de un universo introspectivo al que se puede acceder sólo por introspección, donde todo camino externo es un camino fallido.

### El jardín "interior"

Ese jardín cerrado, huerta terrestre o jardín equinoccial, donde se cuadra el círculo, es un jardín "interior".

El jardín de cada ser no está fuera sino dentro de sí mismo. Sólo profundizando en las "simas profundas" de nuestro ser interior llegamos a la "cima más elevada" de nuestra Voluntad divina, ya que sólo descendiendo logramos ascender.

Es la *katábasis*, el descenso a nosotros mismos, lo que nos lleva a las puertas del jardín cerrado que debemos conquistar por asalto una vez probado el fruto de la flor celeste.

Por los profundos laberintos de nosotros mismos, en nuestro interior, está el camino de regreso a casa, a las fuentes, que no es otro que la puerta de entrada al jardín interior, al jardín celeste que abrirá sus puertas para llevarnos al paraíso.

Nuestro círculo, nuestro jardín circular, es uno de los círculos concéntricos que hacen al universo circular. Cuando nos integramos en ese punto es que hemos llegado, somos el Universo y podemos comprender cómo en el Todo con todos somos Uno.

El mismo acto de amor, de energía y de vigor que nos llevó hacia dentro, es el mismo acto de amor como fuerza y gratitud que nos hace arrojar el fruto fuera del jardín, para que un próximo caminante pueda embriagarse con la nostalgia del Conocimiento y tomar por asalto su propio jardín "interior".

Estos frutos son las obras que los sabios dejan en actos, letras o plegarias y que orientan al peregrino desvalido en su camino de retorno.

En todas partes hay frutos del jardín celeste que hay que saber encontrar en la maraña de la vida.

## Libro Cuarto

### EL UNIVERSO PARADÓJICO

#### *En torno a la paradoja*

**T**al como se desprende del griego, la paradoja (*paradoxos*) sería aquello que es contrario a la *doxa*, a la opinión común; el prefijo *para* nos percata que se trata “fuera de”; es decir, más allá de lo que la mayoría de las gentes entiende o cree.

De tal modo, paradoja (*paradoxos*) implica, como concepto, la posibilidad de pensar con criterios distintos al común de los mortales. La paradoja nos permite analizar la opinión general y revertirla, ganar en posibilidades sin constreñirnos a lo que entiende el vulgo.

La paradoja puede convertirse así en un excentricismo intelectual que nos permita fugarnos del centro neurálgico de las opiniones, con el fin de poder reencontrar en la contradicción la esencia desdibujada de las cosas (el *nous*).

De tal modo, la contradicción por medio de la paradoja no niega sino que contrapone realidades y sintetiza posibilidades que pueden brindarnos puntos de encuentro en su aparente fractura.

Si reflejamos nuestra imagen en un lago la veremos invertida, y si en tales circunstancias no conocemos otra realidad nos identificaremos sólo con la imagen inversa, que es un trozo incompleto de nuestra realidad manifestada.

La imagen en el lago es real en la medida que se manifiesta, pero no deja de ser especular e inversa. Sería paradójico ante un grupo de seres que no conoce más que su reflejo, aportarles la idea complementaria y contradictoria de la otra parte de su realidad que por proyección se dibuja en las aguas del lago. Ese nuevo aspecto de su existencia, externo al lago, tampoco les brindaría el esquema completo de su realidad, pero al menos completaría la estructura básica de

su manifestación en base a dos contradicciones que, lejos de oponerse como aparentan, se unen.

Por tanto, la excentricidad de la paradoja permite contemplar desde fuera una manifestación que también puede conocerse en sentido inverso, en donde ambas partes quizás no sean más que reflejos contrapuestos de otra realidad que las supera.

De este modo, la paradoja es un camino inverso que implica una asimilación y una síntesis, al contrario de lo que se pudiera pensar como pensamiento discordante. En definitiva, con la paradoja completamos el universo sensible.

### El principio de reflexión

Según este principio, todo lo que se manifiesta en la materia tiene la capacidad de reflejarse en la misma materia.

Las cosas cuando llegan a su completura, cuando se sienten en un determinado nivel de perfección, tienden a reflejarse a través de la generación o del reflejo de su propia imagen. Es lo que Plotino llamaba *el principio de generación de lo perfecto*.

Esa necesidad de expansión se determina por un desbordamiento del Ser generador que busca expandirse en su perfección o, al menos, en el grado de perfección posible para cada ser según su nivel evolutivo.

Así, ese principio según el cual las cosas evolucionadas necesitan reflejarse, daría lugar a un proceso de expansión y manifestación permanente que generaría un reflejo tras otro reflejo constituyendo, en su aparente totalidad, el mundo de la manifestación.

Estas manifestaciones reflejadas, que han partido todas de un tronco común, mantendrán su capacidad de reflejar en la medida de su luminosidad y a partir del centro emisor en el corazón del Ser. Después, esas formas irán perdiendo nitidez como consecuencia del alejamiento de su centro donde, cada vez más, primará la opacidad sobre la luz.

Al igual que en el mito de Narciso, cabe también el engaño de que el objeto generado no sólo le confunda por su reflejo con la totalidad de su Ser, sino que también le haga caer embriagado por su belleza.

Mientras se genera por expansión, por generación de lo perfecto en el decir plotiniano, es decir, *“por sobreabundancia y sin merma del objeto generador”*, la creación es un reflejo procesional del Ser y, a pesar de su alejamiento de la fuente, mantiene un reducto de su capacidad de Ser. De ese modo nada se detendría hasta los límites circulares del espacio, en donde todo tendería a

regresar al punto de origen, pero en el momento en el que se produce el embeleso, el reflejo se recrea sobre sí mismo y entonces agota su aparente perfección sin expandirse.

A partir de ese momento pierde su capacidad de reflexión y su impulso generador hasta que, por el desgaste de la materia, las formas se opacan olvidando la capacidad del Ser y aniquilándose, antes o después, en la nada de la manifestación.

El reflejo en el lago existe porque hay otra realidad que lo refleja desde fuera del lago. A su vez, este reflejo proyecta una sombra en el fondo, que nace del primer reflejo original; pero si éste desaparece, si desaparece la causa motora, el reflejo en el agua y su capacidad de generar una sombra desaparecerán también y sólo quedarán las aguas frías del lago.

Todo el proceso de la generación está íntimamente ligado al origen, y cualquier olvido de la causa nos aborta en la materia.

### El principio de inversión

En un sistema circular las cosas podrán manifestarse hasta el momento en el que comienzan a retornar. Por ello, todo necesita manifestarse hasta el extremo y todo, necesariamente, retornará desde el extremo. De ahí que el proceso de reflexión deba ser completo, así como el proceso de inversión hacia el origen también debe serlo.

Un reflejo cegado en su aparente completura por el embotamiento en la imagen, como en el señalado mito de Narciso, detiene el proceso y lo hace estéril. De ahí, la necesidad de no detener la marcha en reflexión de los distintos planos de generación, con el fin de poder coger el camino inverso en el punto de su mayor énfasis.

De tal manera, el principio de generación de lo perfecto llevará a las cosas a manifestarse en la medida de su perfección posible, hasta que el alejamiento del origen, o la opacidad del medio, indiquen al generador la incapacidad de poder seguir generando ante el peligro consciente de perder la imagen en la nada. Ese es el "instante preciso", el *Kairos* de los clásicos, la "oportunidad que no debe escapar", en el que surge en la memoria de la especie el anhelo de recordar la figura del origen, la imagen original.

Sin embargo, por el efecto de la distancia, la única referencia posible en el marco de su grado evolutivo, en relación con la imagen del origen, será la referencia al Ser que lo generó. De tal manera que será el "progenitor" la imagen del origen que cada ser tiene a su alcance para emprender el camino de regreso hacia la "memoria del origen". Así, en la metáfora utilizada, la sombra en el

fondo del lago mira a la imagen reflejada en su superficie, y ésta se “vuelve” hacia su origen en la figura fuera del lago.

De este modo, en la búsqueda del recuerdo de la nitidez original, las cosas desde la opacidad de la materia emprenden el camino de regreso a la forma original a través del espíritu que le lleva al Ser-origen.

La forma que les generó no ha desaparecido, simplemente fue olvidada.

Esa sobreabundancia del Ser que le llevó a manifestarse por expansión en el reflejo de sus propios reflejos, cuando llega al punto de opacidad en el que la carencia de luz ya no genera formas, hace surgir en nosotros la nostalgia del origen para que no nos perdamos en la nada oscura de la materia.

En el proceso de inversión surge una paradoja, ya que en el rescate de la forma que se pierde en la oscuridad se impulsa el regreso a los orígenes que nos lleva a la forma primigenia, pero ésta, en lugar del acceso a la forma, nos brinda el acceso a la esencia. Por tanto, en la irónica paradoja de la manifestación, la búsqueda de la forma, cuando su factible perfección se agota en la opacidad de la materia, por un proceso inverso de regreso nos lleva al arquetipo formal y al espíritu que inspiró a ese arquetipo.

## El universo complejo

El Universo, como tal, en su manifestación presenta la complejidad de todo lo creado y ese juego de reflejos hace que su expansión se asemeje a lo infinito en el marco de un movimiento circular.

Como en el caso del lago al que hicimos referencia, las cosas para reflejarse necesitan de una pantalla sobre la que, al proyectarse, se van reproduciendo como ya apuntamos, por sobreabundancia y sin merma de su generador. Es decir que cuando reflejamos nuestra imagen en el lago no perdemos nada de nuestra completura, lo mismo que le ocurre en su nivel a la imagen de la superficie cuando se refleja sobre el fondo; lo que únicamente se va perdiendo es definición y luminosidad.

Para que la reflexión se produzca se hace necesaria una profundidad en la que se encuentren niveles de materia reflectante, como el ejemplo del lago, que reproduzcan las sucesivas imágenes. De tal modo, el sujeto generador no podrá reflejarse “hacia arriba”, es decir sobre el aire, pues como en el símil que hemos buscado para intentar explicar el proceso, deberá reflejarse “hacia abajo” en las aguas (de la materia) y en las profundidades del lago, entendiendo el “abajo” como un mirar hacia “dentro” a la hora de crear y generar buscando un vientre propicio.

Si en este proceso generativo la complejidad de las imágenes, por reflejo, genera más imágenes, éstas se irán combinando en un universo articular y complejo, produciendo innumerables reflejos que dejarán de parecerse por completo a la figura original, perdiendo definición y luminosidad.

En el marco de esta indefinición y de la opacidad degenerativas, en la medida que nos alejamos del foco proyector, la combinación progresiva de formas más el efecto de la penumbra dibujarán en el “fondo del lago” (de la materia) un universo que en nada se asemeja al Universo original.

Este es el plano en el que se mueve y desenvuelve nuestro conocimiento y nuestra conciencia. La versión que nos hemos hecho del Universo se basa en un cierto error de concepción que nos hace pensar que toda expansión reproductora se hace hacia el exterior, y en lugar de buscar las claves del enigma en la profundidad la buscamos en la superficie exterior de las cosas.

Miramos hacia las estrellas desde nuestro planeta como si estuviéramos mirando hacia fuera y ello nos hace ver sin entender.

Nos ocurre algo parecido a lo que pudiera sucederle a la imagen reflejada en la superficie del lago, cuando al mirar su sombra en el fondo pensara que está mirando hacia fuera y no hacia dentro.

Quizás el Universo se expanda por dentro en una complejidad articulada de combinaciones manifiestas.

### El universo paradójico

Si, como decíamos, la paradoja completa la realidad de las cosas, deberíamos buscar una comprensión excéntrica de la expansión del Universo.

Si el Universo se expandiera dentro de la esfera que lo contiene, los límites supuestos que se encuentran en el borde interior de esa esfera harían infinita cualquier expansión, pues al llegar al borde circularía sobre la concavidad de la esfera.

Este Universo, en su paradoja, es cóncavo; la concavidad le hace interno y le contiene, pues al hacerse exterior se desintegraría en lo que para su esencia sería la nada.

Quizás nuestro universo paradójico gira en el interior de una esfera y es, como decíamos, en las concavidades de la misma donde se hace infinito.

La paradoja está en la virtud de completar la realidad haciendo comprensible el hecho de que el acto de expansión, en su apariencia externa, es una expansión lumínica que genera formas en los contornos oscuros de la penumbra hasta desgastarse en los límites, a menos que esa conciencia expandida encuentre el punto de retorno necesario hacia el origen y le permita regresar habiendo dejado la impronta del Ser en los confines.

La paradoja está también en que habrá que saber unir las contradicciones, no en una distorsión sino en una completura que, lejos de llevarnos por la vía de un engaño en la parcialidad, nos permita unir los trozos del enigma para que, en este universo complejo y paradójico, encontremos el paradigma que nos revele el Ser.

Un Ser que se hace a sí mismo desde dentro y hacia dentro.

## Libro Quinto

### LA COLUMNA DE LUZ

#### La raíz lumínica de todos los seres

**P**odríamos decir que la raíz de todas las cosas es la luz. Una luz que desciende a través de la progresiva manifestación hasta ocultarse en la materia, de tal modo que el fundamento último de toda manifestación es luminoso; *“la Luz es la sombra de la Divinidad”*, como nos recuerda un proverbio medieval.

A parte de este fondo luminoso de las cosas, la luz provoca en el calor de la creación la llama productora de lo manifestado. De ahí la relación permanente que encontramos entre la luz y la llama.

Dentro de esa llama primordial se contienen los siete rayos que se convertirán, posteriormente, en los siete principios de la Naturaleza.

Esa Luz Primordial que surge de las tinieblas del Caos contiene en sí misma todas las cosas. Es la potencia y, por tanto, la raíz sustancial de todo lo que será.

La importancia de la luz en la manifestación es su relación con el *Theos*, con la Inteligencia divina, que permite ordenar el *Caos* en un *Cosmos* organizado.

En aquella luz primordial se encuentra el impulso productor que en Tíbet se ha llamado *fohat* como expresión de una fuerza vital que resulta ser, a la vez, el productor y el resultado. Se trata de una potencia activa, de carácter masculino, que surge en el seno de una potencia reproductora femenina que es el vientre de la Naturaleza y que permite el acto y la producción del Arcano en la materia.

Del mismo modo que la luz transmite el calor a través del fuego, este principio activo impulsor determina la esencia de la electricidad cósmica y sus manifestaciones en la energía eléctrica, como un poder que construye y destruye permanentemente en el proceso de la expansión universal.

Como nos legara en sus enseñanzas la pensadora rusa H.P. Blavatsky, existen dos momentos para el impulso vital de *fohat*: una función en el universo aún no manifestado y otra función en el universo fenomenal y cósmico.

Existirá por tanto un impulso vital en potencia, que es un poder creador aún abstracto y que nada produce todavía hasta que el nómeno de todos los fenómenos futuros se divide, y que luego vuelve a unirse, como ocurre en un prisma, para producir un hierosgamos que da lugar al primer rayo creador.

En cambio, el otro aspecto de este impulso se manifiesta como el oculto poder electro-vital de todas las cosas manifiestas que, por voluntad del *Logos* creador, une y combina las formas otorgándoles el impulso primigenio.

Esa voluntad de ser que aparece a través del *Logos* se traduce como Ley en las cosas manifiestas y determina las normas del primer orden.

Al descender a las cosas y a los seres se expresa como la fuerza activa en la vida universal o sea en el principio animador que electriza cada átomo haciéndole entrar en la vida, permitiendo la producción de un lazo que une las energías cósmicas de los planos invisibles y de los visibles.

Es el lazo misterioso que une el espíritu con la materia, es el fluido eléctrico universal, electro-vital, que une al sujeto con el objeto y permite establecer un puente. A través de este puente o columna, las ideas del pensamiento divino se imprimen en la sustancia cósmica como leyes de la Naturaleza.

Este impulso se convierte así en la potencia directriz de la manifestación, ya que, penetrando en el seno de la sustancia inerte, la impulsa hacia la actividad y orienta sus diferenciaciones de carácter primario en cada uno de los siete planos de la conciencia cósmica como siete rayos, y más tarde como siete principios.

De tal modo que los aspectos secundarios de este impulso lumínico y electromagnético nos llevan a la determinación de todas las cosas que, a su vez, se reencuentran en el primer principio del *fohat* universal que nos conduce a la Seidad absoluta.

### La opacidad en el mundo

Habría que diferenciar, al menos intelectualmente, entre tinieblas y opacidad, con el fin de poder entender el proceso diferencial entre los distintos grados de luz en la conciencia del ser humano.

Las tinieblas o la oscuridad determinan con su contraste la relación con la luz. Se ha dicho, en este sentido, que en las tinieblas se encuentran los progenitores de la luz.

La luz que llamamos primordial procede de una causa anterior a ella que ha dado en llamarse, por oposición, la oscuridad primordial. De este modo, las

tinieblas son la eterna matriz donde aparecen y desaparecen los orígenes de la luz, de manera que nada se añade a las tinieblas para hacer de ellas la luz, ni nada a la luz para hacer de ella a las tinieblas.

Desde un punto de vista óptico, y que puede entenderse como un reflejo de lo trascendente, la luz no es más que un modo de ser de las tinieblas, y por la misma razón otro tanto ocurre con la oscuridad. De tal manera que la luz y las tinieblas son dos estados permutables entre sí.

Si admitimos que es a través de la luz y de sus manifestaciones en rayos como discurre la creación en el juego de las luces y las sombras, más allá de la luz y de las tinieblas estará como nómeno del fenómeno de los claro-oscuros (dioscuros) la oscuridad absoluta, o también podríamos decir la luz absoluta.

En realidad, la esencia de todas las cosas es luz y tinieblas asumidas e indiferenciadas entre sí, ya que la diferenciación sólo aparece en la mente de los seres humanos.

De tal modo, dice la Tradición que las tinieblas se iluminaron para hacerse visibles, y al asumir la iluminación con el fin de visualizarse provocaron la creación.

En la Esencia, la luz absoluta es oscuridad absoluta y viceversa, imperando en la mente del Universo una u otra, según se encuentre en estado de reposo o en estado de expansión; como se señala en oriente, en *pralaya* o en *manvántara*.

En cambio, la opacidad habría que vincularla exclusivamente en su relación con la materia. En la medida en la que la conciencia de los seres se asienta de manera indefinida y persistente en la materia, esa conciencia que es intrínsecamente luz y energía se va cubriendo por los velos propios de la opacidad material. Va perdiendo brillo, fulgor y, por falta de identificación con lo que “no Es”, va olvidando su origen lumínico.

El mundo, en la medida de su materialidad, es opaco y sólo brilla con la luz prestada por reflejo del espíritu. Es un cuerpo letárgico, especular que, como la Luna, brilla con una luz que le es ajena. Su fuego es fatuo y, por tanto, se cierne en el abismo.

Por ello, en nuestra mente no deberíamos confundir opacidad con tinieblas, más allá del juego adverso que provoca el idioma sobre el lenguaje, ya que habría que considerar a las tinieblas como un grado de la luz, como una ausencia primigenia o final, según se quiera, de la luz y, por el contrario, la opacidad como una negación radical y progresiva de la luz.

Como nos recuerda Plotino, la materia es la negación total del Uno-Bien, y por tanto la negación absoluta de la luz. De ahí que el camino de la conciencia es buscar la luz, salir de la opacidad, incluso por el camino de la oscuridad como en la caverna de Platón, buscando el Sol más allá de las sombras en el plano de la ignorancia.

De tal modo que la cuestión del regreso de la conciencia al Ser no se imposibilita o se retrasa por los matices de la luz, o si se quiere de su tenebrosidad, sino por la opacidad que genera el asentamiento en la materia.

### La iluminación

Es el Amor que se esconde en cada átomo el que recoge el sentido del Amor divino. En el *fohat* que impulsa al átomo se encuentra el poder eléctrico de la afinidad y la simpatía que intenta unir el rayo inseparable de lo absoluto con el Alma del mundo, constituyendo ambos la mónada del ser humano y de la Naturaleza como principio inalterable del Ser de todas las cosas.

El Amor es un fuego que surge por la vía del corazón y provoca la luz necesaria para ver en el interior de la caverna. El corazón se convierte, así, en una caverna luminosa que irradia la luz necesaria a la mente de los seres humanos.

Por el contrario, sin amor o con un amor dirigido a la materia opaca y no al espíritu luminoso, esa caverna se oscurece y no brinda luz a la vía de la cabeza o de la mente.

El fuego encendido en el corazón es el punto de partida que nos permite elevar nuestra columna de luz hacia la cabeza y continuar el puente hacia arriba.

El fuego, según nos enseñan las antiguas tradiciones, es el reflejo más perfecto y menos adulterado, ya sea en el ámbito terrestre o en el celeste, de la Llama unitaria y primordial.

El fuego es, por tanto, una sustancia, una hipóstasis divina. Es el símbolo, en el mundo, de la absoluta Divinidad e implica la presencia de la Divinidad en todas las cosas.

Los cabalistas han hablado de un Fuego blanco, oculto, que irradia noche y día, tanto del macrocosmos como del microcosmos, y que nunca se ve. Como una fuerza vital y eléctrica que se encuentra en todos los planos, el impulso electromagnético del que hemos hablado.

Así, este fuego será fluido en el aire, líquido en el agua y sólido en la tierra. De ahí que se haya recordado por los alquimistas medievales que el fuego no es sólo el origen de los átomos materiales, sino también el receptáculo de las fuerzas psíquicas y espirituales que le imprimen energía. De tal modo, como dijera Fludd, *“el fuego contiene una llama visible, una llama invisible y un espíritu”* y agrega que, como tal, se manifestará a través de cuatro aspectos. Por un lado, brindará calor, lo que lo relaciona con la vida; por otro lado dará luz, que implica la capacidad de ver, discernir o entender; seguidamente lo vincula a la electricidad como sustrato molecular y, finalmente, a la Esencia sintética por encima del Espíritu, como causa radical de su existencia y manifestación.

De tal modo, cuando una llama se extingue en el plano objetivo no ha hecho más que pasar del mundo visible al invisible y, por tanto, sigue existiendo.

Ello también implica que en el corazón del ser humano descansa latente el fuego, con la expectativa de poder irradiar su luminosidad por el acto ascendente y vertical de la columna de luz.

Es ese fuego viviente al que han hecho referencia los Rosacruces para designar a la Vida Única que anida en todos los seres, y que en todas las tradiciones se ha simbolizado con el Sol o con un corazón en llamas.

Como se decía en la mítica Luxor del antiguo Egipto, cuyo origen etimológico lo encontramos en las raíces *lux* (luz) y *aur* (fuego), el ser humano y todo el Universo es un templo de luz del Fuego divino, en el que hay que descubrir su ara en el fondo del corazón para encenderlo y lograr la iluminación del Ser.

### La comunicación lumínica

A través de la columna de luz comunicamos nuestro ser manifiesto con el jardín interior y el Universo. La luz que proviene de una fuente común y única comunica el mismo fuego y el regocijo de la misma esencia.

Esa columna de luz que se eleva por voluntad y amor desde el corazón y la cabeza (de ahí que las tradiciones orientales hablen de dos vías: la vía del corazón y la vía de la cabeza) hasta el origen de todas las cosas.

Es el “Yo Soy en la Luz, Yo Pertenezco al Universo y Yo Obedezco a la Divinidad” de los antiguos Misterios iniciáticos.

Esa columna de luz va ascendiendo y nos conecta, en primer lugar, con nosotros mismos y luego con toda la humanidad, con todos los seres y las cosas del Universo y, en la medida que se desarrolla, nos inserta en la Divinidad.

Es decir que no sólo representa la comunicación con nosotros mismos, sino con todo lo manifestado. En esa columna no está sólo la luz, sino también el fuego y el calor necesarios para acometer el empeño de la iluminación interior.

En este empeño hay que evitar el juego de las luces aparentes que sólo engañan al caminante interior, la luz fatua de lo material que distrae reflejando lo que no posee, o la luz sidereal de la que hablaba Paracelso, en la que se recogen las malas influencias y los humores de la humanidad.

No es en esos planos inferiores donde hay que buscar la luz porque en ellos se da una luz espesa y no traslúcida, una luz que impide la visión final de la Divinidad y retrasa y confunde el camino de retorno por la vía vertical de la columna de luz.

Es necesario pasar por las regiones grises como quien pasa por el jardín desde

la verja de hierro hacia la mansión que nos espera, sin detenerse a contemplar las flores del sendero, porque ellas, en su aparente belleza, son efímeras y engañosas. Puede ocurrir que, distraídos en sus parterres, caiga la noche en el alma y ya no sepamos encontrar el camino que nos conduce a la mansión soñada. Como dicen los textos tibetanos de la *Voz del Silencio*, del *Libro de los Preceptos de Oro*, “*cuídate de las flores del camino pues en cada una de ellas hay una serpiente enroscada*”.

La columna que construyamos con nuestra voluntad y nuestro amor a lo Divino debe ser vertical, y no ondular entre la luz del mundo y la luz sideral.

Es la Luz primordial la que se debe buscar, como con ansiedad y ahínco busca el ciprés la luz del Sol.

## Libro Sexto

### LA CAMPANA PROTECTORA

#### Sistema de protección

##### *El esfuerzo*

**T**odo esfuerzo, para poder realizarse, necesita de las reservas apropiadas que le permitan encontrar los elementos para llevar a cabo esa “sobremedida” que todo esfuerzo supone. Esas reservas implican un superávit sobre lo que normalmente se posee.

Un ser humano al que podríamos catalogar como habituado a lo cotidiano es incapaz, por la propia naturaleza de las cosas, de mantener junto a su actividad normal un sobreesfuerzo que le permita ascender a grados de comprensión y discernimiento que requieran, por sus condiciones, un desgaste suplementario psicológico y físico.

De este modo, necesitará no sólo una fuerte dosis de voluntad, sino también una gran cantidad de fuerza física y psicológica.

Como bien es sabido, todo organismo que reclama más energía para realizar una tarea, si no conoce los modos para reciclarla, llegará un momento en el que agotará no sólo sus energías propias y habituales sino también aquellas que haya acumulado para realizar el esfuerzo.

Es indudable que, tal como se recoge en las antiguas tradiciones, todo acto inegoísta representa una permanente fuente de renovada energía, pero lamentablemente, el individuo cotidiano que desea emprender un salto hacia su propio Yo superior se encuentra al comienzo del intento demasiado marcado aún por las circunstancias que le determina su yo personal, es decir, su pequeño yo todavía influido por el egoísmo de la separatividad.

Para realizar cualquier acto suplementario va a necesitar fuerza además de voluntad. Por tanto, necesitará buscar y estructurar los elementos con los que pueda organizar un sistema de protección, con el fin de aprender a administrar la energía necesaria con la que pueda acceder a los más elevados y recónditos niveles de su propio conocimiento.

No resulta fácil para la conciencia de un ser humano normal ir de la opacidad de la materia a la luminosidad del pensamiento superior, y de allí a la Luz.

Ese esfuerzo de comprensión y de aprehensión no sólo requiere de una gran calma psicológica, sino también de una sólida salud corporal y de una capacidad de adaptación de sus propios pensamientos, que van dejando la penumbra y se van acercando a la luz en el laberinto de su mente.

Este esfuerzo no es sencillo y requiere de una preparación especial, así como de un sistema de apoyo que le permita estar y sentirse fuerte ante los efectos de la incertidumbre, de las dudas, del cansancio, del desgaste o de los repetidos fracasos que surgen como pruebas en el áspero camino de la ascensión, como nos recuerdan los latinos: *per aspera ad astra*.

### Los elementos del sistema

Habría, por tanto, que destacar tres elementos que resultan básicos para emprender la marcha ascensional.

Curiosamente para lo que pudiera pensarse, el primero de ellos es la salud, la fortaleza física, en particular para los primeros peldaños del ascenso. El cuerpo es un instrumento al servicio del yo espiritual, pues constituye en su estructura el conjunto de herramientas que permiten fabricar la peana sobre la que ensartaremos el mástil de nuestra ascensión.

Un cuerpo débil distrae, aqueja, limita las posibilidades de realizar saltos en el espacio de nuestra mente.

Ello no quiere decir que el cuerpo no nos brinde excepciones y trampas. Una gran voluntad con un físico endeble puede, sin embargo, hacer maravillas en el pensamiento cuando logra superar las limitaciones que le impone su costra material o incluso, en algunos casos, un cuerpo enfermo puede servir para desinteresarse con mayor celeridad por el mundo de las cosas sensibles. Por el contrario, un cuerpo excesivamente fuerte y trabajado puede llegar de tal modo a distraer la voluntad, que ésta incline la mayor parte de su impulso a cultivar la cáscara corporal.

Cuando nos referimos a un ser humano cotidiano estamos haciendo referencia a aquel que, desde la normalidad, intenta buscar el equilibrio de sus faculta-

des con el fin de lograr salir de la vulgaridad, donde la voluntad y la fuerza son esas facultades de la aspiración ascensional.

Además, hay que observar que al referirnos al ser humano cotidiano no lo estamos identificando con el ser vulgar, ya que éste es aquel que también sumido en la cotidianeidad, en el juego de las horas y los espacios, carece de aspiración por lo sublime.

Al otro, en cambio, el hecho de estar sumido en la encrucijada del espacio y del tiempo que le hace contemporáneo al devenir cotidiano, le suscita la reacción de buscar un mundo superior y, con lo que llamaríamos un impulso gravitacional ascendente, “se deja caer hacia arriba”.

Es en ese “dejarse caer hacia arriba” donde va a necesitar de un impulso suplementario en donde la fortaleza física es un buen aliado (no imprescindible pero útil) para sentirse capaz de emprender el camino gravitatorio ascensional.

No debemos olvidar que la fortaleza física influye en la energía de la psique, pero tampoco debe pasarnos desapercibido que, *a sensu contrario*, un malestar psicológico o un problema pueden darnos tanto o más cansancio físico que el mayor de los esfuerzos del cuerpo.

Otro de los elementos y quizás el más necesario, en estos grados evolutivos, es el de la serenidad psíquica.

Las turbulencias que surgen de la mente determinan altos grados de desviación energética que debilitan cualquier posibilidad de ascenso o de compresión de las Ideas superiores.

No se puede navegar y mirar el cielo estrellado en un mar en tormentas. Sólo podemos, si no queremos naufragar, ajustar la navegación y fijarnos en el timón y en los cabos, pues sólo cuando el mar esté en calma podremos observar las estrellas.

Es este un símil de lo que ocurre en nuestra mente. Es el equilibrio entre las emociones y los pensamientos el que puede llevarnos a conocer mejor nuestro mundo psíquico y la capacidad de nuestra mente para acercarnos al plano de los Arquetipos.

Cuando la conciencia asciende por los laberintos espiralados de la mente, necesita fortalecerse continuamente con el fin de no perder la línea de su trayecto y desviarse, o entretenerse en reflexiones que retrasan el encuentro con su anhelo espiritual.

La inquietud psicológica genera monstruos que, aunque irreales y aparentes, son para el incauto que cae en sus redes verdaderos lastres en su camino de ascensión, donde termina enredado por un conjunto de formas ilusorias que imposibilitan cualquier acto de reflexión profunda, y de donde sólo la lucidez y la serenidad podrán rescatarnos.

También otro elemento estructural de este sistema de protección es la resistencia a la luz, dado que si marchamos de la opacidad a la luminosidad deberemos preparar nuestras capacidades intelectivas a las nuevas realidades.

El divino Platón nos recordaba que en la boca de la caverna, aquél que habiendo logrado liberarse de las cadenas lograba superar su esclavitud buscando la luz verdadera más allá de la engañosa hoguera del interior de la caverna, debería esperar al anochecer, pues acostumbrado a las sombras sería incapaz de resistir la luz del Sol y que sólo gradualmente, a partir de la luz del amanecer, podría acostumbrar sus pupilas a la luz solar en el cenit.

Deberá crearse en el ser ascensional un progresivo acostumbramiento a la luz, una suerte de resistencia lumínica que le permita ver en la luminosidad de las Ideas, y detrás de ellas a los Arquetipos; de lo contrario sólo verá el resplandor, pero nunca el Sol.

En la opacidad de la materia, que es donde campa habitualmente, nuestro intelecto trabaja con formas pero no con esencias. Las formas tienen tiempo y espacio y nos limitan, pero las formas también contienen la esencia que las provoca y que no se rige por el tiempo y el espacio, ya que al estar fuera de ellos podría catalogarse como atemporal o eterna.

La esencia se oculta en las formas de la materia del mismo modo que la eternidad se oculta en el tiempo y el espacio, y si bien están juntas no pierden su propia naturaleza, del mismo modo que la luz está en el aire y ninguno de los dos deja de ser lo que es.

Se trata de un teorema que debe resolver la conciencia de los seres humanos, delimitando los campos, sin confundirse y sin perderse en ellos.

No ve la luz quien siente el aire; cuando la luminosidad es fuerte cerramos los ojos y seguimos sintiendo el aire, del mismo modo que los seres humanos engarzados en la materia hemos cerrado los ojos y seguimos sintiendo a la materia pero no vemos la luz.

Luego de eones con los ojos cerrados, si queremos ahora ver la luz, deberemos hacerlo progresivamente, aprendiendo a ver la luminosidad con un acostumbramiento progresivo; con aprendizaje iremos logrando la resistencia necesaria a la luminosidad, pues de lo contrario seguiremos tan ciegos como cuando permanecíamos con los ojos cerrados.

### **La creencia y la visión**

Como ocurre en la ascensión a las altas cumbres montañosas, es necesario establecer, en una parte del camino, un "campamento base" donde podamos

pertrecharnos con el fin de calcular hasta dónde hemos llegado y qué es lo que nos falta.

Es el “jardín interior” el que hace las veces de refugio. Se trata de un ascenso que nos lleva del valle a la primera meseta en poco más allá de la mitad del camino, pues hasta llegar allí se hacía imposible ver las cumbres más altas a causa de las espesas nubes que las cubren. Hubo que penetrar en la intrincada niebla y llegar a la primera meseta para, entonces, poder contemplar los picos nevados.

Mientras se sube hacia la primera base sólo vemos el camino que tenemos a nuestros pies, y aunque nos percatamos de que estamos ascendiendo, no sabemos a ciencia cierta a dónde llegaremos, ya que basamos nuestra expedición en relatos de otros que dicen haber llegado, o en leyendas y tradiciones, pero durante este ascenso aún no hemos visto nada por nosotros mismos.

Sólo algunos afortunados han podido ver desde el valle, en un éxtasis místico y por un instante, cómo la corona de nubes que rodea a la montaña se disipa y permite ver el campamento base, el jardín interior, y las cumbres lejanas. Luego, volverán las nubes a cubrir lo que vio y parecerá, por momentos, que aquello no fue cierto, y como cierto resta en cambio una profunda y melancólica nostalgia de las cumbres nevadas.

Puede ocurrir que los primeros pasos de la ascensión interior que se han dado como consecuencia de la fuerza y de la voluntad se fundamenten en la creencia, creencia que surge de la convicción o de la intuición, pero que no se fundamenta en el haber visto directamente sino en el haber sentido.

La creencia es una sensación del alma que, aún presa y ciega en la materia, siente que pertenece a un origen distinto que no alcanza a ver.

Cuando comenzamos a ascender sólo vemos la materia que nos rodea, del mismo modo que el montañero sólo ve el camino sumido en las brumas. Si queremos llegar a la primera meseta en donde ya no hay brumas y desde donde se pueden otear las cumbres, si queremos alcanzar ese jardín interior, el campamento base, debemos tener la voluntad y el arrojo de penetrar en la niebla. Como reza un adagio montañero, *“donde hay una voluntad hay un camino”*.

Esa niebla podrá ser oscura o luminosa según en nuestra psique reine la noche o el día, pero en ambos casos no veremos más que la masa viscosa de la bruma que nos envuelve. Curiosamente, ahora vemos menos que antes cuando estábamos inmersos en la materia.

Como nos recuerda Platón, en la caverna, al dejar la luz de la hoguera y querer aventurarnos por el proceloso pasillo oscuro que lleva a la entrada de la cueva, será el punto en donde menos veremos. Es el momento más doloroso, donde más incertidumbres nos invaden ya que, al comienzo de la ascensión, lejos de tener más visión allí vemos menos, quizás allí esté una de las pruebas

que debemos aprender a superar en el camino.

Lo que ocurre en realidad es que estamos cambiando en esa franja nebulosa el ritmo de nuestros sentidos, nos estamos preparando para llegar a ver realmente el brillo encandilante de las altas cumbres o, en el mito de Platón, la luz solar.

En estos primeros pasos el motor es la creencia, pero a partir del jardín interior nos moverá la visión y, si bien aún es una visión lejana, al menos ya sabemos hacia dónde vamos y a dónde queremos ir.

### La réplica

Ese campamento base del alma que es el jardín interior representa el punto en donde se recobran las energías para el futuro ascenso y donde nos pertrechamos de nuestras existencias y reservas.

En realidad, en el jardín interior hay un poco del ser cotidiano, el yo inferior que dejamos en el valle, y del Yo superior, el ser de las cumbres que deseamos conquistar.

Allí encontraremos una réplica de nosotros mismos, como una suerte de dios Jano, bifronte, que nos señala lo que fuimos, lo que nos permitió llegar, lo que seremos y lo que necesitamos obtener para Ser.

Allí es donde podremos realizar una verdadera labor artesanal de nosotros mismos que nos permita conocer reflexivamente el camino de nuestras existencias y el camino que nos resta aún por hacer.

Es éste un buen momento y aquél un buen lugar en la conciencia para recapacitar sobre quiénes somos realmente y las cosas que podemos realizar.

En realidad, el ser humano es un enigma para sí mismo, hasta que no mira esa suerte de dios interior bifronte que le representa y que no se confunde con la figura plural y material que se refleja en los mil espejismos de la vida.

Como ya se ha señalado, cuando las cosas se reflejan son un producto de algo, pero no es la sombra reflejada la que debemos contemplar sino el productor de esa sombra. No es en la vanagloria de los sentidos donde debe regodearse la conciencia, sino en el ámbito que le pertenece por derecho propio, en ese punto de sus distintos estados en donde puede contemplar al generador de todas las imágenes que se reflejan en los cuerpos sensibles de la materia.

El autogenerado es aquel que se ha vuelto hacia los Arquetipos y se recrea en la inspiración y contemplación de Aquéllos.

Ese Jano bifronte del Jardín interior es nuestro dios inteligente que nos permite conocer al mismo tiempo la materia y las esencias, que por una de sus caras se manifiesta en el tiempo y por la otra se hace eterno en la contemplación de la realidad superior.

Desde allí, la conciencia es capaz de ver el valle y de ver la alta montaña, y es allí donde podrá sintetizar el objeto de su búsqueda, la flor de su anhelo.

### La armadura

Una vez que hemos logrado afianzar nuestra conciencia en el jardín interior no podemos olvidar, por la propia naturaleza dual que le caracteriza, nuestra parte del valle, nuestro cuerpo encarnado en la materia.

Si bien desde el jardín obtendremos las pautas para reconfortar nuestra psique, a partir de ahora nos queda el esfuerzo mayor y el mayor riesgo que es necesario asumir para llegar a la cumbre.

El montañero del comienzo deberá ahora convertirse en un avezado alpinista y afrontar el ascenso de las cornisas más verticales de su individualidad, en donde ya no hay lugar para el error y donde sólo cabe la pericia que debe medirse a cada paso.

Son momentos de riesgo, de absoluta concentración y donde no cabe la menor distracción; los recuerdos del valle no deben distraernos, pues ahora sólo cabe pensar en la cumbre.

Con este fin, y para que el cuerpo material no nos distraiga, debemos aplicarle una “campana protectora”. Una campana que le proteja del medio en el que está, con la idea de que no interrumpa el ascenso con sus necesidades materiales.

De ahí que el individuo cotidiano necesite para su ascensión del uso de dos reglas de seguridad. Siguiendo con la metáfora utilizada, mientras asciende al campamento base se hace preciso un sistema de protección que dé al montañero el vigor y la fortaleza necesarios para llevar a término el ascenso hasta la meseta y, a partir de allí, un sistema que bloquee toda perturbación o distracción proveniente del valle, pues el alpinista está poniendo a prueba el éxito de su ascensión.

Es decir que al comienzo le pedimos al cuerpo y a la psique todo lo que tiene y un suplemento de energía necesario para poder acceder a la primera estación. Entonces, si ha sido suficientemente valeroso para ascender, creyendo sin ver y desgastándose en el esfuerzo, se merece como justo premio a la labor realizada que se le brinde la posibilidad de establecer una campana protectora de los influjos del valle que ya ha superado y dejado atrás. Como en la parábola de la mujer de Lot, no se debe mirar lo que se ha superado.

El individuo cotidiano que desee superar el plano de lo vulgar debe sacrificarse en el madero del esfuerzo y la dación inegoísta; esto le permitirá al yo humano llegar hasta el dios Jano y poder contemplar desde allí al Yo divino que deberá conquistar.

Esa campana tendrá la doble virtud de albergar al pequeño ser sacrificado y fortalecerlo con luminosidad, con el fin de que no pierda el equilibrio y de ese modo no altere al alpinista cuando comience a escalar la escarpada ladera.

### La campana

Desde el jardín interior hay un reflejo del individuo que se quedó en el valle y desde allí se visualizan con mayor claridad los efectos de los reflejos especulares sobre la materia. En realidad, su reflejo en el valle no es más que un reflejo, luego no Es. Ese enigma es un secreto que se descubre en el jardín interior junto a la imagen de las dos caras del Jano que en realidad no es más que uno.

A partir de ese momento, y para poder afrontar con éxito la ascensión a la cumbre, la campana protectora que desciende sobre el candidato no es otra cosa que la fuerza proveniente de nuestra vertical columna de luz, que conecta lo material con las esencias.

Cuando aún no hemos llegado al jardín interior no hay columna en un sentido permanente. Pueden verse rayos como cuando el sol penetra entre las nubes o cuando la luz llega entre las hojas al interior del bosque, pero no son más que situaciones pasajeras.

Es, por el contrario, cuando superado el plano de brumas que rodea el camino de llegada al jardín, con la luz que ilumina nuestra réplica bifronte, cuando comenzamos a activar la luminosidad de su cara oscura.

Lo que antes tuvimos que conseguir como resultado de nuestra fuerza y voluntad, es decir con esfuerzo y creencia, que son los modos cotidianos de superación, ahora se obtiene por dación de la luz.

Dice la Ley del sacrificio (que no es otra cosa que "sagrado oficio") que lo que se entrega sin interés, por dación inegoísta, gira sobre sí mismo y vuelve a ser lo que antes era, pero ahora renovado en un ahora atemporal.

La entrega incondicional, lejos de mermar, recrea y, al contrario de lo que parece, no pierde sino que regenera.

De tal manera, con la dación de luz se regenera la estructura atómica del cuerpo, ese mismo que tuvimos que sacrificar quemándolo en el ara del primer ascenso. Además, en nuestra estructura psicológica la luz aclara el mundo de nuestros pensamientos. Antes, sumidos en las sombras, tranquilizábamos nuestra conciencia mientras avanzábamos con la fuerza de la creencia y ahora, por la luz, se nos concede la capacidad de ver lo que antes sólo intuíamos.

Ese ser "anterior", cuando tuvo que adaptar su resistencia lumínica con el propósito de acostumbrarse al cambio de las sombras a la luz, lo tuvo que hacer

con dolor; ahora, el ser “posterior” que ha superado sus pruebas recibe la luz que surge de su propia esencia y le llega a las pupilas de su conciencia desde dentro y no desde fuera como antes.

Él es ahora luminoso por su esencia desvelada, y la luz de fuera no le hiera porque la luz no hiera a la luz.

En definitiva, la campana protectora es la columna de luz que ha descendido sobre el individuo cotidiano, que a partir de ese momento ya no será el mismo, pues algo ha cambiado en su motor sublime y ya no sólo la campana le protege sino que, como tal, se ha convertido en un faro inalterable que marca la vía del ascenso a futuros peregrinos.

## Libro Séptimo

### LA LIBERACIÓN DEL ALMA

#### El alma universal y el cosmos sensible

**C**omo ya nos dijera Platón, el Universo es un ser vivo, un macrobios que como tal posee una inteligencia, un alma y un cuerpo. Nos dice en el Timeo que es *“un animal inteligente, divino y bienaventurado”*.

De tal modo que el Cosmos, al convertirse en un ser sensible, se relaciona con el todo y actúa en simpatía consigo mismo y con las partes del Universo que le resultan afines.

Recordemos que los estoicos decían que el Cosmos es un sistema dinámico de fuerzas psicofísicas, que se unifica por la simpatía cósmica que reina entre sus partes. Esa integración y unidad se conjugan como resultado de lo que podría llamarse una *“conspiración unitaria”*, que aún y coordina los diversos miembros del gran organismo.

Esto hace que las distintas partes del Ser cósmico puedan sintonizar entre sí, sin importar lo distantes que se encuentren las unas de las otras.

Este Cosmos sensible ha necesitado del tiempo y del espacio para manifestarse y para devenir y, como dice Plotino, la raíz intelectual del Ser ha necesitado del mundo sensible para plasmarse en la materia y cobrar forma. Por ello puede decirse que cada uno de los seres sensibles constituye un *logos* en la materia.

Sin embargo, la encarnación de ese *logos* en la materia no puede producirse si no es con el concurso del psiquismo anímico que formula el puente necesario entre las ideas y las formas.

Es el alma la que en su doble función interpreta y asume el *logos* y luego lo refleja en la materia como en un espejo.

Ese alma universal ha necesitado del espacio para recrear el *logos* de las ideas

en sí misma como un reflejo del Ser inteligente que es, a su vez, la manifestación del Uno-divino en el devenir.

Así el alma, cuando trata de reproducir por afinidad y simpatía las ideas matrices que le brinda la inteligencia cósmica, hace acopio de la materia primordial existente con anterioridad a las formas y en ellas plasma el reflejo de las ideas, de los *logos*.

Para esta operación no sólo necesita del espacio sino también del tiempo, esa imagen móvil de la eternidad como lo llamara Platón.

Con el magma de la materia primordial el alma recrea las formas a semejanza de las ideas superiores. El alma necesita reflejarse en el espejismo de las formas para poder verse, y es allí donde quedará atrapada.

### El alma del Cosmos

El Universo viene de lo Uno y va a lo Uno, como su propio nombre indica (uni-verso), y además, en su versatilidad, se encuentra en lo Uno y en las partes.

Cuando el Ser inteligente devino de lo Uno y se manifestó, lo hizo del tal modo que, al emanar, ya tuvo el primer raptó de nostalgia y giró sobre sí mismo para conocer su origen y dejar que Aquél se reflejara en Él.

Como ha dicho Plotino, esa primera manifestación se autoconstituía sobre sí misma, pero ese existir es un existir caótico, incapaz de operar, de crear, por lo cual el Ser, el existir, se constituye en un prerrequisito del actuar, del operar, o sea del crear.

Este ente primordial se constituye así en un ser vivo, con una vida propia. Ahora, constituido en Demiurgo, ese Ser inteligente se proyecta en ideas que, de algún modo, reflejan como arquetipos lo Inefable que es la Unidad de lo que todo partió.

No obstante, las ideas para poder reflejarse en la materia necesitan de un elemento plástico y vivificador que es el alma.

De tal modo, la inteligencia del Cosmos, en su necesidad de manifestación expansiva, crea el ámbito en donde reflejar los inteligibles como manifestaciones de su propia creatividad. Ese ámbito es el alma del Cosmos.

Alma que se articulará en dos funciones: una, que se conecta con las esencias que están en la Inteligencia, y otra, que le permitirá proyectar los *logos* que generan los reflejos de las ideas arquetípicas sobre la materia primordial. Con la primera función se nutre a sí misma y con la segunda vivifica las cosas.

De tal modo que el alma del Cosmos, al proyectarse sobre la materia, crea las formas por reflejo, como un fenómeno especular, y es así como la inteligencia se vale del alma para crear en el mundo sensible.

Por ello el alma se incardina en el tiempo y en el espacio para ordenar la estructura de las formas, por lo que hay una parte del alma que por el contacto con la inteligencia se acerca a la Unidad, y otra parte del alma que por el contacto con el mundo sensible debe temporalizarse y especializarse, expandiéndose en la materia y vitalizando hasta sus últimos resquicios.

Sin ser ella temporal ni espacial se limita en ambas dimensiones para poder dividirse, dispersarse y distanciarse en la atomización de la materia, y a pesar de ser una se diversifica.

### El mundo de las ideas y el mundo de las formas

El alma, como hemos visto, se convierte en un canal, en un puente, que comunica la inteligencia con las formas, y aunque en sí misma es una, es en realidad una-múltiple. Pues, como una que es dado que constituye una copia reflejo de la Unidad, por su fuerza reproductiva se recrea en los inteligibles abstractos que conforman los grandes arquetipos, determinándose a sí misma por la multiplicación de éstos.

Al ser la Inteligencia la primera abstracción manifestada de la Unidad, su propia vecindad lo convierte en un núcleo de vida manifiesta, en un nido de pensamiento y energía en ebullición.

Esta Inteligencia del Ser cósmico se identifica a la vez, de forma permanente y coetánea, con la Unidad y con los Inteligibles en los que reconstituye los principios de esa Unidad.

La Inteligencia utiliza la materia inteligible para generar los Arquetipos y la materia psíquica para crear el alma con la que cubre las Ideas, para que puedan descender en el mundo sensible sin ser dañadas ni violentar a la materia propia de las formas.

No obstante, el alma para imbricarse en esas formas necesita estructurarse con los instrumentos del tiempo y del espacio, por lo que en un movimiento o función que podríamos llamar descendente, se aleja de la parte de sí que convive con los arquetipos; así, pierde en inteligencia y gana en sensibilidad.

Si bien en el mundo de las Ideas la Inteligencia es contemplativa de la Unidad y creativa en sus inteligibles, el alma también lo es, pero en otro grado distinto de la manifestación y, a diferencia de la Inteligencia, ella no sólo debe contemplar los arquetipos y recrear el *logos*, sino que a su vez necesitará estructurar los *logos* que ya han dejado de ser primordiales para que se integren en el mundo de las formas.

La materia, como si fuese un gran mar, hace las veces de un enorme espejo

que multiplica las formas utilizando el tiempo y el espacio para diversificarlas.

Así, si la luz que brilla en las Ideas tiene fuerza propia porque la Inteligencia se integra en todas ellas, la luz que brilla en el alma, cuando ésta se encuentra engarzada en la materia, es adventicia, como la luz de la Luna. Carece de luz propia, pues cuanto más se identifica con las formas más se opaca.

Los inteligibles serían las visiones de la Unidad que posee la Inteligencia y el *Logos*, las visiones de los inteligibles que tiene el alma.

Debe tenerse en cuenta que, a diferencia de la Inteligencia y el alma que están vivas, las formas del mundo sensible son incapaces de contemplar y de crear, pues son sólo capaces de reflejar la vida, pero sin poseerla.

Por ello el alma debe prestarle a la materia la capacidad de contemplar y de crear, por lo que en su parte inferior, en la que toma contacto con las formas, reproduce *logos* inferiores, limitados por la dimensión del espacio-tiempo y los introduce en las formas, dándoles una vida aparente y, en última instancia, una inteligencia que no poseen.

### Las funciones del Alma universal

De tal suerte que el alma, a fuerza de ser un canal, en su parte superior es inteligencia estructurada y en su parte inferior es vida-energía manifestada; siendo en sí misma en realidad no es, pues no representa al Ser (que es Inteligencia) sino a la función del Ser en las cosas.

Dentro de este mismo criterio, ello no quita que, mientras existan las formas, éstas tampoco son, sino que son el alma que justifica su función de ser por la presencia del mundo sensible.

El camino hacia la materia es un itinerario que nos lleva del Ser a la Nada; y es en la nada de la materia donde, por la ficción de la luz adventicia del alma, como reflejo de la Inteligencia que se nutre en la Unidad, parece dar vida a las cosas que no son más que autómatas regidos por la función vivificadora de un alma sometida al tiempo y al espacio.

De tal modo, la función primordial de la parte superior del alma es la ordenación creativa. El conocimiento y la sabiduría del alma son un reflejo del conocimiento y la sabiduría que existen en la Inteligencia, y le llegan a través de la contemplación de los inteligibles arquetípicos. La función de la parte inferior del alma se limita a ejecutar las órdenes que recibe de su parte superior, pues cuando la parte superior se satura, ante la contemplación de los arquetipos, siente la necesidad de expandirse y crear, de tal manera que la parte superior concibe y la inferior ejecuta, y al ejecutar utiliza las formas de la materia.

Esto es lo que Platón llamó en el Timeo “*la unimultiplicidad del alma*”, lo que nos permite percatarnos de que el Alma universal no es sólo *logos*, sino una multiplicidad de ellos imbricados en los cuerpos del mundo sensible en un solo acto indiviso e intemporal.

De ahí que se produzcan dos funciones en el alma: su parte superior es una e indivisa en contacto con la Inteligencia a la que reproduce en su función de *imitatio Dei*, y su parte inferior es múltiple y divisa dado que el tiempo y el espacio en el que se manifiestan las formas la dispersa y la divide temporal y espacialmente.

En este sentido, habrá que tener en cuenta lo que nos apunta Plotino en sus Enéadas en relación con la idea de que la división es un defecto que proviene de la incapacidad de los cuerpos y no de la incapacidad del alma, dado que ésta, para el maestro de Alejandría, es una *tota ubique*, o sea “*una toda entera en todas las partes del cuerpo*”.

Podría deducirse que la función del alma en la materia es la de un reflejo especular, pues como nos recuerda Plotino, la materia no es más que un sustrato receptivo de imágenes, sólo resistentes por la presencia del alma que las produce y no por las imágenes en sí mismas.

### Las almas individuales y el alma prisionera

En esa materia huera y hueca en la que el alma se encarna se conforman y vitalizan todas las cosas manifestadas, en las que hay que situar desde los astros a los seres humanos.

Cuando la parte inferior del alma en su diversificación se introduce en las formas, desciende a la materia en el cometido de una función que le es propia, por lo que en ese acto no debemos interpretar que exista una visión censurable.

Del mismo modo que el Alma universal se halla encarnada en el cuerpo del Universo, las almas individuales buscan necesariamente los cuerpos y las formas en donde reflejarse, como un acto de su propio conocimiento y autodominio.

El mundo es, por tanto, funcional ya que debe cumplir el cometido de ser el soporte físico para la experiencia psíquica del alma.

Para la Escuela de Alejandría el alma crea por sobreabundancia, por exceso, lo que han llamado por “*donación sin merma*” donde el creador no pierde nada de sí cuando produce un nuevo ser. De tal manera que la parte superior del alma, cuando crea su proyección inferior, no sufre merma alguna a la par que dictamina y ordena sobre su parte inferior. A su vez, cuando la parte inferior se introduce en la materia debe gobernarla, del mismo modo que, como nos

recuerdan las tradiciones persas, las almas encarnadas en los astros gobiernan sus cuerpos.

Si bien, como también nos recuerdan los clásicos, los astros son cuerpos que se acercan en su esfericidad a la perfección y, por ende, pueden ser gobernados sin esfuerzo y sin excesiva implicación; pero los otros cuerpos que ellos denominan “sublunares” como es el caso de los seres humanos, al carecer de la perfección de los anteriores, en el marco de sus incapacidades se encuentran más desvalidos e inducen al alma a penetrar más hondamente en ellos.

Es entonces cuando “*el alma pierde las alas*”, como nos explica Platón en el Fedro, y es al perder las alas cuando el alma queda prisionera en el materia e incapacitada para emprender su retorno.

Por ello, Plotino nos dirá que la verdadera caída del alma no consiste en encarnarse en el cuerpo, sino en allegarse excesivamente a la materia.

Entonces es cuando debilitamos o paralizamos los niveles superiores del alma (las alas de la metáfora platónica), que se adormecen al dejarse invadir por la materia.

El control consciente del alma sobre el cuerpo se invierte y es ahora cuando el autómatas vivificado toma las riendas y el control de la existencia, sometiendo definitivamente el punto de conciencia a la sombra del alma en la materia y, por tanto, condicionando la conciencia del Ser a los límites del espacio y del tiempo.

### El engaño especular de la materia

La materia representa la forma y el receptáculo del devenir; en ella, el modelo inteligible del Ser se convierte en Cosmos deviniente, sujeto al devenir.

Es, como materia primordial, un receptáculo amorfo y, por tanto, anterior a las formas que surgirán del descenso de las Ideas en el *Logos* y del *Logos* en el alma de las cosas, siendo este alma la que, como en la mente del alfarero, les da la forma.

Esa materia amorfa recibe en ella, como un vientre universal, todas las formas, pero no se puede apropiarse de ninguna de ellas pues no le pertenecen sino que pertenecen al Arquetipo.

La materia es el límite de la emanación de lo Divino, es el último estadio de la manifestación y como tal no Es. Es sólo un reflejo en el que se proyecta lo real, pero lo real es tan grande y fuerte que incluso su reflejo parece cobrar vida independientemente.

Es allí donde se produce el error, en el engaño especular de la materia, en este último lugar a donde llega la luz del Ser; por lo tanto carece de luz propia, su

luminosidad le viene de fuera, como un espejo que proyecta los rayos del Sol que no son suyos.

La Luz viene de lo Uno y pasa por la Inteligencia y el alma. Cuando el alma, en su parte inferior, se refleja en la materia ya no posee luz propia sino la que deviene de su parte superior.

Así, la materia y el alma perdida en ella son lo opuesto a la luz y al Ser, son oscuridad e incluso malformación, ya que la forma tampoco le pertenece porque ha sido diseñada a partir del plano del alma superior.

Sin embargo, la materia es necesaria para efectuar el desarrollo final del proceso expansivo del Universo; lo que es, en cambio, perverso es el “olvido del origen” en el fondo de las formas materiales, ya que este “olvido” impide o retrasa el proceso natural de retorno del universo que partió de lo Uno y a lo Uno debe retornar.

Por ello Plotino ha dicho, con gran acierto, que *“la materia (...) no participa de aquello de lo que participa; participa sin participar, aparentando que participa”*.

De ahí que metafísicamente la materia es otra cosa distinta del Ser y, por su naturaleza especular, es privación del Ser ya que jamás lo posee. No es mala en sí, pero es peligrosa como tal pues desvía la atención del Ser verdadero confundida por el reflejo del Ser en ella y, fruto de esa inercia, prolonga su existencia aparente.

Corre peligro el alma cuando la conciencia de ella se pierde embelesada en las formas materiales, pues en realidad adora, como diría Plotino, un *“cadáver ornamentado”*.

### El giro del alma

Tomando como ejemplo útil el alma de los seres humanos, habría que tener en cuenta que a través de su psique debe recomponer los planos de su Seidad, buscando lo que en ellos hay de permanente y no su reflejo pasajero en las cosas.

Si su verdadera forma no es la forma que ve, será en el pensamiento de esas formas donde deberá operar el eje de giro, para dejar de contemplar lo irreal.

Es decir que en cada ser humano hay dos seres, uno que es el ser real y otro que le representa en el reflejo sobre la materia. Es en el ser real donde podrá encontrar y comprender la “unidad y la multiplicidad del Ser” y, en cambio, en el “ser especular” encontrará sólo vacío.

Al colocar la conciencia de lo que somos en el “ser reflejo”, vivimos en la sombra de un pensamiento que al no-ser aborta nuestra capacidad de ser.

Si el pensamiento en el *logos* imaginó una forma y la proyectó en la materia,

nuestra conciencia deberá utilizar el mismo camino, ahora de la mano de la imaginación, para regresar al pensamiento.

El giro del alma debe producirse en el plano supraconsciente de la imaginación. Como nos recuerda Giordano Bruno, es en la imaginación donde debemos apoyar la columna vertebral de nuestro reencuentro con el camino de regreso.

Es a través de una inteligencia intuitiva por la que el ser humano se hace consciente del plano de las formas-puras que dieron lugar a las formas-formas en la materia.

En cambio, la inteligencia concreta, discursiva, no intuitiva, por su naturaleza especulativa, nos introduce con curiosidad en los vericuetos inacabables de la materia.

Para Plotino, la inteligencia concreta discursiva era la propia del alma caída y venida a menos, donde el raciocinio es un aminoramiento de la inteligencia. Sería a partir del desarrollo del nivel intelectual-intuitivo como lograremos captar la "inteligencia en el alma", donde se encuentra el eje del alma. Ese punto o instante es donde se une la conciencia individualizada del alma del ser humano con el Alma universal, pues ambas son la misma cosa, como resultado de la "unimultiplicidad" del alma.

Es allí donde se produce el giro y donde comienza el camino de retorno, pues por muy profunda que haya sido la caída del alma y el olvido del Ser, el centro del alma donde mora el Yo Soy nunca ha caído y permanece inalterable como un eje vertical de ascenso.

Es a partir de la imaginación reconstructiva como podremos reproducir los esquemas de la imaginación creadora, que es la que ha dado lugar a las formas existentes.

Es por ello que nuestro sistema especulativo no debe apoyarse en el conocimiento de las formas-formas, ya que es exclusivamente discursivo, sino en el de las formas-puras, propio de la imaginación creadora del alma en su proceso de manifestación.

La voluntad y la imaginación reconstruyen las formas-puras con el recurso de nuestra intelectividad intuitiva, para señalar el cambio necesario que libere al alma del sueño y la oscuridad en la materia.

### **El alma liberada**

El alma de los seres humanos se encuentra supeditada a un fenómeno de nostalgia permanente. Enamorada de lo Uno y de lo Bueno, por el proceso de la manifestación se expandió hasta los confines de la materia con el fin de trasladar, aún torpemente, la imagen de la Divinidad a todas las cosas.

Perdida ahora por el engaño de las formas, y por un acto de inegoísmo con el que pretendió darles la vida necesaria en el mundo sensible, intuye pero no recuerda con claridad y ello le genera una nostalgia reminiscente de lo Uno.

Como nos apunta Raimundo Lulio, ella es el amante y lo Uno es el amado. Es a través de la imaginación enamorada como recibe la imagen del amado, y por la imaginación reconstructiva no sólo recupera las formas-puras, sino también la esencia de las formas.

En esa esencia reconstruye el rostro del amado, y es allí donde se produce la liberación de la materia y la necesidad de enfrentarse al Ser en toda su Presencia. A partir de ese momento el alma emprende el camino de retorno, la vuelta a los orígenes.

El alma ha nacido como una manifestación de la Divinidad y de ahí la función reminiscente del recuerdo de los orígenes; ella ama de una manera consustancial y natural a esa Unidad inefable que está en todas las partes y en todas las cosas.

La constatación de esa Presencia genera en el alma que comienza a liberarse un estado de nostalgia permanente, que no cesa hasta que se produce la identificación definitiva con el Ser.

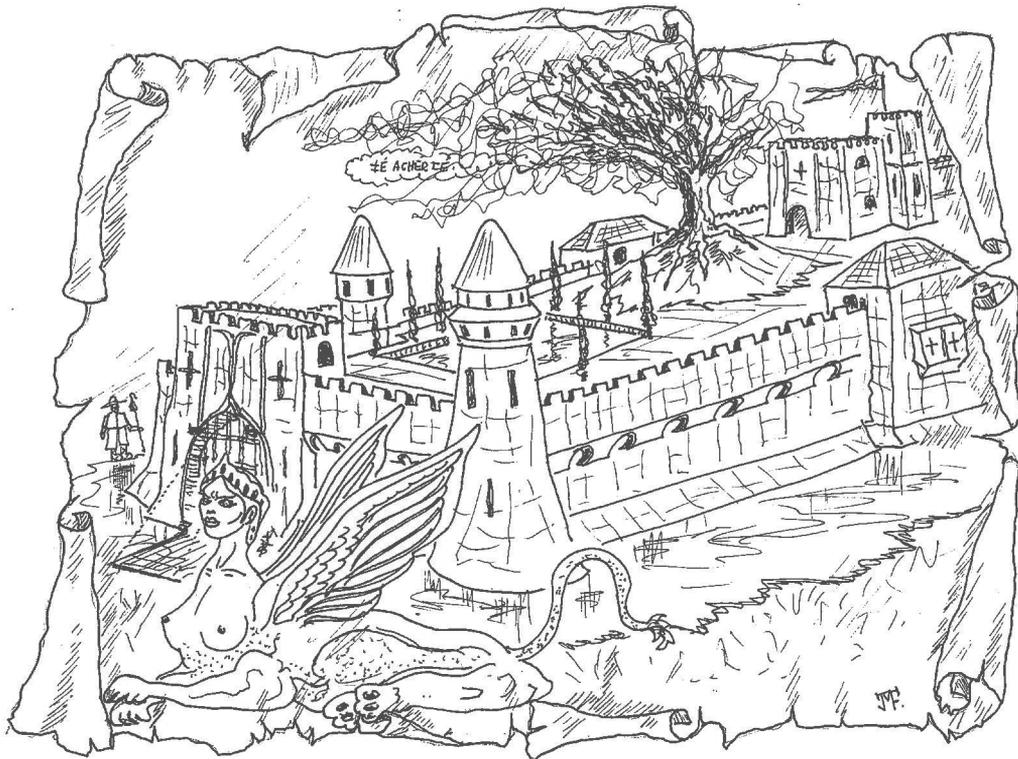
Dice Plotino que el amor nace cuando el alma recibe una especie de efluvio cálido emanado del Bien, con el que se siente agujoneada y transportada como "con alas".

A partir de ese momento el alma comienza a desdeñar las bellezas sensibles, emprende "el vuelo" hacia arriba por encima de la Inteligencia y no se detiene hasta integrarse en el Bien, en la Divinidad. Lo que le permite unir al alma con el Bien es lo que en ella hay de afín con el Bien.

Es en sí misma donde el alma debe buscar las puertas que la conduzcan hacia su propia liberación, superando el juego especular de las formas materiales y elevándose dentro de sí misma en un esfuerzo consciente por encontrar "el rostro del amado".

La Divinidad, que desde su propia Unidad se quiso reflejar en la pluralidad de la materia, nunca ha dejado de estar ahí. El "olvido del origen" no implica la inexistencia de la Divinidad, sino solamente la falta de recuerdo. Quizás tuviese razón San Agustín cuando decía que *"se comprende mejor a la Divinidad ignorándola..."*

Es la nostalgia del Ser la que por la vía de la imaginación y de la intuición nos lleva al camino de regreso a Ítaca como al astuto Ulises, más allá de las innumerables vicisitudes, a la isla soñada, de regreso a casa, a la Casa del Padre.



*El individuo atento se mueve en este entramado con atención y sin tensión, o con una suerte de sana tensión que le permite marchar sobre el filo de la navaja, donde cualquier tensión innecesaria le hará perder el equilibrio.*

*Atender es tensar sin tensión.*

## Libro Octavo

### El contacto con la Gran Esfinge

No es suficiente el conocimiento de las cosas, sino que además es necesario el ejercicio vivencial de ese conocimiento. Los seres humanos en su esfuerzo intelectual quieren apresar el “saber de las cosas” cuando, en realidad, este saber no es más que la mecánica por la cual los seres y las cosas se manifiestan en el mundo.

Saber es conocer su método de manifestación, su expresión en el mundo; así, la técnica -la *teckné*, como diría Aristóteles- a la que llegamos a través de la experiencia (*empeiría*) nos enseña la mecánica de la expresión, y la ciencia (*episteme*) nos hace conocer las leyes por las que se rige esa mecánica.

Sin embargo, entre el conocimiento de la manifestación de la cosa, al que nos lleva el conducto de la ciencia epistemológica, y el conocimiento de la esencia de las cosas (*nous*) debe producirse un salto (más allá de la naturaleza material), que es lo que nos conduce a lo que Aristóteles ha llamado el conocimiento nouménico.

Ahora bien, si la técnica y los métodos científicos son transmisibles, en cambio los dos extremos de esta vía, la experiencia (*empeiría*) y el conocimiento esencial o nouménico (*nous*), presentan serias dificultades para ser transmitidos. Esto se debe, básicamente, a que se trata de dos estados de carácter vivencial.

El primero, la experiencia, es una búsqueda vital del conocimiento por carencia o por defecto del mismo y el segundo, el conocimiento esencial, es un ejercicio vivencial por encuentro ante la presencia de la esencia de las cosas, a la que se acerca pero no se llega a través ni de la técnica ni del conocimiento epistemológico; por buscar ejemplos metafóricos, son como el Moisés genesiaco en el desierto, que lleva al pueblo hasta las puertas de la ciudad prometida, pero no

entra en ella, o como el Lancelot del mito artúrico que llega a ver el Graal pero no logra poseerlo.

Por ello, cuando hablamos de la fuerza que habita en todas las cosas, que las tradiciones simbolizan con una Gran Esfinge, dijimos que debe presidirnos un primer paso que es el del “conocimiento de la Gran Esfinge”, propio del ámbito del conocer; pero hay más adelante otro peldaño más enigmático y más difícil, que es el “contacto con la Gran Esfinge”, propio del ámbito del poder.

Por el plano de las esencias no se puede discernir intelectualmente; con las esencias que representan a lo Uno hay que *unimismarse*, hay que esencializarse, y para ello sólo cabe el camino de la identificación.

### El aliento de la Esfinge

Al ser el Universo un macrobios, un ser vivo, posee en el impulso primordial un aliento de vida. De tal modo que del macrobios al microbios todo tiene el sello de esa voz aérea.

De tal modo que nuestro planeta y los seres humanos que habitan en él están, también, determinados por ese impulso vital.

Ese aliento es el *pneuma* que habita en todas las cosas, como nos lo recuerdan las tradiciones cabalísticas; es el viento que anima el ser de las cosas.

Como decía el milesio Anaxímenes, el “aire” es el principio del proceso cósmico, afirmando que el principio es “el aire infinito” a partir del cual se generan las cosas actuales, pasadas y futuras. Incluso agrega que de ese *“aire infinito se originan todas las cosas finitas como la tierra, el agua, el fuego, y a partir de éstas todo lo demás”*.

Si al alma del mundo le hemos llamado la Gran Esfinge, su aliento producirá la generación y la multiplicación de las cosas y los seres. Así, cuando el aliento de la Esfinge se condensa y se une se vuelve agua y tierra, y cuando se enrarece y expande se vuelve fuego y éter.

Las cosas se transforman porque el aire está en movimiento. Si el aliento de la Esfinge no penetrara todas las cosas no se produciría ni la transformación ni la evolución, y todo permanecería estático hasta su putrefacción.

De ahí que el *pneuma*, al ser soplo de vida, utiliza a los contrarios para manifestarse y, como dice Simplicio, *“el aire se diferencia en sustancias particulares por rarefacción y por condensación. Al enrarecerse se convierte en fuego y al condensarse en viento, luego en nube, más condensado aún en agua, tierra y piedra, y en las demás cosas que se producen a partir de éstas”*.

Por ello el aliento cuando es uniforme es invisible, pero a través de lo frío y

de lo caliente se hace manifiesto; de ahí que los principales factores en el proceso de la generación son los contrarios. Todas las cosas salen del aliento y al aliento vuelven.

Ese *pneuma* vital que es el aliento de la Esfinge está en todas las cosas, está en el planeta, está en el ser humano, ergo allí se encuentra un punto de contacto para la vitalización del Conocimiento que hemos obtenido; de lo contrario, sin vitalización, sin movimiento, el proceso se estanca y se detiene.

Hay en ese aliento una presencia divina que nos conecta con el Uno de todas las cosas, con el *nepshesh* de los cabalistas, que de algún modo nos diviniza.

### El *pneuma* de la Tierra

Durante el medievo, de la mano de las cofradías de alquimistas, se extendió el conocimiento del alma del mundo (*anima mundi*).

Los filósofos de la Escuela de Chartres identificaron el alma del mundo con la Naturaleza y, de ese modo, señalaron cómo la Naturaleza se convierte en la "fuerza motriz" ordenadora y vivificadora del mundo.

De tal modo que por la acción del alma del mundo la Naturaleza adquiere una dignidad y un poder autónomo. Por esta razón, a la Naturaleza se le llama por esta Escuela "*vigor universalis*", es decir, la fuerza universal que no sólo hace ser a cada uno sino que, además, la hace ser lo que ella es en particular. Eso indica que el alma del mundo es "una y múltiple", que está en el Ser y también en el ser de todas las cosas.

Esa es la fortaleza del *pneuma* de la Tierra, que hace del planeta un ente armónico y que vibra en su octava apropiada cuando los seres que habitan el planeta se armonizan con él.

Dice Platón en el *Timeo* que el Constructor colocó el alma en el centro del cuerpo del mundo, hizo que se extendiera a través de todo el cuerpo y que llegara incluso más allá de él, y con ella lo envolvió.

El *anima mundi* es el vigor, la fuerza del mundo, la seguridad del planeta y de los que están viviendo en él, ya que todos participamos de la fuerza del mundo.

Los seres humanos deben vivir siguiendo la corriente del *pneuma* de la Tierra, porque de lo contrario se genera dolor y deterioro. Hay un punto de equilibrio en el que el Ser del planeta pasa como una corriente vivificadora y renovadora por el alma de los seres. Es ese punto de armonía, que podríamos llamar punto de encuentro, donde no hay dos o más fuerzas sino una; esa es la Gran Corriente.

En esa corriente de vida los opuestos se armonizan, se produce una unión de

energías, una sinergia, como la que se produce en el vientre de las hembras cuando se crea un ser.

La Naturaleza es un gran vientre, en el que confluyen todas las fuerzas del cielo y de la tierra, y en la encrucijada del alma tienen la oportunidad de equilibrarse.

Respirando el aliento de la Esfinge los seres se nutren, se desarrollan y se potencian.

Dice el Timeo que el alma es la más bella de las actividades producidas por el mejor de los seres inteligentes que existen eternamente.

### El alma del ser humano

El ser humano sufre en la medida en que se opone a la corriente de vida de la Naturaleza. Si se enfrenta a ella genera aristas, produce fricción, desgaste y dolor.

El Universo es circular y, por tanto, todo debería girar como en una esfera armilar, en distintos sentidos pero sin oposición, de manera armónica.

Es por desconocimiento por lo que el ser humano interpreta la vida de manera lineal y le atribuye categorías de principio y fin, pero la vida se parece más al modo de nadar de los delfines que salen a la superficie y se vuelven a sumergir en una suerte de navegación ondular, sin solución de continuidad, que en realidad no tiene ni principio ni fin y lo hace así de forma circular alrededor de nuestra embarcación.

Del mismo modo, la vida continúa a través de todas las cosas, impregnando con su *pneuma*, con su aliento vital, el alma de las cosas.

El ser humano, cuando quiere interpretar la vida, al darle principio y fin la hace finita y, por tanto, mortal.

Dice Platón en el Fedro que toda alma es inmortal, ya que lo que se mueve a sí mismo es inmortal. Entonces, si el alma y la vida se interpenetran y están inmersas en una corriente circular de continuo movimiento, deberían interpretarse como infinitas y, por ende, inmortales.

Alcmeón de Crotona decía que el alma es una naturaleza que se mueve a sí misma con un movimiento eterno y que por ello es inmortal, y agregaba que *“tal como el curso del cielo y de cada astro es un círculo, ¿por qué no podría ser similar el nacimiento y la muerte de los seres perecederos?”*.

Por tanto, para este terapeuta presocrático, *“la vida es un círculo”* y los seres humanos mueren *“porque no saben anudar el principio con el fin, ya que común es el comienzo y el fin de la circunferencia en un círculo”*.

En los seres humanos es la ignorancia la que produce el dolor y la sensación equívoca de la muerte; el alma de los seres continúa en la corriente de la vida más allá de los cambios aparentes de la física humana, como el delfín bajo el

agua no ha dejado de ser y reaparece en la superficie más allá del punto en el que se sumergió.

### El dominio de la Esfinge

A la Esfinge se la vence en el centro, en el punto de reunión de las corrientes, donde el alma del Universo es el alma del mundo y el alma de todos los seres.

La Esfinge es el punto inestable entre el caos y el orden, entre el *theos* y el *cosmos*. La Esfinge es el “filo de la navaja”.

Si la Esfinge es un punto inestable, es también un punto de equilibrio que se encuentra antes del orden, como cuando la filosofía de Lao-Tse nos habla del Tao más allá (o antes y después) del yan y del yin. Al igual que el Tao, la Esfinge puede desaparecer cubierta, simbólicamente, por las arenas del desierto de Gizeh.

Dicen en Oriente que cuando desaparece el Tao todo comienza a degradarse de forma progresiva y sólo queda la virtud; perdida la virtud se presenta la caridad; cuando es abandonada la caridad viene la bondad; extraviada la bondad permanece la justicia; agotada la justicia sólo quedan los ritos. Los ritos son la cáscara de la lealtad y de la buena fe, y cuando se pierden comienza el desorden.

Así, el mundo sin Esfinge es un mundo en desorden, donde el inmortal cree que muere, donde nadie respira el aliento de la Esfinge, donde la vida, por ignorancia, produce dolor, donde el dolor produce miedo y el miedo egoísmo.

De tal manera, las cosas, en lugar de manifestarse circularmente, se enfrentan en ángulos; y cuando éstos se encastran el movimiento tiende a detenerse o a convertirse en inercia; y la arena cubre la Esfinge, que se oculta en el corazón del mundo y a la vista de los seres humanos parece que nunca existió.

Otra vez, como tantas, el viento del *pneuma* debe levantar las tormentas necesarias en el desierto de la vida para que la Esfinge surja de nuevo de entre las arenas; es ese viento el soplo secular que anida en los seres y que hay que redespertar.

Así, los seres humanos deben dominar la Esfinge porque allí está la clave, unificando a las almas en el aliento de la Esfinge, que es también el *pneuma* vital del Universo y del ser humano, ya que Todo es Uno.

La Esfinge dominada no debe morir, ese fue el error de Edipo, ya que muriendo la Esfinge muere el Ser, pues pierde la visión de lo Infinito. Como en los viejos Tarots, la Esfinge debe arrastar el carro del “Edipo triunfante” que entra en Tebas.

La muerte no existe pues el alma es inmortal. Recordemos ese pasaje de los Misterios de Eleusis recogido por Píndaro, que dice: *“feliz aquel que ha visto aquello al ir bajo tierra: sabe que el término de la vida es también su principio, don de Zeus”*.

## Libro Noveno

### IDEAS PARA UN FINAL QUE ES UN COMIENZO

#### El Poder del Gran Poder



Si el verdadero y único poder es el poder omnipresente de la Divinidad, no habrá otro poder que el que se encuentra en el Núcleo.

Entre los musulmanes hay un *hadiz* que dice: *“Yo era un tesoro escondido y quería que se me conociese, y para que se me conociese hice la creación”,* y el siguiente *hadiz* agrega: *“El que se conoce a sí mismo, conoce a su Señor”.*

Se ha dicho que el ser humano es un “taller divino”, y nos apunta Ibn’ Arabí en el *Lubbu-l-lubb* (el Núcleo del Núcleo) que *“Dios creó a su propio ser, pero las inteligencias normales no podrán entender esto, porque esas mentes tienen una inteligencia que sólo piensa en cosas materiales; y la inteligencia que sólo se dedica a las cosas materiales es insuficiente para entender cosas grandes. Para poder comprender esto hay que tener una inteligencia que vaya más allá de esas cosas y tenga mayor alcance”.*

De este modo, el ser humano debe buscar en su interior el Poder del Gran Poder, la fuerza inmanente de lo Divino que se encuentra en su ser y en el ser de todas las criaturas que es, también, el Yo Soy el que Soy, el *Hiyé Asher Hiyé* de los hebreos.

Se ha dicho que un acto de amor nos creó y un acto de amor nos devolverá, y dice Ibn’ Arabí en su Tratado del Amor: *“Amé a mi ser esencial como el amor que el Uno tiene hacia el Dos. El amor así engendrado es natural y espiritual, pero es además amor divino”.*

Así, el ser humano no debe apartarse del Núcleo del Núcleo, del Poder del Gran Poder, del Yo Soy el que Soy, ya que él no es él sino Aquél, y no ve con sus ojos sino con los ojos de Aquél, que son con los que debe mirarse a sí mismo, pues de lo contrario se aleja, se separa de la esencia misma del Gran Poder.

Se abandona así a la “herejía de la separatividad”, como nos recuerdan los textos herméticos. La Unidad se desgrana como el contenido de una granada abierta.

Agrega en otro fragmento Ibn' Arabí: *“Cuando aparece mi Amado, ¿con qué ojo he de mirarle? Con el suyo y no con el mío, porque nadie le ve sino Él mismo”*.

Con la conciencia despierta en el Yo Soy tenemos el poder, porque el Gran Poder “es en nosotros” y es allí donde está el camino de regreso tanto tiempo esperado para dejar ya de estar perdidos en este universo especular, en el que el Ser se refleja en las miríadas de espejos de la creación, en un laberinto de formas aparentes.

Vienen a cuento las palabras de Ismail Hakki Bursevi: *“De igual forma que si un hombre viese la cara de su amada reflejada en cien mil espejos, se verían cien mil amadas pero en realidad sólo habría una; y a pesar de ser todas la misma, aparecería en unos espejos radiante, en otros triste, derecha, encorvada, según el espejo en que la viésemos. Un gnóstico reconocería todas. La afirmaría en cualquier espejo en que la viese, y tal vez hasta la viese sin espejo”*.

Una vez que se haya cerrado el ciclo, que se opaquen uno a uno los puntos de refracción del Ser en la materia, este universo circular y curvo dejará de brillar hacia dentro, porque ya no necesita mirarse, porque ya se conoce. Como nos recuerda Rabindranath Tagore: *“Dios crea el Universo para conocerse a sí mismo”*.

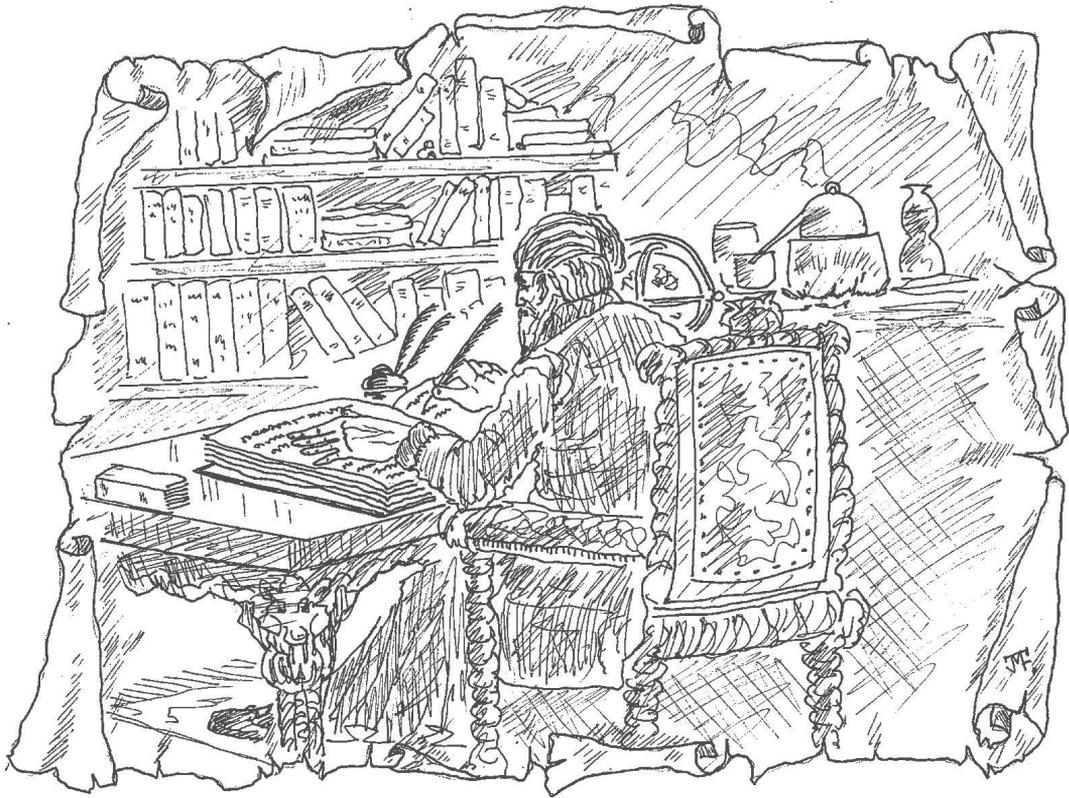
No debe pasarnos desapercibido que este es un universo que en su economía se autoabastece a sí mismo, ya que al ser curvo produce una concavidad y nos coloca en el interior de la esfera.

De tal modo, el espacio sería el reflejo de los bordes interiores de la esfera, y la profundidad del espacio se deduce de la luminosidad interna que se refleja especularmente en el borde interior de la esfera.

Se trata de un universo invertido que se autoilumina y se mira hacia dentro, hacia sí mismo. Un universo que será oscuro por fuera y que cuando se haya conocido, cuando todo vuelva a lo Uno, no necesitará autoiluminarse y, entonces, en este juego de luces e inversiones, se oscurecerá por dentro, acabando con la multiplicación de los espejos y, como Uno, se iluminará hacia fuera en *total quietud* como un universo despierto que parece dormido.

De esta manera, la ilusión reflejada en el interior por el juego de la luz sobre la materia especular habrá concluido, y en lugar de un Núcleo-centro reflejado infinitas veces habrá un solo Centro oscuro y un universo, ya no iluminado, sino luminoso.

Entonces, cuando llegue la hora de *“Sed con Nosotros”*, comenzará otro ciclo..., pero esa..., esa es otra historia.



*Dios creó a su propio ser, pero las inteligencias normales no podrán entender esto, porque esas mentes tienen una inteligencia que sólo piensa en cosas materiales; y la inteligencia que sólo se dedica a las cosas materiales es insuficiente para entender cosas grandes. Para poder comprender esto hay que tener una inteligencia que vaya más allá de esas cosas y tenga mayor alcance.*

Ibn' Arabí



## Comentarios finales desde el Viejo Puerto de Marsella

*Otra vez yo, Aarón, retomo la pluma para seguir especulando sobre este complejo texto que obra en mi poder...*

*Desde mi pequeña y rústica habitación observo el velamen de los buques que con intermitente cadencia atracan y desatracan en el puerto que se recorta en mi ventana. Los cristales se empañan con la humedad y las imágenes se desdibujan con colores y efectos oníricos.*

*La luz del atardecer se hace rojiza y tiñe los contornos de mi biblioteca, tantas veces leída y releída y que, sin embargo, como diría Borges, "ese otro universo que son las bibliotecas" sigue representando para mí un mundo inabarcable de conocimiento.*

*A mi vera se encuentra el manuscrito de Nanim Arafed que durante años he ido adaptando en sus términos a los criterios de comprensión de nuestro tiempo, junto a los dibujos que le ilustran, y que he ido articulando con la sensibilidad de un artesano que construye un prototipo con maderas engarzadas.*

*Debo admitir que me cuesta separarme de él. Hace apenas unas horas ha golpeado la puerta de mi estudio un singular personaje que, venido desde las tierras del occidente de Iberia, se dice portugués y, conociendo la existencia del manuscrito y de su procedencia, viene a proponerme sacarlo a la luz.*

*Le he solicitado unos días para reflexionar sobre la oportunidad de hacerlo público, pues desde que llegó a mis manos he creído ver en este texto una obra hermética, para pocos, pero también debo reconocer que su propio autor reclama que "esos pocos sean más".*

*Quiero vislumbrar en este editor lusitano el perfil de esos caballeros que aún quedan, en el puente de dos siglos, perteneciente a alguna de estas órdenes de caballería redivivas que, a pesar de los embates de la historia, siguen guardando y*

*custodiando las esencias del conocimiento. Debo decirles que esto me tranquiliza.*

*Hoy, cuando el Sol se haya hundido en el mar, si yo acepto el envite, vendrá a recoger el manuscrito.*

*Durante estos últimos días he vuelto a releer minuciosamente cada una de sus páginas y he acariciado la textura de los pliegos con la sensibilidad de un amante; he cogido el conjunto de sus folios y los he estrechado contra mi pecho como queriendo despedirme de un hijo que parte a lejanas y procelosas tierras. En los dibujos del manuscrito me he perdido como quien se pierde en los contornos de una geografía mental, que se refleja como en un espejo sobre el pergamino.*

*Cuando el caballero golpee la puerta le haré entrega de los volúmenes que pretende y le dejaré irse, lentamente, como quien se desangra... Luego, me asomaré a la ventana e intentaré imaginar en la ondulación de las aguas del puerto los rostros de aquellos que conmigo van a compartir la lectura en el juego caleidoscópico de mil imágenes, que en realidad no son más que una, en ese aliento que a todos nos une, en ese Nephesh que me ha enseñado la Cábala milenaria.*

*Cuando la noche se haya hecho unánime en la oscuridad de mi alcoba, encenderé mi candil de aceite y rociaré con agua pura las plantas que adornan mi entorno, perpetuando el final del Cándido del gran Voltaire, cuando nos recuerda que "todo esto está muy bien, pero debemos cultivar nuestro jardín"; quizás... ese jardín equinoccial del que nos habla Nanim Arafed.*

## Índice de autores citados

### A

Alejandro Magno 25, 34, 97, 98, 99, 134  
Alighieri, Dante 77  
Anaxágoras 91  
Anaxímenes 279  
Aristófanés 100

### B

Bacon, Francis 193  
Blake, William 161, 214  
Blavatsky, Helena Petrovna 152, 254  
Bodin, Jean 200  
Borges, Jorge Luis 286  
Bruno, Giordano 275  
Buda 139, 163, 175

### C

Campanella, Tommaso 108  
Cicerón 78, 98, 135, 219  
Ciro el Grande 99  
Colombo, Furio 199  
Confucio 93, 119  
Crotona, Alcmeón de 282

### D

Darío III 99  
Disraeli, Benjamín 16

### E

Eco, Humberto 199

### F

Fernández-Figares, María Dolores 199  
Filóstrato 176  
Fludd, Robert 256

### G

Galeno 27  
Galilei, Galileo 83  
Glaucón 125  
Goethe, J. W. 181  
Gracián, Baltasar 210  
Gramsci, Antonio 211

### H

Hakki Bursevi, Ismail 285  
Han Yu 213  
Heisenberg, Werner Karl 67  
Hesíodo 115  
Hipócrates 27  
Hölderlin, Friedrich 217  
Hugo, Víctor 132

### I

Ibn' Arabí 280, 284, 285  
Ingenieros, José 182

### J

Jung, Carl Gustav 28

### K

Kant, Emmanuel 21, 26, 102  
Keyserling, Hermann de 224  
Kipling, Rudyard 48, 162

### L

Lao Tse 84, 99, 283  
Levinas, Emmanuel 16, 104  
Livraga, Jorge A. 17, 199  
Lulio, Raimundo 29, 276

**M**

Marco Aurelio 147, 196  
Milton, John 130  
Minc, Alain 189  
Monnet, Jean 210  
Montaigne, Michel de 182, 206  
Montesquieu 204

**N**

Nerón 176

**O**

Ovidio 226

**P**

Paracelso 257  
Píndaro 76, 224, 283  
Pitágoras 27, 131, 181  
Platón 16, 21, 76, 83, 107, 109, 111, 123,  
125, 131, 171, 173, 179, 186, 197, 216,  
244, 255, 262, 263, 264, 268, 269, 272,  
273, 281, 282  
Plotino 144, 151, 248, 255, 268, 269, 272,  
273, 274, 275, 276  
Polibio 202, 216  
Publilio Siro 131

**R**

Rómulo 241  
Rotterdam, Erasmo de 217

**S**

Sacco, Giuseppe 199  
San Agustín 276  
Séneca 45, 51, 151, 193  
Sevilla, Isidoro de 158  
Shakespeare, William 128  
Simplicio 279  
Sócrates 125, 135  
Sri Ram 220  
Steinberg Guzmán, Delia 200  
Sun Tzu 97

**T**

Tomasi di Lampedusa, Giuseppe 208  
Tagore, Rabindranath 285  
Tiana, Apolonio de 176

**U**

Unamuno, Miguel de 51

**V**

Vacca, Roberto 199  
Voltaire 133, 287

**W**

Wittgenstein, Ludwig 219

## Agradecimientos

*Deseo agradecer los consejos y las correcciones recibidas de María Angustias Carrillo de Albornoz Fábregas, Marian Gálvez Carrillo de Albornoz, María Dolores Fernández-Fígares Romero de la Cruz, José Carlos Fernández Romero, Carmen Morales Sauces, Michel Echenique Isasa y Antonio Fernández García, así como de mis editores Paulo Loução y Severina Gonçalves.*

